

A romantic scene in a garden. A man in a blue vest and white shirt is embracing a woman in a light green dress. They are standing on a stone path. In the background, there is a classical temple with columns and a dome, surrounded by manicured hedges and tall cypress trees. The sky is overcast.

56
Disposiciones
Para Casarme
Contigo

ELIZABETH KINSLEY

56
Disposiciones
Para Casarme
Contigo

ELIZABET KINSLEY



Copyright 2024 de Elizabeth Kinsley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Sinopsis

Debería haber leído los documentos antes de firmarlos, pero Lord Blackwell no está dispuesto a rendirse ante su nueva esposa.

Como libertino, **Lord Blackwell** solo buscaba la diversión, hasta que se casó con una mujer que le rompió el corazón. Escarmentado y como nuevo tutor de su testaruda sobrina, ahora tiene otras preocupaciones. **Necesita casarse con una mujer experta en las reglas de la sociedad y de moral estricta.**

Y ha encontrado a la mujer perfecta para ello.

Lady Shannon siempre se ha regido por el decoro y las reglas, aunque eso solo le ha traído desilusión y amargura. Ahora en apuros, no tiene más remedio que **aceptar la oferta de matrimonio de Lord Blackwell**, aunque esta vez protegerá bien su corazón.

Para ello **exige cincuenta y seis disposiciones** que le garantizarán un matrimonio de conveniencia sin amor. Unas reglas **que la testaruda pareja tendrá que negociar una vez casados, si desean conseguir una unión feliz.**

❖❖ Comedia Romántica Histórica.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Una verdadera dama nunca muestra sus emociones en público.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

Londres, Inglaterra Mayo de 1836

-Ese corsé tiene que estar más apretado.

Shannon Bedford sintió que los músculos entre sus omóplatos se anudaban al oír la voz de su madre.

Lady Mansfield entró en la alcoba y se colocó frente a su hija.

—Si quieres entrar en tu vestido, Shannon, debes cooperar, querida.

—Pero lo estoy haciendo —protestó Shannon con ligereza, incapaz de respirar hondo con la prenda de atar atrapando su cuerpo—. No creo que el corsé pueda apretarse más.

—Tonterías. —Agitando dos dedos, su madre le indicó—: Ahora exhale profundamente.

Ignorando las palpitaciones de su cabeza, Shannon obedeció a su madre. Apretando el poste de la cama, Shannon soltó el aliento mientras la criada ceñía el corsé otro precioso centímetro.

Lady Mansfield asintió satisfecha.

—¡Perfecta!

Quizá parecía perfecta, pero Shannon dudaba seriamente de que pudiera volver a respirar. Una risita inapropiada subió a sus labios al imaginar la reacción de su madre si caía desmayada sobre la cama. Aun así, los años de entrenamiento la hicieron tragarse tanto su risa como su protesta.

Respirando entrecortadamente, se obligó a sonreír y soltó la mano con la que agarraba el poste de la cama.

Lady Mansfield alargó la mano para acariciar sus rizos dorados y plateados.

—Así está mejor, ¿verdad? —Alisó sus manos por su propia cintura fuertemente atada.

—Ningún precio es demasiado alto para la moda, Shannon. Una dama siempre debe lucir lo mejor posible.

¿Incluso al precio de respirar? se preguntó Shannon, pero se mordió la lengua. En su lugar, levantó los brazos mientras la doncella le cubría la cabeza con el vestido.

—¿Me acompañará Lord Haywood al baile de los Bremley o nos encontraremos con él allí?

—Ni lo uno ni lo otro, ya que Su Alteza no puede asistir al evento —contestó su madre, encaramándose al borde de una silla.

Atónita ante la respuesta, Shannon se zafó del agarre de la criada para encarar a su madre.

—Pero el anuncio de nuestro compromiso apareció en el periódico de hoy, así que se espera que nos vean juntos esta noche.

—Esperado quizás, pero no requerido. —Lady Mansfield frunció los labios—. Debo decir, Shannon, que detecto una nota de desagrado en tu voz. Es muy poco atractiva.

¿Disgusto? Señor, si eso era todo lo que su madre oía en su voz, había conseguido ocultar el pánico que la embargaba. Desde que sus padres le habían informado de que aceptaban la demanda de lord Haywood, Shannon había estado luchando contra el impulso de gritar una negativa. El único encuentro que había tenido con su prometido, un caballero lo bastante mayor como para ser su abuelo, la había aterrorizado. Apartando ese horrible recuerdo, Shannon se concentró en su conversación.

—Perdóneme —dijo, esperando que su voz no sonara forzada—. La inesperada noticia de que mi prometido no asistirá al baile de Lady Bremley me ha cogido desprevenida.

Permaneciendo en silencio un momento, su madre la miró fijamente.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay algo más que te preocupa? —Finalmente, Lady Mansfield suspiró mientras se frotaba la frente—. Sigues recelosa del matrimonio con lord Haywood, ¿verdad?

Shannon no pudo contener su respuesta.

—Es mucho mayor que yo... y rara vez viene a la ciudad. Una vez que nos casemos me temo que seré abandonada a mi suerte en su hacienda. . . y nadie parece saber mucho sobre. . .

—¡Ya basta, Shannon! —Su madre se levantó de la silla—. Entiendo que tengas preocupaciones, pero debes confiar en tu padre y en mí. —Dando un paso adelante, puso una mano sobre la mejilla de Shannon—. ¿Cuándo te hemos llevado por mal camino?

—Nunca —concedió Shannon, sabiendo que era cierto. Toda su vida había seguido los consejos de sus padres, creyendo que sabían lo que era mejor para ella.

De hecho, Shannon sabía que aceptar la guía de sus padres era el orden natural de la vida. . y sin orden, no hay más que caos. Aun así, una parte de ella se preguntaba cómo era posible que sus padres tuvieran razón en este asunto. Después de todo, ¿cómo iba a casarse con un hombre que la repugnaba con sus manos temblorosas, su piel arrugada y su aliento fétido? Aun así, los años de buena crianza se sobrepusieron a sus temores. Seguramente sus padres, que eran mayores y más sabios, sabían lo que era mejor para ella. . . Así que, como buena hija que era, debía confiar en ellos y creer que sus consejos resultarían acertados.

—Entonces también debes confiar en nosotros en esto —dijo su madre suavemente.

Ignorando el apretón en la boca del estómago, Shannon asintió una vez.

—Lo haré, madre. Tú sabes lo que es mejor para mí.

Satisfecha, Lady Mansfield señaló una caja que yacía sobre el tocador de Shannon.

—Su Gracia ha enviado estas joyas para que las lleves esta noche.

Shannon se quedó helada mientras la doncella cogía la caja y la abría para ella. Contemplando el feo y chillón collar hecho de gruesos nudos de diamantes amarillentos y toscos trozos de oro moldeados para asemejarse a hojas, Shannon sintió que su pavor aumentaba.

Impotente, se miró en el espejo mientras la doncella le acomodaba el peso del regalo de lord Haywood alrededor del cuello. Su reflejo revelaba a una joven esbelta, perfectamente ataviada, con su cabello castaño claro recogido en un estilo clásico. . . una joven cuyos ojos azules estaban nublados y apagados.

—¿No es encantador? —exclamó Lady Mansfield, colocándose detrás de Shannon—. Deberías escribirle una nota a Su Gracia mañana para hacerle saber tu placer con su regalo.

Inspirando tan profundamente como le permitía su corsé, Shannon forzó una educada sonrisa en su rostro.

—Por supuesto que lo haré —aseguró suavemente a su madre.

Rezando por no desmayarse, Shannon siguió a su madre fuera de la habitación. Al entrar en el salón, su padre se levantó para saludarlas.

—Queridas —dijo con una amplia sonrisa—, qué radiantes estáis las dos esta noche.

El pequeño nudo en la base del cuello de Shannon se alivió cuando su padre la envolvió en un abrazo.

—Siempre dices lo mismo— se burló ella.

—Sólo porque es verdad. —Su padre la apretó una vez más antes de dar un paso atrás—. Me considero muy afortunado de tener una hija tan hermosa.

—Tu hermosa hija estaba expresando su preocupación por nuestra elección de marido —dijo Lady Mansfield mientras caminaba hacia el espejo para ajustarse el collar—. Pero sabe que puede confiar en que haremos lo mejor para ella.

La calidez de la mirada de su padre calmó los nervios aún nerviosos de Shannon.

—Así es mi niña —canturreó con voz suave—. Tu madre y yo sólo queremos verte feliz.

—Lo sé —tranquilizó Shannon a su padre mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla.

Con una sonrisa complacida, su padre le ofreció el brazo.

—Deberíamos irnos a la gala de los Bremley. —Mientras Shannon metía la mano en la curva del brazo de su padre, éste le acarició la punta de los dedos—. Asegúrate de guardarme un baile, jovencita.

—Por supuesto, papá —respondió Shannon, sintiéndose más ligera de lo que se había sentido en dos semanas—. Cualquier cosa por ti.



—¿Le interesa algo de compañía, milord? —Levantando la vista, Desmond Conelly dio un sorbo a su brandy mientras la voluptuosa prostituta rubia se balanceaba más cerca de él. Inclínándose, ella le susurró al oído—. He oído hablar de tus perversas costumbres.

—Oh, ahora sí. —Envolviendo con un brazo a la prostituta, Desmond la atrajo hacia su regazo. Era un ejemplo perfecto de las atractivas putas que proporcionaba Madam Bouvier en su casa de mala reputación—. ¿Y qué es lo que has oído, belleza mía?

La mujer apretó su exuberante pecho contra el de Desmond.

—Que el marqués de Waverly sabe cómo dar placer a una mujer.

Desmond pasó un dedo por su carne cremosa.

—Es mi misión en la vida no dejar nunca a una dama con ganas de más —le aseguró a la golfa con una carcajada.

Ella arrulló preciosamente mientras se movía aún más cerca.

—¿Qué tal una demostración, milord?

—Por mucho que sin duda disfrutaría haciendo precisamente eso, me temo que tengo otras obligaciones que exigen mi tiempo en este momento.

Sus labios carnosos se torcieron en un mohín.

—¿Está seguro de que no puede disponer de una hora? —susurró, inclinando la cabeza para lamerle el lóbulo de la oreja—. Prometo hacer que merezca la pena.

—De eso no me cabe duda —convino él, posando sus manos en la cintura de ella—. Quizás en mi próxima visita tenga más tiempo para prestarte la atención adecuada.

—Asegúrese de preguntar por Odette —dijo ella con voz decepcionada—. Estaré esperando su llamada.

Ayudando a la guapa Odette a ponerse en pie, Desmond le palmeó el trasero mientras se alejaba.

—No puedo creer que dejaras pasar ese bocado —comentó Patrick Stockton, conde de Cragstone, mientras se hundía en el asiento frente a Desmond.

—Lamentablemente —aseguró a su amigo—. Por desgracia, tengo otras obligaciones.

—Y sin duda estás agotado de tu juego anterior con esas dos de ahí —añadió Patrick, señalando a dos morenas curvilíneas con las que Desmond se había acostado antes por la noche.

—Hmmmm —murmuró con una sonrisa—. Parece que prefieres a esas bellezas morenas.

—Desde luego que sí —convino Desmond, pensando en Margot, la mujer con la que planeaba casarse—. Tienen más fuego.

—Sobre todo cuando te enfrentas a ellas de dos en dos.

—Cierto —devolvió Desmond de buena gana—. Una sola me habría agotado, pero las dos juntas... bueno, me dejaron casi exhausto.

Patrick resopló burlonamente.

—No hasta el punto de que hubieras pasado de la encantadora Odette si no estuvieras tan obstinado en tu determinación de asistir al horrible baile de los Bremley.

Desmond tuvo que reírse ante la astucia de su amigo.

—Tal vez, pero es un punto discutible, ya que mi madre me pidió específicamente que asistiera a la gala de Lady Bremley esta noche. La estimada anfitriona es una de las amigas más antiguas y queridas de mi madre.

—Sigo diciendo que será horriblemente aburrido —comentó Patrick mientras se alisaba la corbata.

—Nadie dice que debas asistir conmigo.

Patrick respondió al comentario de Desmond con una sonrisa.

—Eso es muy cierto. —Su porte se animó, Patrick se inclinó hacia delante en su silla—. ¿Qué te parece si nos reunimos en Barrow's Gaming Hell dentro de unas horas?

Levantando un hombro, Desmond aceptó con facilidad.

—Probablemente necesitaré algo que me reanime después del baile y una partida de dados podría servir.

—Sigo sin ver por qué te sientes obligado a cumplir la petición de tu madre. —Patrick rio suavemente—. No es como si nunca decepcionaras a tus padres.

—En efecto, no —respondió Desmond con una risa amarga—. Decepcionar a mis padres es algo en lo que destaco. —Diablos, toda su vida no había encontrado más que la desaprobación de su austero padre. Y su hermano, Michael, era una réplica exacta de su padre... hasta en su censura.

Entonces, ¿por qué iba al baile de Lady Bremley? Desmond sabía que cuando su madre se lo pidió esperaba a medias que la decepcionara, pero por alguna extraña razón no quería darle la razón. Aunque disfrutara molestando a su padre y a su hermano, haciéndoles bravuconear ante sus payasadas, Desmond odiaba provocar que esa mirada de desconcierto doliera en los ojos de su madre. El Señor sabía que él la provocaba con bastante frecuencia, así que si podía evitar esa mirada malgastando una hora de su tiempo en el aburrido asunto de Lady Bremley, bien valía la pena el precio.

Poniéndose en pie, Desmond se enderezó el chaleco.

—Como sé que mis padres esperan que no aparezca en el baile de lady Bremley, he decidido que simplemente debo hacerlo, sólo para demostrarles que se equivocan —comentó ampliamente, sin querer exponer la verdadera razón de su deseo de asistir al baile.

—¿Quién sabe? Quizá le provoque apoplejía al viejo cuando vuelva a casa.

Desmond resopló con una carcajada.

—Esto bien podría suceder.



—¿Por qué no está bailando, Lord Waverly?

Con una sonrisa fácil, Desmond se inclinó ante Lady Bremley.

—La estaba esperando, milady —respondió con suavidad.

Una risa de niña, más propia de una dama veinte años menor que ella, se le escapó a su anfitriona.

—Dios mío, nadie podrá decir jamás que el marqués de Waverly es algo menos que un perfecto... encantador.

—Ah, por un momento pensé que tal vez podría referirse a mí como un perfecto caballero. —Desmond apretó una mano contra su brazo—. Una falsedad tan descarada me habría dejado atónita.

Golpeando ligeramente su abanico contra el brazo de él, Lady Bremley reprendió:

—Le da usted poca importancia a un hecho muy grave, milord. A menudo he oído a su padre e incluso a su hermano mayor lamentar el hecho de que usted se dedique a pasatiempos menos que deseables.

—Un libertino hasta la médula —admitió con una sonrisa descarada—. Me temo que va a ser mi destino.

—Entonces rogaré por la intervención divina, señor, ya que es usted un tipo demasiado entretenido para pasar el resto de su vida solo, perdido en diabólicos pasatiempos.

—¿Solo? —inquirió él, levantando la ceja.

Abriendo su abanico, Lady Bremley le miró sin pestañear.

—Por supuesto, milord, pues ninguna dama como Dios manda estaría interesada en aceptar una oferta de un canalla como usted... aunque sea el segundo hijo de un duque. —Sacudió la cabeza—. Me temo que hay demasiados señores adecuados entre los que una joven dama podría elegir antes de que cualquier ansiosa mamá pusiera sus ojos en usted, Lord Waverly.

—A pesar de mis. . . ¿cómo lo ha dicho? Ah, sí, ¿mis encantadores modales? —se burló de ella.

—Un disoluto libertino puede ser ciertamente de lo más encantador, mi joven señor, pero si las arcas están tensas y el título manchado, le será muy difícil convencer a una dama de mente firme para que se case con usted.

Pero él no quería una dama de mente firme. No, él quería a Margot, pensó Desmond, mientras contemplaba a las simpáticas señoritas de sociedad que palidecían en comparación con su oscura belleza.

—Sin duda tiene usted razón —murmuró Desmond a su vez, sabiendo que Margot, con su espíritu de sangre caliente, se reiría de las afirmaciones de lady Bremley.

—Se da cuenta de que sólo le digo estas cosas por mi querida amistad con su madre. —Cerrando de golpe su abanico, Lady Bremley le dirigió una mirada severa—. Si ella no estuviera de gira por el Continente en este momento, estoy bastante segura de que le estaría diciendo estas cosas. Sin embargo, debido a su ausencia, tendré que sustituirla.

Llevándose la mano de su anfitriona a los labios, Desmond le estampó un beso en el dorso de los dedos.

—Muy generoso por su parte, milady.

—No crea ni por un instante que podrá escabullirse de esta conversación, milord —dijo ella con voz teñida de diversión—. Creo que lo que necesita es el apoyo y la orientación de una esposa.

Sonriéndole, Desmond negó con la cabeza.

—Me temo que es demasiado tarde para guiarme. Además, casarme con una dama que me asquea difícilmente es mi deseo. Preferiría casarme con alguien por quien sienta una gran pasión.

—La pasión se desvanece rápidamente —replicó Lady Bremley—. Sin embargo, un matrimonio sólido con una dama bien educada permanece constante, creando una vida estable y cómoda.

Año aburrido tras año aburrido. Desmond no pudo evitar sonreír ante ese pensamiento. Sin embargo, a su anfitriona le respondió con suavidad:

—Su argumento merece consideración.

Con un firme asentimiento, Lady Bremley aceptó su concesión.

—Ahora todo lo que tenemos que hacer, milord, es elegir a una dama perfecta para que la corteje.

Sintiéndose receloso, Desmond intentó desentenderse de la conversación.

—Aunque agradezco su oferta, milady, creo que podré elegir. . .

—Es un placer ayudarle —dijo Lady Bremley, cortando su protesta. Poniéndose de puntillas, comenzó a buscar en el abarrotado salón de baile—. ¿Quién sería su pareja? —murmuró en voz baja.

Rezando para que no encontrara a nadie adecuado, Desmond se encontró permaneciendo a su lado, intentando idear un método para escapar de la indeseada ayuda de Lady Bremley. Si tan sólo pudiera explicarle a su anfitriona que estaba locamente enamorado de lady Margot Benson, entonces ninguna de estas educadas poses sería necesaria.

Pero le había jurado a Margot que mantendría su compromiso en secreto hasta el final de la temporada. Aunque no entendía por qué los padres de ella insistían en ello, aceptó su petición. Aunque sentía la necesidad de soltar la noticia de su compromiso cada vez que veía a Margot bailando y flirteando con todos los jovencitos que parecían rodearla constantemente, Desmond se mordía la lengua, consolándose al saber que, al final, ella le pertenecería.

De repente, fue consciente de que alguien le tocaba el hombro.

—¿Lord Waverly?

Apartando sus pensamientos sobre Margot, Desmond redirigió su atención hacia lady Bremley.

—Perdóneme, milady, estaba distraído.

—Eso supuse, ya que le llamé no menos de tres veces. —La acritud de su voz le hizo sonreír. Lady Bremley sonaba igual que su madre siempre que se enfadaba con él—. Estamos tratando un asunto muy serio, milord, por lo que su máxima atención sería muy apreciada.

Desmond inclinó la cabeza en señal de deferencia.

—Aunque comprendo que sólo desea ayudarme, tal vez esta noche no sea el mejor momento para elegir. . .

—Ah, veo a una dama maravillosa. —Lady Bremley inclinó la cabeza hacia el pasillo.

Curioso, Desmond se inclinó hacia delante para ver a quién consideraba Lady Bremley su pareja. Casi tropezó cuando vio nada menos que a la personificación de la inglesa perfecta.

—¿Lady Shannon Bedford? —carraspeó, asombrado de que Lady Bremley le considerara un buen partido para una mojigata tan estirada.

—Por supuesto. Lady Shannon sería la elección perfecta —le devolvió Lady Bremley, con la voz llena de convicción.

Recuperando la compostura, Desmond siguió mirando a Lady Shannon.

—Pero usted acaba de terminar de reprenderme por mis vicios, y es bien sabido que Lady Shannon valora el decoro por encima de todo.

—Precisamente por eso creo que sería una buena esposa para usted, lord Waverly. Una dama como Shannon Bedford le animaría a apartarse de sus vicios.

Acosándole hasta echarle de su casa, pensó Desmond con certeza. En lugar de intentar disuadir a Lady Bremley, le ofreció otra posibilidad.

—Mi preferencia va en otra dirección, milady.

La curiosidad ardía en la mirada de Lady Bremley mientras miraba a Desmond.

—¿De verdad? ¿A quién se refiere?

—Lady Margot Benson ha captado mi atención —admitió—. Con su exótico aspecto español y su espíritu audaz, creo que sería una esposa excelente.

Durante un largo momento, Lady Bremley permaneció en silencio, con los ojos muy abiertos y la boca abierta. Finalmente, estalló una carcajada.

—Una buena broma, milord —dijo mientras se secaba las comisuras de los ojos—. Lady Margot, en efecto. Cualquier caballero que tenga la mala suerte de casarse con ésa no tendrá más que incertidumbre y caos en su vida.

—Ha olvidado mencionar la excitación —añadió.

Lentamente, Lady Bremley sacudió la cabeza.

—Por su juventud, estoy bastante segura de que crees que una vida excitante es lo que buscas, pero debes confiar en mí en esto, milord: la excitación puede ser de lo más agotadora y, a medida que envejeces, tiene poco atractivo.

—A mis veintidós años, entiendo lo que deseo en la vida, Lady Bremley, y le aseguro que no es sufrir incesantes sermones sobre las buenas costumbres. —Mirando de nuevo a Lady Shannon, contuvo un estremecimiento.

—Está muy equivocado si cree que la vida con Lady Shannon sería desagradable. —Un lado de la boca de Lady Bremley se torció hacia arriba—. Es una dama encantadora.

—Estoy seguro de que lo es —concedió Desmond sin vacilar—. Nunca he cuestionado su gentileza. —Sólo su falta de espíritu, añadió para sí.

—Espero que no. —La voz de Lady Bremley sonó con indignación—. Después de todo, ella es la principal autoridad en gracia femenina.

—Ah, sí, su libro. —¿Cómo podía haberlo olvidado? El dechado de virtudes había escrito un tomo sobre la etiqueta que debían observar todas las jóvenes. En otras palabras, un libro de reglas. Esta vez, no pudo contener su estremecimiento.

—Lady Shannon es muy hábil para alguien de sólo dieciocho años. —Un suspiro se le escapó a su anfitriona.

Con su pelo castaño claro, sus ojos azules, su tez clara y su naturaleza fría, Lady Shannon era, en efecto, la inglesa por excelencia. La perfecta rosa inglesa.

Sin embargo, las rosas siempre le habían parecido unas florecillas terriblemente sencillas.

Ahora su Margot, con sus fulgurantes ojos oscuros, su largo cabello negro, su piel aceitunada y su naturaleza fogosa, se acercaba más a un lirio, exótico y brillante. Al ver a Lady Shannon abrirse paso por la sala, sintió una chispa de culpabilidad por compararla tan desfavorablemente con su Margot.

Después de todo, Lady Shannon había sido educada para creer en las restricciones y dictados de una sociedad rígida. . . y obviamente no veía razón alguna para cuestionar las normas. No debía juzgarla tan duramente. La mayoría de los hombres, lo sabía, la encontrarían inmensamente atractiva, pero él no era uno de ellos.

Al acercarse a su anfitriona, Lady Shannon sonrió cortésmente.

—Buenas noches, milady —murmuró suavemente—. Es un honor ser su invitada.

—Gracias, querida —respondió Lady Bremley mientras enviaba una mirada punzante hacia Desmond—. Me alegro mucho de que haya podido venir.

Las insípidas sutilezas aburrieron rápidamente a Desmond. Si tan sólo Margot estuviera aquí. . .

—¿Conoce al marqués de Waverly? —Haciendo un gesto hacia Desmond, Lady Bremley dio un paso atrás hasta que Lady Shannon quedó frente a él.

—Creo que nos han presentado —dijo Lady Shannon con su voccecita educada—. ¿Cómo está usted, señor?

—Muy bien, milady —murmuró él mientras aceptaba su mano extendida. Inclinandose para depositar un beso sobre el guante de seda que cubría su mano, Desmond no pudo resistir el impulso de atormentarla. Deslizando el dedo índice por la palma de ella, acarició la carne desnuda de su muñeca.

Un pequeño jadeo brotó de Lady Shannon, pero le permitió terminar de besarle la mano. No pudo contener una sonrisa al darse cuenta de que ella era demasiado educada como para montar una escena en público. Aun así, el ligero rubor de sus pómulos delataba su enfado. Antes de que Desmond pudiera seguir burlándose de ella, el conjunto de cuerda empezó a tocar.

Cuando los acordes de un vals llenaron la sala, Lady Bremley dio una palmada.

—Mi baile favorito —murmuró en voz baja.

Volviéndose hacia su anfitriona, Desmond le tendió la mano.

—Me complacería que me honrara, milady.

Lady Bremley estrechó sus dedos y apretó una vez.

—Su oferta es encantadora —dijo con una sonrisa—. Pero me temo que estoy demasiado cansada en este momento para un baile tan enérgico.

El brillo en los ojos de Lady Bremley le hizo recelar.

—Sin embargo, estoy segura de que Lady Shannon le haría el honor. —La expresión de los ojos muy abiertos de Lady Bremley era de inocencia mientras alcanzaba la mano de la dama más joven y la colocaba entre las suyas—. ¿No es así, Lady Shannon?

Por un momento, la expresión cortés de Lady Shannon se desvaneció mientras le miraba, revelando sus pensamientos más íntimos. Por esa sola mirada, Desmond supo que ella preferiría bailar con un sapo que con él. Tan rápido como se le había caído la máscara, Lady Shannon suavizó sus facciones.

—Desgraciadamente, soy. . .

—. . .incapaz de resistirme a semejante invitación —terminó Desmond por ella con lo que esperaba fuera una sonrisa lobuna. El diablo le había empujado a responder por ella. Vaya, vaya, ¡caso no se escandalizaría absolutamente la educada y correcta lady Shannon Bedford al bailar con un libertino de mala reputación!

Como a todas las debutantes de la alta sociedad, le habían enseñado desde que nació a evitar a los hombres como él. Diablos, probablemente la habían criado para que creyera que un libertino se la llevaría para saciar su lujuria sin ni siquiera un «adiós». Así que ahora sólo le quedaba una opción. . .

. . . para demostrarle que tenía razón.

Con una risita, Desmond tiró de la remilgada lady Shannon Bedford hacia la pista de baile.

El canalla ni siquiera había esperado a que ella rechazara el baile. No, desde luego que no. En lugar de eso, había tirado de ella hacia la pista de baile y la había cogido en sus brazos como si fuera un saco de patatas que zarandear a su antojo. Muy bien entonces, pensó Shannon con un resoplido, no le había dejado elección; debía sufrir sus vulgares maneras. Aun así, juró que no se rebajaría a su nivel; seguiría siendo una dama.

Sus faldas volaron cuando él la hizo girar por la habitación.

—Perdone, milord, pero el vals se hace normalmente en compás de tres cuartos.

—Tal vez —respondió él mientras le mostraba otra de sus perversas sonrisas—, pero es mucho más entretenido cuando se hace a un ritmo más rápido, ¿no le parece?

Su flagrante desprecio por las buenas costumbres la dejó atónita.

—Desde luego que no.

Al inclinar la cabeza hacia un lado, un mechón de su espeso pelo rubio arenoso cayó sobre su frente. Acercándola un centímetro más, le sonrió con maldad.

—Vamos, Lady Shannon, ¿no le calienta la sangre un vals animado?

Trastabillando ante el vulgar comentario, Shannon consiguió recuperar el equilibrio, jurando sufrir en silencio durante el resto del baile. Se negó a intercambiar insultos con el

maleducado.

Tras unos instantes de silencio, Desmond le apretó la mano.

—¿Te comió la lengua el gato?

Aunque una réplica surgió en sus labios, se conformó con mirarle fijamente.

—¿No me hablas? —Sacudió la cabeza, haciendo un sonido de «tsking» con la lengua—. Pobre Lady Shannon viéndose obligada a bailar con un canalla como yo.

Ladeando la barbilla, ella apartó la mirada, negándose a darle la satisfacción de una respuesta.

—Dígame una cosa, milady —empezó Desmond, acercándola aún más hasta que sus pechos se apretaron contra el suyo de forma alarmante—. ¿No es bastante aburrido estar sentada observando las buenas costumbres todo el día?

Luchando por crear distancia entre ellos, Shannon siseó:

—¡Suélteme ahora mismo!

—No hasta que responda a mi pregunta —contraatacó con una luz enervante en los ojos.

—¡No!

Sus dedos empezaron a acariciarle la espalda, haciendo que su corazón se acelerara.

—¿No qué, Lady Shannon?

Dispuesta a hacer cualquier cosa para que cesara su tormento, Shannon respondió a su pregunta.

—No, no me resulta aburrido observar las reglas de cortesía, milord, pues son esas mismas reglas las que proporcionan estructura a nuestra sociedad.

Lord Waverly bostezó como respuesta.

La ira empezó a bullir en su interior.

—Piénselo, milord. Si todo el mundo se comportara de la manera escandalosa que usted parece preferir, lord Waverly, toda nuestra civilización se vendría abajo.

—Ah, pero apostarí a que no habría ni un momento aburrido en la vida —replicó con una risita.

—Parece que el único propósito de su vida es buscar diversión, milord. —Levantó la barbilla—. Sin embargo, le dejo a usted esas tontas búsquedas, pues prefiero seguir las reglas de la sociedad educada.

—Qué completamente aburrido.

Al oír la lástima en la voz de Desmond, Shannon defendió sus creencias.

—Para nada aburridas, milord. Me casaré bien, tendré hijos, disfrutaré de una vida de privilegios y aceptación social, y luego me deslizaré tranquilamente hacia la vejez con gracia. —Suspiró dramáticamente—. Pobre de mí, lamentable desear una existencia tan cómoda.

—Olvidó mencionar que se volverá loca mientras satisface los caprichos de la sociedad. —Sus dedos se apretaron contra los de ella—. ¿Aún no se ha dado cuenta de lo exigente que puede

llegar a ser la sociedad?

—No me ha resultado difícil satisfacer las expectativas de la sociedad —respondió ella rápidamente—. Quizá la sociedad le parece tan exigente porque la gente espera que se comporte como un caballero y, sin embargo, se aferra a sus malos modales.

—¿Malos modales?

—Vamos, Lord Waverly. Debe admitir que sus modales son de lo más ofensivos, señor —replicó ella con acritud.

—Y sus modales, milady, son de lo más... desafiantes. —Sus ojos grises brillaron con diabólica intención—. Hace que un hombre se pregunte qué haría falta para desatar su corsé excesivamente apretado.

Ella inclinó la nariz hacia arriba.

—Le aseguro, milord, que nunca descubrirá ese secreto.

—Otro desafío más —murmuró él mientras la sujetaba con más fuerza por la cintura.

El pánico recorrió la espina dorsal de Shannon ante el torbellino de emociones que la asaltaron ante aquel íntimo contacto. Era de lo más impropio que lord Waverly la tuviera tan cerca. . . pero también era de algún modo. . . estimulante. Avergonzada por sus vergonzosos pensamientos, Shannon intentó apartarse de él.

—Hice lo que me pidió, milord. Ahora debo insistir en que me libere —murmuró, apretando la mano contra su hombro en un intento de apartarse de él—. Mi prometido no lo aprobaría.

—¿Prometido? —Él pasó la palabra por su lengua—. No tenía ni idea de que estuvieras prometida. ¿Quién es el afortunado caballero?

—El caballero en cuestión es lord Haywood —respondió ella con acritud.

—¡Haywood! —estalló él asombrado—. ¡Dios santo, ese hombre tiene edad suficiente para ser su abuelo!

Aunque el comentario de lord Waverly reflejaba sus propios recelos sobre el emparejamiento, ella defendió no obstante la elección de sus padres.

—Es un duque del reino y un partido de lo más adecuado.

—¿Un partido adecuado? Supongo que sí, si no le importa que su novio sea demasiado débil para caminar hacia el altar sin la ayuda de un bastón.

Independientemente del hecho de que la predicción de Lord Waverly era bastante acertada, difícilmente le daría la razón.

—Es inapropiado hablar de mi pretendido con tal falta de respeto.

Sacudiendo la cabeza, Lord Waverly la miró con fijeza.

—Me atrevería a decir, Lady Shannon, que demostró una escandalosa falta de respeto. . . por usted misma. . . cuando aceptó un emparejamiento tan insensato.

Su comentario en voz baja la picó.

—¿Tiene el descaro de hablarme de respeto cuando es bien sabido que malgasta sus días

en. . . en inútiles afanes y gasta su dinero en frívolos. . . pasatiempos? —dijo ella fríamente—. Cuando haya superado su propia multitud de defectos, milord, entonces podrá hablarme de respeto. Pero hasta ese momento, me niego a escuchar cualquier consejo que me ofrezca.

La expresión seria de Lord Waverly dio paso a otra sonrisa diabólica.

—Eso no ha sido muy cortés, ¿verdad, Lady Shannon?

Por primera vez en su vida, Shannon no pudo controlar la furia que la invadió. Arrancándose del agarre de lord Waverly, se puso frente a él en medio de las parejas que bailaban.

—Usted, milord —empezó, temblando de ira—, es un canalla despreciable.

Los jadeos resonaron en la sala antes de que se apagara la última sílaba del pronunciamiento de Shannon. Ignorando las atónitas miradas fijas en ella, giró sobre sus talones y se alejó. . . dejando al ofensivo lord Waverly de pie, humillado, sobre la abarrotada pista de baile.

Era su primer arrebató en público.

Y sería el último, juró Shannon, mientras abandonaba la sala. Todo lo que tenía que hacer era evitar al horrible lord Waverly en el futuro.

Capítulo 2



Si una dama actúa de acuerdo con los dictados de la sociedad educada, tiene asegurada una vida feliz y próspera.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

Siete años después

-Tengo un asunto bastante poco delicado que necesito discutir con usted —dijo Lady Mansfield mientras echaba un vistazo al salón de la casa de la viuda, que ahora pertenecía a Shannon—. Aunque debo confesar que no me siento nada cómoda con el tema.

Dejando su taza de té, Shannon sonrió alentadoramente a su madre.

—No hay necesidad de sentirse incómoda, madre. Después de todo, somos familia.

Lady Mansfield le acarició el pelo.

—Familia o no, siempre es vulgar hablar de la situación económica de uno. —Enderezándose en su silla, respiró hondo antes de admitir—: Tu padre se ha endeudado bastante con el juego y he venido a pedirte que cubras los gastos.

Atónita, Shannon no pudo hacer otra cosa que mirar boquiabierta a su madre. Finalmente, consiguió atragantarse:

—Pero soy indigente.

Un ceño fruncido ensombreció la expresión de su madre.

—¿Indigencia? ¿Cómo puede ser eso? Eres la duquesa viuda de Haywood.

—Todo lo que quedaba de la herencia de Leonard era la parte que le correspondía y que pasaba automáticamente a su hijo. La fortuna personal de mi marido se agotó durante nuestro matrimonio —explicó Shannon, intentando no sonar tan amargada como se sentía.

Echándose hacia atrás contra su silla, Lady Mansfield se apretó una mano temblorosa contra la frente.

—Entonces estamos condenados.

Hizo falta toda la contención de Shannon para abstenerse de burlarse de la melodramática afirmación de su madre.

—¿Has considerado todas tus opciones?

—¿Qué opciones tenemos? —replicó su madre mientras su mano caía sobre su regazo—. Todo lo de valor ya ha sido vendido. Estábamos a sólo unos pasos de la prisión de deudores antes de que surgieran estas nuevas deudas.

Frotándose los dedos en la sien, Shannon intentó pensar en una forma de ayudar a sus padres.

—Ojalá supiera cómo podríamos reunir algo de dinero para ayudarlos.

Su madre miró alrededor del elegante salón.

—Sólo en esta habitación hay bastantes objetos de valor —señaló.

—Desgraciadamente, todos pertenecen al actual duque de Haywood —se apresuró a decir Shannon—. Se me permite permanecer en la casa de campo de la viuda gracias a la buena voluntad de Ronald. Difícilmente podría pagarle vendiendo sus propiedades sin su consentimiento.

—No —aceptó Lady Mansfield a regañadientes—. Supongo que no.

Inclinándose hacia delante, Shannon estrechó las manos de su madre.

—¿Ha pedido prestados los fondos a alguno de sus amigos?

Lady Mansfield dio un respingo hacia atrás, sorprendida.

—¡Shannon! Me sorprende que siquiera sugieras tal cosa —exclamó—. Imagínese mendigar dinero a nuestros amigos. La sola idea me hace sonrojar de humillación.

—Mucho mejor ser humillada que encarcelada —replicó Shannon sin rodeos.

Su madre parpadeó dos veces.

—Dios mío, Shannon. Ese ha sido un comentario poco refinado.

—Siento si encuentra mis modales un poco toscos, madre, pero creo que deberíamos concentrarnos en asegurar el dinero y no en mis modales.

—O la falta de ellos.

La respuesta de su madre tocó una fibra sensible.

—Perdóneme si mis modales se están volviendo toscos, pero empiezo a cuestionarme por qué les di tanto valor en primer lugar.

—¿Qué?

Por un momento, Shannon pensó que su madre podría llegar a desmayarse.

—Es la verdad. ¿Dónde me han llevado los modales? ¿Adónde me ha llevado seguir las reglas de la sociedad educada? —Extendió los brazos, gesticulando por la habitación—. Una vida que depende de la generosidad de los demás. Lo único que poseo en esta habitación es mi vestido. —Levantándose la falda, sacó el pie—. Incluso estas zapatillas fueron puestas a cuenta del duque.

Los ojos de su madre se abrieron de par en par.

—¿Permitiste que un hombre que no era tu marido te comprara calzado? —preguntó

jadeando.

Shannon se hundió contra su asiento al percatarse de la absoluta ridiculez de la conversación. Su madre estaba en la indignancia, enfrentándose a la pérdida de su hogar, y sin embargo se preocupaba por quién le compraba el calzado.

Conteniendo el suspiro, Shannon dijo en voz baja:

—No tiene sentido responder a esa pregunta. No tengo ningún deseo de discutir contigo, madre.

—Lo sé —suspiró Lady Mansfield, acariciando la mano de Shannon—. Realmente eres una buena hija.

Shannon sacudió la cabeza exasperada.

—La forma en que lo has dicho hace que suene como si hubieras tenido alguna duda.

—Bueno, la. . .

—Por favor, no, madre —interrumpió Shannon, no deseando escuchar el resto de los comentarios de su madre.

—Muy bien —dijo su madre primorosamente. Levantándose, se sacudió las faldas—. De todos modos, ya es hora de que regrese a casa. Necesito asegurarme de que a tu padre no se le ocurra recuperar sus pérdidas a través del juego y endeudarnos aún más como resultado.

Acompañando a su madre al vestíbulo, Shannon le dio un beso en la mejilla y se despidió de ella. En el momento en que la puerta se cerró tras su madre, Shannon sintió el impulso de gritar, de correr, de patear, de hacer cualquier cosa que aliviara la opresión de su pecho.

Había seguido las normas durante toda su vida y mira adónde la había llevado: abandonada a su suerte en esta finca. La frustración crecía en su interior mientras Shannon recorría el vestíbulo, atravesaba la biblioteca y salía por las puertas de cristal que daban al jardín trasero. Impulsada a escapar de sus inquietantes pensamientos, continuó caminando a zancadas por el cuidado césped y a lo largo del borde del bosque.

Finalmente, ralentizó sus pasos y se hundió en un tronco que yacía al otro lado del sendero que atravesaba el bosque. ¿Cómo había llegado su vida a esto? se preguntó mientras se inclinaba hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Si tuviera algunos fondos propios, podría volver a entrar en sociedad, asistir a fiestas, disfrutar de la vida... volver a tener amigos. Señor, se sentía terriblemente sola. Pero, por desgracia, se había quedado sin un céntimo después de muchos años difíciles de matrimonio con un hombre viejo y rígido. Ahora, ni siquiera tenía la capacidad de ayudar a sus padres.

A menos que fuera capaz de idear una manera diferente de conseguir fondos para ellos, Shannon sabía que se vería obligada a pedir clemencia al duque. Un escalofrío la recorrió ante la sola idea de acercarse al hijo de Leonard en busca de ayuda. Ronald había dejado muy claro que estaba siendo más que generoso simplemente proporcionándole un hogar y que no debía esperar más. Aun así, con el bienestar de sus padres en juego, tenía que intentarlo.

Un grito ahogado brotó de Shannon cuando sintió que algo se abalanzaba sobre su regazo. Mirando hacia abajo, se encontró cara a cara con el gato más feo que había visto en toda su vida. El pequeño bizco le maulló lastimeramente y luego se sentó sobre sus ancas.

—Vaya, hola —murmuró Shannon, acariciando el moteado pelaje gris, blanco y naranja—. ¿De dónde vienes?

Ronroneando ruidosamente, el gato apoyó la cabeza contra la mano de ella. El afecto sin vacilaciones que le mostraba conmovió a Shannon.

—Eres un encanto, ¿verdad? Ojalá pudiera llevarte a casa conmigo, pero creo que. . .

¿Qué pensaba? ¿Que los criados no verían con buenos ojos que llevara un animal mestizo a la casa de campo?

¿Por qué iba a importarle si lo hacían?

Acariciando con la mano el suave pelaje del gato, Shannon consideró la idea. Ya había pasado el momento en que debía hacer lo que era correcto para ella. . . independientemente de la reacción que pudiera recibir. Y en este preciso momento, lo que ella deseaba más que nada era traer a este dulce animal a su hogar prestado.

—¿Te gustaría venir a casa conmigo? —preguntó alegremente. El gato se levantó y frotó la cabeza contra su barbilla en respuesta.

Riendo, Shannon se dio cuenta de que ahora tendría algo en la casa de campo de la viuda que realmente le pertenecía.

Con un resorte en el paso, llevó a su nuevo amigo a casa.



Sentado en la oscura y silenciosa habitación, Desmond se preguntó cómo había llegado su vida a este final. Había venido a darle las buenas noches a su sobrina, sólo para descubrir que había desaparecido, y la vela hacía tiempo que se había apagado mientras él esperaba a que regresara.

Estaba, decidió Desmond, totalmente poco preparado para criar a una señorita testaruda que había perdido a sus padres recientemente. Al pensarlo, una oleada de dolor bañó a Desmond. Jocely no era la única que había perdido a alguien en aquel accidente. Él también había perdido a su hermano.

Cerrando los ojos contra el dolor, Desmond se dio cuenta de que daría cualquier cosa por tener a Michael de vuelta, de que si se le diera otra oportunidad, Desmond tomaría decisiones diferentes. Y habría hecho las paces con sus padres antes de su repentina muerte. Desmond apretó el brazo de su silla mientras un nuevo dolor lo invadía. ¿Cómo podía saber que sus padres morirían de tisis al año de su gran viaje? Dios, tenía tantos remordimientos. De hecho, si le hubieran dado la oportunidad de volver atrás en su vida, habría elegido un camino muy diferente.

En lugar de eso, se encontró aquí, solo en la oscuridad, esperando a que una chiquilla voluntariosa volviera a casa, rezando para que no fuera demasiado tarde para salvarla de sí misma. Al moverse en la silla, el libro que había estado leyendo cayó al suelo. Agachándose, recuperó el volumen encuadernado en cuero, dándole la vuelta entre las manos. Había estado leyendo el libro, buscando algunas respuestas sobre cómo frenar a su sobrina.

Guía de la etiqueta adecuada para una dama, de Lady Shannon Bedford.

Los recuerdos de la primorosa lady Shannon llenaron a Desmond, haciéndole recordar cómo lady Bremley le había instado una vez a considerarla para su novia. . .y cómo él se había burlado de la idea. No es lo bastante excitante, se había mofado.

Pero ahora deseaba poder volver atrás en el tiempo y seguir el consejo de Lady Bremley.

En lugar de eso, había seguido tontamente a su corazón, casándose con la salvaje y excitante lady Margot Benson. Había pensado que su matrimonio sería la materia de los sueños, pero en su lugar había resultado ser la materia de las pesadillas. En el primer mes de su matrimonio, su amada Margot se había echado un amante, poniéndole los cuernos en su propia casa. Aun así, él había creído sus llorosas disculpas. . . sólo para descubrirla en la cama con otro hombre unas semanas después.

En un instante, ella había acabado con su amor por ella, obligándole a admitir ante sí mismo que había cometido un terrible error. Poco después, se había retirado de la sociedad, incapaz de mirar a los jóvenes y preguntarse si habían estado con su mujer, no dispuesto a verla avergonzar el nombre de la familia.

Frotándose una mano contra la frente, Desmond recordó cómo el comportamiento de Margot no había hecho más que ahondar la decepción de su padre hacia su hijo menor. ¿Por qué no podía Desmond controlar a su propia esposa? le había exigido su padre. Sin embargo, Desmond había intentado controlar a Margot. . . sólo para fracasar estrepitosamente. ¿Cómo se podía contener a un torbellino?

Desmond aún no tenía ni idea, se dio cuenta, mientras miraba alrededor de la habitación de su sobrina, porque si la tenía, seguramente podría controlar a Jocely. Vio el salvajismo que había en su interior, el mismo que había impulsado —y finalmente destruido— a Margot.

Golpeando el libro contra la mesa, Desmond se puso en pie y empezó a pasear por la habitación. Se iría al infierno y volvería antes de permitir que su sobrina siguiera el camino de Margot. Lo que tenía que hacer era encontrar la forma de guiar a Jocely, idear una. . .

Sus pensamientos se interrumpieron al oír un sonido procedente de la ventana abierta. Permaneciendo completamente inmóvil, observó cómo una pierna se columpiaba en la ventana, luego otra, hasta que Jocely retrocedió hacia la alcoba. Se le apretó el pecho al ver su pelo despeinado y su ropa desarreglada.

—¿Dónde diablos has estado?

Un chillido brotó de Jocely mientras giraba sobre sí misma, con una mano oprimiéndole el pecho.

—¡Me has dado un susto de muerte!

—Bien —le espetó—. Entonces estamos en paz. Ahora dime dónde has estado sin compañía hasta el amanecer.

Su barbilla se alzó amotinadamente.

—Fuera.

—Esa respuesta es inaceptable.

Levantando un hombro, le dirigió una mirada seca.

—Es la única que tengo.

Tembló por el esfuerzo que le costó controlar su ira.

—Muy bien, entonces. Quedas confinada en tu habitación hasta que decidas decirme dónde estuviste toda la noche.

—¡No puedes darme órdenes! Tú no eres mi padre.

Gimiendo, Desmond apretó dos dedos contra su sien.

—Soy muy consciente de que eres mi sobrina, no mi hija, pero debo señalarte una vez más, Jocely, que soy tu tutor. . . lo que me da derecho a decirte exactamente lo que tienes que hacer.

—Esta situación es insufrible, y no es que yo parezca importarle. —Ella le lanzó una dura mirada—. Apuesto a que te alegras de que mi padre muriera, ya que te dejó el título de duque.

—Por Dios, Jocely, ¿no tienes decencia? —le espetó él, incapaz de contener su ira—. Estás hablando de mi hermano. Imaginar que yo le deseaba la muerte es demasiado vil para siquiera. . . —Desmond interrumpió su desplante al surgir en su interior las emociones que había luchado por reprimir durante meses. Apartándose de su sobrina, se metió las manos temblorosas en los bolsillos. Señor, ¿es que ella no comprendía que él daría cualquier cosa, lo que fuera, por recuperar a Michael? Qué irónico resultaba que durante tanto tiempo se hubiera lamentado de los pesados consejos de su hermano y ahora nada le gustara más que escucharlos.

Aun así, ¿cómo podía esperar que una chica de dieciséis años que sufría la pérdida de sus padres lo entendiera, que siquiera quisiera entenderlo?

Respirando hondo, Desmond se volvió hacia su sobrina una vez más. El tono desafiante de su expresión no presagiaba ninguna esperanza de que le escuchara.

—Entiendo que tú...

—¡No entiendes nada!

Con los dientes apretados, Desmond siguió adelante.

—. . . estás pasando por un momento difícil en este momento y nada me gustaría más que ser completamente comprensivo con tu situación.

Apoyando las manos en las caderas, Jocely sacó la barbilla y le miró con desprecio.

—¿Entonces por qué no lo eres? Antes de que mi padre muriera, tú eras el único que me comprendía, el único con el que podía hablar —dijo, su voz quebrándose en la última palabra—, pero ahora... eres igual que era él.

Toda su ira murió ante su admisión. Extendiendo las manos, Desmond dio un paso adelante para agarrar los hombros de Jocely.

—Todavía puedes hablar conmigo.

—No, no puedo —replicó ella, soltándose de su agarre—. Solías decirle a mi padre que fuera más comprensivo conmigo, que tuviera más paciencia, pero ahora eres tú el que siempre me está gritando.

Las manos de Desmond cayeron a sus costados.

—Porque ahora soy responsable de tu bienestar, Jocely.

—Quieres decir que ahora eres mi guardián.

Desmond se sintió mal por la traición que vio en sus ojos, pero sabía que tenía que mantenerse firme. No tenía elección, porque la amaba y sabía lo que pasaría si no ponía freno a su salvajismo ahora. Antes de que Michael hubiera muerto, Jocely siempre había sido traviesa, siempre se metía en líos, pero nada como sus acciones de ahora. De hecho, sus escapadas se habían vuelto más salvajes, incluso peligrosas a veces, desde que había venido a vivir con él. Un escalofrío le recorrió al pensar que su sobrina repetiría los errores de Margot.

Intentando una vez más llegar a su sobrina, le dijo:

—Por favor, intenta comprender, Jocely. Ojalá pudiéramos volver a cómo eran las cosas antes, pero todo ha cambiado y ahora soy responsable de. . .

—. . .de hacerme tan desgraciada como lo hizo mi padre —remató fríamente—. Tras la muerte de mis padres, pensé que vivir contigo sería maravilloso, que serías comprensivo. —Sacudió la cabeza—. Qué equivocada estaba.

Con las faldas ondeando tras ella, Jocely marchó de la alcoba a su vestidor, haciendo una salida bastante dramática. Lentamente, Desmond se hundió en la silla que había reclamado para su vigilia. Apoyando la frente en la palma de la mano, llegó a una conclusión ineludible.

La situación estaba completamente fuera de control.



Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Shannon al entrar en el estudio de su difunto marido. Recuerdos de cómo Leonard la había reprendido públicamente por no haber conseguido tener un hijo, de cómo la había confinado en su habitación cada vez que se enfadaba, de cómo la había sometido a sus horribles torpezas en el dormitorio.

Temblando, Shannon extendió una mano para estabilizarse. Hizo a un lado los recuerdos indeseados de humillaciones pasadas, forzó una sonrisa en su rostro e hizo una reverencia al hijo de Leonard, el actual duque de Haywood.

—Milord.

Ronald se acercó mientras ella se levantaba.

—Qué alegría verla, madrastra —murmuró, utilizando el apelativo que parecía tan ridículo ya que era veinte años mayor que ella. Levantándole la mano, le estampó un beso en el dorso de los dedos.

Casi estremeciéndose al sentir la húmeda boca de él contra su carne, Shannon ignoró el apretón de su estómago mientras tiraba de su mano para zafarse del agarre de Ronald.

—Le agradezco que me reciba.

—Naturalmente —respondió él con suavidad—. Es usted de la familia, después de todo. —Caminando hacia la puerta, la cerró suavemente y giró la llave, encerrándolos en la intimidad del estudio—. Ahora podemos estar seguros de que no nos molestarán.

La inquietud revoloteó en su interior.

—No hay necesidad de cerrar la puerta, Alteza.

Levantando las cejas, Ronald la miró fijamente.

—Creo que su misiva mencionaba que era un asunto delicado que necesitaba discutir conmigo.

—En efecto, lo es —convino ella, llevándose una mano a la garganta—. Pero sigue siendo muy impropio que estemos juntos a solas en una habitación cerrada.

Él le ofreció una sonrisa socarrona.

—Ah, pero nadie se dará cuenta. Después de todo, usted sabe mejor que la mayoría que los sirvientes de mi padre son muy herméticos.

Eso era cierto, pensó Shannon, recordando todas las veces que los criados habían presenciado feas escenas entre ella y su marido y, sin embargo, nunca habían pronunciado una palabra.

—Muy bien, entonces —dijo, ignorando con firmeza la inquietante sensación que sentía en su interior—. He venido a pedirle un préstamo bastante importante.

—¿De verdad? —Ronald se dirigió hacia ella—. ¿Cómo de sustancial?

Cuando Shannon nombró la suma, los pálidos ojos azules del duque se abrieron de par en par.

—Vaya, vaya, Shannon, es bastante dinero.

Sus dedos se enroscaron en sus faldas.

—Lo sé, Alteza, y no pediría tanta generosidad si la situación no fuera desesperada.

Pasándose los dedos por su ralo pelo rubio, Ronald la miró fijamente.

Ante su continuo silencio, Shannon empezó a sentirse desesperada.

—Comprendo su reticencia, Alteza, pero. . .

—No soy reacio a acudir en su ayuda —interrumpió él mientras se acercaba. Levantando la mano, Ronald acarició con su dedo índice la curva de la mandíbula de ella—. Simplemente me pregunto qué me dará a cambio.

Shannon parpadeó una vez.

—¿Perdón?

Una risita baja se le escapó a Ronald.

—Será mejor que dejemos las formalidades, Shannon. Y ahora dime, no esperarás que te dé una cantidad tan grande de dinero sin algún tipo de compensación.

Apartando la cara de su tacto, ella tropezó hacia atrás, topándose con su escritorio.

—Su insinuación es demasiado íntima, excelencia —replicó ella bruscamente.

Sus ojos se entrecerraron.

—Si accedo a tu petición, planeo ser bastante más íntimo que eso, mi bella Shannon.

—Soy su madrastra —jadeó Shannon, horrorizada ante su sugerencia.

—Es mejor mantener estas cosas en familia —replicó él con una risita—. Yo heredé el título de mi padre, su riqueza, sus tierras. ¿Por qué no también a su esposa?

—¡Usted ya está casado!

—¿Qué tiene eso que ver con mi propuesta? —La incredulidad se agolpó en su expresión—. ¿Creía que le estaba proponiendo matrimonio? ¡Dios mío, no! Sólo deseo disfrutar de sus. . . dulces a cambio de mi futura ayuda. —Pasó el dedo por el ribete de encaje de su manga—. Es una buena oferta.

Apartando su mano de un manotazo, Shannon se irguió hasta alcanzar su estatura completa.

—Su oferta me ofende profundamente —dijo ella con rigidez—, y no me quedaré aquí de pie para que me insulte.

—Lo harás si deseas seguir viviendo de mi generosidad.

Jadeando, Shannon se hundió contra el escritorio.

—No puede echarme a la calle.

—¿Por qué no? —preguntó Ronald encogiéndose de hombros—. Si anuncio que has hecho insinuaciones impropias hacia mí y ya no puedo tolerar tu presencia en mi finca, estoy bastante seguro de que la gente será muy comprensiva con mi situación.

—Les diré la verdad. —La determinación la invadió mientras levantaba la barbilla y se encontraba con su mirada—. Se lo diré a su mujer —pronunció triunfante, sabiendo que le tenía acorralado.

Cruzando los brazos sobre el pecho, Ronald se balanceó sobre los talones.

—Ella no creerá ni una palabra de lo que diga —dijo riendo—. Millicent te desprecia.

Era cierto, Shannon lo sabía, pues Millicent había expresado a menudo su aborrecimiento. Por lo que Shannon pudo deducir de las feas acusaciones de Millicent, ella se había opuesto vehementemente a que Leonard volviera a casarse, temerosa de que pudiera engendrar otro hijo, un segundo hijo que heredara parte de las tierras con derecho.

—E incluso si mi esposa te creyera, estaría aún más deseosa de que te echara de la casa de campo sin un centavo a tu nombre. —Su sonrisa hizo que escalofríos recorrieran su carne—. ¿Ahora puedes ver lo acertado de mi oferta?

Luchando por respirar, Shannon negó con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué hace esto ahora? He vivido en la casita de la viuda durante meses y ni una sola vez me ha hecho un avance impropio.

La agarró por la parte superior de los brazos, impulsándola más cerca hasta que quedó apretada contra su pecho.

—Porque mi esposa me vigilaba de cerca. Pero ahora que está encinta, ha centrado toda su atención en prepararse para el bebé dejándome convenientemente para perseguir mis propios placeres. —Frotó su mejilla contra la parte superior de su cabeza—. Y, mi querida madrastra, creo que te encontraré de lo más placentera.

—¡No! —Usando todas sus fuerzas, se zafó del agarre de Ronald—. Nunca aceptaré su vil propuesta.

Su expresión se endureció hasta convertirse en una máscara de fría furia.

—Entonces haz las maletas, porque ya no eres bienvenida en esta finca. —Girando sobre sus talones, fue y desbloqueó la puerta—. Ahora lárgate.

Recogiendo su orgullo a su alrededor como un manto protector, Shannon fulminó a Ronald con la mirada.

—Con mucho gusto —replicó con acritud. Saliendo a grandes zancadas de la casa solariega, Shannon cruzó a toda prisa los campos hasta su casa de campo. De pie en el borde de su jardín, mirando la casa que había sido su hogar durante los últimos seis meses, se apretó una mano temblorosa contra el estómago.

En nombre del cielo, ¿qué iba a hacer ahora?



—Estoy perdido con mi sobrina —admitió Desmond a Patrick.

—¿Cómo es eso?

Mirando alrededor de White's, Desmond se aseguró de que nadie pudiera oír su conversación.

—Su comportamiento es inaceptable. —Se inclinó hacia delante—. Anoche, llegó a casa después del amanecer, sin escolta.

Los ojos de Patrick se abrieron de par en par.

—Muy inapropiado —estuvo de acuerdo.

—Y ésa no fue más que la última de una larga lista de indiscreciones. —Suspirando, Desmond se pasó la mano por el pelo—. Lo he intentado todo para hacerle comprender que se destruirá a sí misma si destruye su reputación, pero se niega a escucharme.

—Entonces necesitas encontrar a alguien que la lleve por el buen camino.

—¿Cómo quién? Jocely es demasiado mayor para una institutriz.

Patrick sacudió la cabeza.

—No hablaba de una sirvienta, Desmond. Me refería a que ya es hora de que tomes una esposa.

—Ya he tenido una, gracias —espetó mientras le invadían duros recuerdos de Margot—. No tengo ningún deseo de volver a experimentar el matrimonio.

Dejando la copa, Patrick tamborileó con los dedos contra el brazo de su silla.

—Vamos, Desmond. Tienes que ser razonable. Sé mejor que la mayoría los problemas que tuviste con Margot, pero no todas las mujeres son como ella.

—Quieres decir que algunas son sinceras, pacientes y poseen esa cualidad escurridiza de la fidelidad —replicó Desmond secamente.

—Eso es exactamente lo que digo.

—Si encuentro la necesidad de compañía, compraré un sabueso.

—¿Uno que ayude a frenar las tendencias salvajes de tu sobrina? —preguntó Patrick de forma punzante—. Puede que no desees volver a considerar el matrimonio, Desmond, pero si quieres ayudar a Jocely, no veo que tengas muchas más opciones.

Aunque la sola idea hizo que se le apretaran las tripas, Desmond se obligó a considerar la sugerencia. Lo que decía su amigo era bastante cierto: si se casaba con una dama refinada, sería un buen modelo para su sobrina. Sin embargo, ¿cómo podría soportar casarse de nuevo?

—No sé si podría tomar otra esposa —admitió Desmond en voz baja.

—Claro que podrías. —Patrick extendió las manos—. Te casaste con Margot por amor, pero no sería el caso esta vez. De hecho, considerarías lógicamente todas tus opciones y luego elegirías a la dama que mejor se adaptara a tus necesidades. Si eliges con cuidado, puedes estar seguro de que ella actuará como corresponde a una duquesa. En cuanto a ti, tus emociones no estarían implicadas, así que no hay riesgo de que te angusties, aunque ella resulte no ser la pareja perfecta.

Dándole vueltas a la idea en su cabeza, Desmond empezó a aceptarla.

—Eso es ciertamente cierto. Y sería muy conveniente tener a alguien que evitara que Jocely me atormentara.

—En efecto, lo sería. —Sonriendo, Patrick se reclinó en su silla—. Si eliges sabiamente, Desmond, tu matrimonio sería un asunto de lo más apropiado, amigo mío.

Señor, le gustaba cómo sonaba eso. Desmond asintió lentamente.

—Creo que tienes razón, Patrick. Una novia culta podría ser exactamente lo que necesito para poner mi vida en orden.

—Ahora el único truco será encontrar una que se adapte —respondió Patrick riendo.

Una esposa adecuada, pensó Desmond, dándole vueltas a la frase en su mente. La dama perfecta sería refinada, decorosa y encantadora. En esencia, ella personificaría a una inglesa bien educada, siguiendo todas las reglas que él había leído en aquel libro la noche anterior, el de lady Shannon Bedford.

De repente, los años se le escaparon y recordó haber tenido en sus brazos a la primorosa Lady Shannon, paseándola por la habitación mientras ella le sermoneaba sobre la necesidad de seguir las reglas.

Un lado de su boca se torció hacia arriba.

—¿Recuerdas a Lady Shannon Bedford? Ella satisfaría perfectamente mis necesidades. Ella es, después de todo, la perfecta rosa inglesa, una joven muy correcta. —Levantó un hombro—. Lástima que se casara con Haywood después de su primera temporada.

—¿No se había muerto? Es viuda; Haywood falleció hace unos meses.

Enderezándose en su silla, Desmond miró fijamente a su amigo.

—¿Es viuda? ¿Estás seguro?

—Absolutamente —dijo Patrick con firmeza—. Me costaría olvidar al hijo de Haywood cacareando su buena fortuna. —Una mirada de disgusto ensombreció su expresión—. Imagínate regocijándose públicamente por la muerte de su padre. Mal hecho por su parte.

Pero Desmond no escuchó el resto de lo que Patrick decía; todos sus pensamientos estaban concentrados en una noción. La correcta Lady Shannon volvía a ser apta para un matrimonio.

Recordaba demasiado bien cómo se había reído de la idea de casarse con alguien tan aburrida como lady Shannon, cómo había desestimado las palabras de cautela de lady Bremley con respecto a Margot. Había pagado el precio de su insensatez. Nunca volvería a cometer ese error.

Capítulo 3



Una verdadera dama nunca toma una decisión precipitadamente.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

Mirando alrededor del salón de baile alegremente iluminado, Shannon no podía creer que sólo hubieran pasado dos semanas desde su horrible escena con el duque. Parecía otra vida.

—Alteza —exclamó Lady Bremley mientras se adelantaba para presionar con un beso la mejilla de Shannon—. Qué deliciosa sorpresa.

—Gracias, milady —murmuró Shannon, sonriendo con cariño a la mujer mayor—. Ha sido muy amable al invitarme.

Acariciando la mano de Shannon, Lady Bremley negó con la cabeza.

—Siempre es una invitada bienvenida en mi casa. Sus padres deben estar encantados de que se quede con ellos. Después de todo, ha estado alejada de la sociedad demasiado tiempo. Fue muy travieso por parte de Haywood llevarla a su finca y luego esconderla.

—En efecto. —Un pequeño escalofrío recorrió a Shannon al pensar en aquellos largos y difíciles años—. Muy travieso por su parte.

—Y sentí mucho su pérdida, mi querida Lady Haywood. —Lady Bremley chasqueó la lengua—. Ser viuda a tan temprana edad es una parodia.

No, la parodia era haber estado casada tanto tiempo.

—Gracias —devolvió Shannon, guardándose sus pensamientos.

—Aun así, su pérdida es nuestra ganancia, pues es maravilloso volver a tener su compañía. Apuesto a que sus padres están encantados de tenerla de visita.

Los sinceros sentimientos de Lady Bremley conmovieron a Shannon, pues sabía que sólo era cuestión de semanas que sus padres lo perdieran todo. Entonces los tres estarían buscando un nuevo hogar. Pasándose una mano por la mejilla, Shannon alejó el aterrador pensamiento cuando un caballero se unió a ellas.

—Buenas noches, Lady Bremley —murmuró, su voz grave y suave, mientras se inclinaba para presionar un beso sobre la mano de la anciana.

—Lord Waverly —murmuró Shannon sin aliento al verle enderezarse, con su pelo rubio arenoso brillando a la luz de las velas. Cortaba una buena figura con su atuendo immaculado. Los años no habían tocado sus facciones salvo para ahondar los hoyuelos a ambos lados de su boca.

Dirigió su penetrante mirada azul hacia ella y le mostró aquella sonrisa salvaje que tanto tiempo atrás la había afectado.

—Lady Haywood —dijo en voz baja, haciendo que Shannon volviera a recuperar el aliento. Levantándole la mano, le estampó un beso en el dorso del guante—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Para todos nosotros —añadió Lady Bremley, con su ávida mirada recorriéndolos—. Ya que ha estado fuera tanto tiempo, excelencia, puede que no se hayas enterado de que Lord Waverly ha heredado el título y es ahora el Duque de Blackwell.

—Es desafortunado que tal honor sólo pueda ganarse perdiendo a alguien a quien ama, ¿no es así, Alteza? —murmuró Shannon en voz baja.

Por su vida, Shannon no podía entender la extraña luz en los ojos de Lord Waverly. . . no, pensó, corrigiéndose mentalmente, en los ojos de Lord Blackwell.

—Me conmueve su preocupación —respondió él al cabo de un momento—. Tiene usted toda la razón, milady. Quería mucho a mi hermano.

—Lo siento mucho —dijo ella en voz baja.

Durante un breve instante, la expresión de Lord Blackwell reflejó su cruda pena, luego, en el instante siguiente, sus rasgos se suavizaron.

—Agradezco su simpatía. Aún me cuesta creer que mi hermano y su esposa se hayan ido. . . —respondió, su tono de voz reflejaba una pequeña parte de su angustia—. . . . dejando atrás a su hija.

—Oh, la pobre niña —jadeó Shannon—. Qué difícil debe ser haber perdido a ambos padres. ¿Qué edad tiene la niña?

—Dieciséis.

—Un momento muy difícil para una joven perder a su madre —se compadeció Shannon mientras soltaba el brazo de Lord Blackwell.

—Ciertamente lo es —estuvo de acuerdo con un asentimiento—. Y me temo que estoy lamentablemente poco preparado para proporcionarle la orientación que necesita.

Conociendo el pasado salvaje del duque, Shannon tendía a estar de acuerdo con él. Aun así, su sincera opinión no era lo que él necesitaba oír ahora.

—Si le habla con afecto y le proporciona una vida estable, estoy segura de que satisfará sus necesidades.

La mirada de inmensa satisfacción de lord Blackwell desconcertó a Shannon.

—Tenía la sospecha de que usted sabría qué hacer por ella.

—Asintió con firmeza—. Después de todo, usted es la experta en lo que se refiere a criar señoritas correctas.

—Escribí un libro sobre etiqueta, Alteza —le corrigió Shannon—. No mencionaba cómo afrontar la pérdida de seres queridos.

—Cierto, pero se puede encontrar consuelo dentro de la estructura, ¿no es así?

¿Confort dentro de la estructura? ¿Este sentimiento de un hombre que había abrazado los

placeres oscuros de la vida?

—Para muchos, eso es correcto —respondió finalmente.

—Creo firmemente que mi sobrina se beneficiaría de la estructura —replicó lord Blackwell.

Ahora lo entendía, pensó Shannon mientras una pequeña sonrisa jugueteaba en sus labios. Mientras que él podría deleitarse en la libertad de los dictados de la sociedad, su sobrina no se permitiría tal lujo.

—Si tanto le preocupa el asunto, le sugiero que busque una matrona que apadrine a su sobrina y la guíe por los entresijos del comportamiento adecuado —dijo Shannon, sintiendo ya un poco de lástima por la muchacha.

Un lado de su boca se curvó hacia arriba.

—Espléndida sugerencia, milady. Haré precisamente lo que me recomienda.

Levantándole la mano, lord Blackwell le estampó otro beso en los dedos y luego repitió su gesto hacia lady Bremley, que había estado observando atentamente su intercambio. Con una reverencia, se marchó, dejando a Shannon vigilando tras él.

—Dios mío. —Agitando su abanico, Lady Bremley refrescó su rostro enrojecido—. Prácticamente podía ver las chispas que saltaban entre ustedes dos.

Shannon no pudo contener su sorpresa.

—¿Chispas? ¿Entre Lord Blackwell y yo? —Se rio suavemente—. Me temo que se equivoca, milady. Si no recuerdo mal, Lord Blackwell siempre se sintió atraído por damas más . . . exuberantes que yo.

—Cierto, pero los años le han cambiado. —Lady Bremley le envió una mirada mordaz—. O quizás debería decir que su difunta esposa le cambió.

—¿Difunta esposa? —preguntó Shannon, involuntariamente arrastrada a la conversación—. Se casó con Lady Margot Benson unos meses después de su matrimonio con Su Alteza. —Inclinando su abanico frente a su cara, Lady Bremley se inclinó más cerca—. Lady Margot siempre fue un tipo salvaje y el matrimonio no la cambió ni un poco. Como usted no vino a la ciudad, nunca fue testigo de las broncas que tuvieron ese primer año de matrimonio. —Sacudió la cabeza—. Sus desacuerdos eran feroces y demasiado públicos para la sensibilidad de cualquiera. Después de un tiempo, lord Blackwell ya no asistía a las funciones sociales, pero su esposa seguía viniendo, comportándose de la manera más escandalosa.

Shannon no pudo evitar sentir cierta empatía con lord Blackwell. Después de todo, ella también había sufrido un matrimonio mal avenido. Pero al menos podía consolarse con el hecho de que su humillación permaneciera en privado.

Mirando a su alrededor, Lady Bremley añadió:

—Cuando murió en el accidente de barco en el Támesis, navegaba con su último amante, el conde de Barrow. —Suspiró pesadamente—. Por si fuera poco, Lord Blackwell se enfrentó poco después a la pérdida de su hermano y se convirtió en tutor de su sobrina. —Levantando las cejas, Lady Bremley fijó una mirada firme en Shannon—. Hay mucho que admirar en un hombre como lord Blackwell.

—Sin duda, y estoy segura de que la mayoría de las damas piensan lo mismo. —Sonriendo agradablemente a Lady Bremley, Shannon se excusó y se dirigió apresuradamente a los aposentos de las damas. Señor, ¡sálvala de las casamenteras!

Desde su posición cerca de la escalera, Desmond mantuvo la mirada fija en lady Haywood mientras se abría paso por el salón de baile. Su naturaleza tranquila y compasiva le atraía enormemente después de haber sufrido la fogosa personalidad de Margot. Shannon Hampsted, duquesa viuda de Haywood, se adaptaría perfectamente a sus necesidades.

—Te he visto charlando con lady Haywood —comentó Patrick al llegar junto a Desmond—. Y por la expresión de suficiencia en el rostro diría que la reunión debió de ir bastante bien.

—Me ofreceré por ella por la mañana —informó Desmond a su amigo. La declaración le pareció acertada. De hecho, había examinado esta decisión desde todos los ángulos durante las dos últimas semanas. Esta vez no iba a cometer un error precipitado. No, esta vez estaba abordando todo el asunto del matrimonio con la cabeza y no con el corazón.

Las cejas de Patrick volaron hacia arriba.

—¿De verdad? ¿No crees que estás precipitando un poco las cosas?

—En absoluto —respondió Desmond—. Debes recordar, Patrick, que este encuentro no requerirá un noviazgo. Planeo hacer una propuesta lógica a la dama, esbozando lo mutuamente beneficioso que sería un matrimonio para ambos, y, con suerte, ella aceptará mi propuesta.

—Qué conveniente —dijo Patrick secamente.

—Bien dicho. —Desmond asintió con firmeza—. Un matrimonio de conveniencia es precisamente lo que pienso ofrecer.

—¿Entonces no piensas acostarte con ella?

—No seas ridículo, Patrick. Claro que sí.

Sonriendo, Patrick murmuró:

—Y como Lady Haywood es de lo más atractiva no será una dificultad.

—No seas grosero —replicó Desmond—. Lo que quise decir es que aunque el matrimonio será por conveniencia, también deseo un heredero. —Un lado de su boca se torció hacia arriba—. Y como aún no he oído hablar de otro método para lograr ese objetivo. . .

Riendo, Patrick dio una palmada en el hombro de Desmond.

—Bien dicho. Aun así, me pregunto si la dama estará de acuerdo con su enfoque pragmático del matrimonio. La mayoría de las mujeres desean ser cortejadas.

La satisfacción se instaló en Desmond.

—Es cierto, pero por lo que parece, lady Haywood es una mujer sensata que verá la lógica de mi propuesta.

—¿Así que crees que se casará contigo simplemente porque ahora eres duque?

—En absoluto. Se casará conmigo porque no podrá permitirse no hacerlo.

Desmond sonrió ante la expresión de sorpresa de Patrick.

—Antes incluso de buscar a la dama, investigué su situación actual.

Durante un largo momento, Patrick se limitó a mirar fijamente a Desmond, y luego rompió a reír.

—Veo que estás decidido a abordar esto de la manera más profesional —dijo finalmente Patrick.

—Por supuesto —aceptó Desmond de buena gana—. Como hacía años que no veía a la dama, era prudente por mi parte asegurarme de que seguía siendo todo lo que recordaba.

—¿Así que supongo que no había esqueletos revoloteando en su armario? —murmuró Patrick riendo.

—Ni uno —respondió Desmond—. Sin embargo, me enteré de que Lady Haywood se quedó prácticamente sin un centavo tras el fallecimiento de su marido, ya que toda su herencia estaba vinculada.

—Por eso estás convencido de que ella accederá a tu propuesta sin protestar —concluyó Patrick con precisión.

—Precisamente. Y por si recuperar su estatus financiero no fuera suficiente incentivo, también he descubierto el hecho de que su padre sufrió recientemente algunas deudas de juego bastante grandes. —Cruzándose de brazos, Desmond se balanceó sobre sus pies—. Naturalmente, me ofreceré a comprar las deudas de su padre y regalárselas como obsequio de boda.

—Diablo romántico —replicó Patrick, sacudiendo la cabeza—. ¿Planea entonces visitarla mañana?

—No. Haré que mi hombre de negocios la llame para hacerle la oferta.

—¿Qué?

—No veo por qué eso te sorprende. Tanto el delicado asunto de ofrecerme a pagar la deuda de sus padres, como su necesidad financiera, no es un tema apropiado de discusión entre nosotros, sino más bien un asunto de negocios.

—Aunque sin duda se sentirá incómoda discutiendo su grave situación financiera con tu agente, estoy seguro de que se sentiría totalmente mortificada si lo discutiera contigo —aceptó Patrick de inmediato.

—Precisamente a eso me refiero. —Asintiendo con firmeza, Desmond sonrió a su amigo—. Abordar todo este asunto de forma directa y sin emociones es lo mejor para todos los implicados.



Al bajar la escalera de la casa de la ciudad de sus padres, Shannon se dio cuenta de que en sus oídos aún resonaban los lamentos de su madre sobre su funesto futuro. Toda la mañana Lady Mansfield había llorado por la pérdida de su casa, su estilo de vida, su posición. . . y, lo peor de todo, Shannon sabía que su madre tenía razón.

Respirando tranquilamente, Shannon entró en el salón delantero.

—¿Sr. Harley?

—Alteza —murmuró él, inclinándose ante ella—. Gracias por acceder a verme.

Después de leer la intrigante nota del Sr. Harley en la que decía que era el hombre de negocios de Lord Blackwell, había sentido demasiada curiosidad como para plantearse rechazarlo. Acomodándose en una silla, hizo un gesto hacia la tumbona que tenía enfrente.

—Por favor, póngase cómodo, señor Harley. ¿Le apetece un té?

—No, gracias, Alteza. Si no le importa, preferiría ir directamente al grano de mi llamada.

Shannon se reclinó en su silla y cruzó las manos sobre su regazo.

—Por favor, proceda —invitó.

—Como mencioné en mi nota, Su Gracia, Lord Blackwell, me pidió que la llamara para exponerle su propuesta.

Levantando ambas cejas, Shannon preguntó suavemente:

—¿Una propuesta de qué naturaleza?

—De matrimonio, Alteza.

Su codo resbaló del brazo de su silla.

—¿De matrimonio? —¿Con Lord Blackwell? Dios mío, ¡sólo había visto a ese hombre dos veces!— ¡Seguro que se equivoca!

El Sr. Harley sacudió la cabeza.

—No hay ningún error, Lady Haywood. Su Gracia fue muy específico sobre su propuesta y creyó que usted la encontraría de naturaleza atractiva.

—Si de verdad creía eso, ¿por qué no está sentado ante mí ahora? —replicó ella rápidamente.

Moviéndose en su asiento, el Sr. Harley tiró de su cuello.

—Porque Su Gracia sintió que la . . . delicada naturaleza de su propuesta sería más fácilmente recibida por mí.

—¿Naturaleza delicada? —preguntó Shannon con recelo.

El señor Harley bajó la mirada.

—Su Gracia le ofrece un precio matrimonial de lo más generoso si usted acepta sus condiciones.

Se le cortó la respiración al darse cuenta de que lord Blackwell estaba intentando comprarla. Antes de que pudiera escupir su negativa, el señor Harley continuó esbozando la propuesta.

—Las únicas disposiciones de Su Alteza son que permanezca leal al estado del matrimonio, que otorgue honor al linaje Blackwell y que guíe a su sobrina en su primera Temporada —terminó apresuradamente. A cambio, todas las deudas de la familia serán pagadas en su totalidad.

Su indignada negativa murió en sus labios.

—¿Todas las deudas de mi familia? —preguntó, preguntándose cuánto había descubierto lord Blackwell sobre los problemas financieros de sus padres.

La respuesta del señor Harley respondió a esa pregunta.

—Todas las deudas. . . incluidas las contraídas por miembros de su familia.

Acomodándose en su silla, Shannon se obligó a considerar la propuesta. El matrimonio con lord Blackwell resolvería tantos problemas, pero ¿podría hacerlo? ¿Podría intercambiarse a sí misma a cambio de la seguridad financiera de su familia? Y si se negaba, ¿podría vivir sabiendo que podría haber evitado que sus padres, su amado padre, fueran expulsados de su hogar? Golpeando con los dedos el brazo de su silla, dio vueltas a los hechos en su mente.

Esta vez entraría en el matrimonio como una mujer madura en lugar de como una muchacha ingenua. Y, bien lo sabía el cielo, lord Blackwell era mucho más atractivo para sus sentidos de lo que nunca lo había sido su anterior marido. Aun así, sus atributos físicos no hacían más atractiva la idea.

Sin embargo, la tristeza que había vislumbrado en su interior sí lo hacía. También la había conmovido su preocupación por su sobrina. Tal vez lord Blackwell sería un marido aceptable. Sin embargo, ¿cómo podía estar segura? Tal vez podría exponer algunas de sus propias disposiciones y, si lord Blackwell aceptaba, sabría que era un hombre razonable.

—Sr. Harley —comenzó mientras se inclinaba hacia delante—, puede transmitir mi aceptación a Su Gracia. . .

Una enorme sonrisa le partió la cara.

— . . . con una condición.

Ella observó divertida cómo la cautela aparecía en su expresión.

—¿Y cuál sería, Alteza?

—Que Lord Blackwell acepte algunas disposiciones. Después de todo, si él es libre de esbozar algunas condiciones de matrimonio, entonces yo también debería serlo, ¿no cree? —preguntó ella.

—No creo que a Su Gracia le importe demasiado. . . si las disposiciones son razonables, claro.

—Ciertamente yo no haría demandas escandalosas a Su Señoría —murmuró Shannon—. Trabajaré en ellas esta misma tarde y se las enviaré a su despacho.

Sonriendo ampliamente, el señor Harley se puso en pie.

—En cuanto las reciba, se las ofreceré a Su Alteza para que las revise.

—Muy bien. —Sintiendo una sensación de expectación, Shannon se levantó para acompañar al Sr. Harley hasta la puerta—. Esperaré su respuesta.

En cuanto Shannon cerró la puerta tras el Sr. Harley, se apresuró hacia el escritorio y comenzó su lista, eligiendo todas y cada una de las palabras con sumo cuidado.

Capítulo 4



Las damas de alcurnia se inclinan ante los deseos de sus maridos.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

—¿Cincuenta y seis disposiciones? —Desmond miró incrédulo la gavilla de papeles que tenía en la mano—. ¿Está loca la mujer?

—No me pareció tal, Alteza. —Harley se levantó de detrás de su escritorio—. Pero como le decía, milord, acabo de recibir los papeles hace unos momentos y aún no los he revisado yo mismo. Le habría llamado para que los entregara en una hora, como habíamos acordado.

Agitando la mano, Desmond desestimó la protesta de su agente.

—Me cansé de esperar una respuesta, así que vine a sus oficinas en su lugar. —Se acomodó en una silla—. Y ya que estoy aquí, podemos revisar juntos estas ridículas disposiciones. —Levantando la hoja de papel superior, Desmond leyó la primera petición—. Número uno. A Su Alteza se le permitirá comprar un mínimo de tres vestidos nuevos al mes. —Desmond puso los ojos en blanco—. Número dos. A Su Alteza se le permitirá comprar un mínimo de tres sombreros nuevos al mes. —Esta vez resopló con sorna—. ¡Dios mío! ¡Qué tontería!

—Por favor, Alteza, preferiría tener la oportunidad de revisar...

—¿Revisar qué, Harley? ¿Esas ridículas peticiones? —preguntó Desmond con una risa mientras golpeaba los papeles—. Haywood debía de ser un viejo avaro si Lady Shannon se sintió obligada a hacer peticiones tan frívolas.

Harley le tendió la mano.

—Si me permite ver las páginas, Alteza. Me sentiría mejor sí. . .

Pero Desmond se estaba divirtiendo demasiado con las inanes peticiones.

—Número treinta y cuatro. A Su Alteza se le permitirá montar en parques públicos con escolta. —Sacudió la cabeza—. ¿Creía que había planeado encerrarla? —Sin embargo, haciendo memoria, se dio cuenta de que Haywood había hecho precisamente eso. Después de su boda, Lady Shannon había permanecido en la finca de Haywood, faltando temporada tras temporada.

Quizás estas peticiones no eran tan frívolas después de todo.

—Sin duda firmaré estas disposiciones —anunció Desmond mientras se ponía en pie y alcanzaba la pluma de Harley. Con una floritura, firmó con su nombre la última página de las disposiciones, ignorando las continuas protestas de Harley—. De hecho, creo que se las

devolveré a la propia dama.

Doblando los papeles, los metió en el bolsillo de su abrigo.

—Excelente trabajo, Harley —dijo y se dirigió a la casa familiar de lady Haywood.



Alisándose las faldas, Shannon dobló la esquina del salón de sus padres.

—Lord Blackwell —murmuró, adelantándose con la mano extendida—. Qué alegría volver a verle.

Su atractiva sonrisa la dejó sin aliento.

—Milady —le devolvió él, manteniendo la mirada en su rostro mientras se inclinaba sobre su mano para presionar un beso sobre sus dedos.

—¿A qué debo este honor, Alteza? —preguntó ella, retirando discretamente la mano de su inquietante apretón.

—Por favor, llámeme Desmond. —Su sonrisa se ensanchó—. Vamos a casarnos, después de todo.

—¿Lo haremos? —Shannon apretó las manos contra su falda para ocultar que le temblaban los dedos—. ¿Ha visto entonces mis provisiones, milord?

—Desmond —corrigió él, antes de continuar—: Y para responder a tu pregunta, sí. No sólo he visto tus peticiones, sino que también he accedido a ellas... a las cincuenta y seis.

—Supongo que consideras bastante atrevido por mi parte pedir tantas dispersiones —replicó ella con recelo, esperando que él argumentara algunos de los puntos.

Pero lord Blackwell la sorprendió.

Metiendo la mano en el bolsillo de su abrigo, sacó los papeles y se los entregó.

—Si la naturaleza de tus peticiones es un indicio del estado de tu anterior matrimonio, tus peticiones son perfectamente comprensibles y bastante razonables.

Apretando los papeles contra su pecho, ella murmuró:

—Gracias, milord.

—Desmond. —Sus ojos se arrugaron en las comisuras con su amplia sonrisa—. Veo que tendremos que trabajar en eso, ¿verdad?

—Tal vez —dijo ella, devolviéndole la sonrisa—, pero por suerte suelo aprender rápido. . . Desmond.

Él soltó una carcajada.

—Creo que nos llevaremos espléndidamente —pronunció finalmente.

—Estoy de acuerdo —devolvió ella, sintiendo más esperanza en el futuro que nunca. Un

cómodo silencio se hizo entre ellos hasta que Desmond finalmente se aclaró la garganta—. Supongo que debería seguir mi camino —dijo, haciendo un gesto hacia la puerta.

—Muy bien. —Por extraño que pareciera, sintió reticencia a verle marchar—. Sin embargo, si deseas quedarte, podría pedir té para nosotros y podríamos conocernos mejor.

—Por muy agradable que suene, tengo algunos asuntos que atender —le devolvió con suavidad—. Como hacer los preparativos para nuestra ceremonia de matrimonio.

Su tono quebradizo parecía tan en desacuerdo con su risa de hacía unos momentos.

—Me parece bien —le informó ella con cautela—. Y le enviaré mi lista de personas que deberían recibir una invitación.

—¿Una lista? —Las cejas de Desmond se fruncieron—. Confío en que sea más corta que sus peticiones anteriores. Preferiría una ceremonia pequeña.

Un poco de su optimismo comenzó a desvanecerse.

—Naturalmente.

Se inclinó hacia delante y le estampó un beso en la mejilla.

—Estoy deseando que nuestra unión sea mutuamente satisfactoria.

Apretándole el hombro una vez, le sonrió antes de inclinarse y salir de la habitación. En cuanto se hubo ido, ella se hundió en una silla, intentando asimilar el extraño giro de los acontecimientos.

Un maullido procedente de la puerta abierta captó su atención.

—Charlie —murmuró Shannon, acariciando su regazo. Aceptando la invitación, el gato saltó y empezó a frotar su cuerpo contra ella.

Abrazando más fuerte a su mascota, Shannon sonrió al recordar las protestas de su madre por tener un gato, especialmente uno que se parecía a Charlie, en casa.

Apretando su mano alrededor del acuerdo, Shannon dejó que sus preocupaciones se alejaran.

—Seremos muy felices en nuestro nuevo hogar —le aseguró al gato—. Después de todo, tengo pruebas de que el duque es un tipo comprensivo. Aceptó cada una de mis estipulaciones sin un murmullo, ¿verdad?

Charlie empezó a ronronear más fuerte.

—Mientras estés seco y alimentado, no le importa dónde vivas, ¿verdad? —preguntó Shannon riendo—. Esperemos que Lord Blackwell se satisfaga tan fácilmente.



El ministro, Desmond y los otros pocos invitados esperaban su respuesta.

El pánico se apoderó de Shannon, congelando las dos palabras en su garganta. No podía

hacerlo. No podía casarse con este hombre que era prácticamente un extraño. Frenéticamente, miró alrededor de la sala. . . y su mirada se posó en su padre. Le dedicó una sonrisa alentadora y una mirada cariñosa que calmó sus nervios. Ahí estaba la razón por la que tenía que seguir adelante con este matrimonio.

Tragando con dificultad, Shannon finalmente susurró:

—Sí, quiero.

Sin dudarle un instante, Desmond deslizó un anillo en su dedo. Mirando la esmeralda montada en oro, sintiendo el peso del anillo, Shannon reprimió otro breve brote de pánico. Su nuevo marido se merecía algo mucho mejor que una mujer que recelaba de la mera noción del matrimonio.

Levantando la barbilla, Shannon liberó su aliento contenido y sonrió a Desmond.

— Ya puedes besar a la novia —pronunció el ministro, cerrando su Biblia con firmeza.

Oh, Señor. Shannon luchó para que su nerviosismo no se reflejara en su rostro mientras Desmond se inclinaba hacia ella. Este hombre seguía siendo un extraño para ella. No le conocía ni sabía lo que él. . .

El roce de sus labios sobre los de ella desintegró todo pensamiento racional. Tiernamente apretó su boca contra la de ella, sorbiendo ligeramente sus labios hasta que ella los separó instintivamente. Sus alientos se mezclaron, más dulces de lo que ella había imaginado posible. Después de los besos secos y sin pasión que había soportado durante su matrimonio, este suave beso la cogió desprevenida y la dejó sin aliento.

Antes de que tuviera la oportunidad de hundirse en la dulzura, de saborear a Desmond a cambio, él se enderezó, rompiendo el beso, dejándola con ganas de más. Desconcertada, volvió a acomodarse sobre los talones, sorprendida de que en algún momento del breve beso, se hubiera levantado sobre las puntas de los pies para profundizar el contacto.

Sus dedos temblaban al apretarlos contra sus labios mientras los invitados estallaban en aplausos y vítores de buenos deseos.

—Felicidades a los dos —atronó su padre, mostrando su encantadora sonrisa a Desmond—. Eres un bienvenido miembro de la familia.

Dios, rogó que su padre tuviera razón.

—Gracias, papá.

Desmond curvó el brazo alrededor de la cintura de Shannon y tiró de ella para acercarla.

—Le agradecemos sus buenos deseos, señor.

La sonrisa de su padre aumentó.

—Que sea Richard —le instó, alcanzando a agarrar el hombro de Desmond en masculina camaradería—. Ahora somos familia, después de todo.

Cuando Desmond la rodeó con el brazo, le devolvió todas las sensaciones curiosas que había experimentado cuando la había besado.

—¿Habéis planeado alguna fiesta para celebrar vuestras nupcias? —preguntó la madre de Shannon cuando se unió al trío—. Es lo más apropiado, después de todo.

—Aunque eso es cierto, me temo que tendremos que posponer cualquier viaje. Creo que es imperativo que la nueva Lady Blackwell comience a guiar a mi sobrina durante la próxima Temporada.

El calor en el interior de Shannon se agotó ante su respuesta.

—Una idea de lo más sensata —respondió Lady Mansfield con un asentimiento.

Y lo era, Shannon lo sabía, pero el beso de Desmond la había afectado tan profundamente que había olvidado tontamente que ella era simplemente un trato negociado con éxito. Sutilmente se apartó de su agarre.

Cuando la mano de Desmond cayó a su lado, él no hizo ninguna pausa en su conversación con sus padres, ni siquiera se dio cuenta de que ella había roto su contacto. ¿Y por qué iba a hacerlo? se preguntó Shannon.

Este matrimonio era un acuerdo de negocios y más le valía recordarlo, independientemente de lo tentadores que le parecieran sus besos.



El agotamiento pesaba sobre Shannon mientras le daba las buenas noches a su criada. Había sobrevivido al día, soportado la atención, aceptado las felicitaciones, ignorado la gélida bienvenida de su nueva sobrina y se había comportado de forma amistosa con Desmond. Pero ahora, por fin, podía relajarse.

Se le escapó un suspiro mientras miraba alrededor de su lujosa suite. Desde luego, su marido no era un tipo tacaño si sus habitaciones eran un indicio, pensó Shannon mientras se quitaba el chal de los hombros. Acuarelas colgaban de la pared, elegantes guirnaldas enmarcaban las dos puertas y una enorme cama con dosel llenaba la mayor parte de la habitación. Arrojando el trozo de seda sobre el respaldo de una silla cercana, se acercó al fuego, extendiendo las manos hacia el calor.

Perdida en sus pensamientos, Shannon tardó un momento en reconocer el suave maullido. Inmediatamente, se apartó de la chimenea y empezó a buscar a su gato.

—Charlie —llamó, recibiendo un maullido como respuesta. Arrodillándose, Shannon levantó el guardapolvo y echó un vistazo bajo la cama.

Un par de ojos le devolvieron el brillo desde la oscuridad.

—Ahí estás —murmuró Shannon mientras extendía una mano hacia su mascota.

El sonido de la puerta tras ella al abrirse la sobresaltó y sacudió la cabeza hacia arriba, golpeándola contra el marco de la cama.

—¡Ay!

—Debo decir, mi querida Shannon, que tienes una forma muy inusual de saludar a tu marido.

Capítulo 5



Una dama acepta su situación sin recato.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

Sabiendo perfectamente la imagen que presentaba a Desmond con su trasero apuntándole, Shannon se arrastró hacia atrás con un movimiento torpe hasta que hubo despejado la cama.

Acomodándose de nuevo sobre las rodillas, se frotó el punto dolorido de la cabeza mientras miraba a su marido. Verle en bata la alarmó.

Le tendió una mano.

—Permíteme que te ayude. . .

—No, está bien —murmuró ella mientras se agarraba al borde de la cama y hacía palanca para ponerse de pie—. Soy perfectamente capaz de valerme por mí misma.

Sus cejas se alzaron y, tras un momento, Desmond permitió que su mano volviera a caer a su costado.

—Soy muy consciente de que eres capaz de esa hazaña. Simplemente pensé en ofrecerte mi ayuda. Es una de esas molestas reglas que me enseñaron sobre ser un caballero.

Sus mejillas se calentaron.

—No era mi intención parecer menos que agradecida por sus esfuerzos, milord.

A Desmond se le escapó un profundo suspiro.

—¿Vuelvo a ser «milord» tan pronto? —Torciendo un lado de la boca hacia arriba, extendió los brazos—. Esperaba que, puesto que ahora tengo derecho a presentarme ante ti en estado de desnudez, considerarías oportuno dirigirte a mí por mi nombre de pila.

—Sí. . . por supuesto. . . Es sólo que usted. . . —Dejando de tartamudear, Shannon tomó aire para reequilibrar las emociones que se agitaban en su interior—. ¿Puedo preguntarte por qué me has llamado a estas horas tan tardías?

Ambos lados de su boca se curvaron hacia arriba ahora en una sonrisa demasiado tentadora.

—Creo que es bastante obvio —murmuró él, acercándose.

Sintiéndose como un conejo bajo la feroz mirada de un halcón, Shannon dio un paso atrás, hasta apoyarse en el borde de la cama.

—En circunstancias. . . normales, lo sería, pero desde. . .

—Shhhh —murmuró él, levantando las manos para acariciarle la cara. Cuando él se acercó aún más, Shannon sintió el calor de su cuerpo fundiéndose con el de ella, sofocando cualquier impulso de protestar por las intimidades—. Tu reticencia es perfectamente comprensible, Shannon, pero prometo ser suave contigo.

El tono bajo de su voz la hipnotizó y permaneció inmóvil mientras Desmond bajaba la cabeza hacia ella. Suavemente, rozó sus labios con los de ella, el roce plumoso tentadoramente breve. Un suspiro de satisfacción se le escapó cuando Desmond volvió a rozar sus labios con los de ella. Esta vez, sin embargo, profundizó el beso, presionando sus labios sobre los de ella, mordisqueando el borde de su boca, lamiendo la costura entre sus labios.

Apoyando las manos en los brazos de Desmond, Shannon se estabilizó contra él mientras su beso hacía que su cabeza diera vueltas con deseos nunca antes experimentados. Inconscientemente, se inclinó hacia él, pidiéndole más en silencio.

Y Desmond le respondió de buena gana.

Deslizando las manos por su pelo, a lo largo de la curva de su cuello y alrededor de su espalda, la arqueó hacia él mientras profundizaba aún más el beso, hundiendo la lengua entre sus labios separados. Aturdida, Shannon sólo pudo aferrarse a Desmond mientras el deseo la azotó ante el intercambio carnal. Todo su cuerpo empezó a hormigear mientras Desmond le acariciaba la columna con las manos.

Poco a poco, disminuyó la intensidad del beso, hasta que finalmente levantó la cabeza. La luz ardiente de su mirada hizo que su corazón se acelerara al ver promesas eróticas entre las llamas.

—Oh, vaya —ronroneó ella, levantando una mano para presionar unos dedos temblorosos contra sus labios—. No me había dado cuenta de que un beso pudiera ser tan. . . maravilloso.

—Creo que ambos obtendremos placeres inesperados de este matrimonio —murmuró Desmond mientras empezaba a bajar la cabeza una vez más.

—En efecto —convino ella, sintiéndose mucho más optimista sobre su futuro que esta mañana—. Tu decisión de darme un beso de buenas noches fue absolutamente inspirada.

Su cabeza se levantó bruscamente.

—¿Un beso de buenas noches? —Desmond frunció ligeramente el ceño—. Estoy lejos de estar preparado para decir buenas noches.

Su corazón se aligeró aún más.

—¿Entonces te gustaría hablar? Sin duda, vuelves a tener razón —declaró Shannon feliz—. Nos conoceríamos más rápidamente si intercambiáramos confidencias de medianoche.

Soltándola, Desmond dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza.

—No quería decir que me gustaría charlar junto a la chimenea contigo, Shannon. Después de todo, ésta es nuestra noche de bodas.

—Cierto —reconoció ella, volviéndose recelosa cuando la expresión de Desmond permaneció sombría—, pero como nuestro acuerdo establece claramente que no nos entregaremos a. . . intimidades durante un mínimo de seis meses, me temo que no entiendo lo que quieres decir.

—¿Seis meses?

Shannon se estremeció ante el grito de Desmond.

—Por favor, Desmond —dijo ella—. No hay necesidad de enfadarse.

—¿No hay necesidad de enfadarse? —repitió él, sin bajar un ápice la voz—. ¿Afirmas que he renunciado a mis derechos maritales durante seis meses y esperas que no proteste?

—No estoy afirmando nada que no sea la verdad —replicó Shannon mientras le dirigía una mirada ecuánime—. Leíste el acuerdo, ¿verdad?

Pasándose la mano por el pelo, Desmond empezó a pasearse por la habitación.

—Todo lo que pediste fueron adornos y libertad para vestirse como quisieras. —Deteniéndose, le sacudió el dedo—. No se mencionó esta petición escandalosa.

Ella asintió lentamente.

—Número veintiséis.

—¿Veintiséis? —Este bramido hizo temblar la habitación—. Pedirme que renuncie a buscar placer en mi lecho matrimonial durante seis meses debería haber sido tu primera petición. —De repente, la atravesó con la mirada—. Pero sabías que te rechazaría, ¿verdad? Escondiste a propósito esa pequeña sorpresa entre todas tus insensatas peticiones y esperaste que yo no leyera todas esas ridículas disposiciones.

—No hice nada de eso —replicó ella, sintiendo una punzada de culpabilidad, ya que eso era precisamente lo que había hecho.

Desmond frunció el ceño con fiereza.

—No ha pasado ni un día de matrimonio y descubro que me has traicionado.

—¿Traicionarte? —Ella echó la cabeza hacia atrás—. Difícilmente. En todo caso, tú me traicionaste a mí.

Cruzando los brazos sobre el pecho, Desmond levantó una ceja.

—Por favor, dime con precisión cómo has llegado a esa conclusión.

—Me presentaste una oferta para un matrimonio de conveniencia y yo te presenté una lista de mis condiciones a cambio. Tú aceptaste esas condiciones, así que acepté tu oferta. —Arrojándose más con su chal, Shannon se encontró con su fría mirada—. Ahora tienes el descaro de acusarme de traicionarte cuando es culpa tuya si no leíste bien mis peticiones.

—Te propusiste engañarme deliberadamente —espetó entre dientes apretados.

—¿Y qué si lo hice? —le espetó ella—. La única forma de haberte engañado es que fueras tan tonto como para firmar un contrato sin leerlo antes.

Su cabeza se echó hacia atrás como si ella le hubiera golpeado.

—Muy bien, señora. La dejaré en su frío lecho nupcial y la felicitaré por organizar un comienzo tan poco propicio para nuestro matrimonio.

—Gracias, milord.

Su agria respuesta le valió una mirada fulminante de Desmond antes de salir de la habitación. La puerta se cerró tras él con un chasquido que sonó como la tapa de un ataúd al

cerrarse.

Un buen comienzo para su matrimonio.

El impulso de volver a llamarle era fuerte. ¿Por qué no había intentado hacérselo entender? Si ella le hubiera hablado de su primer matrimonio, tal vez él lo habría entendido.

Hundiéndose en el borde de la cama, Shannon enterró la cara entre las manos. Pero para hacerle comprender, se habría visto obligada a exponer sus secretos más oscuros. ¿Cómo habría podido mirar a su nuevo marido y contarle su falta de experiencia en el lecho conyugal? ¿Comprendería él su vergüenza por los incómodos manoseos que había soportado a manos de Leonard?

Dejando caer las manos sobre su regazo, Shannon se dio cuenta de que su petición aún tenía sentido. Una vez que Desmond se recuperara de su conmoción al saber que ella le había engañado, vería que su deseo de conocerse, de superar su miedo al lecho conyugal antes de intimar era una decisión sólida. Aun así, su reacción le pareció poco alentadora.

Charlie saltó a su regazo y empezó a frotar la cabeza contra ella.

—Lo entiendes, ¿verdad? —murmuró ella.

Su sonoro ronroneo le tranquilizó el corazón. No podía olvidar todo lo que había ido bien esta noche. Nunca había sabido que un beso pudiera ser tan dulce, tan tentador, tan maravilloso. Levantando la mano, se tocó los labios, intentando recuperar los sentimientos que Desmond había invocado. En todos sus años de matrimonio, nunca había sentido siquiera un atisbo de deseo, y sin embargo, con un beso, Desmond le hizo comprender todos los murmullos que llenaban el salón de señoras.

—Te diré una cosa, Charlie —empezó Shannon, mirando a su gato—, si los besos de Desmond son un indicio, puede que mi nuevo lecho matrimonial no me resulte tan desagradable como el anterior.



Su plato de arenques tenía un aspecto decididamente poco apetitoso. Dejando el tenedor con disgusto, Desmond sabía que no comería nada en esta mañana brumosa. Estaba de mal humor. . . y la razón de su mal humor acababa de entrar en el comedor.

—Buenos días, Desmond —dijo Shannon brillantemente, ofreciéndole una sonrisa igualmente brillante.

Desmond no podía creer lo que veían sus ojos. Señor, ¿estaba loca la mujer? ¿Lo echó de su cámara nupcial y esperaba que él la saludara con una sonrisa y una bienvenida soleada? Era evidente que su mujer sufría delirios si ése era el caso.

Dejó que su fría mirada respondiera por él.

Su sonrisa vaciló, pero permaneció firmemente fija en su sitio.

—Veo que no estás de humor para hablar esta mañana —dijo mientras tomaba asiento

frente a él.

—No me imagino por qué —respondió él secamente.

Sonrojada, Shannon se inclinó hacia delante para mirarle.

—Comprendo que sigas disgustado, pero esperaba que hubieras llegado a ver lo acertado de mi petición. Después de todo, he dejado a un lado mi decepción por no haber leído el contrato.

—Bravo por usted, señora. —Desmond arrojó su servilleta sobre la mesa—. Perdóneme si me resulta difícil pasar por alto el hecho de que mi esposa me engañó incluso antes de casarnos.

—Como te señalé anoche, si tan sólo hubieras. . . —Shannon interrumpió su protesta. Respirando hondo, comenzó de nuevo—. No tiene sentido discutir. Estamos casados y debemos encontrar una manera de vivir juntos pacíficamente.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? ¿Esperas que meta el rabo entre las piernas como un perro azotado y. . .? ¡Dios mío! ¿Qué demonios es esa cosa? —Desmond terminó con un rugido al divisar a la fea criatura que se paseaba por el comedor.

Shannon se puso rígida ante su arrebató. Levantando la barbilla, se dio una palmada en la rodilla e invitó al gato a subirse a su regazo.

Con los ojos bizcos, el color moteado, una oreja desgarrada y la cara puntiaguda, el animal era, con diferencia, el más feo que Desmond había visto nunca.

—Éste es Charlie —pronunció Shannon—, y es mi mascota.

Desmond sacudió la cabeza. No estaba dispuesto a tener a esa criatura mestiza en su casa.

—¡Ya no! Ese gato no es bienvenido en mi casa —afirmó con firmeza.

—¿No querrás decir nuestra casa? —replicó Shannon con frialdad.

Era demasiado para Desmond. ¿Quién se creía que era esa mujer, que entraba en su casa, lo engañaba para que renunciara a los placeres del matrimonio y luego intentaba manipularlo para que se doblegara a su voluntad? Colocando ambas manos sobre la mesa, dijo en tono mesurado:

—Como esposa mía, accederás a mis peticiones sin discusión. . . y te informo de que no quiero un gato sarnoso de establo vagando por mi casa.

Acercando el gato a ella, Shannon le fulminó con la mirada.

—Me temo que has expresado tu disgusto demasiado tarde, Desmond, pues ya aceptaste permitir que Charlie entrara.

—No hice nada de eso. . . —Abruptamente, Desmond se interrumpió con una aguda maldición—. Es ese maldito acuerdo otra vez, ¿no?

Una sonrisa triunfante ladeó las comisuras de la boca de Shannon.

—El número cuarenta y nueve, para ser exactos.

Mirándola fijamente a través de una neblina de furia, Desmond controló el impulso de sacudir a su esposa. ¡Un día aquí y lo único que había conseguido era enfurecerle! ¿Cómo podía un dechado de virtudes causar tales estragos en su vida? Levantándose de la silla, se inclinó hacia su mujer.

—Así no es como debe comportarse una esposa como Dios manda —le espetó—. ¡En absoluto!

—Quizá no —convino ella en tono claro—, pero es cómo se comporta tu esposa.

Sintiendo que se le escapaba el tenue control sobre su ira, Desmond salió de la habitación. Al parecer, no había aprendido nada de su primer matrimonio desastroso, pues una vez más se había resignado al infierno.

Cuando se desvaneció el sonido de las botas de su marido pisoteando el suelo, Shannon soltó su aliento contenido y acarició a Charlie, que se acurrucó en su regazo. Era terrible empezar el día con semejante disgusto.

—Toda una pareja cariñosa, por lo que veo.

Incorporándose, Shannon miró a la joven que entraba en la habitación.

—Buenos días —dijo, ignorando la grosería de la niña.

La niña apoyó las manos en las caderas.

—Difícilmente creo que esto pueda calificarse de buenos días —se burló.

Agitando una mano hacia las sillas, invitó a la niña a sentarse.

—Si estás decidida a ser grosera, al menos siéntate, ya que me supone un gran esfuerzo para el cuello mirarte.

Volando hacia la silla más cercana, Jocely se sentó y fulminó con la mirada a Shannon.

—Que haya tomado asiento no significa que tenga derecho a darme órdenes.

Shannon sacudió la cabeza.

—Dios santo, ¿no te cansa de ser tan desagradable? Juro que entre tú y tu tío no he oído ni una palabra alegre en toda la mañana.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Bienvenida a mi casa? ¿Qué estoy deseando que me dé órdenes e intente comportarse como mi madre? —replicó Jocely con un resoplido de burla.

—No tengo ningún deseo de ser tu madre —replicó Shannon suavemente a medida que iba comprendiendo. Jocely acababa de perder a sus dos padres, de mudarse con su irritable tío y de ser empujada a su primera Temporada. Cualquiera de esos acontecimientos bastaría para poner a una chica a la defensiva, y mucho menos los tres a la vez—. Sin embargo, me gustaría mucho ser tu amiga.

La cautela y la esperanza se mezclaron en la mirada de Jocely mientras luchaba por mantener su expresión hostil. La mirada derritió a Shannon. Casualmente, se sirvió una taza de té.

—Había planeado hacer unas compras esta tarde. —Sonrió a su sobrina—. ¿Te gustaría acompañarme? Sería una forma encantadora de conocernos.

Cuando la mirada de Jocely se iluminó, se olvidó de parecer furiosa.

—Podría aliviar el aburrimiento —dijo finalmente encogiéndose de hombros.

Shannon parpadeó dos veces, antes de estallar en carcajadas.

—Sí, pero ten cuidado con lo que dices o podría pensar que estás deseando ir de compras

conmigo.

Los labios de Jocely se crisparon.

Llevándose una mano a la mejilla, Shannon exclamó:

—Vaya, casi sonríes. Dios mío, ¿qué pensaría entonces?.

Todo el rostro de Jocely se transformó con su sonrisa. Complacida por su éxito, Shannon echó hacia atrás su silla y arropó a Charlie con un brazo.

—¡Dios santo! ¿Qué demonios es esa cosa?

Capítulo 6



Bajo ninguna circunstancia debe una dama expresarse de forma vulgar.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

Un duro nudo se le apretó en la boca del estómago cuando Desmond depositó el acuerdo matrimonial sobre su escritorio. Le habían engañado. Realmente. Pensar que en realidad había sentido lástima por Shannon cuando había leído las primeras disposiciones le enfurecía aún más ahora. Señor, pero la mujer era lista.

Y había que darle una lección.

Mientras estaba sentado en su estudio, oyó un horrible aullido al otro lado de la puerta. Tardó un momento en localizar el sonido, pero cuando lo hizo, oscureció aún más su humor.

El horrible aullido procedía del maldito mestizo de Shannon. Otra más de sus malditas dispersiones. Sabía muy bien que si deseaba ignorar el acuerdo que había firmado, Shannon no tendría ningún recurso legal. Si intentaba dirigirse a la Cámara de los Lores con una queja porque él se la había llevado a la cama a pesar de su promesa de no hacerlo, se convertiría en el hazmerreír de todos.

Pero fue su propio y maldito sentido del honor el que le hizo atenerse a las condiciones. Shannon ya le había robado su tranquilidad; estaría jodido antes de permitir que ella también se llevara su honor. No, él había hecho este lío de su vida y dependía de él encontrar una salida. Señor, le habían tomado el pelo. . . otra vez.

De repente, ya había tenido suficiente. Apoyando las manos sobre su escritorio, Desmond juró tomar las medidas necesarias para que Shannon se convirtiera en una esposa como Dios manda. Al fin y al cabo, si hubiera echado una mano a Margot, sin duda les habría ahorrado a ambos la angustia y la tragedia. Lo que le desconcertaba por completo era el cómo, por qué y cuándo la remilgada y correcta Shannon Bedford se transformó en una astuta embaucadora.

¿Cuál era el viejo adagio? Cásate deprisa, arrepíentete en el ocio. Puede que hubiera hecho lo primero, pero no tenía intención de hacer lo segundo. No, él tomaría el control de su testaruda novia, torcería su propio juego en su beneficio y le haría saber que no se dejaría mandar como su sirviente.

Diablos, cada vez que la besaba, ella respondía con una dulzura que le hacía desear más. Sin embargo, también sintió la vacilación en su abrazo, casi como si ella temiera las intimidades del matrimonio. Y, si ése era el caso, pensó Desmond rápidamente, entonces su exigencia de mantenerlo alejado de su lecho nupcial también tenía sentido.

Acomodándose de nuevo en su silla, Desmond contempló este nuevo giro en la situación. No sólo tendría que enseñar a su esposa quién controlaba este hogar, sino que tendría que romper sus inhibiciones, mostrarle la embriagadora dulzura de la pasión satisfecha, ayudarla a florecer.

De hecho, empezaba a esperar las lecciones con impaciencia.

Desmond dio la vuelta en sus manos al diminuto trozo de cuero labrado. Mirando al cetrero, preguntó:

—¿Está seguro de que esto no hará daño al animal?

Rayne negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Los halcones llevan máscaras así desde hace años y no les hacen daño.

—Eso es cierto —estuvo de acuerdo Desmond—. Aprecio su buen trabajo.

—Si necesitáis alguna más, estaré encantado de ayudaros —dijo Rayne con una sonrisa.

Dando las gracias al cetrero, Desmond salió de la tienda. Si todo salía como Desmond había planeado, estaría disfrutando de los placeres de su sedentaria esposa y de su bien educada sobrina en la comodidad de su hogar eficientemente administrado. El sueño era apetecible, pensó Desmond con un suspiro, sabiendo muy bien que regresaba a una casa congelada por el frío.

Durante la última semana, había ignorado deliberadamente a su mujer mientras organizaba su lección. Ahora por fin estaba listo para poner en marcha su plan.

Con un silbido en los labios y un resorte en el paso, Desmond se dirigió a casa, ansioso por convencer a Shannon del error de sus métodos.



Paseando por la sombrerería, Shannon se dio cuenta de que aunque no era precisamente feliz, desde luego no estaba descontenta con el estado actual de su matrimonio.

—¿Qué te parece éste?

Jocely se movió para colocarse junto a Shannon.

—No me gusta el lazo y el rojo es demasiado chillón.

Con una carcajada ante las maneras siempre bruscas de Jocely, Shannon cogió el sombrero y se lo colocó en la cabeza.

—Eso es precisamente lo que me gusta de él —comentó con una sonrisa.

Los ojos de Jocely se abrieron de par en par mientras se inclinaba hacia ella.

—Sabes tan bien como yo que el tío Desmond no lo aprobaría —le aconsejó en voz baja.

La preocupación de la muchacha conmovió a Shannon.

—Oh, estoy bastante segura de eso —dijo ella alegremente—, pero como me ha evitado desde el día de nuestra boda, dudo bastante que se diera cuenta.

Frunciendo ligeramente el ceño, Jocely sacudió la cabeza.

—¿No te molesta su falta de atención?

—Cielo santo, no —respondió Shannon con otra carcajada—. ¿Por qué demonios iba a molestarme?

—Porque estás recién casada y mi tío parece empeñado en ignorarte.

—Lo cual me viene perfectamente bien. —Dejando el sombrero, Shannon prestó toda su atención a Jocely—. No soy una joven a la que cortejar y enamorar, sino una viuda madura que entiende bien el matrimonio. —Redactó su explicación con cuidado, pues no tenía ningún deseo de desanimar a Jocely respecto al matrimonio—. Aunque la distancia de tu tío pueda parecer algo insensible para una inocente como tú, te aseguro que en realidad es bastante considerada. Como recién casados, somos naturalmente un poco recelosos el uno del otro, así que su tío es muy sabio al darnos tiempo para conocernos mejor.

El ceño de Jocely se alisó.

—Así que te cortejará después de la boda y no antes.

Sintiendo una punzada de culpabilidad por haber engañado deliberadamente a la muchacha, Shannon desvió la mirada, fingiendo estar distraída con un sombrero cercano.

—Precisamente —respondió al cabo de un momento. Aunque odiaba mentir, pensó Shannon mientras miraba furtivamente a su sobrina, era una mentira necesaria. Dios sabía que la niña era demasiado joven para darse cuenta de que el matrimonio era una carga que las mujeres debían soportar y no una noción romántica.

Aun así, la carga de este matrimonio no era ni de lejos tan grande como la del anterior. Desmond estaba demostrando ser un marido aceptable, honrando su vínculo cuando podía romperlo con la misma facilidad.

Y aunque ella habría disfrutado experimentando otro de sus besos, desde luego no tenía ningún deseo de más intimidades. En su lugar, debía contentarse simplemente con su cómoda vida. Ahora tenía seguridad financiera, la encantadora, aunque algo chocante, compañía de su sobrina y, en su mayor parte, una existencia libre de preocupaciones.

Entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en Desmond? Más preocupada por ese pensamiento de lo que le gustaría admitir, Shannon se concentró en los sombreros que tenía ante sí.

En cuanto llegó a casa, Shannon se dirigió a su alcoba para arreglar su atuendo. Mirándose al espejo, empezó a alisarse los mechones sueltos de pelo. Un movimiento a su derecha llamó su atención y miró a Charlie con una sonrisa.

La sonrisa se congeló en su rostro cuando Shannon se volvió para mirar a su precioso gato. Por un momento, se quedó muda, luchando sólo por recuperar el aliento, pero cuando recobró la voz, la utilizó. En voz alta.

—¡Charlie!

Apresurándose, levantó a su gato de la cama y se quedó mirando a Charlie conmovida. O mejor dicho, miró las partes que aún podía ver. Una horrible máscara de cuero cubría toda la cara del gato excepto los ojos, las orejas, la nariz y la boca. Frenéticamente, Shannon tiró de la

máscara ofensiva, pero seguía ajustada a su mascota. Al mirar el pequeño candado que mantenía la máscara en su sitio, Shannon supo que no podría quitarse aquella cosa aborrecible sin la llave.

—¿Estás buscando esto, por casualidad?

Al darse la vuelta, Shannon vio a Desmond apoyado en la jamba de la puerta, meneando una pequeña llave hacia ella.

—¿Qué clase de broma cruel es ésta? —espetó.

—Ninguna broma, esposa. —Mientras Shannon cogía la llave, Desmond se la metió en el bolsillo—. Ah, ah, ah —dijo con una sonrisa—. No tan rápido, querida.

—Quiero que le quites esta horrible máscara al pobre Charlie ahora mismo —exigió ella mientras se acercaba un paso.

—¿No te gusta el atuendo de su gato? —Ladeó la cabeza mientras miraba fijamente a Charlie—. Creo que es una mejora.

—No tienes derecho a hacer esto. Esto viola mi disposición.

—Siento discrepar —comenzó Desmond conversando—. Verás, he tenido la oportunidad de revisar a fondo nuestro pequeño acuerdo, y colocar una máscara sobre esta fea criatura suya es perfectamente aceptable según sus peticiones.

—Eso no puede ser cierto.

—Ah, pero lo es. —Una sonrisa triunfante inclinó la boca de Desmond hacia arriba—. Verás, todo lo que especificaste fue que yo permitiera a tu gato residir dentro de mi casa. En ninguna parte dice que tenga que mirarlo. —Se cruzó de brazos—. Tal y como yo lo veo, esta máscara nos satisface a los dos.

—Esto es ridículo. —Dando otro paso adelante, Shannon presionó con un dedo el pecho de Desmond—. ¡Quiero que le quites esta máscara, ahora!

—Estaré más que feliz de acceder a tu petición.

La capitulación de Desmond fue demasiado fácil.

—Naturalmente deseas algo a cambio —dijo ella con un suspiro.

—Siempre tan inteligente —murmuró con una sonrisa que no le llegaba a los ojos—. De hecho, he confeccionado mi propia lista de peticiones. —Sacando un papel del bolsillo de su abrigo, lo desdobló antes de entregárselo a Shannon—. Es bastante sencilla, en realidad. Tú aceptas una disposición de mi lista y yo te concedo tu petición.

Atónita, Shannon aceptó la lista ofrecida, medio esperando que le chamuscara la mano. El pavor la invadió al leer la primera petición.

—¿Bañarte? —preguntó, incapaz de creer lo que veían sus ojos.

—De pies a cabeza.

—Servirte la comida durante quince días.

—Desayuno en la cama —añadió, inclinándose hacia delante para señalar el punto concreto de la lista.

Rápidamente, Shannon pasó revista al resto de las ridículas peticiones.

—¡Concederte acceso ilimitado a mi cama! —jadeó.

—Con el fin de asegurar un heredero.

Arrugando el pergamino en su mano, se lo devolvió.

—No accederé a ninguna de estas peticiones degradantes.

—Muy bien, entonces. —Desmond se enderezó de su puesto contra la jamba de la puerta y dio un paso atrás hacia su propia habitación.

—¡Espera! ¿Qué pasa con la máscara de Charlie? —Shannon no podía creer que él permitiera que su pobre gato sufriera.

—¿Qué pasa con él? —respondió él encogiéndose de hombros—. Creo que fui muy claro, y ya que te niegas a concederme una de mis peticiones, no tengo intención de concederte la tuya.

Mirando a su querida mascota, supo que su mano había sido forzada.

—Muy bien —zanjó—. La número dos.

Levantando las cejas, giró la oreja hacia ella.

—¿Perdón?

Ella luchó contra el impulso de gruñirle.

—Dije que aceptaba la disposición número dos.

La sonrisa de satisfacción masculina que se dibujó en su rostro hizo que le picara la palma de la mano para abofetearle.

—Me servirás todas mis comidas. . . incluido el desayuno en la cama.

—Sí, milord chantajista —espetó ella, incapaz de escuchar más de su cacareo.

—No creo que los insultos formen parte de mi petición.

—No hay ninguna especificación de que deba ser agradable mientras te sirvo, gran pachá —le devolvió ella.

Desmond le sonrió.

—Veo que tendré que redactar mis disposiciones con más cuidado en el futuro. —Sacando la llave de su bolsillo, Desmond abrió rápidamente la máscara y la quitó de la cabeza de Charlie—. Maldita sea, es el animal más feo que he visto nunca.

Pero cuando Shannon miró a Charlie, sólo vio a alguien que la quería incondicionalmente. Frotando su mejilla contra el pelaje enmarañado de la cabeza de Charlie, intentó ignorar a Desmond.

—Sólo recuerda que me quedo con esta máscara, así que si intentas incumplir tu parte de nuestro acuerdo, estaré más que encantado de volver a ponerle la máscara.

—Bastardo —murmuró suavemente contra el cuello de Charlie.

—Tal vez —convino él con una sonrisa malvada—, pero yo soy el bastardo al que servirás el desayuno mañana.



¿Cómo demonios hacían esto los sirvientes? se preguntó Shannon mientras se esforzaba por llevar la pesada bandeja del desayuno escaleras arriba. Cada vez más disgustada a cada paso, por fin llegó a la puerta de Desmond... y no tenía ni idea de cómo abrirla mientras sostenía la bandeja cargada de comida. No podía llamar a la puerta porque necesitaba las dos manos para sujetar la bandeja, y dudaba que pudiera agacharse y dejar la bandeja en el suelo sin que se le cayera.

Perdida, dio una patada a la puerta.

—¡Ay! —Frotándose los dedos magullados de los pies contra la parte posterior de una pierna, Shannon empezó a tambalearse, haciendo que los platos bailaran sobre la bandeja. Esto era culpa de Desmond.

—¡Desmond! —llamó a través de la puerta—. Necesito tu ayuda para abrir la puerta.

—Creo que el acuerdo era que me sirvieras el desayuno en la cama —replicó él, con la voz apagada.

—Maldito hombre —murmuró ella—. Si te dejo caer el desayuno, no tendrás a nadie a quien culpar sino a ti mismo.

Apoyando la bandeja contra una cadera, abrió la puerta con la mano libre. Al volver a mover la bandeja, hizo rodar una salchicha del plato y la leche del vaso sobre sus huevos. No pudo contener su sonrisa de satisfacción.

—El desayuno está servido, Majestad —dijo en tono divertido. Desmond se rio entre las cortinas de su cama.

Dejando la bandeja sobre la mesa, Shannon se dirigió a las ventanas y apartó las cortinas para permitir que el sol se colara en la habitación. Luego se dirigió hacia la gran cama que dominaba la masculina habitación.

—¿Planeabas pasar el día holgazaneando? —preguntó mientras apartaba las cortinas de la cama—. ¿O simplemente estabas esperando a que te sirviera. . .?

Sus palabras se interrumpieron al ver el pecho desnudo de su marido. Apoyado contra las almohadas, era todo un espectáculo para la vista. Una suave mata de pelo cubría las elegantes curvas de su pecho, bajando hasta desaparecer bajo las sábanas. Como sólo había visto antes la forma de su antiguo marido, Shannon se quedó literalmente sin habla. Nunca se había dado cuenta de lo hermoso que podía ser un hombre.

—¿Ese feo gato tuyo tiene tu lengua?

El comentario risueño de Desmond la sacó de su aturdimiento. Aclarándose la garganta, se volvió para recoger la bandeja.

—Te aseguro que haría falta mucho más que verte para perder la lengua.

—Ohhhh —murmuró Desmond, claramente divertido—. ¿Entonces me mirabas simplemente porque te gustaba mi aspecto?

—Difícilmente —replicó ella.

Cogiendo la bandeja en brazos, le llevó el desayuno a la cama, con los brazos temblorosos bajo el peso. Cuando se inclinó hacia delante para colocar la bandeja sobre el regazo de Desmond, sus rodillas golpearon el lateral de la cama, desequilibrándola y haciendo que los platos resbalaran de la bandeja sobre las mantas que cubrían el regazo de Desmond.

Por un momento, lo único que pudo hacer fue mirar en un silencio atónito.

—Supongo que el desayuno está servido.

El seco comentario de Desmond la hizo estallar en una carcajada horrorizada. Llevándose una mano a la boca, vio cómo él recogía los platos y los volvía a colocar en la bandeja.

—De algún modo, esto no era lo que tenía en mente cuando hice mi petición —dijo mientras recogía sus huevos arruinados y los dejaba caer también sobre la bandeja.

—De nuevo, marido, no especificaste cómo debías recibir tu desayuno.

—Tonto de mí. —Desmond tiró de las mantas húmedas—. Ahora, si no deseas verme aún más, te sugiero que te marches para que pueda. . .

El calor inundó su rostro.

—Yo. . . Yo. . . —Dejando de tartamudear, huyó sin mirar atrás.

La risa de él la persiguió fuera de la habitación.



—¡Shannon!

Ante la llamada de su madre, la imagen del pecho desnudo de Desmond que había estado saboreando en su mente se hizo añicos.

—Perdona, madre, estaba perdida en mis pensamientos. —Unos encantadores y tentadores, por cierto. Shannon sacudió la cabeza. Todo el día había estado preocupada con pensamientos sobre Desmond. Cuando lo había visto esta mañana, había sentido un impulso irrefrenable de tocar los planos esculpidos de su pecho, de pasar los dedos por el suave vello que enmarañaba sus curvas masculinas, de. . .

—¡Shannon!

Tímidamente, Shannon sonrió a su madre.

—Lo siento, madre. Prometo que no volveré a perderme en mis pensamientos. —Tal vez.

—Espero que no. —Acomodándose de nuevo en su silla, Lady Mansfield tomó un sorbo de su té—. Realmente debemos centrarnos en a qué fiesta debe asistir primero como nueva Duquesa de Blackwell.

—Sólo llevo casada una semana —protestó Shannon—. Seguramente es demasiado pronto para reanudar mi agenda social.

Su madre hizo un gesto con la mano.

—En absoluto. Parecería vulgar pasar más tiempo a solas con tu marido. Además. . .

—Buenas tardes, Shannon. Me preguntaba dónde... —Jocely se detuvo bruscamente en cuanto divisó a la madre de Shannon.

Poniéndose en pie, Shannon agarró la mano de su sobrina y tiró de ella hacia ellas.

—Recuerdas a mi madre, Lady Mansfield, ¿verdad, Jocely?

Como si fuera de la realeza, la madre de Shannon inclinó ligeramente la cabeza.

—Un placer volver a verla —murmuró cortésmente.

Jocely dudó un momento, antes de decir finalmente:

—Gracias.

Las cejas de su madre volaron hacia arriba.

—Creo que la respuesta adecuada es: «No, el placer es todo mío».

Jocely ladeó la cabeza.

—¿Por qué? Creo que mi respuesta fue igual de educada.

Al ver que los ojos de su madre se encendían, Shannon interrumpió su intercambio antes de que se le fuera de las manos.

—¿Por qué no dejamos que este asunto descanse?

La madre de Shannon dejó su taza de té con un tintineo.

—Porque esta jovencita. . .

—. . . es mi sobrina y ésta es su casa, así que eso, en esencia, te convierte en su invitada — terminó Shannon, sabiendo muy bien que la rígida adherencia de su madre a las reglas de etiqueta le prohibiría discutir con su anfitriona.

Como era de esperar, su madre cerró la boca de golpe.

Satisfecha, Shannon miró hacia su sobrina.

—Jocely, ¿te apetece un poco de té?

Arrugando la nariz, Jocely negó con la cabeza.

—¿Tienes chocolate?

Shannon sonrió al oír a su madre ahogar una reprimenda. En lugar de poner mala cara, Jocely debería haberse disculpado por rechazar el té. Pero su sobrina no era de las que se preocupaban por las reglas.

—Me temo que no —contestó finalmente Shannon.

—Ah. —Jocely miró la bandeja que había sobre la mesa—. Entonces voy a pedirle a la cocinera que me prepare una taza.

Sin decir ni «adiós», Jocely salió corriendo de la habitación.

—Santo cielo, Shannon —exclamó Lady Mansfield en el momento en que la puerta se cerró—. Debes ayudar a esa niña.

Shannon sonrió a su madre.

—A decir verdad, encuentro su honestidad bastante refrescante.

—Tal vez sí, pero te aseguro que nadie más en la tonelada encontrará sus modales algo menos que espantosos. —La preocupación oscureció los ojos de su madre—. Si no ayudas a esa niña, pronto será destrozada por lenguas afiladas.

La taza de té de Shannon tembló al dejarla en el suelo. Dios mío, su madre tenía razón, se dio cuenta. La sociedad era un severo capataz, que daba poco espacio a los que eran únicos. Aunque aceptaran a Jocely por el estatus de su familia, nunca la considerarían una de ellos si decía continuamente lo que pensaba. No, la sociedad presentaría una cara muy educada ante Jocely, para luego reírse a sus espaldas.

—Hablaré con ella —dijo Shannon a regañadientes, sabiendo que era lo mejor para Jocely.

Una sonrisa complacida suavizó las facciones de su madre.

—Ahora que nos hemos puesto de acuerdo sobre lo que es mejor para tu sobrina, tenemos que hablar del otro asunto.

—¿Qué otro asunto?

A su madre se le escapó un suspiro.

—No sé qué te pasa, Shannon.

El problema era que ella tampoco. Nunca antes había estado tan intrigada con un caballero como parecía estarlo con su marido. Le preocupaba no poder apartar a Desmond de sus pensamientos. No, seguía viendo su inteligente mirada mientras la engañaba para que-

—¡Shannon!

—Lo siento —murmuró, consciente de que no era la primera vez que tenía que disculparse por permitir que sus pensamientos divagaran.

—De verdad, Shannon, si prefieres que hablemos en otro momento. . .

—No, madre —se apresuró a decir Shannon—. Prometo prestarle toda mi atención.

Alisándose las faldas, Lady Mansfield asintió.

—Como iba diciendo, debemos discutir en qué evento debes hacer tu primera aparición.

Shannon miró fijamente a su madre. Estaba tan absorta en su enojoso matrimonio que casi había olvidado que existía un mundo fuera de su propia casa.

—¿Qué sugieres?

—Bueno, Lady Fleming celebra un baile de disfraces la semana que viene y todo el mundo con el que he hablado piensa asistir.

—Me encantan los bailes de disfraces —admitió Shannon.

—Sé que sí, y como podría ser el asunto de la temporada, creo que será el mejor foro para presentarte en sociedad como Lady Blackwell.

—Responderé a la invitación de Lady Fleming y le haré saber que estaremos encantadas de asistir —dijo Shannon en tono distraído. Ante la idea de asistir a un baile, una pregunta la consumía.

¿Volvería Desmond a bailar el vals con ella?

Capítulo 7



Una dama nunca debe parecer demasiado lista o inteligente para no ofender a un caballero.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

-¿Qué estás escribiendo?

La mano de Shannon se sacudió, haciendo que la tinta se derramara por la nota. Pillada desprevenida por la cercanía de su marido, se detuvo para mirarle fijamente antes de secar el pergamino ahora arruinado.

—Estaba escribiendo una carta de aceptación a Lady Fleming.

Colocando una mano sobre el escritorio y la otra en el respaldo de su silla, Desmond se inclinó sobre su hombro para mirar la misiva.

—Hmmm.

Ella se puso rígida cuando él se apretó contra su espalda.

—No consigo ver qué te parece tan interesante —replicó ella, odiando la cualidad jadeante de su voz.

Desmond giró la cabeza hasta que sus labios rozaron la oreja de ella.

—Ah, pero no lo estás viendo desde mi perspectiva. —Lentamente, le acarició el pelo con la mejilla—. Cuanto más me acerco a ti, más reaccionas, Shannon. Empiezas a respirar más rápido, tus mejillas se sonrojan, tú. . .

—¡Señor! —Desesperada por poner distancia entre ellos, Shannon se lanzó de costado fuera de la silla, aterrizando en un montón indigno a sus pies.

—Eso ha sido impresionante —dijo Desmond riendo. Su mirada se posó en las piernas expuestas de ella antes de tenderle la mano—. Permíteme. . .

Ignorando la mano que le tendía, Shannon se puso en pie sin ayuda, bajándose la falda en el proceso.

—Un caballero me habría dado la espalda, no habría mirado mis miembros.

—Tal vez, pero cuando pensé en cómo me arrojaste alegremente el desayuno sobre el regazo esta mañana, no me sentí movido a esforzarme. Después de todo, ese pequeño capricho no era propio de una dama —señaló.

Por un momento, Shannon no pudo hacer otra cosa que quedarse mirándole con la boca

abierta y cerrada.

—¡Eso. . . eso fue un accidente! —consiguió decir finalmente.

—Entonces podrías considerar que el que mis ojos se posaran en tus gloriosas piernas también fue un accidente.

Apoyó las manos en las caderas.

—¡Ja!

—Ah, una respuesta intelectual.

Ella mordió una réplica airada. Girando sobre sus talones, salió de la habitación, sólo para darse cuenta de que Desmond la seguía.

—Déjame en paz —le siseó, manteniendo la voz baja para que no la oyeran los criados.

—No.

—¿No? —Shannon no podía creer lo que oía—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir «no, no te dejaré en paz» —le informó él con un brillo malvado en los ojos—. De hecho, pienso seguir todos tus movimientos a partir de ahora en adelante.

—¿Te has vuelto loco? —jadeó ella.

—¿Loco? —Desmond se frotó la mandíbula—. Eso es algo a considerar. Después de todo, me puse furioso por tu engaño, así que quizá tengas razón en tu apreciación. Estoy bastante decidido a darte a probar de tu propia medicina. —Se encogió de hombros—. En cualquier caso, el hecho es que la única forma de librarse de mí es aceptar otro punto de mi lista —dijo con una floritura mientras sacaba el papel del bolsillo de su chaqueta.

—Nunca accederé a otra de esas ridículas peticiones —pronunció ella, enfurecida con él por creer que podría manipularla de nuevo.

—Muy bien —aceptó él amistosamente mientras doblaba la lista y la volvía a guardar en el bolsillo—. Entonces pasaremos bastante tiempo juntos. —Su expresión se agudizó y sus ojos empezaron a brillar con una luz peligrosa mientras se inclinaba hacia ella hasta que su cara quedó a escasos centímetros de la suya—. Porque nunca dejaré de atormentarte hasta que te haya dado una lección.

Su tono condescendiente le levantó los pelos de punta.

—Y supongo que eres tú quien debe enseñarme —dijo ella secamente, actuando sin que le afectara su cercanía.

—Te lo prometo.

Los nervios de Shannon chillaban para cuando cerró la puerta de su alcoba. Fiel a su palabra, Desmond le había pisado los talones, escuchando todas las conversaciones que había mantenido con Jocely y añadiendo sus propios asuntillos, tanto si había sido incluido en la discusión como si no.

Aun así, ella nunca cedería a sus arteros complots. Cuando había pedido las disposiciones, sólo buscaba tiempo para acostumbrarse a él antes de entablar intimidades. Pero sus recientes acciones la desconcertaron. Era casi como si hubiera descubierto su atracción hacia él. . . y estuviera intentando seducirla.

Aturdida, se hundió en la cama. Así era. Desmond estaba intentando seducirla para que se metiera en su cama. En lugar de cumplir su petición, estaba intentando encontrar una manera de evitarla. ¿De verdad creía que ella era tan débil de voluntad que no podría soportar sus atenciones?

La determinación de superar a su marido en sus juegos la invadió mientras llamaba a su criada. Si Desmond pensaba que podía obligarla a doblegarse a su voluntad, estaba muy equivocado.

Durante más años de los que le importaba recordar, se había visto obligada a plegarse a las exigencias de su marido, demasiado temerosa para rebatirle, demasiado consciente de las horribles consecuencias que le sobrevendrían si le rechazaba. Pero aquellos días habían pasado. Nunca más seguiría ciegamente los dictados de otro. . . y menos de su marido. De eso, ella no tenía ninguna duda.



Tras ponerse un camisón, Shannon despidió a su criada y se sentó ante su tocador para cepillarse el pelo. Cerrando los ojos, dejó que las cerdas acariciaran su cuero cabelludo, tranquilizándola.

—Aún no estás en la cama.

El cepillo cayó de su mano con un estrépito.

—¿Qué haces aquí? —jadeó, mirando fijamente a Desmond.

—¿No lo adivinas? —preguntó Desmond mientras entraba en la habitación y cerraba la puerta tras de sí. Tomó asiento en el sofá cerca de la chimenea y se sintió como en casa.

—Como sabes perfectamente que no accederé a acostarme contigo, no puedo ni empezar a adivinar el motivo de tu presencia en mi habitación.

Estirando las piernas a lo largo del sofá, Desmond acomodó su largo cuerpo en el demasiado corto espacio de la forma más cómoda posible.

—Forma parte de toda esta campaña de volverte loca hasta que te pongas de acuerdo con otro elemento de mi lista.

Enderezó la columna.

—Estoy hecha de un material más duro de lo que puedas imaginar. . . milord.

—Ya que una vez creí tontamente que estabas hecha de material primoroso y correcto, supongo que podrías sorprenderme de nuevo. —Toda la jovialidad se drenó de su mirada—. Ciertamente no eres la mujer con la que pensé que me casaba.

—Lo mismo digo. 1Ella levantó la barbilla, dolida por sus tranquilas palabras—. Creía que eras un caballero sensato.

—Soy perfectamente sensato —protestó él frunciendo el ceño.

—Si es así, ¿por qué pasas la noche en mi sofá? —Ella apagó la vela de la mesilla,

sabiendo que había sacado lo mejor de aquel intercambio.

El fuego envió un cálido resplandor a toda la habitación, iluminándola lo suficiente para que Shannon pudiera ver la expresión contrariada en el rostro de su marido. Sin quitarse la envoltura, se deslizó entre las sábanas, dando un exagerado suspiro de placer.

—Qué cómoda —dijo, elevando la voz lo suficiente para que él la oyera.

—Sigue atormentándome y me uniré a ti allí, de acuerdo o no. —Shannon cerró la boca.



Frotándose los ojos, Shannon se despertó lentamente, sintiéndose aturdida y desorientada. Le había costado muchísimo dormirse la noche anterior y todo era culpa de Desmond. Cada vez que lograba relajarse, le oía moverse o suspirar. . . o respirar. Había sido dolorosamente consciente de su presencia en su habitación. ¿Cómo se esperaba que durmiera con él tan cerca?

Levantando un poco la cabeza, miró a su marido, que yacía despatarrado en el sofá. . . y acabó mirándole perpleja. Estaba recostado contra el sofá como un gran león: esbelto, poderoso y fascinante. Maravilloso, pensó al apartar la mirada de Desmond, ahora volverá a rondar mis pensamientos.

Sentándose, se levantó de la cama y se dirigió hacia su vestidor.

—¿Vas a buscarme el desayuno?

Su pregunta color sueño la detuvo en seco. Girándose lentamente, se encontró con la mirada entreabierta de su marido. Le sonrió, dejando traslucir todos sus sentimientos triunfantes y sintiendo un gran placer cuando su expresión se volvió recelosa.

—Esta mañana no.

Él levantó una ceja.

—¿Renegando de tu parte del acuerdo?

—En absoluto —comentó ella alegremente—. Acordé llevarte el desayuno a la cama durante quince días. Y eso, esposo, no es una cama. —Haciendo una pausa, señaló su sofá—. Has elegido no dormir en tu propia cama y, como resultado, me liberas de mi obligación.

Su mirada prometía retribución, pero ella estaba demasiado satisfecha con su victoria como para preocuparse. Shannon tarareó suavemente mientras se dirigía a su camerino, agradablemente consciente de que Desmond echaba humo detrás de ella.

La muy astuta.

Mientras Desmond veía a su mujer desaparecer tras la puerta, sintió una extraña mezcla de fastidio y admiración. Tendría que repasar su lista para asegurarse de que toda la redacción era exactamente cómo debía ser para no dar a Shannon margen para escabullirse del acuerdo. No en la cama, desde luego.

Su cuerpo gimió en señal de protesta cuando se obligó a sentarse. Había pasado una noche

terriblemente incómoda encogido en este miserable sofá y ni siquiera le iban a servir el desayuno. Aun así, no iba a quejarse en voz alta, pues su plan había sido un éxito innegable.

Incluso con su expresión de suficiencia, Shannon había parecido agotada. Diablos, la había oído dar vueltas en la cama la mitad de la noche. Pequeños pasos, se aseguró a sí mismo, cada uno de los cuales le acercaba más a dominar a su obstinada esposa. Una vez que la hubiera seducido, ayudado a superar su miedo, confiaba en que sería fácil moldearla de nuevo para convertirla en la mujer que una vez fue.

Su cuello crujió cuando se levantó y se dirigió a su habitación. Después de todo, tenía que vestirse rápidamente si quería continuar con su plan de seguir a su mujer.



Había un resorte en el paso de Shannon cuando se dirigió al comedor.

—Buenos días, Jocely —dijo alegremente.

Torciendo el cuello, Jocely echó un vistazo alrededor de Shannon.

—¿Dónde está el tío Desmond?

—No estoy muy segura. —Sentándose, Shannon sonrió dándole las gracias a la sirvienta que le traía el té.

La expresión de Jocely se iluminó de curiosidad.

—¿Entonces ya no piensa seguirte?

—Por supuesto que sí —anunció Desmond al entrar en la habitación.

Un ceño fruncido ensombreció las facciones de Jocely.

—Naturalmente. No esperaba menos de ti —dijo en tono gélido.

—¡Jocely! —exclamó bruscamente Shannon—. No puedes hablarle a tu tío de una manera tan atroz.

Echando la cabeza hacia atrás, Jocely miró a Shannon con el ceño fruncido.

—¿Por qué no? —El calor inundó las mejillas de Shannon—. Porque lord Blackwell es. . .

Desmond le puso una mano en el hombro, cortando su reprimenda.

—Está bien —dijo en voz baja, sin apartar la mirada de Jocely.

Sacudiendo la cabeza con fiereza, Shannon miró a su marido.

—No, no lo está, Desmond.

Sus dedos se apretaron contra su hombro cuando finalmente desvió su mirada hacia ella.

—Sí, lo es —afirmó en un tono que no admitía discusión—. Por ahora.

Algo en el interior de Shannon se suavizó a medida que la comprensión la inundaba.

—Aunque pueda entender y empatizar con tus razones, eso no justifica la flagrante

grosería de Jocely. No se le debería permitir hablar con. . .

—¿Queréis dejar de hablar de mí como si no estuviera aquí? —interrumpió Jocely—. ¿Y decís que soy yo la que carece de modales?

—Jocely —suspiró Shannon con frustración—. Por favor, deja de ser tan irrespetuosa con tu tío.

Dirigiendo a Shannon una mirada malhumorada, Jocely se acomodó en su silla, cruzó los brazos y envió a su tío una mirada desagradable. Al menos era benditamente silenciosa, pensó Shannon mientras se deslizaba de su silla.

—Discúlpanos, pero Jocely y yo tenemos una cita para ver al modisto.

Desmond lanzó una mirada a Jocely y asintió una vez.

—Muy bien.

—¿Seguro que no pretendes acompañarnos? —jadeó Shannon.

Jocely gimió con fuerza.

—Shannon, dile que no puede venir.

—Tengo toda la intención de acompañaros —insistió Desmond, su frustración hacia Jocely deslizándose en su voz.

Inclinándose más para evitar que Jocely oyera su protesta, Shannon susurró con fiereza:

—Vamos, Desmond. Seguro que no pretendes llevar esta batalla privada nuestra a la arena pública.

Su mirada se intensificó.

—Desde luego que sí... a menos que quieras elegir otro punto de mi lista revisada.

Distraída por sus palabras, le miró con el ceño fruncido.

—No puedes hablar en serio.

—Como es mi juego, querida, puedo hacer lo que me plazca. . . incluso acompañaros a ti y a mi encantadora sobrina a que os prueben vestidos —Desmond terminó con una nota poco complacida.

Mirando la expresión molesta de Jocely y luego las facciones fijas de Desmond, Shannon gimió ante el horrible día que se extendía ante ella.



Simplemente encantador.

—Me gusta este trozo de encaje —ofreció Desmond, tocando una pieza finamente tejida.

Jocely resopló groseramente.

—Lo dices como si alguien aquí valorara tu opinión.

Cerrando los ojos, Shannon rezó para que acabara la tarde. Los comentarios atroces de Jocely hacia Desmond habían empeorado a medida que avanzaba el día.

—Jocely, si no tienes nada agradable que decir, no digas nada.

—Si hace eso, entonces no hablará nunca con nadie —murmuró Desmond en voz baja.

—¡Te he oído! —Jocely tiró la tela que había estado considerando.

—Bien. —Sus ojos se entrecerraron mientras miraba a Jocely—. Comprendo bien lo infeliz que eres en este momento, Jocely, y por eso estoy dispuesto a pasar por alto tu flagrante grosería. Pero debes comprender que tengo mis límites y que te estás acercando rápidamente al final de mi paciencia.

Sacando la barbilla, Jocely se enfrentó a la ira de Desmond con la suya propia.

—¿Se supone que eso debe asustarme?

Desmond gimió exasperado.

—¡Ya basta! —Shannon se apretó las sienes con las manos, frotando las puntas de los dedos contra los puntos palpitantes—. Señor, no puedo aguantar mucho más.

—¿Tú? —exclamó Jocely—. Tú no eres la que. . .

Extendiendo la mano, Shannon puso sus dedos contra los labios de su sobrina.

—Tu comportamiento está haciendo que me martillee la cabeza —susurró Shannon con fiereza. Retirando la mano de la boca de Jocely, Shannon volvió su atención hacia Desmond—. Y en cuanto a ti, tu eres el adulto en esta situación, así que deberías elevarte por encima de esta riña interminable.

—Ella provocaría al mismísimo Dios en. . .

Un sonido estrangulado reverberó en la garganta de Shannon.

—Aceptaré una tontería de tu lista si eso hace que te vayas.

Sus ojos brillaron un instante antes de agarrarla de la mano y tirar de ella hacia la vacía trastienda. En el momento en que se quedaron solos, la giró para que le mirara. Sacando la lista de su bolsillo, se la tendió.

—¿Cuál?

Ella le dirigió una mirada sombría.

—Me pregunto si seguiste discutiendo con tu sobrina sólo para agraviarme lo suficiente como para aceptar una de estas tontas disposiciones.

Un lado de su boca se torció hacia arriba.

—Esa es una posibilidad.

—Si es así, entonces eres aún más desvergonzado de lo que imaginaba.

Su expresión se volvió sobria.

—¿Crees que le haría algo así a mi sobrina?

Mirándole a los ojos, Shannon vio la verdad. Por alguna razón, Jocely parecía sentir una ira irracional hacia Desmond. Todas sus discusiones habían sido iniciadas por Jocely y, en todo

caso, Desmond había mostrado una increíble moderación en su actitud hacia la niña.

—No —admitió finalmente—, pero creo que no dejas de aprovecharte de la situación.

—Nunca he pretendido ser una santa.

Mirándole fijamente, le arrancó el papel de la mano. Las opciones de su lista dejaban mucho que desear, especialmente en su forma recién revisada.

—Supongo que la mejor que queda es bañarte —refunfuñó ella.

—Ah, ah, ese tono no será tolerado —la corrigió Desmond con una sonrisa diabólica.

—Sí, ya lo veo. —Ella sacudió la cabeza—. Aquí dice que debo «tener un comportamiento agradable, conversar educadamente, utilizar agua caliente, abstenerme de sumergirte la cabeza bajo el agua, fregar con un toque ligero pero firme y, en todos los demás aspectos, bañarlo como lo haría yo misma». —Levantó una ceja—. Parece que has pensado bastante en esta lista revisada.

—Después de la forma en que te escabulliste de servirme el desayuno esta mañana, pensé que lo más prudente era ser perfectamente claro en mis peticiones.

Shannon realmente no podía culpar al hombre. Después de todo, ella podría haber estado tentada de sumergirle en el agua de la bañera.

—Haré que me traigan la bañera a mis aposentos esta noche. —Su mirada voló hacia el rostro de él—. ¿Esta tarde?

—Naturalmente. ¿Por qué deberíamos retrasar un acontecimiento tan placentero? —Recuperando su maldita lista, se la volvió a meter en el bolsillo—. Espero que te des cuenta de que mis dispersiones se han reducido a ocho.

No sólo se dio cuenta de ese hecho, sino que también sabía que los artículos restantes eran de naturaleza muy íntima.

—No me preocupa ese hecho menor, ya que no me veré obligado a aceptar otro.

El desafío creó un brillo en los ojos de Desmond. Levantando una mano, recorrió con la punta de los dedos la línea de su mandíbula.

—Creo que eso es lo que dijiste la última vez —comentó riendo, antes de girar sobre sus talones y salir a grandes zancadas de la habitación.

Shannon arrojó una bobina de hilo a su espalda en retirada.

—Hombre exasperante —murmuró. En cuanto Desmond se hubo ido, se hundió en una silla cercana. Señor, cómo se suponía que iba a bañarlo, a pasarle las manos por el cuerpo, a ver su carne reluciente por el agua, y seguir manteniendo su sensibilidad. La mera visión de su pecho y sus piernas capturaba sus pensamientos. ¿Cómo iba a ser capaz de pensar en otra cosa que no fuera él después de haber recorrido su cuerpo con las manos?

Aun así, tuvo que actuar sin dejarse afectar. No le permitiría creer que tenía las de ganar. Podía, por supuesto, simplemente negarse a bañarle, pero su propio sentido del honor la hizo descartar ese curso de acción. Si Desmond era lo bastante honorable como para respetar sus disposiciones, entonces ella no podía hacer menos a cambio.

Su matrimonio se había convertido en una batalla de ingenio y ella no tenía intención de

perder la guerra.

Capítulo 8



Una dama se somete sin rechistar a las relaciones íntimas con su marido.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

Era la hora.

Shannon empezó a pasear por su alcoba. Había tenido toda la tarde para pensar en este momento, para ponerse más nerviosa a medida que los minutos pasaban lentamente. En cuanto había salido de la trastienda de la modista, Jocely le había anunciado que quería volver a casa. Agotada, Shannon había accedido de buena gana, y tampoco había protestado cuando Jocely le anunció que necesitaba estar un rato a solas cuando habían llegado de vuelta a la casa del pueblo.

Le dolían los dedos, lo que hizo que Shannon se mirara las manos. Se estaba retorciendo las manos. Inmediatamente, dejó caer las manos a los lados, asombrada de haberlo estado haciendo. No era de las que se retorcían las manos. Desmond la tenía completamente trastornada.

Respirando hondo, Shannon se obligó a concentrarse en la próxima prueba del baño. Era demasiado fácil imaginárselo sentado como un príncipe mimado, esperando su baño. Aun así, según la disposición, estaba limitada en cuanto a las formas en que podía extraer su venganza. Después de todo, había prometido bañarlo como lo haría con ella misma.

Como se bañaría a sí misma.

Una lenta sonrisa se formó en su rostro mientras ideaba el plan perfecto.



Desmond sacó a toda prisa a los criados de su cámara en cuanto la bañera rebosó de agua humeante. Apenas resistió el impulso de frotarse las manos con anticipación mientras se despojaba rápidamente de su ropa. Alcanzando su bata, Desmond vaciló, su mano rondando la prenda. Lentamente, retrocedió y cogió en su lugar una toalla.

Envolviéndola alrededor de su cintura, Desmond se acomodó contra el asiento de la ventana y esperó a su mujer. Sabía muy bien que, a pesar de su enfado por tener su mano forzada, ella sí llegaría para bañarle. Después de la infidelidad de Margot, le complacía saber que Shannon mantendría su palabra.

También le tranquilizaba ese hecho, pues creía que una vez que ayudara a Shannon a

superar su miedo al lecho conyugal, podrían establecerse en un matrimonio como es debido. Por el momento, no le importaba este pequeño juego que estaban jugando, pues sin duda iba a cosechar los beneficios. Se sentía acalorado sólo de pensar en las manos de Shannon recorriendo su cuerpo, sus dedos enredados en su pelo.

Un suave golpe en la puerta contigua a sus habitaciones sacó a Desmond de su ensoñación.

—Adelante.

Aún vestida con su vestido de cuello alto, Shannon entró en su dormitorio.

—Buenas noches, Desmond. He venido a. . .

Él observó con interés cómo los ojos de ella se abrían de par en par, su mirada se deslizaba por todo su cuerpo como una caricia y un rubor teñía sus mejillas. Finalmente, ella levantó su mirada hacia la de él y él sonrió por la expresión en sus profundidades azules.

—¿Pasa algo? —preguntó con una risita, sabiendo muy bien lo que perturbaba a su bella esposa.

—No —respondió ella—. Simplemente me ha sorprendido tu falta de modestia. —El chillido de su voz desmintió sus palabras.

—Mentirosa —murmuró en voz baja.

Su rubor se intensificó.

—Veo que sigues comportándose como un caballero —le devolvió ella, con la voz un poco más firme. Apartando su mirada de él, Shannon comenzó a arremangarse—. ¿Terminamos con esto?

—Ah, ah, ah —dijo él, moviéndole el dedo—. Recuerda los detalles de mi disposición.

Ella parecía querer estrangularle.

—Mis disculpas —respondió ella entre dientes apretados—. Procuraré ser cortés.

Levantándose del asiento de la ventana, Desmond caminó hacia ella, sonriendo al ver que la cautela se encendía en sus ojos. Se detuvo a escasos centímetros de ella. Su seductor aroma llamó a sus sentidos e inhaló profundamente.

—Así me gusta más —susurró finalmente.

Acercándose a la bañera, dejó que la toalla cayera de su cuerpo... y sonrió al oír el grito ahogado de Shannon mientras giraba alejándose de él. Tras bajar al agua humeante, miró la rígida espalda de su esposa.

—Estoy listo —llamó alegremente.

Rígida, se dejó caer de rodillas junto a la bañera.

—Cierra los ojos —le ordenó momentos antes de echarle agua por la cabeza.

Inclinándose hacia delante, Desmond casi gimió cuando Shannon hundió los dedos en su pelo, frotando ligeramente contra su cuero cabelludo. Cómo le gustaría que aquellas uñas le rasparan el cuello, a lo largo de los hombros y. . .

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un olor alarmante.

—¡Qué demonios! —exclamó, con los ojos abiertos de golpe—. Este jabón huele a rosas

—rugió.

Sus ojos se abrieron inocentemente, pero no pudo ocultar el brillo de satisfacción en sus profundidades.

—Precisamente, esposo —murmuró ella.

—Esto no forma parte de nuestro acuerdo —replicó Desmond mientras se enjugaba el jabón de los ojos.

—Siento discrepar. —Shannon se acomodó sobre sus talones—. Dijiste específicamente que debía bañarte como lo haría conmigo misma. Pues éste es el jabón que uso.

Desmond puso los ojos en blanco. La maldita mujer era demasiado lista para su propio bien. Otro chorro de espuma se deslizó por su frente hasta llegar a sus ojos.

—Maldita sea —refunfuñó, quitándose el jabón ofensivo con un chorro de agua—. Eso escuece.

—Hmmm —murmuró Shannon mientras reanudaba el fregado de su cuero cabelludo—. El jabón en los ojos a menudo lo hace.

—Me alegro de que encuentres todo esto tan divertido. —Desmond sabía que su respuesta no tenía mucho calor; los dedos de ella estaban haciendo magia en él. Durante unos minutos, se deleitó con la sensación de los dedos de ella en su pelo, ignorando el escozor de sus ojos.

Casi gimió cuando ella retiró las manos.

—Voy a enjuagarte —le advirtió ella.

Un instante después, el agua tibia salpicó su cabeza, enviando espuma en cascada sobre sus hombros y de vuelta al agua. El aroma de las rosas llenó el aire, recordándole que había quedado con sus amigos en White's esta tarde. Ahora aparecería oliendo como el jardín de una dama.

Aun así, si tenerla fregándole con su jabón de rosas era el precio que tenía que pagar, lo consideraba una ganga justa.

Apoyado en la bañera, Desmond observó a Shannon con los ojos entrecerrados mientras le pasaba la toallita jabonosa por los hombros y luego por el brazo derecho. Levantándole la mano, ella sumergió el paño entre sus dedos, cada pasada hacía que su sangre se acelerara un poco.

—Estás sonrojada —susurró mientras ella movía la toallita a lo largo de su pecho, deteniéndose ligeramente sobre sus pezones masculinos.

—El agua está caliente —respondió ella a modo de explicación, manteniendo estudiadamente la mirada en su mano.

El diablo le dio un golpecito en el hombro y Desmond no se molestó en resistirse. Con un movimiento de su mano, envió agua rociando el corpiño de su vestido, la humedad empapando el material, moldeándolo contra su piel.

—¡Desmond! —Ella tiró del material, pero la bata se aferró obstinadamente a ella.

—Por fin dices mi nombre con ganas —comentó con una sonrisa—. Si eso es todo lo que hace falta, me aseguraré de tener agua a mano siempre que esté cerca de ti.

Sus ojos centellearon con humor mal disimulado.

—Eres un hombre problemático.

—Cierto, pero al menos ahora estoy limpio. —Extendiendo el brazo, la invitó a que lo viera por sí misma.

La toallita salpicó el agua.

—Creo que he terminado. . .

—Pero te has olvidado de mis piernas —dijo él, levantando la pierna derecha hasta el borde de la bañera.

Esta vez le tocó a ella poner los ojos en blanco. Sin decir nada más, cogió su paño y se apresuró a restregarle la pierna y a lo largo del pie. Él le ofreció el izquierdo y ella repitió sus ministraciones.

En cuanto terminó con esa pierna, volvió a arrojar el paño al agua con un chapoteo.

—Terminado —pronunció, el alivio tiñendo su voz. Poniéndose en pie, se dirigió hacia la puerta. Esperó hasta que su mano se apoyó en el pomo antes de llamarla.

—¿No vas a lavarme la espalda?

Sin ningún tropiezo en su andar, ella se dirigió de nuevo hacia él, cogió el paño, lo empujó hacia delante y le pasó tres veces por la espalda.

—Ni se te ocurra pedir otras zonas —le advirtió mientras pasaba la mano por encima de su hombro y volvía a arrojar el paño al agua.

Antes de que ella tuviera ocasión de echarse atrás, él le agarró la mano y tiró de ella hasta llevársela a la boca. Captando su mirada con la suya, le dio un suave beso en el dorso de las yemas de los dedos, luego le dio la vuelta a la mano y le dio un beso húmedo en la palma. Vio el pulso que latía en su esbelta muñeca y no pudo resistirse a besarla también allí.

Sus labios se entreabrieron al ver cómo la acariciaba. Llevándose el dedo índice de ella a la boca, hizo girar la lengua alrededor de su carne. Lentamente, tiró de su dedo para poder volver a centrar su atención en la palma de su mano.

Después de darle un último beso en la carne húmeda, se dirigió a la almohadilla de la base del pulgar y mordió suavemente el tierno montículo, antes de levantar la cabeza y sonreírle.

—Te doy las gracias por tu tierno tacto —susurró en voz baja, del color del deseo.

—Yo. . . Yo. . . —tartamudeó ella antes de interrumpir bruscamente su respuesta. Con un brusco tirón, liberó su mano y se dirigió hacia la puerta como si la persiguiera el mismísimo diablo.

Desmond se rio ante su rápida salida.

—¿Te vas tan pronto? ¿Y lo de secarme?

—No se mencionaba el secado en tus disposiciones —replicó ella por encima del hombro un instante antes de cerrar la puerta tras de sí.

Desmond sabía que estaba sonriendo como un tonto, pero no podía importarle menos. Sí que había molestado a su encantadora esposa. Una mirada a sus pezones tensos bajo el vestido mojado le había dicho todo lo que necesitaba saber.

Sí, su plan avanzaba a buen ritmo. En poco tiempo, ella estaría justo donde él la quería: en su cama y comportándose como una esposa adecuada.



Despegar el empapado vestido de su cuerpo fue difícil, pero Shannon estaba decidida a hacerlo por sí misma, aunque rasgara la maldita cosa. No tenía ningún deseo de que una criada la viera en semejante estado de agitación. Todo por culpa de su marido que le robaba el aliento, le hacía la boca agua y le partía el corazón.

Libre por fin del miserable vestido, Shannon se hundió en el borde de su cama. Tocar a Desmond le había hecho latir con fuerza y había querido explorar más de su cuerpo. . . especialmente la parte que sólo se había atrevido a vislumbrar a través del agua. Cuando él le había besado la mano, ella casi se había derretido a sus pies. Dios, cómo había deseado sentir de nuevo esa boca sobre la suya.

Entonces, ¿por qué luchaba contra sí misma, contra sus deseos? ¿Por qué no entrar en su alcoba y anunciar que estaba dispuesta a explorar las intimidades del matrimonio?

Porque entonces él ganaría en este horrible jueguito que habían empezado.

Entonces creería que todo lo que tenía que hacer era arrinconarla, acosarla, doblegarla, y ella se convertiría en masilla en sus manos. No, gracias. Había sido menos que una mera sombra en su primer matrimonio; no aceptaría eso en el segundo. Si cedía a sus deseos, Desmond nunca la respetaría como su compañera, como su igual.

Y eso no era lo que ella quería en absoluto.

Sabía que tenía que mantener su rumbo, burlarle en todo momento hasta ganarse su respeto. Entonces y sólo entonces podría bajar la guardia y permitirse entregarse a la pasión que él despertaba en ella.

Su único problema residía en resistirse a su imposiblemente atractivo marido.



Desmond se encontró silbando mientras entraba en White's. Entregando su capa al portero, se dirigió hacia la silla donde Patrick estaba sentado leyendo las noticias de la noche.

—Buenas noches, Crapstone —comentó Desmond alegremente mientras tomaba asiento frente a su amigo.

—Estás de buen humor esta. . . —Patrick interrumpió su saludo y empezó a olisquear el aire—. ¿Hueles a rosas?

Desmond sacudió la cabeza con firmeza.

—No.

—Juro que huelo. . .

—No huelo a rosas —zanjó Desmond—. ¿Podemos hablar de otra cosa, algo de interés

quizás?

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Patrick.

—Ahhh, ya veo —murmuró suavemente.

—¿Ves qué precisamente?

—Debes de haber decidido por fin darte un capricho con una dama, una que prefiere bañarse con jabón perfumado de rosas.

Haciendo un gesto para que le sirvieran un brandy, Desmond esperó un momento antes de admitir:

—En realidad, es mi mujer la que prefiere el aroma.

—¿En serio? —Patrick hizo rodar la palabra por su lengua, saboreándola—. Vaya, vaya, ciertamente las cosas han cambiado desde tus días con Margot.

—En efecto —murmuró Desmond, esperando el dolor y la rabia que sentía cada vez que pensaba en Margot. Por extraño que pareciera, no llegó. Quizá el tiempo curara todas las heridas. Por suerte, no tendría que volver a pasar por ese dolor, no con Shannon. Podía ser exasperante, testaruda y voluntariosa, pero nunca podría imaginarla siéndole infiel.

—Tendré que conocer a ese dechado de virtudes con el que te has casado —dijo Patrick, con la mirada brillante.

Desmond se quedó quieto. Quizá no había superado del todo las traiciones de Margot; en el momento en que su amigo expresó interés por Shannon, Desmond sintió que se ponía en guardia. Totalmente ridículo.

—Mi Shannon es, en efecto, una mujer honorable —dijo con ecuanimidad, guardándose para sí el continuo enfrentamiento con su esposa. Esa parte de la información prefería no compartirla.

La expresión de Patrick se volvió sobria.

—Me alegro por ti, amigo mío. Pasaste por el infierno, así que te mereces tu parte de satisfacción.

Y Patrick sólo conocía un puñado de las numerosas traiciones de Margot. De nuevo, era información que Desmond se guardaba para sí. Ya era bastante malo que Patrick, no, toda la sociedad, conociera las infidelidades de Margot con miembros de la tonelada; no había necesidad de aumentar esa humillación hablando de sus numerosos escauceos con criados, jornaleros y mercaderes.

—Gracias —murmuró.

La mirada de Patrick parpadeó detrás de Desmond.

—Hablando de Margot, prepárate, porque aquí viene su hermano.

William Benson, conde de Holbroke. El hombre que se había deleitado burlándose de Desmond por sus carencias como hombre, el hombre que había hecho todo lo posible por exponer el fracaso de Desmond como marido. . . el hombre que aún culpaba a Desmond de la muerte de Margot.

Endureciéndose, Desmond se puso en pie, no dispuesto a dar a William ningún tipo de

ventaja sobre él. Cuando su ex cuñado se detuvo ante él, Desmond disparó el primer tiro.

—¿Puedo ayudarte en algo, Holbroke?

—He oído que ya has sustituido a mi hermana.

—¿Ya? —repitió Desmond incrédulo. Patrick también se puso de pie—. Han pasado años, Holbroke.

—No el tiempo suficiente para que olvide cómo la maltrataste —espetó Holbroke, señalando con un dedo a Desmond.

Al mirar a William, Desmond se sintió transportado a los años en que Margot le había mirado de aquella manera. Un escalofrío le sacudió.

—No tengo ningún deseo de discutir con usted —dijo con frialdad. No, había tenido más que suficientes discusiones tanto con William como con su hermana para toda la vida—. Buenas noches, señor. —Apartándose de William, Desmond volvió a sentarse y dio un sorbo a su brandy.

Dos pasos rápidos hicieron que William se volviera hacia él.

—No te resultará tan fácil despedirme cuando te haga pagar por lo que le hiciste a mi hermana.

Desmond ni siquiera le dedicó una mirada a William.

Extendiendo la mano, Patrick recorrió la habitación con la mirada.

—Estás montando una escena, Holbroke.

Conteniendo su furia, William se enderezó y tiró de su chaqueta.

—Lo pagarás, Blackwell —repitió antes de alejarse a grandes zancadas.

Silbando en voz baja, Patrick volvió a tomar asiento.

—Tienes un enemigo ahí, viejo amigo.

—Me culpa de haber hecho a su hermana tan miserablemente infeliz que empezó a tener aventuras. Cree que es culpa mía que ella estuviera en el barco de su amante el día que se hundió.

—Tonterías —se burló Patrick—. Me has hablado de las tontas ideas equivocadas de Holbroke, pero me resultaba difícil comprender que el hombre creyera de verdad que tú eras responsable de su muerte.

—Bueno, es cierto. Y, aunque parezca increíble, Holbroke no es el único que me culpa de la muerte de Margot. —Desmond señaló con la cabeza hacia el lado derecho de la habitación—. ¿Ve a Víctor Sander por allí?

—¿El marqués de Remilton?

—Uno y el mismo —coincidió Desmond—. Era otro de los amantes de Margot y él también me culpa de su muerte. —Levantando su copa, Desmond dio otro sorbo a su brandy—. Aquí la mujer infiel muere mientras está con un amante y otro amante me culpa de alguna manera. Hay cierta ironía en ello, ¿no?

—No te faltan precisamente enemigos mortales, ¿verdad? —Comentó Patrick sacudiendo

la cabeza.

—El legado de mi querida Margot para mí —replicó Desmond, inclinando su copa hacia delante en señal de saludo.

Echándose hacia delante, la expresión de Patrick se volvió grave.

—No creerás realmente que intentarían vengarse, ¿verdad?

Desmond se encogió de hombros ante la pregunta.

—Si alguna vez fueran a actuar según sus amenazas, lo habrían hecho hace años.

Patrick lo consideró por un momento.

—Supongo que tienes razón.

—Por supuesto que la tengo. Además, estoy demasiado ocupado con mi mujer y mi sobrina como para dedicarles ni un momento de pensamiento.

—Cierto —coincidió Patrick con una sonrisa. Levantando su copa, dijo—: Por las damas y su jabón con aroma a rosas.

Sonriendo, Desmond levantó también su copa.

—Amén.

Capítulo 9



El respeto a todos los compañeros se da sin vacilar.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

A Shannon le resultó mucho más fácil sostener la pesada bandeja del desayuno y abrir la puerta de Desmond esta mañana. Al entrar en su habitación, dejó la bandeja sobre la mesa y fue a correr las cortinas de la ventana, así como las de su cama.

La sonrisa de Desmond le recordó a la de Charlie después de haberse dado un capricho especialmente fino. Shannon sabía que su marido estaba pensando en el baño de anoche. Conociendo a Desmond, se dio cuenta de que sin duda era consciente de cómo le había afectado, un hecho que podía resultar peligroso para su bienestar.

—Buenos días, milord —murmuró cortésmente mientras iba a recoger la bandeja.

—De vuelta con milord, ¿eh? —Miró señaladamente alrededor de la habitación—. ¿Dónde hay un baño cuando se necesita?

Sus labios se crisparon, pero se negó a darle la satisfacción de una sonrisa.

—Su desayuno, milord —dijo ella formalmente mientras se inclinaba para colocarlo sobre su regazo.

Habiendo aprendido la lección de la otra mañana, Desmond se sentó rápidamente y dirigió la bandeja hacia él.

—Huele delicioso.

—Le transmitiré sus cumplidos a la cocinera —dijo ella, antes de excusarse.

—Espera.

La llamada de Desmond detuvo sus pasos. Mirando por encima del hombro, le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Sí, milord?

—Pensé que te gustaría acompañarme. —Shannon levantó una ceja.

—Eso no forma parte de. . .

—Olvídate de las malditas disposiciones —interrumpió él bruscamente, lanzando su mano al aire—. Te pregunto si te gustaría participar en este desayuno conmigo.

Una parte de ella quería estar de acuerdo, hacer una tregua y disfrutar de su compañía, pero

la otra mitad se preguntaba si no se trataba simplemente de otra táctica en su juego.

—¿El que te serví en la cama? —preguntó enérgicamente, antes de negar con la cabeza—. No, gracias.

Él permaneció en silencio mientras ella salía de la habitación, pero Shannon casi podía sentir sus cavilaciones. En cuanto cerró la puerta tras de sí, se volvió y pegó el oído a la madera. Unos instantes después, oyó lo que estaba esperando.

—¡Shannon!

Sonriendo al oír que Desmond empezaba a toser, Shannon se dio la vuelta y se dirigió al pasillo. Al parecer, la gran dosis de pimienta que ella había añadido a su desayuno no le gustaba.

Nunca había especificado que ella no podía condimentar las cosas.



Shannon encontró a Jocely en la biblioteca, donde estaba acurrucada con un libro.

—Ahí estás.

Levantando la vista, Jocely sonrió en señal de bienvenida.

—¿Me estabas buscando?

—Sí —respondió Shannon, tomando asiento frente a su sobrina—. Quería hablar contigo sobre lo que pasó ayer.

—¿Ayer?

—Cuando fuiste tan desagradable con tu tío —aclaró Shannon. Inmediatamente la expresión de Jocely cambió—. No deseo hablar de eso.

Shannon permaneció impertérrita.

—Es una lástima, porque estoy decidida a entender por qué estás tan enfadada con Desmond.

Cerrando de golpe su libro, Jocely fulminó a Shannon con la mirada.

—Siempre me está diciendo adónde puedo ir, a quién puedo ver, cuánto tiempo puedo permanecer fuera por la noche. Mi tío cree que puede darme órdenes como si fuera su sirvienta.

—No eres su sirvienta, sino su pupila —señaló Shannon, manteniendo a propósito su tono nivelado—. Y como tal, sí tiene derecho a supervisar tus acciones.

Jocely se cruzó de brazos.

—Aun así, no tiene por qué ser tan poco razonable.

—Estoy bastante segura de que si le hablaras con calma y racionalmente te escucharía. —Y, por extraño que pareciera, Shannon lo creía de verdad. Después de todo, Desmond había cumplido su promesa y acatado sus disposiciones, a pesar de su enfado por ellas. Intentó encontrar una forma de eludirlas, de obligarla a aceptar sus propias disposiciones, pero no había

roto su vínculo aunque ambos sabían que ella no tendría ningún recurso si hubiera decidido hacerlo—. Tu tío es un hombre honorable.

—Potente es más bien —refunfuñó Jocely.

—Ya es suficiente. —Shannon dirigió una mirada severa a su sobrina—. Ya tienes dieciséis años, Jocely, eres toda una jovencita. Es hora de que empieces a actuar de acuerdo con tu edad. Si tu tío parece un poco rígido en sus normas, estoy bastante segura de que es sólo porque hace lo que cree que es mejor para ti. —Inclinándose hacia delante, puso una mano sobre los brazos cruzados de Jocely—. Comportarte como una niña cada vez que le ves ciertamente no le hace creer que estés preparada para asumir la responsabilidad de tus propios actos. La próxima vez que veas a tu tío, intenta ser agradable. Estoy segura de que Desmond estaría mucho más dispuesto a escuchar tus quejas si fueras más amable con él.

Aunque Jocely permaneció en silencio, Shannon pudo darse cuenta de que estaba considerando el consejo.

Acomodándose de nuevo en su silla, Shannon decidió que ya había hablado bastante sobre el tema.

—Voy a comprar algunas joyas con mi madre. Puedes acompañarme si quieres.

Jocely hizo una mueca.

—Prefiero que me embreen y me emplumen a pasar tiempo con tu madre.

Shannon contuvo una sonrisa ante la irreverencia de la muchacha.

—Vamos, Jocely. Debes aprender a moderar tus respuestas.

La angustia parpadeó en los ojos de Jocely antes de enmascarar la emoción.

—Hoy me estás encontrando bastantes defectos. Primero necesito comportarme de forma diferente con mi tío, ahora desearías que no fuera tan honesta. Dios mío, ¿cómo he podido sobrevivir sin tenerte cerca para decirme lo que hago mal?

Shannon se acomodó en el sofá junto a Jocely y colocó su brazo alrededor de los hombros de la muchacha.

—Admiro tantas cosas de ti, Jocely. Sólo intento guiarte, ayudarte a adaptarte a este nuevo mundo en el que has entrado.

La expresión de Jocely se suavizó.

—Aún no me he acostumbrado a todas las reglas de la sociedad educada —admitió.

—Y aún debes echar de menos a tus padres. —El corazón de Shannon se derritió ante la tristeza que llenaba la mirada de Jocely. Inclinándose más cerca, Shannon intentó devolver una sonrisa en el rostro de la joven—. Siento que no me acompañes hoy, pero lo comprendo perfectamente. A decir verdad, hay veces en que mi madre puede ser tan inflexible que preferiría enfrentarme a un pelotón de fusilamiento que a su aluvión de preguntas.

La risa de Jocely fue su recompensa.



—Sabes, Shannon, he estado pensando.

Oh, Señor. ¿Dónde estaba un pelotón de fusilamiento cuando lo necesitabas? Forzando una sonrisa en su rostro, Shannon miró a su madre.

—¿Sobre qué?

—El asunto Fleming. —La madre de Shannon cogió un broche de diamantes—. ¿Qué te parece éste?

—Creo que para alguien que estuvo a dos pasos de la cárcel de deudores hace unos días es demasiado extravagante —susurró Shannon—. ¿Por qué no echas un vistazo a esos artículos de precio más razonable de ahí?

Con un suspiro pesaroso, Lady Mansfield volvió a dejar el broche en la caja de terciopelo.

—Como iba diciendo, he pensado bastante en el asunto Fleming y creo que deberías hacerte acompañar por tu nuevo marido.

Shannon parpadeó dos veces.

—¿Por qué? Pocos maridos acompañan a sus mujeres.

—Cierto, pero, en este caso, como recién casada, sería mejor que Lord Blackwell te acompañe. Así se presentarían como pareja casada por primera vez en público.

—No veo por qué cree que eso es importante —comentó Shannon, abandonando toda pretensión de mirar las joyas.

—Por tu matrimonio con Haywood —dijo Lady Mansfield—. Debes admitir que tu anterior matrimonio no fue lo que la gente considera normal. Casi desapareciste de la faz de la tierra después de casarte con Haywood. Todo el mundo sigue hablando de ello.

—¿Sobre qué? —Shannon sacudió la cabeza, sin entender el motivo de la preocupación de su madre.

—Sobre tu desaparición de la sociedad educada. Están especulando sobre si tu matrimonio con Blackwell será diferente o no. Después de todo, debes recordar que hasta hace poco, cuando heredó el título, el propio Blackwell se había retirado de la sociedad.

Toda la sangre se drenó del rostro de Shannon.

—Por eso te sugiero que dispongas que Blackwell esté a tu lado cuando llegues esta noche al baile de Fleming. De un plumazo, aplastarás todos los rumores desagradables.

El argumento de su madre tenía sentido, se dio cuenta Shannon, pero sólo había un problema.



No sabía lo receptivo que estaría su marido a acceder a esta petición. . . especialmente si aún no se había recuperado del desayuno de esta mañana Shannon llamó suavemente a la puerta del estudio de Desmond.

—Entre.

A su orden amortiguada, respiró hondo y entró en la habitación con una sonrisa.

—Buenas noches, Desmond.

—Así que es Desmond otra vez —comentó, reclinándose en su silla—. Debes necesitar algo.

Ella sintió que se le calentaban las mejillas. Rezando por no parecer demasiado culpable, se adentró en el santuario privado de su marido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sólo te refieres a mí por mi nombre de pila cuando estás nerviosa o quieres algo —señaló él con lógica—, y como pareces imperturbable, simplemente supuse que era lo segundo.

Mirando hacia abajo, se dio cuenta de que volvía a retorcerse las manos. Cogíendoselas a la espalda, respiró tranquilamente.

—Las circunstancias han querido que, en efecto, haya venido a hacerte una petición.

Juntó las manos sobre el torso.

—Me gustan tanto tus peticiones... porque luego me concedes una de las mías.

Ella ignoró ese comentario.

—En realidad, es más bien un favor. Te agradecería mucho que nos acompañaras a Jocely y a mí al baile de Fleming esta noche. —Cuando Desmond no respondió, Shannon prosiguió—. Como es nuestro primer evento como matrimonio, me sentiría más cómoda siendo presentada como la duquesa de Blackwell contigo a mi lado.

—Por supuesto —respondió él en tono magnánimo—. Estaré más que encantado de acompañarla esta noche. —Metiendo la mano en su bolsillo, sacó su lista—. Ahora, ¿qué artículo elegirás a cambio?

Shannon retrocedió, herida.

—Esto no forma parte de tus juegos tontos, Desmond. Es un favor que te pedí como marido, ya que me siento aprensiva ante mi primera salida como tu esposa. —Sacudió la cabeza con fiereza—. Sin embargo, ya que pareces decidido a reducir cada momento de nuestro matrimonio en una especie de intercambio de trueques, retiro mi petición. —Levantando la barbilla, continuó—: Tu compañía no vale el precio.

Vibrando de ira, giró sobre sus talones y marchó de la habitación.

Horas más tarde, completamente vestida y lista para partir hacia el baile, Shannon seguía furiosa con su marido.

—Me temo que he cometido un terrible error, Charlie —le dijo a su gato mientras éste descansaba frente al fuego—. Le creía razonable. Creía que era honorable. —Se paseó por su habitación—. Pero esta noche me he enterado de que no era ni una cosa ni la otra. Es un cerdo.

No, es más bajo que un cerdo. Él es. . . él es. . . —Lanzó un suspiro exasperado—. No se me ocurre nada tan malo como para llamarle así, pero dame tiempo. Estoy segura de que se me ocurrirá algo.

Dejó de despotricar cuando oyó unos suaves golpes en la puerta de su alcoba.

—¿Shannon?

—Ya voy, Jocely —llamó, disimulando su enfado con Desmond. La situación entre Desmond y Jocely ya era bastante precaria sin que la chica se enterara de este último problema. Agachándose para darle a Charlie una caricia de despedida, Shannon susurró—: Te avisaré cuando haya pensado un nombre apropiado para Desmond.

Charlie agitó la cola contra las baldosas de la chimenea en respuesta.

Cepillándose las faldas, Shannon se dirigió a la puerta, la abrió y saludó a su sobrina con una cálida sonrisa.

—Vaya, Jocely, estás impresionante.

—Como tú —le devolvió Jocely, dando un paso atrás para permitir que Shannon saliera de su habitación.

Apoyando la mano en la balaustrada, Shannon se dirigió escaleras abajo.

—Estoy ansiosa por ver quién. . . —Interrumpió sus comentarios y tropezó hasta detenerse en el tercer escalón cuando divisó a Desmond de pie en la base de la escalera con todas sus galas.

Levantando la mano, se encontró con su mirada.

—He sido un grosero —dijo simplemente—. Perdóname.

Y con esa tranquila admisión, su ira se desvaneció, dejándola sin aliento.

—Maldito seas, Desmond Conelly —le devolvió ella con un movimiento impotente de la cabeza—. Justo cuando decido que no tienes cualidades que te rediman, vas y haces algo como esto.

Un lado de su boca se torció hacia arriba, realzando sus endiablados rasgos finos.

—Mal hecho por mi parte, lo sé, pero de vez en cuando una de mis cualidades más finas levanta su fea cabeza. La idea de que asistieras a esta gala sin mi escolta era intolerable.

—Intolerable, dices —murmuró ella mientras reanudaba su descenso—. Completamente.

Se detuvo junto a su mano extendida. Mirando la ofrenda de paz, levantó la mirada para mirarle fijamente a los ojos.

—Me has hecho daño —susurró en voz lo suficientemente baja como para que Jocely no pudiera oírla.

La expresión de Desmond se volvió sobria.

—Lo sé. Lo siento.

Su disculpa sonó con sinceridad. Asintiendo una vez, sintió que se le aliviaba el nudo del estómago.

—¿No volverás a hacerlo?

—Nunca.

Shannon aceptó su mano.

Capítulo 10



Por encima de todo, una dama nunca hace de sí misma un espectáculo.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

-El duque y la duquesa de Blackwell y lady Jocely Conelly.

Las cabezas se giraron ante la presentación del mayordomo de Lord Fleming. La ávida especulación de la multitud hizo que Shannon se alegrara doblemente del firme apretón de Desmond sobre su codo. Desmond la miró con una sonrisa divertida, como si supiera precisamente lo que ella estaba pensando. El calor que la había invadido cuando aceptó su mano se intensificó.

Jocely se agarró al otro brazo de Desmond mientras éste los guiaba por la habitación.

—Shannon, ¿recuerdas a mi amigo, Patrick Stockton, conde de Crapstone?

—Por supuesto. —Haciendo una reverencia, Shannon le tendió la mano—. Es un placer renovar su amistad, Lord Crapstone —murmuró mientras él se inclinaba sobre su mano enguantada.

—El placer es todo mío.

Curvando su mano alrededor del codo de Jocely, Desmond asintió hacia ella.

—No estoy seguro de si ha tenido el placer de conocer a mi sobrina, Lady Jocely Conelly, en la boda.

—No, usted ha sido muy negligente en sus obligaciones —reprendió Patrick a Desmond.

Jocely ladeó la cabeza.

—¿No vas a inclinarte también sobre mi mano?

Mientras Desmond gemía, Shannon tosió ligeramente para disimular su risa.

Obviamente divertido, Patrick sonrió a Jocely.

—Perdóneme, milady —murmuró, aceptando su mano extendida e inclinándose sobre ella—. No pretendía ofenderla.

—No pasa nada —dijo Jocely después de que Patrick se enderezara.

—Me alivia mucho oír eso —contestó él, su sonrisa profundizándose hasta convertirse en una mueca. Volviéndose hacia Shannon, le preguntó—: ¿Me concede el honor de este baile?

Automáticamente, Shannon miró a Desmond para pedirle permiso. Con expresión

complacida, asintió en respuesta. Metiendo su mano en la de Patrick, le siguió a la pista de baile donde el cuarteto entonó una cuadrilla.

Al girar del brazo de Patrick, Shannon captó la mirada de su marido. La luz íntima de sus ojos la hizo sonrojarse, una acción que él no pareció pasar por alto cuando empezó a sonreír ampliamente. ¿Cómo iba a resistirse a aquel hombre? se preguntó Shannon no por primera vez.

—Desmond habla muy bien de usted.

Apartando la atención de su marido, Shannon volvió a centrarse en su pareja de baile con la mirada demasiado aguda.

—Eso espero —murmuró.

Patrick miró a Desmond.

—Hace feliz a mi amigo.

¿Patrick estaba seguro? Hacía sentir a Desmond muchas cosas —enfado, frustración, incluso arrepentimiento—, pero ¿feliz? Ella no lo creía. Aun así, los detalles de su matrimonio eran demasiado íntimos como para andarse con rodeos en un salón de baile.

—Gracias —murmuró finalmente.

Él la hizo girar.

—También será una influencia tranquilizadora para su sobrina.

—¿Jocely? —Su comentario la sorprendió—. Creía que no la había conocido antes de esta noche.

—Si bien es cierto, ciertamente he oído hablar de ella.

Shannon sacudió la cabeza.

—No presto mucha atención a los cotilleos ociosos.

—No son cotilleos, Lady Blackwell, sino la verdad tal y como me la contó su marido —corrigió Patrick en voz baja.

—Agradezco su preocupación, milord, pero preferiría no hablar de asuntos familiares privados.

—Muy loable —devolvió Patrick, antes de cambiar de tema. Mientras lord Crapstone empezaba a obsequiarla con relatos de su último viaje a las Tierras Altas escocesas, Shannon meditaba sobre cómo iba a tratar a su sobrina.



Desmond no soltó su agarre sobre ella mientras la acompañaba fuera de la pista de baile, la pequeña acción hizo que el corazón de Shannon diera un salto.

—Hemos bailado juntos dos veces esta noche —murmuró ella, dirigiéndole una mirada—. La gente empezará a hablar.

Su sonrisa tenía una inclinación decididamente pícara.

—Estamos recién casados, Shannon. Si soy demasiado atento contigo esta noche, la gente se limitará a especular que estoy muy complacido con mi esposa.

El vértigo de su interior se desvaneció.

—Entonces se equivocarían en sus suposiciones.

—Oh, no sé nada de eso —replicó Desmond rápidamente—. Si tengo en cuenta que mi nueva esposa me ha bañado, alimentado y nunca me ha hecho sufrir aburrimiento, entonces tendría que decir que los ton estarían en lo cierto en su apreciación.

Shannon se volvió más sobria a cada cosa que enumeraba.

—Ninguna de esas cosas se hizo de buena gana —admitió en voz baja.

—Ah, pero ésa es precisamente la cuestión, querida —replicó él con rapidez—. No tenías por qué cumplir las promesas que hiciste en nuestros jueguecitos, y sin embargo lo hiciste. —Cogiéndole la mano, le dio un suave beso en los dedos—. Y eso, mi bella Shannon, me complace mucho.

Se le cortó la respiración.

—Desmond —susurró anhelante—. Yo soy. . . —Interrumpió su admisión, insegura de cómo expresar las extrañas emociones que crecían en su interior.

Desmond abrió la boca como para responder, pero la volvió a cerrar cuando su mirada se desplazó por encima del hombro de ella.

—Buenas noches, señor —dijo Desmond al soltarle la mano.

Dándose la vuelta, Shannon se encaró con su padre.

—¡Papá! —exclamó, poniéndose de puntillas para darle un beso en la mejilla—. Qué alegría verte.

Los ojos de su padre centellearon.

—Tienes buen aspecto, Shannon. Espero no haber interrumpido nada.

—Para nada —le aseguró Desmond a su padre antes de que ella pudiera responder—. Ahora, si me disculpas, Shannon, iré a buscarte un refresco mientras estás con tu padre.

La consideración de Desmond la reconfortó.

—Gracias —murmuró ella suavemente—. Estoy bastante reseca.

Haciéndole una reverencia, Desmond se enderezó y se dirigió hacia el salón. Al verle marchar, Shannon sintió que un pensamiento la atormentaba. Podría enamorarse fácilmente de este Desmond.

—Parece que este matrimonio te sienta bien, muñeca.

Ella se sobresaltó ante la observación de su padre.

—¿Qué te hace decir eso?

Su padre sonrió ampliamente.

—Estás haciendo pocos esfuerzos por ocultar tu afecto por Blackwell, Shannon. Todo el

mundo se ha dado cuenta de sus inquebrantables atenciones.

La duda pinchó su burbuja de felicidad. ¿Acaso Desmond estaba siendo tan encantador con ella simplemente para impresionar a la sociedad? Pero ella desechó esa idea en un instante. No, el hombre que la saludó al pie de la escalera esta noche no tenía ningún motivo oculto.

Asintiendo, Shannon estuvo de acuerdo con su padre.

—Creo que tienes razón, papá. Este matrimonio sí me conviene —admitió suavemente.

Su padre la abrazó con fuerza durante un instante y luego la soltó antes de que nadie se diera cuenta del abrazo.

—Estoy tan aliviado. —Apartando la mirada, papá murmuró—: Lamento profundamente el error que cometí con Haywood.

Un grito ahogado brotó de Shannon ante la admisión de su padre. Ni una sola vez papá había admitido que se había equivocado al elegir a su primer marido.

—Nunca habría aceptado la demanda si hubiera sabido que él. . .

—Lo sé, papá —dijo Shannon, poniendo una mano en el brazo de su padre.

Suspirando, su padre le acarició la mano.

—Y siento que te hayas visto obligada a volver a casarte por culpa de mi desastre. Así que me alivia mucho verte felizmente casada esta vez.

Felizmente casada.

Shannon le dio vueltas a la frase en su mente. Difícilmente se consideraría felizmente casada, pero unas cuantas veladas mágicas más como ésta sin duda cambiarían su opinión. No sabía qué había ocurrido para que Desmond cambiara de actitud hacia ella, pero no iba a cuestionar su buena suerte.

En lugar de eso, se limitaría a disfrutar de la hermosa velada.

—Tienes un buen marido, Shannon.

Sonrió a su padre.

—Creo que tienes razón, papá.



Esperando haber dado a su esposa suficiente tiempo en privado con su padre, Desmond se dirigió de nuevo al salón de baile con un vaso de ponche. Tropezó al ver a su sonriente esposa. La excitación empezó a chisporrotear por sus venas y, por un momento, la intensa emoción le alarmó.

Pero, en un instante, desechó el sentimiento. Después de todo, era natural que estuviera emocionado por volver con su esposa, especialmente desde que por fin había conseguido hacerla entrar en razón. Cuando ella había salido furiosa de su estudio esta tarde, Desmond había estado

tentado de volver a llamarla, pero había conseguido abstenerse. Aún no había averiguado qué había significado la reacción de ella.

Ella le había pedido que la acompañara, luego se había enfadado y salido furiosa de la habitación cuando él había mencionado su lista. Sólo después de reflexionar detenidamente se había dado cuenta de que ella no había intentado engañarle esta vez, ni había creído que podría engatusarle para que accediera a su petición. Por sus acciones reveladoras, Desmond sabía ahora que había obtenido una importante victoria en su batalla en curso. Finalmente, Shannon era muy consciente de que no podía forzarle... ni engatusarle para que hiciera nada que él no quisiera.

Y eso le había dejado libre para acceder a su petición.

Nunca olvidaría su expresión cuando le había visto esperándola al pie de la escalera. Mientras observaba a su esposa conversar con su padre, Desmond sintió que se le oprimía el pecho. Señor, pero era hermosa.

Haciendo a un lado el pensamiento fantasioso, Desmond se adelantó.

—Querida —murmuró, ofreciéndole el vaso de ponche.

Cuando Shannon volvió su complacida mirada hacia él, casi sonrió como un tonto.

—Gracias, Desmond —dijo ella.

Sin poder contenerse, alargó la mano y la posó ligeramente sobre la parte baja de su espalda.

—El placer es mío.

Le costó un esfuerzo considerable volverse hacia su suegro.

—Entonces, milord, ¿cómo está. . . ?

—Todo va bien —respondió enérgicamente lord Mansfield—. Y estoy bastante seguro de que usted preferiría bailar con mi hija que mantener una conversación con un viejo esquivo como yo.

—No en. . .

Pero Lord Mansfield cortó su protesta.

—Pish-posh —replicó mientras arrebatava el vaso de ponche medio vacío de la mano de Shannon—. Ahora, ¿por qué no me llevo esto y tú bailas el vals con mi hija?

Desmond no pudo contener la risa.

—¿Por qué no, en efecto?

Y con eso, apretó con fuerza la cintura de Shannon y la hizo girar hacia sus brazos.

—Gracias, papá —gritó Shannon por encima del hombro mientras estrechaba la mano de Desmond.

Mientras Desmond paseaba a Shannon por la habitación, la apretó estrechamente contra él. Se mordió un suspiro de satisfacción por tenerla por fin en sus brazos de nuevo.

—Shannon. . . —empezó suavemente—. Esta noche ha sido, ¡Uf!

Se quedó sin aliento al golpearse un par en la espalda.

—¡Qué diablos! —murmuró, frunciendo el ceño tras la salvaje pareja que giraba locamente por la pista de baile. Algunas personas no respetaban a los demás. No había más que verlos dando vueltas por la pista, completamente fuera de control. Bailaban el vals con tanto vigor que las faldas azules de la dama se levantaban mostrando destellos de pierna.

Faldas azules.

El pavor le golpeó la boca del estómago cuando Desmond levantó la mirada para contemplar el rostro sonriente de su sobrina. Jocely. Debería haberlo sabido.

—¡Dios santo! —murmuró sombríamente.

Mirando a Shannon, Desmond notó su palidez.

—Ya sabías que era Jocely, ¿verdad?

—Vi su cara cuando chocaron contigo —admitió Shannon.

—Esa chica está decidida a arruinarse. —Armándose de valor, Desmond empezó a bailar el vals hacia Jocely y su acompañante, Lord Conover. En cuanto estuvo lo bastante cerca, puso una mano firme sobre el hombro de Conover, guiándoles hasta el borde de la pista de baile y poniendo fin al baile.

—Maldita sea, hombre, ¿no tienes sentido común? —exclamó Desmond en voz baja, sin molestarse en ocultar su enfado.

Forzando una sonrisa en su rostro, Desmond ofreció un brazo a su mujer y a su sobrina. Levantó la voz lo suficiente para que todos los que estaban a su alrededor le oyeran.

—Ahora, si nos disculpan, debemos irnos.

Sin detenerse, Desmond agarró el codo de Shannon y prácticamente tiró de ella hacia la entrada, donde recogieron sus capas. Tras ordenar que trajeran su carruaje, se quedó en silencio. Observando a Desmond, Shannon sabía muy bien que esta situación distaba mucho de haber terminado. Como una tormenta que se avecinaba, podía sentir las emociones que se arremolinaban en su interior.

Cuando llegó el carruaje, los sacó a toda prisa de la casa de Fleming. Dentro de los silenciosos confines del carruaje, Shannon intentó abordar el asunto.

—Desmond. . .

—Ni una palabra más.

Alarmada, Shannon guardó silencio. La voz de Desmond había sido tan cruda, tan furiosa, que ni siquiera había sonado como él mismo.

Jocely se removió en su asiento.

—¿Qué pasa con. . .?

Cuando Desmond se inclinó hacia delante, un rayo de luz de luna captó su rostro, iluminando su expresión salvaje.

—¿Te comportas de una manera atrozmente escandalosa y luego te preguntas qué me pasa? Maldita sea, Jocely, ¿no tienes sentido del decoro?

—Sólo estaba bailando —respondió ella en tono amotinado.

—Ni siquiera eres consciente de lo escandaloso de tu comportamiento, ¿verdad? — Desmond cerró los ojos un momento—. Que Dios me ayude.

Antes de que Jocely pudiera replicar, el carruaje se balanceó hasta detenerse. Desmond bajó de un salto y les alcanzó el interior. Shannon tropezó al salir del carruaje, pero Desmond se limitó a agarrarla por el codo y casi tiró de ella para subir los escalones delanteros. Cuando entraron en el vestíbulo, fulminó a Jocely con la mirada.

—Vete a tu habitación.

Jocely se mantuvo firme.

—No puedes decirme. . .

Todo el cuerpo de Desmond empezó a temblar con furia apenas contenida.

—Si no vas a tu habitación en este instante, yo mismo te arrastraré hasta allí y te encerraré durante una semana.

Enviando una mirada llena de odio a su tío, Jocely subió corriendo las escaleras. Desmond esperó a que ella despejara el rellano superior antes de arrastrar a Shannon tras él hasta su estudio. Con un giro de su brazo, la hizo entrar dando vueltas en la habitación mientras hacía clic en la cerradura.

Shannon observó en silencio cómo Desmond apoyaba la frente en la puerta.

Por un momento, permaneció inmóvil hasta que finalmente se volvió para mirarla.

Capítulo 11



Un marido se convierte en el amo y señor de una dama.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

—¿Por qué no has empezado a guiar a Jocely? —Sus pasos eran medidos mientras se acercaba.

—He pasado tiempo con ella y. . .

Desmond levantó la mano.

—No me refiero a eso, Shannon, y lo sabes —interrumpió. Sus hombros se hundieron hacia delante mientras se hundía en una silla.

El aire derrotado de Desmond alarmó a Shannon mucho más que su enfado.

—Quiero a mi sobrina —admitió en voz baja, inclinándose hacia delante para apoyar los codos sobre las rodillas—. Y me mata verla destruir su futuro poco a poco, insensatez tras insensatez.

—Desmond —murmuró Shannon, cayendo de rodillas ante él.

Sus ojos brillaban con una volátil mezcla de frustración, pena y amor.

—Necesito tu ayuda, Shannon. Por favor.

Desmond la necesitaba. Ella se derritió ante su súplica.

—Por supuesto, Desmond —murmuró ella, extendiendo la mano para posarla sobre la suya—. Hablaré con Jocely por la mañana.

Un escalofrío recorrió a Desmond.

—Gracias.

Su suave susurro la conmovió profundamente.

—De nada.



Haciendo una pausa en el vestíbulo para ponerse los guantes, Desmond oyó la voz de Shannon

que salía del salón de señoras.

—. . . la importancia de comportarse de una manera. . .

Sonrió mientras salía de la casa. Si su esposa por fin se estaba ocupando de su salvaje sobrina, entonces la agitación de la noche anterior al menos había producido algunos resultados positivos. Aunque aún se sentía incómodo por haber expuesto sus emociones a Shannon, no podía quejarse del resultado.

Otro beneficio de su enfrentamiento con Shannon había sido su desayuno impoluto. En lugar de que la comida le cayera sobre el regazo o le chamuscara la lengua, Desmond había disfrutado de un delicioso desayuno, servido con una sonrisa y un agradable saludo.

Su esposa por fin entraba en razón y se comportaba como correspondía a la duquesa de Blackwell.

Con la sonrisa bien puesta, Desmond entró en White's. La ligereza de su paso se atenuó un poco cuando notó que todas las miradas estaban puestas en él. Cuando llegó hasta Patrick, Desmond tomó asiento, agradecido de que el respaldo de cuero de su silla le protegiera de algunas de las miradas.

—¿Qué demonios está mirando todo el mundo?

Los ojos de Patrick brillaron con una luz burlona.

—Quizá todos estén simplemente envidiosos de ti.

—¿De mí? —Desmond pensó en la debacle de la noche anterior y no podía comprender por qué alguien le envidiaría—. ¿Por qué?

—Creo que todos los caballeros presentes, yo incluido, sienten envidia del evidente afecto que le profesa su esposa.

Los cálidos recuerdos de tener a Shannon en sus brazos parpadearon en Desmond.

—Como no podía ser de otra manera —le devolvió con una carcajada.

Inclinándose hacia delante, Patrick abandonó su tono burlón.

—Le mencioné a tu esposa que el comportamiento de Jocely era algo. . . salvaje. —Juntó las manos—. Sin embargo, ella no quiso oír detalles. En cambio, me informó de que no deseaba discutir asuntos familiares privados.

La lealtad de Shannon complació a Desmond.

—Bien por ella —le devolvió—. Tenía mucha razón al no desear cotillear sobre su sobrina en un entorno tan público y con alguien a quien sólo había visto dos veces.

Patrick rio suavemente mientras se recostaba en su silla.

—Toda esa sabiduría y además da baños perfumados con rosas.



—. . . Ya te lo he explicado, Jocely. Si muestras una cantidad excesiva de tus miembros, entonces das la impresión de que eres de moral relajada —dijo Shannon, totalmente exasperada ante la continua negativa de la muchacha a aceptar la orientación.

—¿Cómo es que verme las piernas hace. . . ?

—Tus miembros —corrigió Shannon automáticamente—. Una dama nunca se refiere a sus extremidades inferiores como piernas.

Las cejas de Jocely se fruncieron.

—¿Por qué demonios no?

—Porque se considera vulgar. —Levantándose, Shannon se dirigió al aparador y se sirvió otra fortificante copa de jerez. Desviándose hacia el escritorio de su salón, cogió un ejemplar de su libro—. Tal vez deberías leer esto —instruyó mientras se lo entregaba a Jocely.

—Guía de etiqueta de una dama. —Levantando la vista del título, Jocely preguntó—: ¿Qué es esto?

—Precisamente lo que parece ser: un libro que escribí sobre las reglas de la sociedad educada. —Shannon volvió a tomar asiento—. Si lo lees, estoy segura de que lo encontrarás muy edificante.

La curiosidad tiñó la expresión de Jocely mientras abría el libro por una página del medio.

—Una dama nunca remueve su té con demasiado vigor y nunca golpea su cuchara en el lateral de su taza más de dos veces. —Jocely estalló en carcajadas—. Seguro que es una broma.

—En absoluto —protestó Shannon—. Un golpecito más y serás considerada una maleducada.

—Aunque te felicito por escribir un libro, seguro que había temas mucho más interesantes que tratar. —Jocely sonrió mientras seguía hojeando el libro—. Sé que crees que es importante seguir la etiqueta adecuada, Shannon, pero ¿cuándo ha hecho feliz a alguien obedecer todas las normas?

La sencilla pregunta de Jocely recordó a Shannon cómo ella se había preguntado eso mismo.

—Muchas de las matronas son muy estrictas con las normas, pero son las viejas más miserables que he conocido. ¿Acaso adherirse a los dictados de una sociedad mimada las hace más felices? —Jocely cerró el libro y se lo devolvió a Shannon—. No creo que haya nada aquí que me haga la vida más fácil.

Los dedos de Shannon se cerraron en torno al libro.

—Me gustaría que lo reconsideraras y sólo lo leyeras una vez.

—Nada de lo que hay en ese libro me ayudará a encajar mejor en la sociedad —dijo Jocely con firmeza mientras sacudía la cabeza—. Soy demasiado franca, demasiado libre con mis emociones. Así que, si nunca seré completamente aceptada por la condescendiente tonelada, entonces ¿por qué debería siquiera intentar seguir sus ridículas e interminables reglas?

Al oír el dolor en los comentarios de Jocely, Shannon se inclinó hacia delante para colocar su mano sobre la rodilla de Jocely.

—Tú eres Lady Jocely Conelly, la hija del duodécimo duque de Blackwell. Sólo con tu título y tu riqueza, serías aceptada. —Sonrió amablemente a su sobrina, cuya mirada parecía de pronto más vieja que sus años—. Además, eres ingeniosa, vivaz e inmensamente divertida.

Parpadeando lágrimas, Jocely se levantó bruscamente, rompiendo el agarre de Shannon sobre ella.

—Entonces deja que los tontos lleguen a apreciarme por esas cosas, por lo que soy... en lugar de intentar que encaje en su molde perfecto como haces tú.

Un instante después, Shannon estaba sola en su salón. Encajar en su molde perfecto. De joven, eso era precisamente lo que había hecho, creyendo como tantos otros que su adhesión a las normas le garantizaría una vida perfecta. En lugar de eso, había acabado en un matrimonio doloroso, se había quedado sin dinero por todos sus años de sufrimiento y, finalmente, se había visto obligada a hacer trueques para poder vivir.

Sin embargo, con Desmond no había seguido todas las reglas. Era testaruda, discutidora e inflexible... y nunca había sido tan feliz. En lugar de seguir las reglas, estaba siguiendo a su corazón. Asombrada por el radical concepto, Shannon bajó la mirada hacia el libro que tenía en la mano. ¿Había estado completa y absolutamente equivocada en sus ideas todos estos años?

Dejando el vaso, salió a toda prisa de la habitación y subió las escaleras hasta su habitación. Cerró la puerta tras de sí antes de tomar asiento cerca de la ventana. Un instante después, Charlie saltó sobre su regazo. Distraídamente, acarició al gato mientras abría su libro y empezaba a leer.



Los últimos rayos de sol se colaron en su habitación mientras Shannon cerraba su libro. Permaneció sentada, incapaz de moverse, mientras una multitud de preguntas, preguntas rebeldes, se arremolinaban en su mente. Ahora sabía que muchas de las cosas que antes había creído eran simplemente falsas.

Desmond no era su amo y señor. ¿Dónde estaría el pecado en llamar a alguien antes del banquete del mediodía? ¿Cómo se vería afectada su vida si por error se dirigía a un conde antes que a un duque? Tantas reglas tontas que cumplir. Una vez había creído que desviarse del curso de la etiqueta adecuada conduciría al caos y al desastre. Bueno, ella había seguido el camino recto y estrecho, y sin embargo había aterrizado en medio del caos y el desastre.

Dejando el libro, Shannon levantó suavemente a Charlie de su regazo y se dirigió a la habitación de Jocely. Golpeando ligeramente la puerta, Shannon llamó:

—¿Jocely? ¿Estás ahí?

—Pasa. —A la orden de su sobrina, Shannon entró en la bonita habitación.

—Deseo discutir algo contigo.

Colocando su pincel sobre la mesa, Jocely se sentó en el taburete.

—Si esto es otro sermón sobre cómo tengo que. . .

—No, es eso —dijo Shannon, incapaz de contener su excitación—. No puedo sermonearte sobre cómo debes vivir tu vida. —Sus labios se torcieron mientras amargos recuerdos la inundaban—. Yo no lo he hecho precisamente a la perfección con la mía.

Las cejas de Jocely se fruncieron.

—Aun así, hay ciertas cosas que sé que son importantes, como tratar a la gente con respeto y ser honorable tanto con los demás como contigo misma y tener una moral sólida. —Shannon se hundió en la cama—. Lo que creo que debemos hacer en este momento, Jocely, es crear nuestras propias reglas, dentro de unos límites.

La decepción tiñó la mirada de Jocely.

—Debería haber sabido que te apuntarías a las calificaciones.

—Tienes que hacerlo —insistió Shannon—. Aunque tenemos derecho a vivir como nos parezca, es censurable hacerlo a costa de los demás. —Apoyándose en sus manos, Shannon expuso su punto de vista—. Por ejemplo, anoche, cuando bailaste y montaste una escena, tu tío se enfadó mucho. . . por ti —se apresuró a aclarar—. Te quiere mucho y le preocupa que destruyas cualquier posibilidad de felicidad futura.

—Ésa no es la razón de su enfado —dijo Jocely con amargura—. Tiene miedo de que le avergüence.

Shannon sacudió la cabeza.

—Eso no es cierto. Sólo quiere lo mejor para ti.

Poniéndose en pie, Jocely comenzó a pasear por su habitación.

—Quiere lo mejor para él.

Una protesta se elevó a sus labios, pero Shannon la mordió al notar la obstinada inclinación de la barbilla de Jocely.

—Podría hablarte del afecto de tu tío, pero nunca me creerías, ¿verdad?

El silencio de Jocely lo dijo todo.

—Por suerte para las dos, el tiempo es vuestro aliado. —Sonrió suavemente mientras colocaba una mano sobre la mejilla de Jocely—. Pero por ahora, nos centraremos en crear unas reglas que os satisfagan tanto a ti como a tu tío.

Tras un momento de vacilación, Jocely tendió la mano para abrazar a Shannon.

—Gracias por entenderlo —susurró.

Saboreando el momento, Shannon apretó con fuerza a Jocely, pero inmediatamente bajó los brazos cuando sintió que su sobrina se apartaba.

—Espero que te des cuenta de que seguiré dándote consejos, Jocely. He cometido muchos errores en mi vida y no tengo intención de quedarme mirando en silencio si veo que te diriges hacia los problemas. No tiene sentido que ambas cometamos los mismos errores.

Los ojos de Jocely brillaron mientras negaba con la cabeza.

—En absoluto. Estoy más que dispuesta a cometer los míos.

Todavía riendo mientras salía de la habitación de Jocely, Shannon regresó a su propia cámara, sintiendo que acababa de tomar la decisión correcta.

De repente, un sonido procedente de la habitación de Desmond captó su atención. Si estaba poniendo su vida en orden, había una cosa que realmente necesitaba abordar. Su matrimonio. Shannon se dirigió enérgicamente a la puerta de Desmond antes de que tuviera ocasión de pensárselo dos veces.

Tomando aliento, golpeó bruscamente la puerta.

La cabeza de Desmond se giró al oír el sonido.

—¿Shannon? —llamó tentativamente.

—¿Podría hablar contigo un momento?

Su mano se detuvo sobre su corbata desabrochada durante un breve instante antes de dirigirse a la puerta y abrirla de par en par.

—Por supuesto. Por favor, pasa.

Tras dos pasos dentro de su habitación, su mirada se posó en su chaleco desabrochado y su corbata desatada.

—He interrumpido tus abluciones —dijo ella, dándose la vuelta inmediatamente para volver a su habitación.

—En absoluto —le devolvió él, cerrando la puerta antes de que ella pudiera emprender la huida. Era la primera vez que ella entraba voluntariamente en su alcoba. No estaba dispuesto a dejarla huir tan rápidamente—. Simplemente me estaba poniendo más cómodo.

Shannon rio nerviosamente.

—Hay algo que decir sobre la comodidad.

Su inane respuesta hizo que Desmond se preguntara de qué iba su mujer.

—¿A qué debo el placer de tu visita? —preguntó, decidiendo cortar por lo sano entre las capas de comentarios y respuestas corteses.

—Deseaba hablarte de nuestro matrimonio.

Esa afirmación le puso instantáneamente en guardia. Vadeando las traicioneras aguas de la mente de una mujer, Desmond redactó su respuesta con cuidado.

—Creo que nos llevamos bastante bien.

—¿Bastante bien? —exclamó Shannon, con las manos apretándole el estómago.

Al parecer no había redactado su respuesta con suficiente cuidado. Esta vez, optó sabiamente por permanecer en silencio, esperando a que Shannon expusiera su punto de vista.

—Oh, vaya —murmuró ella, jugueteando con un lazo de su corpiño—. Esperaba que sintieras lo mismo que yo sobre el estado de nuestro matrimonio.

Con eso, se dio por vencido.

—Para serte totalmente sincero, Shannon, no tengo ni puñetera idea de lo que sientes por nuestro matrimonio. Si te importara decírmelo, entonces estaría más que encantado de hacerte saber si siento lo mismo o no.

Esperando enfado, se quedó atónito al ver que una enorme sonrisa le partía la cara.

—Debo decirte, Desmond, que admiro la forma en que dices lo que piensas.

¿Lo hacía? Señor, Margot solía enfurecerse cada vez que él hablaba sin rodeos, diciéndole que no tenía refinamiento. Pero qué otra cosa podía esperar de un humilde segundo hijo, se había mofado Margot. Apartando los pensamientos sobre su primera esposa, Desmond se concentró en Shannon.

—Me alivia oír eso —dijo con sinceridad—, porque me temo que siempre seré brusco.

Su sonrisa le llegó a los ojos.

—No me importa en absoluto. —Apartando la mirada, respiró hondo—. En cuanto a nuestro matrimonio, deseo empezar de nuevo.

Confundido, negó con la cabeza.

—¿Quieres volver a intercambiar nuestros votos?

—No, me gustaría que dejáramos a un lado nuestros juegos, que pasáramos tiempo juntos y llegáramos a conocernos antes de... antes de...

Se arriesgó a adivinar.

—¿Que intimemos?

—Exactamente —dijo ella, con alivio en el fondo de su voz.

Un calor se extendió dentro de su pecho.

—Quieres que te corteje —murmuró, con un lado de la boca curvándose hacia arriba. Le divirtió darse cuenta de que hacía unas pocas semanas sólo había querido un matrimonio de conveniencia. Pero anoche, mientras yacía despierto en la cama, se había dado cuenta de que quería más.

Quería que ella le amara.

De hecho, con su rara mezcla de honestidad y lealtad, era una esposa ideal, en la que podía confiar implícitamente. Si se enamoraba de él, sin duda la haría más feliz y él guardaría sus sentimientos a buen recaudo.

—¿Qué te parece la idea?

Extendiendo la mano, le llevó la punta de los dedos a la boca, sin permitir que su mirada se apartara de la de ella. Un bonito rubor tiñó sus mejillas, diciéndole mucho más de sus sentimientos de lo que sus palabras jamás podrían. Apretando un tierno beso sobre sus dedos, bajó lentamente la mano de ella, deslizando sus dedos por la palma de ella para juntar sus manos.

—¿Qué pienso de tu idea? —repitió suavemente—. Pues, mi dulce esposa, creo que es positivamente inspiradora.

Capítulo 12



Una dama nunca debe atraer una atención indebida sobre sí misma.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

—¿Tenían que tocar el vals? —gimió Desmond mientras veía a lord Ansley escoltar a Jocely a la pista de baile.

Shannon se rio mirando a su marido.

—No te preocupes, Desmond. Dudo que se repita lo de hace tres noches.

Echando un vistazo al salón de baile de los Howard, Desmond murmuró:

—Ruego que tengas razón, Shannon. Si te fijas, esas matronas que están cerca de la chimenea mantienen sus miradas clavadas en Jocely, esperando a que tropiece.

Como había estado trabajando con Jocely en la modificación de su comportamiento, Shannon seguía confiando en que su sobrina capearía el asunto espléndidamente.

—Tienes que confiar en mí, Desmond.

—Lo hago, pero. . .

Ella apretó dos dedos contra sus labios.

—Sin peros. Ahora por qué no me traes un poco de ponche.

Desmond besó la punta de sus dedos, haciendo que Shannon se estremeciera.

—¿Por qué no?

La luz sensual de los ojos de Desmond intensificó el calor que se extendía por ella.

—Volveré en un momento.

—Estaré aquí mismo.

Una comisura de sus labios se inclinó hacia arriba.

—Entonces me daré prisa.

Riendo a su regreso, Shannon le observó cruzar la habitación. Durante tres gloriosos días, Desmond había sido tan encantadoramente atento con ella y se encontró a sí misma deslizándose silenciosamente hacia el amor por él. Qué sensación tan gloriosa, pensó con una sonrisa de felicidad.

—Blackwell parece bastante prendado de usted.

Su mano voló a su pecho mientras se daba la vuelta.

—Dios mío, milord, me ha asustado.

—Mis disculpas —murmuró el caballero, haciendo una profunda reverencia—. No era ésa mi intención.

Mientras él se enderezaba, Shannon sintió que se le hacía un nudo en el estómago y no entendía la razón de esa sensación. Que se le acercara un desconocido no debería hacerla sentir tan aprensiva.

—¿Nos conocemos? —preguntó con recelo.

—No creo que hayamos tenido el placer —murmuró él, con un lado de su boca finamente perfilado hacia arriba—. William Benson, conde de Holbroke, a su servicio, Lady Blackwell.

Por alguna razón ese nombre tocó una fibra sensible en su interior, pero no podía recordar dónde lo había oído antes.

—Un honor —respondió ella cortésmente.

Sus brillantes ojos azules se iluminaron con diversión.

—¿Simplemente un honor y no un placer?

Sus modales familiares le resultaron muy desagradables.

—¿Conoce a mi marido? —preguntó ella, en lugar de responder a su pregunta.

—Bastante bien —contestó lord Holbroke, enfriándose la luz de sus ojos mientras echaba hacia atrás su espesa y oscura cabellera—. Y me gustaría conocerla aún mejor.

—¡Milord! —jadeó Shannon. Frunciendo el ceño ante el odioso hombre, abrió de golpe su abanico—. Sus comentarios son muy mal recibidos.

—Por favor, milady —dijo engatusadoramente, tendiéndole la mano—. No pretendía faltarle al respeto. Simplemente estoy abrumado por su gracia y belleza que me mueven al atrevimiento.

—Qué lástima —replicó ella con frialdad.

La risa de lord Holbroke se deslizó por ella como un trozo de hielo.

—Es usted muy ingeniosa, Lady Blackwell. Disfruto mucho del humor en una mujer.

Incorporándose, Shannon fulminó con la mirada al odioso conde.

—Discúlpeme, milord, pero creo que ya es hora de que me reúna con mi marido.

Inmediatamente, la mano de lord Holbroke se alargó y le agarró la muñeca, manteniéndola en su sitio.

—Pero estoy disfrutando mucho de nuestra conversación —dijo en voz baja.

—Suéltela.

Tanto ella como lord Holbroke se giraron hacia un lado y se encontraron cara a cara con un joven caballero.

—Lárgate, sapo —espetó Lord Holbroke.

El joven se sonrojó hasta las raíces castañas de su pelo y su nuez de Adán se balanceó un

par de veces, pero se mantuvo firme.

—No puedo hacer eso, señor, pues me parece evidente que la dama desea librarse de su compañía.

La admiración por las acciones galantes del joven la invadió.

—Está en lo cierto, milord, ya que he terminado de conversar con lord Holbroke —aseguró ella al joven mientras aprovechaba el estado de distracción de lord Holbroke para liberar su mano—. De hecho, el conde ya se iba.

Por un momento, pensó que lord Holbroke discutiría al ver que su expresión se ensombrecía, pero tras una rápida mirada al joven caballero, lord Holbroke giró sobre sus talones y se escabulló entre la multitud.

Ella soltó el aliento que ni siquiera había sido consciente de contener.

—Le agradezco su ayuda —dijo Shannon sinceramente mientras se volvía para sonreír a su salvador.

Él enrojeció aún más.

—Siempre es un placer estar a su servicio —le devolvió, antes de ejecutar una brusca reverencia—. Henry Leighton, Vizconde de Willard.

—Lady Blackwell. —Metiendo la mano en su retícula, sacó una tarjeta—. Me complacería que me visitara para poder darle las gracias de nuevo tomando el té.

La mano del pobre muchacho tembló al aceptar su tarjeta.

—Sería un honor —dijo, metiendo la tarjeta en el bolsillo de su chaleco terriblemente arrugado. Aclarándose la garganta, se inclinó de nuevo, antes de balbucear—: ¿P. . . p. . . podría tener el placer de este baile?

Conmovida por su nerviosismo juvenil, aceptó con gracia.

—Estaría encantada —respondió ella, metiendo la mano en su brazo.

Mientras lord Willard la conducía a la pista de baile, Shannon vio a Desmond regresar con su ponche. Levantando el vaso, sonrió antes de tomar un sorbo de la misma bebida que había traído para ella. Sonriendo, le sacudió la cabeza y luego se incorporó al baile.

Al parecer, lord Willard también se había percatado de la presencia de Desmond porque dijo:

—Después de este baile, le devolveré a la custodia de lord Blackwell y le informaré del insulto que ha recibido de lord Holbroke.

En el momento en que lord Willard le informó de sus planes, Shannon sintió que se le apretaba el corazón. Durante toda la velada, Desmond había estado de un humor juguetón. Era natural que se mostrara encantador, pensó Shannon, porque la estaba cortejando de verdad. Se sintió un poco mareada sólo de pensarlo. Tal vez incluso la besara de nuevo, rezó, la idea enviando un escalofrío de anticipación a lo largo de su espina dorsal.

Pero sabía que en cuanto él se enterara de los avances de lord Holbroke, su ira eclipsaría su deseo de burlarse de ella, de seducirla. Y por esta noche, esta única noche, no quería que nada estropeara su placer. Egoísta o no, se guardaría de informar a Desmond sobre lord Holbroke

hasta por la mañana.

Sonriendo a lord Willard, Shannon caminó bajo su brazo en el fluir del baile.

—Aprecio mucho su oferta de informar a mi marido de los insultos de lord Holbroke, pero le pediría que me permitiera decírselo a lord Blackwell.

—Pero seguramente usted preferiría que yo le informara y le asegurara que usted defendió su honor admirablemente —protestó lord Willard.

—Le aseguro, milord, que mi marido sabe muy bien que nunca haría nada que arrojara calumnias sobre el linaje Blackwell. —Shannon sólo podía rezar para que eso fuera cierto—. Así que le pido, como duquesa de Blackwell, que me permita informar a mi marido del insulto.

Shannon sabía muy bien que el joven lord no podría rechazar su petición.

—Si ése es su deseo —murmuró finalmente.

El alivio inundó a Shannon. Después de todo, tendría su noche de magia.

—Es usted un verdadero caballero, lord Willard —dijo en voz baja—, y esperaré con impaciencia su visita.

Todavía sonrojada para cuando terminó la música, el joven caballero devolvió a Shannon al lugar donde quería estar.

Al lado de su marido.



—¿Estás segura de que Jocely estará bien? —preguntó Desmond mientras acompañaba a Shannon escaleras arriba hasta sus aposentos.

—Sin duda. —Shannon dirigió una mirada a su marido—. Mis padres aceptaron acompañarla a casa después del baile. Estará perfectamente bien a su cuidado.

Girando el pomo, Desmond abrió la puerta de la alcoba de Shannon.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —dijo en voz baja cuando ella se detuvo en el umbral abierto.

—Yo también. —Inclinándose hacia delante, le estampó un beso en la mejilla—. Buenas noches, Desmond.

Shannon entró en su habitación y cerró la puerta tras de sí. De pie en el pasillo, Desmond era muy consciente de que debía parecer un idiota, pero no le importaba. Su esposa no sólo había pasado voluntariamente tiempo en su compañía, sino que había iniciado una demostración de afecto. Sí, sus planes avanzaban a buen ritmo.

Silbando suavemente, dio dos pasos hacia su propia puerta. Intentó girar el pomo, pero no se movía. Sacudiéndolo por segunda vez, Desmond se dio cuenta por fin de que estaba cerrado con llave. Pasándose una mano por el pelo, volvió a la puerta de Shannon y la golpeó con dos nudillos.

Cuando ella abrió la puerta, Desmond se quedó sin habla al ver su larga y lustrosa cabellera cayendo sobre su hombro, a través de un pecho y terminando en su cintura. En toda su vida, nunca había visto nada tan seductor. Como una Lorelei que le pedía que se acercara, Desmond no pudo resistirse a tocar la masa castaña. Levantándole el pelo, acarició suavemente la brillante longitud, sintiendo el calor de su cuerpo a través de las sedosas hebras.

—Eres tan hermosa —ronroneó, levantando finalmente la mirada para encontrarse con la de ella, desconcertada.

—Gracias, Desmond.

Sus palabras rompieron el hechizo en el que había caído. Por pura fuerza de voluntad, apartó la mano de ella.

—Siento molestarte. . . —empezó, sólo para que ella le cortara.

—No es ninguna molestia.

La cualidad jadeante de su voz le agradó. Recuperando el equilibrio, sonrió a su mujer.

—Me alivia oír eso, porque debo pedirte indulgencia. —Señaló su puerta al final del pasillo—. Me he quedado fuera de mi habitación y me preguntaba si podría ir a mi cámara por la puerta que comunica con la tuya.

—Por supuesto —murmuró ella, dando un paso atrás para permitirle la entrada.

Desmond se sintió como si se hubiera entrometido en un santuario femenino. Las velas ardían en el tocador y en la mesilla de noche mientras un fuego crepitaba alegremente en el hogar. El gato de Shannon levantó la cabeza de su percha cerca de la hoguera y, extrañamente, a Desmond no le pareció que el animal tuviera un aspecto tan horrible como antes. Tal vez la maldita cosa estaba creciendo en él.

—Esta puerta no está cerrada.

La voz de Shannon llamó su atención y se volvió para mirarla. Había abierto la puerta de conexión y estaba de pie contra el marco con la mano en el pomo.

—¿Así que ahora te toca a ti abrir la puerta? —dijo él, recordando las respuestas de ella a su gesto cortés de hacía unos momentos.

Paseando hacia delante, se golpeó la barbilla con un dedo.

—¿Qué hiciste después? —musitó—. Ah, sí, luego me dio las buenas noches. —Deteniéndose ante ella, Desmond sonrió suavemente—. Buenas noches, Shannon.

Extendiendo la mano, le abanicó el pelo entre los dedos.

—Tonta de mí, me salté cuando me diste el beso de buenas noches. —Capturó su mirada con la suya—. No desearía ser menos cortés que tú, mi querida esposa.

—No, no desearías eso —susurró ella en respuesta.

Tomando su respuesta como la invitación que era, Desmond se inclinó lentamente hacia delante, levantando la mano para enterrarla en la abundante cabellera de su nuca y mantenerla firme. Rozó sus labios con los de ella, una, dos veces, hasta que no pudo soportar más el tormento. Con un gemido, profundizó el beso, saboreándola, necesiéndola.

Cuando sintió las manos de ella deslizándose por sus brazos para enroscarse en su cuello,

Desmond murmuró su placer en su boca y se apretó contra ella. Inclinando su cabeza hacia atrás, hizo que su lengua se adentrara en su calor. El deseo palpitó en su interior al sentir la pasión que crecía en ella. Deslizándose la mano hacia abajo, ahuecó el suave montículo de su pecho.

Shannon se sobresaltó bajo el contacto, pero un instante después se arqueó hacia él con un suave gemido. El murmullo sin aliento le instó a seguir adelante. Rompiendo su beso, Desmond empezó a presionar su boca contra el cuello de ella, saboreándola, bajando hasta que mordisqueó la curva de sus pechos asomando por encima del vestido. Levantando su pecho hacia arriba, probó la ofrenda, succionando la suave piel en su boca y lamiéndola con la lengua.

—Oh, Desmond —jadeó Shannon, con los dedos enroscados en su cuello.

La pasión retumbó en su interior cuando Desmond levantó la cabeza y capturó su gemido con la boca. Complaciéndose en su necesidad de esta mujer, la besó una y otra vez hasta que su virilidad palpitó en busca de liberación. Al darse cuenta de que estaba al borde, Desmond apartó su boca de la de ella.

Se le cortó la respiración mientras miraba fijamente a su mujer. Su mujer. La satisfacción rugió en su interior al pensarlo. Cogíendole la cabeza con ambas manos, Desmond le inclinó la cabeza hacia atrás mientras se balanceaba contra ella, tentándola. Incapaz de resistirse, se inclinó y reclamó sus labios una vez más en un beso feroz.

Apartándose, la miró.

—Eso sí que fue un beso de buenas noches —ronroneó.

Las manos de Shannon se deslizaron por el pecho de él antes de caer a sus costados.

Ella le dedicó una sonrisa suavizada por la pasión.

—Disfruto tanto con tus besos.

Su silenciosa confesión hizo que Desmond quisiera volver a estrecharla entre sus brazos, reclamar aquella boca respingona para sí, besarla por todo el cuerpo y luego volver a subir. Tembló por el esfuerzo de contener su deseo.

Había prometido cortejar a Shannon, no acostarse con ella. Tras unas cuantas noches más de juegos amorosos, ella le declararía su amor, y entonces y sólo entonces satisfaría el crudo deseo que latía en él.

Apretando los dientes, Desmond entró en su habitación.

—Buenas noches, Desmond —susurró Shannon antes de cerrar la puerta entre ellos.

Allí de pie, dolorido por el deseo insatisfecho, Desmond se preguntó si su nuevo plan de confort marital lo volvería loco poco a poco.



A la mañana siguiente, Shannon seguía tan mareada como la noche anterior. Después de cerrar la puerta tras Desmond, había dado vueltas por su habitación, sintiéndose de nuevo como una jovencita. No, Shannon se dio cuenta, nunca se había sentido así.

Al principio de su primera temporada, sus padres la habían prometido a lord Haywood, así que nunca había experimentado la emoción de los caballeros. Y, bien lo sabía el Señor, nunca jamás había experimentado nada como los besos de Desmond. Sólo recordarlos la ponían a cien.

Cuando Desmond le había tocado el pecho por primera vez, ella se había puesto rígida, temerosa de que él la manosease y apretase dolorosamente como solía hacer Haywood. Pero, en lugar de eso, la había ahuecado suavemente, se había llevado el pecho a la boca y había adorado su carne. Cada vez más ruborizada, Shannon apartó esos pensamientos de su mente. Eran demasiado íntimos para detenerse en ellos.

Apoyando la bandeja del desayuno de Desmond en su cadera, llamó una vez a la puerta y luego la abrió de un empujón. Automáticamente, dejó la bandeja sobre la mesa y fue a descorrer las cortinas.

—Gracias —murmuró Desmond desde detrás de las cortinas de su cama.

Caminando hacia la cama, Shannon corrió las cortinas.

—De nada.

—¿Shannon? —murmuró Desmond somnoliento mientras se incorporaba sobre un codo—. ¿Por qué demonios me sirves el desayuno?

Confundida, sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir? Ya te he servido el desayuno en la cama antes.

Se impulsó hasta quedar sentado.

—Lo sé, pero no desde hace unos días, no desde que acordamos poner fin a los juegos.

La comprensión le arrancó una sonrisa.

—Quizá me apetecía hacerlo esta mañana —dijo ella suavemente.

Cuando ella se volvió para recoger su desayuno, él le agarró la mano y se la llevó a la boca. Manteniendo la mirada fija en ella, le estampó un beso lento e íntimo en la palma de la mano.

—Entonces agradezco tu esfuerzo.

El calor la inundó mientras los tentadores recuerdos de la noche anterior la llenaban.

—Desmond —susurró ella con dolor.

Con los ojos oscurecidos, Desmond tiró de su mano, atrayéndola hacia él. Tan bruscamente como la había agarrado de la mano, la soltó, haciéndola retroceder a trompicones.

Al enderezarse, la preocupación llenó sus ojos.

—¿Estás bien?

—Sí, por supuesto.

Debió de oír la punzada de confusión en su voz, porque explicó sus extrañas acciones.

—Lo siento, Shannon. Me olvidé de mí mismo por un momento y casi te tiro a mi cama. —La miró intensamente—. Si lo hubiera hecho, no sé si habría podido evitar. . .

Ella movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, sé de qué hablas. —Sin embargo, no sabía si debía darle las gracias o gritarle. Una parte de ella no deseaba otra cosa que unirse a él, convertirse en su esposa tanto de verdad como de nombre, pero la otra parte de ella, la que seguía atormentada por demonios privados, temía cambiar los dulces besos por la humillación y el dolor.

Sabía que compartir el lecho conyugal con Desmond no sería tan horrible como lo había sido con Haywood. . . no si los besos de Desmond eran un indicio.

—¿Tienes hambre? —preguntó alegremente, cambiando bruscamente de tema.

Cuando se volvió con la bandeja de Desmond, captó su sonrisa cómplice.

—Estoy muerto de hambre.

La forma en que él saboreó la palabra le hizo comprender que no hablaba de comida. El calor inundó sus mejillas cuando se agachó para colocarle la bandeja en el regazo.

—Gracias, cariño —dijo con una sonrisa. Ella jadeó ante su cariñoso gesto.

Levantando una ceja, él la miró.

—Veo que he sido negligente en mis deberes si una palabra suave provoca esa reacción.

—No pasa nada —murmuró ella.

—No. —Su sonrisa se desvaneció—. No lo está.

Sin palabras, Shannon miró fijamente a Desmond.

—Pero me aseguraré de corregir mi comportamiento en el futuro. —Haciendo un gesto hacia la bandeja, preguntó—: ¿Te gustaría acompañarme? —Dudó un momento—. Eso a menos que hayas vuelto a salpicar mi comida.

Shannon se rio al recordarlo.

—Esta vez no he añadido ninguna especia.

—Gracias a Dios —murmuró en un sincero suspiro—. Dudo que mi lengua pueda soportar otro abrasamiento.

—Vamos, Desmond. Deberías saber que no debes desafiarme así —le devolvió ella, poniendo las manos en las caderas.

Riéndose, él negó con la cabeza.

—En efecto, debería.

—De todos modos, te agradezco tu amable invitación, pero tenía previsto desayunar con Jocely esta mañana. Quiero saber cómo le fue anoche después de que la dejáramos con mis padres. —Y Shannon dudaba si sería capaz de tragar un solo bocado si se sentaba en la cama de Desmond, mirándole el pecho desnudo. Se le cortó la respiración al apartar la mirada de su demasiado apetecible marido.

—Entonces te veré después del desayuno —la llamó.

—Por supuesto —respondió ella mientras se escabullía por la puerta. Unos pasos más adelante en el pasillo, Shannon se dio cuenta de que había olvidado mencionar el incidente con el conde de Holbroke. Haciendo una pausa, vaciló en el pasillo, preguntándose si debía volver y contárselo a Desmond.

Si se lo decía, él se enfadaría y le arruinaría toda la mañana. Sacudiendo la cabeza, Shannon reanudó la marcha hacia el comedor. Dejó que Desmond disfrutara de su desayuno, se vistiera y se preparara para su día. . . antes de que ella lo arruinara.

Capítulo 13



Una dama siempre debe someterse a los deseos de su marido.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

El deseo que bullía en su interior se encendió cuando Shannon entró en su estudio. Abandonando inmediatamente sus libros, Desmond se levantó para saludar a su esposa.

—Es un placer inesperado.

—Me temo que no pensarás lo mismo después de oír lo que he venido a decirte.

Un dedo de aprensión rozó su espina dorsal.

—Seguro que no es tan malo como todo eso.

Shannon se mordió el labio inferior.

—Anoche, durante el baile, lord Holbroke se me acercó.

La mera idea de que Holbroke conversara con Shannon ponía enfermo a Desmond.

—¿Qué dijo?

La expresión de Shannon no ayudó a aliviar nada de su ansiedad.

—A decir verdad —empezó ella en voz baja—, muchos de sus comentarios me parecieron ofensivos.

—Continúa —le indicó Desmond.

—Dijo que le gustaría conocerme mejor. —Shannon se estremeció, antes de admitir—: Aunque las palabras en sí parecen inocuas, su tono de voz implicaba algo muy distinto.

La ira sacudió a Desmond.

—¿Por qué no me buscaste y me hablaste del insulto de Holbroke?

—Iba a hacerlo después de que lord Willard acudiera en mi ayuda.

—¿Vino en tu ayuda? —La creciente ira de Desmond se congeló ante sus palabras—. ¿Por qué tendría que acudir Willard en tu ayuda si Holbroke sólo te habló a ti?

Por la expresión de ella, se dio cuenta de que no había querido revelar tanto.

—Cuando me daba la vuelta para marcharme, lord Holbroke me agarró de la muñeca y. . .

Desmond fue incapaz de contener la oleada de cruda furia que lo invadía.

—¿Qué más hizo?

—Nada, Desmond —dijo Shannon con urgencia, poniendo las manos sobre su antebrazo—. Te lo juro. Después de que lord Holbroke me liberara, bailé con lord Willard y luego él me devolvió a tu lado.

Extendiendo la mano, Desmond la agarró por los hombros.

—¿Por qué no me hablaste inmediatamente del insulto de Holbroke?

—No quería estropear la velada —admitió ella suavemente—. Sabía que reaccionarías así.

Aunque seguía molesto porque ella no hubiera acudido a él inmediatamente, comprendió su razón.

—No quiero que ni tú ni Jocely den un paso fuera de esta casa hasta que yo regrese.

La alarma oscureció sus ojos mientras se agarraba a sus solapas.

—¿Vas a localizar a Holbroke?

—Por supuesto —confirmó él—. No puede insultar y tocar a mi esposa sin que sus actos sean castigados.

—No harás ninguna tontería como desafiarle, ¿verdad? —Como Desmond no deseaba mentir a su mujer, permaneció en silencio.

—El duelo es ilegal, Desmond. Si no acabas muerto, te meterán en la cárcel.

—Sólo si la autoridad se entera del duelo —señaló.

—¡Siempre se enteran! —Shannon tiró de su chaqueta—. Prométeme que no le retarás a duelo.

La preocupación había grabado tres pequeñas líneas en la frente de Shannon.

—Muy bien —aceptó Desmond a regañadientes—. Sin embargo, ésta es la última vez que permitiré que intervengas.

Por el brillo de la mirada de su esposa, Desmond dudaba de que tuviera intención de hacerle caso. Pero no tenía ningún deseo de continuar la discusión.

Quitándole las manos de la chaqueta, Desmond se despidió distraídamente de ella mientras salía de su estudio, con la mente ya centrada en el enfrentamiento con Holbroke.



—¡Bastardo! —dijo Desmond un instante antes de que su puño se clavara en la mandíbula de Holbroke. Sus músculos temblaban de rabia mientras se alzaba sobre su ex cuñado. Todas las cabezas del sórdido Infierno del Juego se giraron para contemplar la acción—. Levántese —gruñó Desmond, sin desear otra cosa que volver a derribar al bastardo.

—Creo que no. —Apoyándose en un codo, Holbroke se tocó ligeramente la mandíbula—. Con recibir un puñetazo es suficiente por un día.

—Cobarde —se mofó Desmond—. Es incapaz de enfrentarse a mí, pero perfectamente competente de escabullirse a mis espaldas para insultar a mi esposa.

—¿La encantadora Shannon?

Desmond se puso rojo durante unos instantes, antes de conseguir contener su furia.

—Se dirigirá a mi esposa como Lady Blackwell.

—Nunca me han gustado mucho los títulos —respondió alegremente Holbroke.

Agarrando la parte delantera de la camisa de Holbroke, Desmond tiró de él hacia arriba hasta que pudo mirar fijamente a los ojos del bastardo.

—Si no se mantienes alejado de mi mujer, pronto poseerá el título de Hombre Muerto.

Holbroke rio amargamente.

—¿Me matará como hiciste con mi hermana, Blackwell?

—No me quedaré aquí a escuchar su podredumbre —replicó Desmond—. Está advertido. Si se atreve a molestar a mi esposa de nuevo, le destruiré.

Girando sobre sus talones, Desmond se alejó del infierno antes de hacer algo tonto, como ceder a su impulso de golpear a Holbroke hasta casi matarlo.

—¿Necesitas que te eche una mano? —gruñó William al brazo extendido—. Aléjate de mí, maldita sea.

—No se apresure a rechazar mi oferta de ayuda —le instó el hombre, con sus ojos azules brillando intensamente—. Creo que puedo serle de ayuda de más formas de las que pueda imaginar.

Antes de que William pudiera despachar al hombre, el desconocido se agachó y tiró de William para ponerlo en pie. Tirando de su chaqueta, William miró fijamente al desconocido, fijándose en sus finas ropas, su pelo rubio plateado pulcramente peinado y su sonrisa practicada. En conjunto, el hombre parecía un maldito dandi.

—Dudo bastante que pueda ayudarme.

—Siento discrepar —argumentó—. Porque, verás, tenemos un enemigo en común.

—¿Un enemigo? —William miró hacia la puerta—. ¿Se refiere a Blackwell?

La sonrisa del dandi parecía una máscara macabra.

—Sí —siseó con vehemencia—. Blackwell mató a la mujer que amaba. —Los ojos del desconocido se llenaron de una extraña luz mientras miraba intensamente a William—. A Margot.

William frunció el ceño ante aquella información.

—¿Usted también la amaba? Pero ella estaba con Barrow cuando murió.

—Cierto, pero ella no le amaba —pronunció el hombre con firmeza—. El tratamiento de Blackwell la obligó a buscar amor y afecto en los brazos de otros. —Un músculo empezó a tintinear en la mandíbula del desconocido—. Aunque ella pudo haber compartido las camas de otros, yo era el único al que amaba de verdad.

Mirando fijamente al hombre, William sintió que le recorría un escalofrío, pero lo apartó.

Estaba dispuesto a utilizar cualquier cosa o persona, loca o no, que le ayudara a conseguir su objetivo final: destruir a Blackwell.

Extendiendo la mano, William se presentó.

—William Benson, conde de Holbroke.

El dandi asintió.

—Lo sé —dijo, antes de tender su propia mano—. Víctor Sander, marqués de Remilton, a su servicio.

Desde luego que lo estaría, pensó William mientras contenía una sonrisa. Se aseguraría de que Sander estuviera a su servicio.



Habiendo abandonado su libro, Shannon se sentó en su salón, mirando por la ventana y preocupándose. ¿Qué le iba a hacer su marido a lord Holbroke cuando. . .?

El sonido de la puerta principal abriéndose llamó la atención de Shannon. Levantándose de un salto de su silla, salió corriendo al vestíbulo para saludar a su marido y estuvo a punto de tropezar con lord Willard.

El joven alargó la mano para sostenerla.

—Milady —empezó mientras sus mejillas se sonrojaban de vergüenza—. Espero no haber llamado en un momento inoportuno.

—No, por supuesto que no —se apresuró a tranquilizar Shannon a Lord Willard—. Estoy encantada de que haya venido a visitarnos.

Su nuez de Adán se balanceó en su garganta.

—Estoy. . . es decir. . . gracias por invitarme —terminó con una torpe precipitación.

Lord Willard parecía muy, muy joven en aquel momento. Dejando a un lado sus preocupaciones por Desmond, Shannon dio un paso adelante para enlazar los brazos con el nervioso lord.

—¿Puedo ofrecerle un. . .?

Antes de que pudiera terminar la frase, Desmond entró en el vestíbulo, con el cuerpo prácticamente vibrando de ira.

—Desmond —exclamó, soltando su agarre sobre lord Willard para correr al lado de su marido—. Estoy tan contenta de que estés en casa. —Incapaz de contenerse, le pasó las manos por el pecho, asegurándose de que estaba ileso.

Cogiendo sus manos entre las suyas, la atrajo a su lado mientras se volvía hacia su invitado.

—Lord Willard —dijo Desmond a modo de saludo mientras se inclinaba ante el joven lord—. Estoy en deuda con usted.

Lord Willard se quedó con la boca abierta.

—No hace falta que me dé las gracias, Alteza —dijo, con la voz entrecortada—. Simplemente estaba ayudando a una dama necesitada, como haría cualquier caballero en esa situación.

—Tal vez, pero no era cualquier caballero; era usted, Willard —señaló Desmond—. Así que es con usted con quien estoy en deuda.

Shannon observó cómo el pecho del joven lord se inflaba ante el pronunciamiento de Desmond. A pesar de su gratitud hacia lord Willard, deseó que hubiera llamado más tarde en el día. . . después de que ella hubiera tenido la oportunidad de hablar con Desmond en privado y enterarse de su reunión con lord Holbroke.

—Si me hubieras dicho que íbamos a celebrar una reunión familiar en el vestíbulo, habría bajado antes —dijo Jocely riendo mientras bajaba las escaleras a toda prisa—. ¿Por qué estás. . .? Oh —comentó al divisar a lord Willard—. Lo siento. No le había visto.

Shannon vio que la mandíbula de Desmond se tensaba ante el comentario despreocupado de Jocely.

—Jocely, me gustaría presentarte a nuestro invitado. —Extendiendo la mano, rodeó la cintura de Jocely con el brazo y atrajo a su sobrina hacia delante—. Este es Henry Leighton, vizconde de Willard. Le presento a mi sobrina, Lady Jocely Conelly.

Lord Willard se inclinó ante Jocely, pero estropeó el elegante gesto al tropezar hacia delante. Sonrojándose profundamente una vez más, recuperó el equilibrio y se enderezó.

Deseosa de redirigir la atención de Jocely antes de que comentara la torpeza de lord Willard, Shannon se volvió hacia su sobrina.

—¿Vas a montar a caballo en el parque? —preguntó, fijándose en el elegante hábito de montar de Jocely.

Aunque sus ojos chispeaban con humor mal disimulado, Jocely, afortunadamente, se abstuvo de hacer cualquier comentario despectivo sobre la torpeza de lord Willard.

—En efecto. Pienso tomar un poco de aire fresco —respondió al cabo de un momento.

Aunque sorprendida por la contención de su sobrina, Shannon no iba a cuestionar su suerte.

—Eso suena delicioso —murmuró.

Lord Willard asintió con entusiasmo.

—Desde luego que sí. Hoy hace un tiempo espléndido.

La inspiración golpeó a Shannon.

—Ya que la idea le parece estupenda, milord, ¿por qué no acompaña a mi sobrina en su cabalgata?

—¡Shannon! —jadeó Jocely—. No puedes hablar en serio.

—Desde luego que lo estoy —replicó, dirigiendo una mirada severa a su sobrina—. Como invitado en nuestra casa, debemos dar a Lord Willard todas las oportunidades para que se divierta mientras esté aquí. —Naturalmente, Shannon no añadió que quería pasar tiempo a solas

con Desmond para interrogarle.

Dando un paso adelante, Lord Willard sonrió tentativamente a Jocely.

—Realmente disfrutaría haciéndole compañía. . . si no le importa, claro.

Ante una petición tan sincera, ni siquiera Jocely pudo rechazarlo. Vacilando sólo para enviar a Shannon una mirada feroz, Jocely capituló.

—Será un placer.

Despidiéndose de ellos, Lord Willard escoltó a Jocely hasta la puerta principal. En cuanto desaparecieron de su vista, Shannon se abalanzó sobre su marido.

—¿Qué ocurrió en tu reunión con lord Holbroke?

La diversión brilló en sus ojos mientras echaba un vistazo al vestíbulo.

—Creo que mi estudio es un lugar mejor para esta discusión —murmuró mientras la guiaba por el pasillo.

En cuanto llegaron a la intimidad del estudio de Desmond, Shannon se volvió de nuevo hacia él.

—Por favor, Desmond, deseo saber qué ha pasado.

Levantándole un hombro, le pasó un dedo por la mandíbula.

—No pasó gran cosa.

Ella dejó que su duda se reflejara en su expresión.

—¿No me crees? —preguntó Desmond riendo—. Bueno, es la verdad. Simplemente advertí a Holbroke que no volviera a molestarte.

—¿Y eso es todo lo que pasó?

—Aparte de que le tiré al suelo de un puñetazo, sí.

Su comentario despreocupado la sacó de quicio.

—¿Le pegaste? —Ante el asentimiento de Desmond, ella le agarró de los brazos—. ¿Y si te desafía?

—Holbroke no tiene valor —se burló con expresión de disgusto—. No te preocupes más. Holbroke se ha escabullido de las peleas desde que le conozco. Ahora que es consciente de que lo arruinaré si tan sólo te mira, dudo que volvamos a tener problemas con él.

La fiera de la respuesta de Desmond inquietó a Shannon.

—Aunque los comentarios de lord Holbroke fueron ofensivos, no merecían una respuesta tan vehemente.

—Conozco a Holbroke y ese hombre es una serpiente —ronroneó Desmond, con las manos apretando los hombros de ella—. Créeme cuando te digo que se merece toda mi ira.

Mientras Shannon intentaba recomponer los hechos, no pudo evitar sentir que había algo importante que Desmond no le estaba contando.

—Lo que ocurrió entre tú y Lord Holb. . .

—Lo que hay entre Holbroke y yo está en el pasado y allí permanecerá.

—Creo que ya es demasiado tarde para eso —señaló Shannon.

Pasándose una mano por el pelo, Desmond rodeó su escritorio.

—Por favor, Shannon, mi día ha sido muy duro y no tengo ningún deseo de continuar esta discusión. —Se sentó y cogió su pluma—. Baste decir que Holbroke ya no será un problema en nuestras vidas. Ahora, si me disculpas, ya he perdido bastante tiempo en este asunto y realmente necesito cuadrar estos libros de contabilidad.

Su despido la hizo tambalearse hacia atrás.

—Siento haber sido una molestia, milord —dijo con acritud, antes de salir a grandes zancadas de la habitación.



Jocely intentó no reírse, pero no estaba segura de poder contenerse más. Mirando a su acompañante, preguntó:

—¿Ha montado a caballo alguna vez?

—Desde luego —dijo Lord Willard con firmeza, antes de que una sonrisa tímida se dibujara en su rostro—. Una vez.

Con eso, perdió la batalla.

—Encuentro su honestidad de lo más atractiva —admitió riendo—, y no es en absoluto lo que esperaba de un vizconde.

Una expresión de disgusto torció las facciones de Lord Willard.

—Me doy cuenta de que mi brusquedad me ha causado no pocos problemas. —Volvió a tambalearse sobre su montura y soltó las riendas para agarrarse a la silla de montar.

Qué bien comprendía Jocely ese problema, pensó, sintiendo cierta empatía por el torpe vizconde.

—Debo decir, sin embargo, que estoy disfrutando mucho de este paseo con usted, milady —añadió con una sonrisa mientras buscaba a tientas las riendas.

Observando sus torpes movimientos, ella no pudo evitar reírse.

—Quizá disfrute de la compañía, lord Willard, pero me cuesta creer que esté disfrutando del paseo en sí.

—Me ha descubierto. —Su amplia sonrisa transformó su sencillo rostro, haciéndole parecer sorprendentemente atractivo—. ¿Quién hubiera pensado que una silla de montar podría ser tan dura?

—Si la pones, hace que el paseo sea mucho más suave y fácil para tu trasero. —En cuanto las palabras salieron de su boca, Jocely se preguntó si Lord Willard se ofendería por su referencia a una parte tan íntima de su cuerpo. Cielos, todas estas reglas podían ser muy agotadoras.

—Estoy seguro de que tiene razón —reconoció con suavidad, obviamente sin ofenderse lo más mínimo—. Sin embargo, como no tengo ni la más remota idea de cómo o incluso de qué es el desplazamiento, me temo que estoy condenado a renunciar a sentarme esta noche. —Tambaleándose sobre la silla de montar, señaló hacia un arbusto cubierto de maleza—. Tenga cuidado aquí, milady —advirtió mientras alargaba la mano y apartaba la gruesa rama que colgaba sobre el sendero.

Encantada por su galantería, Jocely empujó su caballo hacia delante, pasando por delante de Lord Willard, mientras éste luchaba por apartar la rama. Girando sobre su montura, sonrió a su acompañante.

—Con un servicio como ése, tendré que llevarle a caballo conmigo todo el tiempo.

A Lord Willard se le escapó un gemido.

—Aunque disfrutaría de la compañía, me temo que mis cuartos traseros no soportarían el esfuerzo. —Le dio un rodillazo a su caballo para que se apartara unos centímetros—. Cuidado mientras suelto esta rama.

Al darse cuenta de que su caballo estaba demasiado cerca de la rama, Jocely sacudió la cabeza.

—No. . .

Pero era demasiado tarde.

La rama ofensiva azotó hacia delante, alcanzando a su caballo en la pata. Sobresaltado, el animal salió disparado hacia delante en plena carrera, arrancando las riendas de los dedos de Jocely y casi arrojándola de su lomo en el proceso. Lo único que pudo hacer fue agarrarse para salvar la vida.

Capítulo 14



*Una dama nunca debe dirigirse a un caballero sin la debida presentación.
Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford*

Vaya, vaya, vaya. ¿No tengo una suerte del demonio? pensó William mientras observaba cómo nada menos que la preciosa sobrina de Blackwell pasaba corriendo a su lado montada en un caballo desbocado. Había oído historias sobre la testaruda muchacha que llevaba a su tío a la distracción con sus salvajes payasadas.

Era precisamente la oportunidad que William necesitaba. Si la chica estaba empeñada en comportarse de forma temeraria, él estaba más que dispuesto a escoltarla por el resbaladizo camino de la disolución. Y, de paso, vengarse de Blackwell corrompiendo por completo a su sobrina.

Absolutamente perfecto.

Pateando su caballo al galope, se lanzó a salvar a la tonta.

Como un caballero de los libros de hadas de su niñez, un hombre imponente con el pelo volando gloriosamente detrás de él tiró de su caballo hasta igualarlo con el de ella. Extendiendo la mano, agarró sus colgantes riendas y frenó la precipitada carrera de su caballo hasta convertirla en un tranquilo paseo y luego en una parada. El corazón de Jocely latía con fuerza en su pecho mientras contemplaba al caballero.

Unos dientes blancos destellaban en su sonrisa.

—¿Se encuentra bien, milady?

Con su malvada mirada, le robó el aliento, dificultándole la respuesta.

—Yo. . . Sí, lo estoy —consiguió finalmente—. Gracias.

Apartando su espeso y oscuro pelo de la frente con una sacudida de cabeza, le devolvió las riendas.

—Simplemente me alegro de haber podido ser de ayuda a una dama necesitada. —Apretó las yemas de los dedos contra su pecho—. Permítame que me presente. Soy William Benson, conde de Holbroke.

Ella no podía apartar la mirada de su boca perfectamente perfilada mientras él formaba las palabras de presentación. Sacudiendo la cabeza, Jocely intentó recuperar un mínimo de aplomo.

—Lady Jocely Conelly —respondió, tendiéndole la mano—. Es un placer conocerle.

Aceptando su mano, él besó el dorso de sus dedos cubiertos por el guante.

—No, milady —susurró, levantando la vista hacia ella desde su posición inclinada para mirarla profundamente a los ojos—. El placer es verdaderamente mío.

Ella sintió que algo se agitaba en su interior.

—Lord Holbroke, yo soy. . .

—¡Lady Jocely!

¿Por qué Lord Willard tenía que elegir este momento para salir de la maleza? Ella quería unos minutos más, no, unas horas más, para conversar con el encantador lord Holbroke. En lugar de eso, observó cómo Lord Willard se dirigía hacia ellos, aferrándose a duras penas a su caballo.

—¿Es ésa su escolta? —murmuró lord Holbroke, con una sonrisa dibujada en sus finos labios.

Ella se apresuró a asegurar al apuesto conde que no había nada entre ella y el torpe lord Willard.

—Mi tía le pidió que cabalgara conmigo.

—Ahhh. —Su pequeña exclamación encerraba un gran significado—. Me alivia oírle decir eso. —Girando la cabeza, volvió a captar su mirada, hipnotizándola con una mirada intensa—. Odiaría pensar que su mano ya estaba hablada.

El habla la superaba.

Lanzando una rápida mirada a lord Willard, que poco a poco conseguía acortar la distancia entre ellos, lord Holbroke le pasó la mano enguantada por la mejilla.

—La dejaré con su escolta. . . por ahora —añadió, su tono bajo e íntimo—. Estaré deseando volver a verla, lady Jocely Conelly.

La emoción la invadió con sólo pensarlo.

—Yo también —respondió ella sin aliento.

Mostrándole una sonrisa más, él hizo girar su caballo y partió al galope con la destreza de un maestro jinete. Suspirando, ella lo observó hasta que se escabulló entre los árboles y desapareció, antes de empujar su caballo hacia Lord Willard mientras éste intentaba guiar a su montura.

—Parece que tiene algún problema, milord —llamó Jocely, por fin capaz de respirar de nuevo ahora que el intrigante lord Holbroke se había marchado.

—Lady Jocely, está ilesa.

El alivio en la voz de Lord Willard la hizo sonreír.

—En efecto, lo estoy.

Tirando de las riendas, Lord Willard detuvo su caballo.

—No puedo disculparme lo suficiente por haber soltado esa rama demasiado pronto. Si le hubiera pasado algo, dudo que me lo hubiera perdonado.

—Por suerte para usted, no hay necesidad de preocuparse más por mí. —Extendiendo ampliamente el brazo, Jocely le ofreció una sonrisa tranquilizadora—. Como puede ver, estoy

perfectamente y completamente ilesa. —La calidez la inundó al pensar en lord Holbroke—. Por suerte para mí, el conde de Holbroke vio mi difícil situación y me rescató. Todo un valiente caballero —terminó, incapaz de evitar que su voz se suavizara.

Los ojos de lord Willard se entrecerraron, su mirada se desvió hacia el bosque donde lord Holbroke había desaparecido.

—Tengo mis dudas sobre si uno podría referirse a Holbroke como un caballero —murmuró en voz baja.

Su comentario despertó su curiosidad.

—Milord me pareció el perfecto caballero.

—No tengo ningún deseo de discrepar con usted, Lady Jocely, así que simplemente me abstendré de hablar de Holbroke en absoluto.

Semejante comentario de un caballero que a ella le parecía de modales suaves ahondó su curiosidad sobre el demasiado intrigante lord Holbroke.

—¿Está lista para volver a casa? —Lord Willard enarcó una ceja—. Ya he tenido suficiente cabalgata por un día y sólo puedo imaginar que usted se siente igual después de su salvaje cabalgata.

Si Lord Holbroke estuviera aquí para acompañarla, Jocely estaba bastante segura de que podría haber seguido cabalgando durante horas y horas. Sin embargo, una mirada a la expresión de dolor de lord Willard la convenció de que era hora de volver a casa.

—Tiene razón, milord. Ya he cabalgado bastante por hoy.

Ver a Lord Willard intentar dar la vuelta a su caballo incitó a Jocely a hacer una petición bastante inusual.

—Milord —le llamó, haciendo una mueca de dolor cuando él volvió a tirar de las riendas del caballo—. Me pregunto si podría concederme una bendición.

—Si está en mi mano —respondió él inmediatamente—. Sólo tiene que pedirlo.

La amabilidad del vizconde la hizo sonreír.

—Me temo que aún estoy un poco intranquila y preferiría conducir los caballos a casa.

—¿Desea volver caminando a casa?

La esperanza se mezcló con el alivio en la mirada de Lord Willard, diciéndole a Jocely que apreciaba su sugerencia.

—Si no le importa —murmuró ella.

—No, milady. No, claro que no —tartamudeó él, incapaz de pronunciar las palabras con suficiente rapidez. Torpemente, echó la pierna derecha sobre el caballo y se deslizó de la silla por el lado equivocado.

Jocely contuvo la respiración cuando lord Willard caminó detrás del lomo de su caballo, un movimiento insensato para cualquiera que no deseara ser pateado. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando él la alcanzó ileso. Agarrándola por la cintura, la bajó suavemente al suelo, sorprendiéndola su fácil fuerza.

De nuevo, sonrió de forma amistosa y atrayente mientras volvía a rodear su montura para

recuperar las riendas de su caballo. Mientras agarraba las correas de cuero, Lord Willard tropezó con una roca, lo que le hizo caer hacia delante y tirar bruscamente de las riendas. Su caballo soltó un relincho en señal de protesta.

Sonriéndole tímidamente, Lord Willard levantó un hombro.

—Uy.

Conteniendo una risita, Jocely se preguntó qué otros percances le ocurrirían antes de que llegaran a la casa adosada de Conelly.



Desmond cerró de golpe el libro de contabilidad con un suspiro de disgusto. Llevaba más de una hora mirando el maldito libro y aún no había leído ni un solo número. Los pensamientos sobre su mujer seguían invadiendo su tranquilidad. ¿Por qué nunca podía comportarse de forma tranquila y deferente como una esposa adecuada? La forma en que había salido furiosa de su estudio había hablado de su enfado hacia él, pero que le maldigan antes de disculparse con ella.

Lo peor de todo era que él quería hacer precisamente eso. Se había sentado aquí luchando contra el impulso de perseguir a Shannon, de disculparse, de hacer cualquier cosa necesaria para que ella volviera a sonreírle.

Y era ese impulso, esa debilidad, lo que le mantenía ahora en su silla.

¿No podía ver que estaba siendo imposible? pensó Desmond, tirando la pluma. Este asunto con Holbroke era para que él lo manejara. . . sin la intromisión de ella. ¿Pero lo entendía su mujer? No. Ella esperaba dictar sus acciones, controlarlo.

—Perdone la intromisión, Alteza, pero me preguntaba si podría disponer de un momento de su tiempo.

Sacudiéndose los pensamientos sobre Shannon, Desmond hizo un gesto a Willard para que entrara en su estudio.

—Por supuesto. Por favor, pase —le pidió al hombre más joven—. ¿Puedo ofrecerle un brandy? —le ofreció mientras rodeaba su escritorio.

—No, gracias, Alteza.

—No hay necesidad de dirigirse a mí tan formalmente, Willard. —Desmond puso una mano en el hombro del joven—. Cuando un hombre está en deuda con usted, Willard, puede llamarle como quiera.

Por un instante, Willard pareció aturdido, luego una sonrisa relajada se deslizó por su rostro.

—Supongo que tiene razón, Su. . . —Se contuvo—. . . . Blackwell.

—¿Ve? No ha sido tan difícil, ¿verdad? —Desmond palmeó la espalda de Willard en señal de camaradería, antes de dirigirse hacia el aparador—. ¿Está seguro de que no me acompañará con una copa?

—Seguro. —Lord Willard se aclaró la garganta—. Quería informarle de un incidente que ocurrió mientras cabalgaba con Lady Jocelyu.

Desmond destapó la jarra y llenó un vaso hasta arriba. El hombre necesitaba fortificarse antes de escuchar otra historia humillante de su sobrina. Dando un buen trago, Desmond se armó de valor antes de volverse hacia Willard.

—¿Qué ha hecho ahora?

—¿Hacer? —Las cejas de Willard se fruncieron mientras sacudía la cabeza confundido—. Se equivoca si cree que Lady Jocely se comportó de forma poco decorosa.

Desde luego, eso no era lo que Desmond esperaba oír. Parte de la tensión se filtró fuera de su cuerpo.

—Por supuesto, no pretendía insinuar eso —dijo, mintiendo suavemente—. Sé que mi sobrina es una señorita correcta. —Señor, no podía creer que Dios no le hubiera fulminado allí donde estaba por una mentira tan descarada.

—Yo también, Alteza —aceptó Willard de buena gana—. El asunto que deseaba discutir era lo que ocurrió después de que el caballo de Lady Jocely se desbocara y. . .

El brandy se derramó sobre el borde de su copa cuando Desmond se sobresaltó ante la revelación.

—¿Resultó herida?

—No, Alteza —se apresuró a tranquilizarle Willard—. Ella está perfectamente bien. Sólo menciono el incidente por lo que ocurrió después. —Algo en el tono del vizconde hizo recelar a Desmond—. Lord Holbroke rescató a su sobrina.

Desmond se sorprendió de que su vaso no se hiciera añicos entre sus manos mientras la furia se apoderaba de él.

—¿Qué pasó?

Willard se puso rígido ante la aspereza del tono de Desmond.

—Cuando alcancé a lady Jocely, Holbroke ya se había marchado, así que no pude escuchar su conversación. Aunque Lady Jocely me aseguró que no se dijeron nada inapropiado, me pareció mejor mencionarle a usted el incidente.

—Sí, hizo lo correcto —respondió Desmond, su ira disminuyó a medida que la lógica lo calmaba—. Dice que su caballo se desbocó, así que ¿cómo sabía Holbroke que ella estaría en ese lugar concreto a esa hora concreta?

—No lo sabía; es imposible que lo supiera —respondió Willard mientras se tiraba del chaleco—. Precisamente por eso dudé en mencionárselo. Fue simplemente mala suerte lo que le trajo al rescate de Lady Jocely. Aun así, me pareció mejor que usted supiera del encuentro fortuito.

—Le agradezco que me mantenga informado. —Desmond levantó su copa hacia Willard—. Ahora estoy doblemente en deuda con usted.

Los labios de Willard se torcieron hacia arriba.

—Por mucho que me gustaría aceptar su gratitud, debo informarle de que está fuera de

lugar. Después de todo, yo soy la razón por la que su caballo se desbocó en primer lugar. —Sacudió la cabeza—. Por alguna razón soy torpe e inepto en todo siempre que estoy cerca de su sobrina. Es como si me hubiera hechizado y ni siquiera puedo pensar con claridad cuando estoy cerca de ella.

—Empatizo completamente, amigo mío —murmuró Desmond, pensando en sus problemas con Shannon—. Las mujeres pueden ser el tormento del diablo, ¿verdad?

Asintiendo con firmeza, Willard se hundió en uno de los sillones con respaldo de ala.

—Pensándolo mejor, creo que me uniré a usted con un brandy. Puede que me ayude a templar los nervios.

Desmond no se molestó en disimular su sonrisa mientras servía una copa a Willard.



Shannon miraba por la ventana, perdida en sus pensamientos. Toda la tarde había estado disgustada por la negativa de Desmond a discutir la situación con Holbroke. En lugar de eso, le había dicho que se mantuviera al margen del asunto, que dejara que él manejara el asunto como mejor le pareciera, haciéndola sentir excluida, no deseada.

Y sin embargo, ¿no le estaba dejando fuera a él también?

Enderezándose, Shannon hizo que Charlie se deslizara por su regazo al darse cuenta de la sencilla respuesta a su problema. Se había enfadado con Desmond, en vez de darse cuenta de que también debería estar enfadada consigo misma.

Había pedido un nuevo comienzo y, sin embargo, se había mantenido en guardia, escondiéndose tras la seguridad de sus disposiciones. Ansiaba una intimidad con su marido, pero no estaba dispuesta a enfrentarse a sus miedos.

¡Eso era! Levantándose, Shannon se dirigió hacia la puerta de comunicación y apoyó las manos en la fría madera. Sus vidas permanecerían separadas hasta que uno de los dos abriera el camino. Durante la última semana, había llegado a admirar a su marido por su fuerte sentido del honor, su paciencia, incluso su astucia. También había saboreado la pasión por primera vez en su vida, disminuyendo sus temores hacia el lecho conyugal.

Sin embargo, se había mantenido alejada de él, sin querer ceder terreno, reacia a compartir con él sus pensamientos más íntimos. Así que, debido a este tonto juego que habían iniciado, quedarían atrapados para siempre en un matrimonio de conveniencia, sin que ninguna de las partes diera más que la otra. Y, sorprendentemente, ella se dio cuenta de que sí quería más.

Por primera vez en su vida, quería un marido al que amar. . . y que él le correspondiera.

Temblando ante la idea, Shannon dejó caer la frente contra el panel de madera, preguntándose si era lo bastante valiente como para dar ese primer pasó hacia la verdadera intimidad. Un grito ahogado brotó de ella al oír a Desmond entrar en su habitación. Sin duda se estaba poniendo la ropa de noche y pronto saldría a buscar sus placeres nocturnos en White's.

Era ahora o nunca.

Respirando hondo, Shannon se tragó sus temores y abrió la puerta que separaba sus habitaciones.

Capítulo 15



*Una dama se somete a las necesidades íntimas de su marido sin quejarse.
Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford*

Las manos de Desmond se aquietaron sobre su corbata cuando se volvió para mirar a Shannon. Sin dejarse ningún medio de escapar, se adentró en la habitación y cerró la puerta con firmeza tras de sí.

—Perdona la intrusión, Desmond, pero necesitaba hablar contigo antes de que te marches por esta noche.

Cansado, tiró de la seda que llevaba alrededor del cuello.

—No sé si podré soportar otra discusión, Shannon.

—No deseo discutir contigo —se apresuró a asegurarle ella—. Esta tarde, mi enfado contigo fue injusto.

Aquella admisión captó su atención. Echándose a un lado el corbatín, la instó a continuar.

—Me gusta el rumbo que está tomando esta conversación.

Su comentario hizo poco por aliviar el nerviosismo de ella.

—Más bien pensé que te gustaría —respondió ella con una sonrisa vacilante—. Verás, mi enfado era totalmente injustificado porque esperaba que te sinceraras sobre tu pasado. . . cuando yo misma no lo he sido.

Lentamente, Desmond se acomodó en el brazo de su sofá.

—Después de todo, ¿cómo podía esperar que compartieras cuando yo he estado ocultando...?

—Shannon —la interrumpió Desmond, cortándola—. ¿Por qué no te sientas y te pones cómoda antes de contarme tu vida con Haywood?

—Sí, ¿por qué no? —murmuró ella. Respirando tranquilamente, se sentó en el extremo opuesto del sofá y se encaró a su marido—. Mis padres arreglaron mi matrimonio con el duque, y aunque tuve algunos recelos debido a su avanzada edad, nunca habría soñado con rechazar su elección.

—Se esperaba de ti que aceptaras su emparejamiento sin reparos —añadió Desmond en voz baja.

—Exactamente. —Aunque su comprensión debería haberla aliviado, Shannon se tensó aún

más al permitir que oscuros recuerdos la inundaran—. Siempre me habían dicho que si seguía las reglas, tendría una vida perfecta. —Sacudió la cabeza—. Pero eso no era cierto. Mi vida con Leonard fue horrible.

Vio que la mandíbula de Desmond se tensaba, pero permaneció en silencio, permitiéndole continuar.

—En mi noche de bodas, Leonard vino a mi habitación, me levantó el vestido y. . . —Se interrumpió, incapaz de expresar el embarazoso momento.

—Consumó el matrimonio —proporcionó Desmond, su tono uniforme la ayudó a recuperar el control.

—Sí —susurró ella, incapaz de evitar retorcerse las manos—. Durante los primeros meses, él venía a mi habitación cada pocas noches. Cada encuentro era doloroso, pero benditamente breve, no duraba más de unos minutos. Sin embargo, cuando no conseguí quedarme embarazada, Leonard se enfadó, culpándome, así que me reprendió sin piedad. A partir de ese momento, me vi sometida a constantes humillaciones. Hablaba de mis defectos delante de los criados, de la familia e incluso de los pocos invitados que nos visitaban. No se me permitía salir de casa sin su permiso y, si lo hacía, me encerraba en mi habitación durante días hasta que suplicaba que me liberaran.

Las lágrimas nublaron su visión mientras miraba a Desmond.

—Le odiaba.

Acomodándose en el sofá junto a ella, Desmond la rodeó con un brazo reconfortante.

—No necesitas decir nada más, Shannon. Esa parte de tu vida ya ha terminado.

—Pero no ha terminado —replicó ella con fiereza, secándose las lágrimas de las mejillas—. Estoy permitiendo que mi miedo del pasado moldee mi presente. ¿Por qué crees que pedí todas esas peticiones?

Levantando la mano, le ahuecó la mejilla.

—No hay nada que temer entre nosotros, Shannon —susurró, su aliento rozando sus labios.

—Ahora me doy cuenta. —El deseo que bullía en su mirada quemó los últimos recuerdos oscuros de ella—. Tus besos me hacen sentir cosas que ni siquiera había imaginado. Me enseñaste el significado del deseo. Me mostraste la pasión.

—Déjame enseñarte más —ronroneó Desmond.

Mirándole a los ojos, Shannon sintió que lo correcto de este momento, de este hombre, la inundaba y se rindió a sus emociones.

—Sí —murmuró ella, acortando la distancia que los separaba.

Su boca cubrió la suya, capturando sus labios en un beso hambriento que la atrajo hacia él. Deslizando los brazos alrededor de su cuello, se dejó caer en el abrazo, apretando su cuerpo contra el de él, deseosa de sus caricias. La mano de Desmond se deslizó hasta la base de su cuello, manteniéndola firme para su profundo beso, mientras la otra se curvaba alrededor de su cintura, levantándola hasta que quedó tendida sobre su regazo.

Con dedos hábiles, arrancó las horquillas que le sujetaban el pelo, tirándolas despreocupadamente al suelo hasta que todo el largo de su cabello se derramó por su espalda en

glorioso abandono. Un gemido retumbó en su garganta cuando Desmond envió su lengua hacia el interior, barriendo la boca de ella con una minuciosidad que estremecía los huesos.

Ella murmuró suavemente en señal de protesta cuando él arrastró su boca de la suya, pero, cuando sus labios descendieron sobre la curva de su cuello, se estremeció de anticipación. Desmond hundió los dedos en la riqueza de su cabello, tirando suavemente, hasta que ella arqueó el cuello para acomodarse a sus besos devastadores.

—Shannon —ronroneó contra su carne húmeda. Lentamente, trazó la línea de su espalda, llegando hasta los cierres de su vestido. Con facilidad practicada, le aflojó el vestido, desabrochando todos los cierres hasta su cintura, permitiendo que la prenda se deslizara por sus hombros.

Acogiendo con agrado el frescor en sus acaloradas carnes, Shannon ayudó ansiosamente a Desmond a quitarse el vestido. Desmond volvió a capturar su boca en un beso hambriento, devorando sus suaves murmullos de placer mientras arrastraba los dedos por el borde superior del corsé.

De un tirón soltó la cinta de la prenda deshuesada, antes de tirarla a un lado. Tambaleándose por la embriagadora sensación de libertad, Shannon se apretó contra el duro pecho de Desmond, deleitándose en la sensación de su cuerpo casi desnudo tocando el de él.

Por primera vez, sintió que el deseo la lamía, haciéndole señas para que se acercara a los placeres de la carne. Haciendo caso a la llamada, tiró con frustración de su camisa, deseando tocarle. Desmond rompió el beso y se echó la prenda por encima de la cabeza, arrojándola a un lado sin miramientos. Le tembló la mano al recorrer con la punta de los dedos las curvas que tanto había deseado tocar.

Su mirada se clavó en la de ella, hipnotizándola, mientras le quitaba la chemise de los hombros, tirando de ella hacia abajo hasta que también quedó alrededor de su cintura. Su respiración se estremeció cuando él le acarició la plenitud de su pecho, satisfaciendo un dolor en su interior. Gimiendo suavemente, se inclinó hacia delante, apretando la palma de su mano.

Deslizando el brazo alrededor de ella, Desmond arqueó la espalda de ella hasta que quedó abierta a él. Se inclinó más cerca, deteniéndose para besarla a lo largo de la clavícula y luego trazando un húmedo camino hacia abajo, hasta la parte superior de sus pechos. Los dedos de ella se clavaron en su pelo, aferrándose a él, mientras él capturaba su tenso pezón entre los labios. Haciendo girar la lengua alrededor de la sensible carne, Desmond hizo que rayas de cruda necesidad la recorrieran. Nada en su experiencia anterior de torpes tanteos y humillantes manoseos la había preparado para las sensaciones estremecedoras que Desmond creaba en su interior.

—Te necesito —ronroneó él contra su carne.

—Desmond —murmuró ella, sin reconocer siquiera su propia voz cargada de pasión.

Capturando su boca una vez más, continuó besándola hambriento mientras la levantaba en brazos y se dirigía a su cama. Con suavidad, la bajó hasta el cubrecama, deslizando la mano hacia abajo para apartarle el vestido y la chemise del cuerpo.

Desmond se echó hacia atrás para contemplarla. Tendida ante él en nada más que sus medias, Shannon se sintió de pronto completamente vulnerable. De improviso, el miedo se encendió en su interior e instintivamente se cubrió la feminidad con una mano y cruzó la otra

sobre los pechos.

La comprensión suavizó la mirada de Desmond mientras le acariciaba la mejilla con el dorso de los dedos.

—Yo cuidaré de ti, Shannon. No tienes por qué temerme.

En su corazón sabía que sus palabras eran ciertas, pero oscuros recuerdos de dolorosos manoseos la retenían. Impotente, negó con la cabeza.

Levantándose de la cama, Desmond se quitó rápidamente los calzones, enderezándose para permanecer en gloria desnudo ante ella.

—Mírame —le ordenó suavemente—. Puedes confiar en mí.

Lentamente, ella levantó los ojos para encontrarse con su mirada. Confiar en él. Él había cumplido su acuerdo a pesar de su enfado, la había tratado con respeto, incluso había admitido sus errores y se había disculpado por ellos. El nudo del miedo empezó a aliviarse al darse cuenta de que, efectivamente, podía confiar en él.

Levantando la mano, le invitó en silencio a acercarse.

Sus ojos llameaban con fuego de banco cuando aceptó su invitación, bajando junto a ella. Juntando su rostro entre sus manos, selló sus labios, buscando y encontrando el deseo de ella que tan perfectamente coincidía con el suyo. Deslizando las manos por su espalda, Shannon saboreó la sensación de su suave cálida carne contra sus palmas. Atrapada en un frenesí de necesidad, bajó las manos hasta que las yemas de sus dedos barrieron la elevación de sus tensas nalgas.

Desmond separó su boca de la de ella para mirarla fijamente, con una expresión feroz de deseo.

—Sí, Shannon —gimió mientras bajaba de nuevo la cabeza hacia sus pechos—. Tócame.

Con el miedo abrasado por sus ardientes caricias, Shannon se entregó a todos sus caprichos, a todos sus deseos, mientras acariciaba sus musculosos hombros, bajando por sus definidos brazos, recorriendo las crestas de sus costillas. Y Desmond correspondía a cada uno de sus movimientos, reflejando su atrevimiento, aceptando sus íntimas atenciones y devolviéndolas con las suyas.

Shannon se estremeció de deseo cuando Desmond se desplazó hacia abajo en la cama, su boca haciendo una incursión hacia su ombligo, dando suaves mordiscos de amor a lo largo de su piel sensibilizada. Rozando con la mano la parte exterior de su muslo, le bajó las medias hasta la rodilla. Desmond curvó la mano bajo su pantorrilla y levantó la pierna hasta que quedó doblada sobre su cintura. Una suave pasada por el resto de la pierna y hasta el pie le quitó las medias por completo.

Temblando de necesidad, Shannon se quitó la otra media antes de ponerse de lado y apretarse completamente contra él. Un ajuste perfecto. Un gemido bajo reverberó en lo más profundo del pecho de Desmond cuando él los hizo rodar hasta tumbarse encima de ella. Regocijándose en su peso, Shannon rodeó su espalda con los brazos, jadeando cuando él mecía la parte inferior de su cuerpo contra el de ella. Sin pensarlo conscientemente, separó las piernas, dándole la bienvenida para que buscara su parte más íntima.

Haciendo palanca hacia un lado, Desmond curvó la mano sobre su humedecida feminidad, hundiendo un dedo en su humedad. Por un instante, recordó el doloroso pinchazo de su primer

marido, pero con un erótico remolino, Desmond destruyó esa imagen y la sustituyó por su propio y hermoso recuerdo. Sin poder evitarlo, levantó las caderas, saludando su mano con un grito de placer.

Sus ojos se cerraron mientras la pasión latía a través de ella, empujándola cada vez más alto. Arqueando la espalda, le instó en silencio a continuar con su deliciosa caricia. En respuesta, él envió otro dedo enroscándose en su interior.

Aferrándose a la colcha, Shannon sólo podía cabalgar las maravillosas e increíbles sensaciones que la atronaban. Un murmullo de protesta se le escapó cuando Desmond retiró los dedos. Abriendo los ojos, se quedó aún en estado de shock al ver a Desmond acomodar sus hombros entre las piernas de ella.

—¿Qué estás haciendo? —jadeó ella, tratando instintivamente de juntar las piernas.

—Confía en mí —murmuró él, con su aliento caliente recorriéndola.

Sin decir una palabra más, bajó la boca hasta su zona más íntima y la obsequió con un beso muy especial. Unas ráfagas de deseo al rojo vivo la recorrieron, vaciando a Shannon de sus protestas. Cerrando los ojos, hundió los dedos en su pelo, aferrándose a él mientras él conducía su pasión más fuerte, más rápido, más alto.

Todo su cuerpo empezó a estremecerse con las abrumadoras sensaciones que él evocaba en ella mientras seguía atormentándola con sus perversos besos. Shannon se olvidó de respirar cuando Desmond profundizó el beso y ella estalló en llamas bajo su contacto.

Escalofríos recorrieron su piel mientras temblaba en las secuelas de la pasión colmada. Al sentir cómo Desmond ascendía por su cuerpo, abrió los ojos para mirarle con asombro.

—Yo nunca. . . —Ni siquiera sabía cómo expresar con palabras unas sensaciones tan increíbles.

Una comisura de sus labios se giró hacia arriba.

—Lo sé.

Entrelazando sus dedos, Desmond bajó su peso sobre Shannon, permitiendo que su masculina dureza descansara contra su feminidad. Ella respiró agitadamente cuando Desmond movió las caderas, presionando inexorablemente hacia delante, fundiendo sus cuerpos en uno solo. Su sensación de saciedad desapareció mientras una necesidad urgente de vincularse con aquel hombre la abrasaba. Haciendo círculos con las caderas hacia arriba, Shannon trató de profundizar en la posesión de Desmond.

Él le sonrió a los ojos mientras empujaba dentro de ella, completando su acoplamiento, completándola a ella.

—¿Estás bien? —ronroneó él, con la voz tensa y cruda.

Asintiendo frenéticamente, ella se arqueó contra él.

—Por favor —suplicó, insegura de lo que su cuerpo ansiaba aunque sabía que Desmond tenía la respuesta.

Estremeciéndose ante su súplica, Desmond empezó a moverse con un ritmo lento y constante, provocando jadeos de placer con cada caricia. Su tempo aumentó a medida que penetraba en ella una y otra vez, empujándola hacia esa gloriosa explosión de sensaciones.

—¡Desmond! —Su nombre arrancó de ella.

Con una última embestida, Desmond se unió a ella, tensando cada uno de sus músculos mientras vaciaba su esencia en su interior. Sacudiéndose con pequeños temblores, Desmond bajó lentamente sobre ella.

Soltándole las manos, Desmond se movió finalmente hacia un lado, arrojando a Shannon contra él. Una satisfacción más allá de lo que jamás había conocido la llenó hasta casi reventar.

—Desmond, eso fue. . . —Se le escapó una descripción adecuada. ¿Cómo podría dar voz a las increíbles sensaciones que la habían desgarrado?

—Más allá de las palabras —terminó él por ella en una fusión perfecta de sus mentes.

Apoyando la mano en su pecho, suspiró satisfecha.

—Exactamente.

Capítulo 16



Una dama nunca debe cuestionar los dictados de su marido.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

Estirando los brazos por encima de la cabeza, Shannon se despertó con una deliciosa sensación de bienestar. Desmond. De un vistazo, se dio cuenta de que ahora estaba sola en su alcoba.

Sonriendo como una gata bien alimentada, se acurrucó en su cama, cediendo al impulso de soltar una risita.

Estaba enamorada.

Incluso a la brillante luz de la mañana, esa admisión no la asustó. No después de la noche anterior. No después de que Desmond le mostrara lo que realmente sentía a través de su suave tacto y sus tiernos cuidados. Qué maravilloso era darse cuenta de que su matrimonio de conveniencia se había convertido realmente en una unión amorosa.

Recuperando la bata de su marido de los pies de la cama, Shannon se levantó para enfrentarse al glorioso nuevo día. Apretándose el cinturón de la bata, giró sobre sí misma en un vertiginoso círculo, antes de apresurarse hacia su propia habitación para vestirse.

Llamando a su doncella, Shannon se apresuró a realizar sus abluciones, ansiosa por buscar a Desmond. Mientras se daba los últimos retoques en el pelo, Shannon oyó que llamaban a su puerta. Pensando que era Desmond, corrió por la habitación y abrió la puerta de golpe.

—¿Jocely? —preguntó Shannon, intentando que la decepción no se reflejara en su voz.

Apartándose las manos de la cara, Jocely reveló sus mejillas manchadas de lágrimas.

—¡Es horrible!

Atrayendo a su sobrina a la habitación, Shannon despidió a su criada antes de buscar una explicación. Naturalmente, no necesitó preguntar quién era.

—¿Qué pasó entre tú y tu tío esta mañana? Aún es pronto. . . incluso para vosotros dos —comentó Shannon, esperando que su frivolidad atenuara las lágrimas de Jocely.

—No es asunto para bromas —gritó Jocely—. Me prohibió salir de esta casa sin él a mi lado.

Confundida, Shannon sacudió la cabeza.

—¿Por qué iba a hacer eso? No ha habido incidentes últimamente —dijo, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Está molesto conmigo por haber hablado ayer con lord Holbroke.

Otra vez lord Holbroke, pensó Shannon con el ceño fruncido, recordando la feroz reacción de Desmond ante el conde.

Jocely se enjugó las lágrimas.

—Cielos, Shannon, lord Holbroke me salvó ayer. ¿Qué querría mi tío que hiciera? ¿Ignorar por completo al hombre que detuvo a mi caballo desbocado? Está siendo completamente irrazonable.

Dadas las circunstancias tal y como las explicaba Jocely, Shannon tendía a estar de acuerdo con su sobrina. Aun así, se abstuvo de expresar su opinión.

—Hablaré con tu tío y discutiré este asunto con él —ofreció en su lugar.

—Le hará darse cuenta de que está siendo completamente. . .

—Irrazonable —terminó Shannon por su agitada sobrina—. Sin embargo, hasta que no hable con él, no sabré si su reacción está justificada o no.

Shannon pudo deducir por la expresión de Jocely que no estaba contenta con la respuesta.

—Iré a tu habitación en cuanto hable con él.

Suspirando, Jocely abrazó brevemente a Shannon.

—Gracias —murmuró, antes de salir de la habitación.

Shannon soltó el aliento mientras se frotaba la frente. Ocuparse de este problema era lo último que se había imaginado haciendo esta mañana. Por desgracia, no le habían dado otra opción. Alisándose las faldas, Shannon fue en busca de su marido.

En cuanto entró en el estudio de Desmond, Shannon pudo ver que él seguía disgustado. Su expresión permaneció fría mientras la miraba.

—¿Qué puedo hacer por ti esta mañana, Shannon?

Su gélida recepción heló el brillo de felicidad que había en su interior. ¿Qué le había pasado al hombre de la noche anterior? Decidiendo dejar a un lado su dolor, forzó una nota burlona en su voz mientras decía:

—He venido a por mí beso de buenos días.

Una ceja se alzó.

—¿Perdón?

Intentando permanecer impertérrita ante su falta de bienvenida, se alejó.

—Creo que es costumbre dar los buenos días a tu esposa.

Se pasó las manos por la cara.

—Perdona mi mal humor, Shannon. He tenido una mañana del demonio hasta ahora —murmuró, su disculpa la tranquilizó. Se levantó de su escritorio, acercándose para besarla profundamente—. Empecemos de nuevo, ¿de acuerdo? —murmuró cuando por fin se apartó—. Buenos días.

Rodeando su espalda con los brazos, ella le sonrió.

—Buenos días a ti también. —Le acarició la mano por la columna vertebral—. ¿Estás molesto por tu discusión con Jocely?

Él se echó hacia atrás para mirarla fijamente.

—¿Cómo lo supiste?

—Jocely vino a mi habitación esta mañana —explicó Shannon, dejando caer los brazos a los lados mientras Desmond retrocedía—. Ella también estaba muy disgustada.

—Ya se le pasará.

La brusca respuesta de Desmond la sobresaltó.

—Desmond, tienes que hacer las paces con Jocely —instó Shannon, manteniendo a propósito su voz suave y calmada—. Si vas a desterrarla a esta casa, al menos deberías darle una explicación sensata.

Todo rastro de calidez abandonó la expresión de Desmond.

—Soy su tío y su tutor. Tengo mis razones para la petición y no debería tener que explicar cada una de mis acciones a una jovencita.

—Por supuesto que no —aceptó Shannon de buena gana—. Pero a veces es necesario dar explicaciones, Desmond, aunque sólo sea para mantener la paz.

Desmond la miró con el ceño fruncido.

—Holbroke es peligroso —dijo con firmeza—. Creí haber sido bastante claro durante nuestra discusión de ayer.

—Si me dijeras por qué. . .

Sus dedos se flexionaron.

—Anoche confiaste en mí —señaló—. ¿Por qué no puedes confiar en mí también en este asunto y simplemente creer en mi palabra?

—Porque no puedo hacer eso. —Agarrándole de las solapas, Shannon le imploró que comprendiera—. Me abrí a ti anoche. Te hablé de mi matrimonio con Leonard, incluso de mi infancia y del poco control que tenía sobre mi vida. Por favor, no me pidas que siga ciegamente tus exigencias sin entender las razones que hay detrás de ellas. —Ella le miró fijamente—. No soy tu sirvienta, Desmond. Soy tu compañera.

Él la miró como si estuviera diciendo tonterías.

—Eres mi esposa, no mi compañera —le devolvió—. Creí que lo habías entendido desde que te rendiste a. . .

—No me rendí —exclamó ella, interrumpiendo a Desmond sin ningún reparo—. Cuando acudí a ti y te hablé de mi pasado, sólo estaba dando el primer paso. Ahora te toca a ti abrirte también a mí, dejarme entrar en tu vida, tanto en el pasado como en el presente.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Creo que no.

Esas tres palabras le atravesaron el corazón.

—Pero debes hacerlo, Desmond, si queremos que alguna vez haya un verdadero

matrimonio entre nosotros.

—Nuestro matrimonio es verdadero —dijo él sacudiendo la cabeza—. Intercambiamos votos. . .

—No hablo de votos; hablo de intercambiar corazones.

Su expresión se suavizó. Extendiendo la mano, le acomodó un zarcillo suelto detrás de la oreja.

—Si te enamoraras de mí, no tendrías que preocuparte. Yo protegería tu corazón.

—Como yo lo haría con el tuyo.

Su mano bajó a su costado y guardó un sospechoso silencio. El dolor en su corazón creció.

—Qué tonta he sido —dijo, odiando que su voz vacilara—. Si ni siquiera compartes tu pasado, desde luego no compartirías tu corazón.

—Shannon. . .

Levantando la mano, dio un paso atrás, no queriendo oír su explicación.

—Creía que anoche habían cambiado las cosas entre nosotros.

Sus ojos se entrecerraron.

—En otras palabras, pensaste que una vez que hubiera probado ese delicioso cuerpo tuyo sería maleable a tus ideas. —Ladeó la cabeza—. ¿Te entiendo ahora?

—No —negó ella, llevándose la mano a la garganta—. Quería decir que anoche nos convertimos en marido y mujer en algo más que palabras. Pensé que estarías dispuesto, ansioso incluso, de compartir tu vida conmigo.

—¿Quieres oír hablar de mi vida antes de ti? —Ante el asentimiento de ella, se le escapó una risa amarga—. Muy bien entonces, mi querida esposa, permítame iluminarla. Mi primer matrimonio hizo que el tuyo pareciera un paseo por Hyde Park.

La dureza de su voz la sobresaltó.

—¿Empiezo por el principio? —Sin esperar su respuesta, continuó su relato—. Me había ofrecido por Margot al principio de la temporada y ella aceptó mi propuesta. Sin embargo, me pidió que honráramos los deseos de sus padres y mantuviéramos nuestros esponsales en secreto hasta después de la Temporada. —Sacudió la cabeza—. Ya entonces fui un tonto ciego. Verás, sus padres nunca hicieron tal petición. No, todo fue idea de Margot de esperar hasta el final de la Temporada para ver si tal vez podía llamar la atención de alguien mejor que el segundo hijo de un duque. Por desgracia para mí, fracasó, así que nos casamos al final de la Temporada.

A Shannon le resultaba difícil comprender semejante engaño.

—En la dicha nupcial caí. . . durante exactamente tres horas. —Se agarró al respaldo de una silla—. Fue entonces cuando descubrí que mi salvaje y excitante Margot ya había probado las delicias de la carne fuera del lecho matrimonial. Aunque decepcionado, seguía creyendo que el matrimonio funcionaría porque nos amábamos. —Sus dedos se clavaron en el cuero—. Dios, qué maldito idiota fui.

—Desmond —murmuró Shannon, acercándose a él—. No necesitas. . .

Él se apartó de su tacto.

—Ah, ¿pero no es esto lo que querías, mi dulce esposa? ¿No deseabas conocer los secretos de mi pasado? ¿O has cambiado de opinión ahora que te das cuenta de lo sórdidos y feos que son esos secretos?

Retirándole la mano, levantó la barbilla.

—No deseo causarte dolor con el relato.

—El dolor que siento al hablar de aquellos años con Margot no es nada comparado con el que sentí al vivirlos. —Pasándose la mano por el pelo, Desmond se acercó a la ventana, contemplando el día soleado—. Teníamos peleas terribles en público cuando la descubría flirteando con otros hombres, pero luego volvíamos a casa y ella me seducía para que la perdonara. Utilizaba sus encantos para doblegarme a su voluntad. . . y yo se lo permitía. —Un sonido de disgusto brotó de su garganta—. Empecé a odiarla —admitió en voz baja.

Y a sí misma en el proceso, se dio cuenta Shannon, dolida por Desmond.

—Pero por mucho que me retorciera para que hiciera lo que ella deseaba, no había nada que pudiera decir o hacer que me hiciera perdonarla cuando la encontré en la cama con su amante. Una vez que se dio cuenta de que no me doblegaría, se burló de mí, hablándome de todos los hombres con los que había disfrutado, de todas las formas en que me había traicionado. Se burló de mí por creer que alguna vez se enamoraría de alguien tan despreciable, alguien que siempre sería el segundo mejor. Mi amor por ella murió por completo ese día. —Se frotó la nuca—. Después de un tiempo, simplemente dejó de importarme con quién estaba, qué hacía. Lo único que sentí cuando me enteré de su muerte fue alivio. Había jurado no volver a casarme, pero cuando murió mi hermano y me convertí en el tutor de Jocely, la decisión me fue arrebatada.

—Así que me ofreciste un matrimonio de conveniencia —remató Shannon—. ¿Pero no ves que podríamos tener mucho más?

Desmond giró para mirarla.

—Claro que sí, Shannon, por eso te pido que dejes esta tontería tuya y te establezcas como una esposa adecuada.

—Una esposa como Dios manda —repitió ella mientras los últimos zarcillos de esperanza empezaban a escaparse—. Lo que quieres es que me comporte como corresponde a una duquesa, que enseñe a Jocely a hacer lo mismo, que comparta tu cama y que produzca un heredero.

Su mandíbula se tensó.

—No hay necesidad de hacerlo sonar como si fuera un destino peor que la muerte —espetó—. Ya confías en mí, así que sabes perfectamente que cuidaré de ti.

—Mientras mantienes tus propias emociones cuidadosamente encerradas en tu corazón —susurró ella, su voz quebrándose en la última palabra, toda esperanza muriendo. Aun así, hizo un último intento—. Anoche te expliqué lo impotente que me sentía mientras estaba casada con Leonard, lo atrapada que estaba bajo su control. —Lentamente, ella sacudió la cabeza—. Lo que me pides, Desmond, es algo que no puedo darte. Si alguna vez vamos a tener un verdadero matrimonio, uno lleno de amor, entonces necesitas confiar en mí a cambio.

—Sí, confío en ti —respondió, la frustración tiñendo su voz—. Te has comportado con honor y. . .

—Quiero decir que confíes en mí con tu corazón.

Su expresión se cerró.

—Como dijiste, Shannon, podríamos tener tanto, ¿por qué no puede ser suficiente?

—Antes de anoche, lo era, Desmond —admitió ella, parpadeando para contener las lágrimas de sus ojos—. Pero cambiaste todo eso cuando me tocaste. Hiciste que quisiera más.

Metió las manos en los bolsillos.

—No puedo darte más de lo que ya tengo.

Ella no pudo contener las lágrimas.

—Lo sé —susurró—. Entonces, ¿dónde nos deja eso?

—Con un matrimonio de conveniencia. —Llevándose los dedos a la boca, dejó a Desmond en su estudio. Solo.



Cuando la puerta se cerró tras Shannon, Desmond arremetió contra ella, haciendo caer un jarrón al suelo. Maldita sea, ¿por qué las mujeres tenían que ser tan jodidamente complicadas? Se había despertado esta mañana con la sensación de haber conseguido más de lo que jamás había soñado. Tenía un título, una sólida posición financiera, un creciente entendimiento con su sobrina y una dulce esposa.

Esas ilusiones se hicieron añicos una a una esta mañana. Primero con Jocely, cuando ésta le riñó por exigirle que se quedara a su lado siempre que salía de casa. ¿No se daba cuenta la muy tonta de que lo hacía por su propio bien? Sabía en sus entrañas que Benson tramaba algo, así que lo racional era vigilar de cerca a las damas de su familia.

Entonces, antes de que hubiera tenido la oportunidad de informar a Shannon de las mismas restricciones, ella había exigido conocer su pasado, que le abriera su corazón. Señor, él había sido más que paciente con ella, soportando sus discusiones, viviendo con su maldito y feo gato, pero aun así no era suficiente. No, ahora ella le quería en cuerpo y alma.

¿Acaso la mujer no se daba cuenta de que él ya ni siquiera estaba seguro de poseer ninguno de los dos?

Ciertamente debería haberlo hecho después de que él hubiera soltado cada sucio detalle de su vida con Margot. Pero, ¿lo entendía ella? Desde luego que no. Shannon le había exigido que le explicara las razones de sus actos, pero cuando lo hizo, cuando le dijo por qué no podía renunciar al control, ella no había escuchado ni una palabra de lo que había dicho.

Pues bien. Ella dijo que les quedaba un matrimonio de conveniencia, que era precisamente donde habían empezado. . . y eso le parecía perfectamente bien. Después de todo, no era él quien quería más. Estaba contentísimo con su matrimonio tal como era.

Ese pensamiento le tranquilizó. Mirando con pesar el jarrón roto, se volvió para mirar de nuevo por la ventana. Respirar hondo calmó aún más sus nervios. Después de todo, Shannon

había aceptado este matrimonio y él sabía que se mantendría fiel a sus votos... a pesar de su dramatismo femenino. En cuestión de días, estaba bastante seguro de que todo este incidente se olvidaría y volverían a establecerse en un cómodo patrón.

Y él no era nada si no un hombre paciente.

Capítulo 17



*Una dama tiene el deber de asegurarse de que su hogar funcione sin problemas.
Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford*

-¿Ella qué?

Harley se estremeció ante el grito de Desmond.

—Dije que ella me pidió que transfiriera los fondos de su cuenta a otro corredor.

Golpeando con las manos sobre su escritorio, Desmond se inclinó sobre la extensión de madera para fulminar con la mirada a su hombre de negocios.

—Estoy seguro de que la rechazó.

—N. . . n. . . no, Alteza —tartamudeó Harley—. No podía negarme a su petición; es su cuenta privada.

—Y yo soy el tonto que la preparó así —murmuró Desmond para sí. Harley asintió cabizbajo—. Disposición número cincuenta y uno.

—Sí, recuerdo que cuando acudí a usted por este asunto me dijo que me arrepentiría —dijo Desmond, arrepintiéndose ahora de su acto impulsivo. Pero, ¿qué otra cosa podía haber hecho? Cuando había leído detenidamente las disposiciones, había visto la petición y comprendido sus razones. Se había quedado sin un céntimo a la muerte de su primer marido, así que naturalmente querría dinero propio, un nido de huevos personal para aliviar su mente.

Desmond golpeó con los dedos la superficie de su escritorio.

—¿Dijo ella por qué quería el dinero trasladado?

—Me dijo que no quería que se dividieran mis lealtades. —Su mano se aquietó—. ¿Dijo algo más?

Sacudiendo la cabeza, Harley se apresuró a responder.

—Nada, Alteza.

¿Qué demonios tramaba esa mujer? se preguntó Desmond, con la frustración recorriéndole por dentro. Habían pasado dos días enteros desde aquellas desdichadas discusiones aquí, en esta misma sala, y no había visto a Shannon ni a Jocely desde entonces. Ni un maldito vistazo. Las dos estaban atrincheradas en la habitación de Jocely, recibiendo bandejas de la cocina, ignorando sus peticiones de entrada.

Sabía perfectamente que podía simplemente encontrar la llave maestra y abrir la puerta,

pero era el principio de la cuestión. Dejaría que las damas se enfurruñaran, reconocieran sus destinos y luego aceptaran sus futuros. Naturalmente, todo volvería a la normalidad en unos días más.

Si tan sólo no ansiara ver a su esposa, sería un poco más fácil ser paciente.

Pero ahora parecía que Shannon se había escabullido de la casa cuando él no miraba, sin duda urdiendo algún plan que no haría más que molestarlo. ¿Por qué no podía la mujer simplemente acomodarse?

Conteniendo su frustración, Desmond se centró en el asunto que tenía entre manos.

—¿Qué agente está utilizando?

—Reginal Collins. —Harley se movió hacia delante en su silla—. Tiene una sólida reputación de ser honesto y fiable.

—Bueno, al menos eso es un consuelo. —Rodeando su escritorio, Desmond palmeó la espalda de Harley—. Gracias por venir a informarme de este asunto.

Harley se puso en pie de un salto, obviamente ansioso por seguir su camino. No es que Desmond pudiera culpar al hombre. Después de todo, ¿quién desearía estar en medio de una disputa matrimonial?

—Avíseme si ocurre algo más —pidió Desmond antes de abrir la puerta.

—Así lo haré, Alteza. —Moviendo la cabeza, Harley salió apresuradamente de la habitación.

Cerrando la puerta, Desmond se volvió para apoyarse en los paneles de madera. Esta tarde haría una visita a Reginal Collins para ver qué tramaba ahora su testaruda esposa.



Mi belleza exótica, mi Jocely. . .

Suspirando, Jocely metió la querida nota de William en su corpiño, escondiéndola cerca de su corazón. Poco sabía ella que cuando él detuviera a su caballo desbocado, huiría después con su corazón. Enrojecida al saber que él correspondía a sus sentimientos, Jocely deseó más que nada poder contarle a Shannon lo de William.

Había sabido a los pocos instantes de su segundo encuentro que William se había enamorado de ella a primera vista. La romántica idea emocionó a Jocely. Pensar que ella inspiraba emociones tan devotas era casi más de lo que podía soportar. Quería contarle a todo el mundo su felicidad, pero William le había pedido que lo mantuviera en secreto hasta que pudiera convencer a su tío del emparejamiento. Al recordar la reacción del tío Desmond ante la mera mención del conde de Holbroke, reconoció con pesar la sabiduría del consejo de William.

Mientras tanto, tendría que contentarse con sus notas furtivas. Agradecida de que Shannon estuviera ocupada con los criados, Jocely sacó una tarjeta de notas, la roció con agua de rosas y empezó a escribir su respuesta.

Mí querido William. . .



—Lo siento, Alteza, pero no puedo revelar ninguna información sobre los fondos de Su Alteza.

Levantando la barbilla, Desmond afectó su aire más intimidante.

—Soy el duque de Blackwell, Collins. No debería necesitar pedir permiso para supervisar los dineros de mi esposa.

—En este caso, Alteza, me temo que sí. —Cogió un documento de su escritorio—. Según este acuerdo, que lleva su firma, Alteza, Lady Blackwell tiene derecho a. . .

—Lo sé, lo sé —interrumpió Desmond mientras miraba con odio el ofensivo documento. Si ese maldito acuerdo no le enseñaba nada más, sin duda le enseñaría a no ser tan complaciente con su demasiado inteligente esposa en el futuro.

Volviendo a dejar los papeles sobre su escritorio, Collins guardó silencio un momento. Un pesado suspiro escapó del corredor mientras se frotaba una mano contra la frente.

—Aunque no puedo hablar de Lady Blackwell en particular, Alteza, le agradecería que me diera el gusto de escuchar una historia.

Desmond captó el tono subyacente a la petición de Collins.

—Por supuesto.

Observando las emociones encontradas en la expresión de Collins, Desmond se preguntó si volvería a hablar. Finalmente, el corredor comenzó su relato.

—En mi negocio, estoy al tanto de muchos asuntos privados que sorprenderían a la mayoría de los hombres. . . yo incluido. Como hombre casado que soy, creo firmemente en la santidad del matrimonio. También creo que es deber de una esposa someterse a los deseos de su marido.

Una profunda sensación de presentimiento se apoderó de Desmond.

—Pero, como le decía, le sorprendería saber algunas de las peticiones que recibo. —Collins desvió la mirada, incapaz de encontrarse con la de Desmond—. Por ejemplo, hubo una vez una dama que disponía de dinero propio y, aunque estaba casada, deseaba vivir en una residencia separada de su marido.

El corazón de Desmond se detuvo un segundo.

—Cuando le pregunté si su marido había estado de acuerdo con estos. . . planes poco ortodoxos, me dijo tranquilamente que no necesitaba el permiso de su marido, ya que su matrimonio era simplemente un acuerdo comercial.

Un rubor de ira calentó sus mejillas mientras Desmond luchaba por mantener la calma ante la revelación de Collins.

—Así que ahora ya ve mi aprieto —concluyó Collins, levantando por fin la mirada para

mirar a Desmond—. Legalmente, soy incapaz de contarle al pobre señor el reproable comportamiento de su esposa.

Levantándose, Desmond asintió a Collins.

—Su historia me ha parecido de lo más. . . edificante —dijo, luchando por mantener la voz tranquila y nivelada—. Ahora, si me disculpa, tengo algunos asuntos personales que requieren mi atención.

Collins asintió con la cabeza.

La humillación inundó a Desmond mientras salía del despacho, jurando a cada paso hacer que Shannon se arrepintiera de sus precipitadas acciones y convencerla de que se arrepintiera de su testarudez.



—Pon ese baúl. . .

—Devuélvelo a la habitación de Su Alteza.

Endureciéndose, Shannon se volvió para mirar a su enfurecido marido. Una mirada a él y se dio cuenta de que se había enterado de sus planes.

—Perdóneme, milord, pero deseo el baúl...

—No estoy interesado en escuchar sus deseos en este momento, señora. —Un músculo de su mandíbula se crispó mientras avanzaba para agarrarla por el codo. Haciendo una pausa para enviar una mirada fulminante a la sirvienta de ojos muy abiertos, Desmond le echó las indicaciones por encima del hombro mientras arrastraba a su esposa a su cámara—. Devuelva ese baúl a la habitación de Su Alteza inmediatamente.

—Enseguida, milord.

Negándose a entablar una discusión pública, Shannon permitió que Desmond la llevara a su habitación, pero una vez cerrada la puerta, se zafó de un tirón de su brazo.

—Soy tu esposa, milord, y no debería ser arrastrada como un mueble.

—Quizá me resultaría más fácil recordarlo si actuaras como mi esposa —le espetó él furioso—. Descubro que has alquilado tu propia casa en la ciudad, vuelvo a casa y te encuentro preparándote para irte mientras yo estaba de espaldas, y tienes el descaro de reprenderme. —La fulminó con la mirada—. He sido más que paciente contigo, Shannon. He soportado tus constantes discusiones, tus maneras desafiantes y tu errónea creencia de que podías obligarme a hacer tu voluntad. Pero con esta pequeña treta, has llegado al final de mi paciencia.

La aprensión tembló en su interior, pero se negó a ceder ante él.

—Oh, pobre Desmond —se burló suavemente—. Ahora, si has terminado con tus amenazas, tengo más cosas que empaquetar.

—Quizás no me he explicado bien —le espetó a través de los dientes apretados—. No vas

a ir a ninguna parte.

—Desde luego que sí. —Ella puso las manos en las caderas—. Me temo que ya no encuentro muy conveniente este matrimonio de conveniencia.

Dando un paso adelante, Desmond se movió hasta quedar a escasos centímetros de ella.

—No. Importa.

Shannon luchó contra el impulso de apartarse de la cruda furia que irradiaba su marido.

—No quiero oír ni una palabra más sobre este asunto. ¡Terminarás con esta tontería y te acomodarás en el papel de una esposa apropiada!

Ahí estaba de nuevo esa palabra exasperante: apropiada. Su ira aumentó hasta igualarse con la de él.

—No —dijo ella simplemente.

Sus fosas nasales se encendieron.

—Siento que pienses así, Shannon, porque no me dejas otra opción que confinarte en tu habitación hasta que hayas tenido la oportunidad de reconsiderar tu respuesta.

Ella no podía creer lo que oía.

—No puedes hablar en serio.

—Oh, pero lo hago, milady esposa —replicó él, dirigiéndola hacia la puerta de comunicación—. Has pasado la mayor parte del tiempo estos dos últimos días encerrada en la habitación de Jocely, así que ya deberías estar bien acostumbrada.

Abriendo la puerta, la hizo girar hacia su habitación.

—No permitiré que me hagas esto —juró Shannon en voz baja.

Desmond la miró arqueando una ceja.

—No creo que te deje elección en el asunto.

Y con eso le cerró la puerta en las narices. La llave giró, haciendo clic en la cerradura.



Shannon se quedó mirando la puerta cerrada durante largo rato, intentando contener su furia e ignorar el dolor de su corazón. El hombre del que se había enamorado tontamente, el hombre que se abría camino con encanto para conseguir sus objetivos, ya no existía. En su lugar había un ogro dictatorial que pensaba amedrentarla hasta la sumisión.

Desde luego, eso nunca iba a ocurrir.

Echando un vistazo a la puerta que estaba cerrada por fuera, Shannon giró sobre sí misma y se dirigió a su ventana. Levantó el cristal y se asomó. No había ningún enrejado cerca, pero sí un estrecho saliente que conducía hacia el escarpado edificio de piedra que corría por el lateral de la casa. Asomándose aún más, contempló la larga caída hasta el suelo, antes de volver la vista

a la cornisa.

Volviendo a su habitación, Shannon respiró hondo. Nunca se había subido a un árbol y, sin embargo, aquí estaba, contemplando la posibilidad de bajar por el lateral de su casa. Intentando pensar con lógica, sopesó sus opciones. Podía esperar en su habitación hasta que Desmond regresara para ver si había cambiado de opinión, o podía armarse de valor y retomar su libertad.

Dicho así, Shannon se dio cuenta de que no tenía muchas opciones.

Apresurándose hacia su armario, sacó un gran chal y ató dos de las puntas, creando un bolso de mano. Cogió a Charlie y lo metió con cuidado entre los pliegues. Con un maullido de protesta, se acurrucó en el material, sano y salvo. Recogiendo sus faldas, aseguró el material atando una bufanda alrededor de la tela amontonada.

Lista, pensó Shannon mientras volvía a la ventana. Se atrevió a echar un último vistazo al suelo. O al menos rezó para estar preparada. Exhalando bruscamente, balanceó la pierna sobre el alféizar.



Sirviéndose otro brandy, Desmond intentó sacudirse la culpa que le había ensombrecido toda la tarde y la noche. Desde que había encerrado a Shannon en su habitación, había sentido el impulso irrefrenable de ir a verla, de hablar con ella, de hacerla entrar en razón. Su matrimonio había ido tan bien. Seguía sin entender cómo habían pasado de consumir por fin su matrimonio a esta guerra sin cuartel.

—El conde de Crapstone desea verle, Alteza —anunció su mayordomo, Partons.

—Hágale pasar.

Con una reverencia, Partons abandonó la biblioteca y Patrick apareció unos instantes después.

—¿Qué te ha pasado esta tarde, Desmond? —preguntó Patrick mientras entraba en la habitación forrada de libros—. Te he estado esperando en White. Creía que íbamos a jugar a las cartas esta noche.

Desmond se golpeó la frente con el talón de la mano.

—Maldita sea —murmuró, incapaz de creer que hubiera olvidado la cita—. Lo siento, Patrick. Se me olvidó.

Sirviéndose una copa, Patrick se acercó a Desmond.

—¿Se te olvidó? —murmuró, con una sonrisa en los labios—. ¿Has estado tomando baños perfumados con rosas, quizás?

—No —respondió Desmond brevemente, con la tripa retorciéndose.

La sonrisa de Patrick se desvaneció.

—¿Qué te pasa, Desmond? Has perdido ese brillo satisfecho, casi engreído, que tienes

desde que te casaste con la honorable Shannon.

Una parte de Desmond quería confiar en su amigo, pero la otra parte, la más fuerte, quería mantener en secreto las dificultades de su matrimonio. Sacudió la cabeza.

—En realidad no es nada, sólo. . .

Un acosado Partons irrumpió en la biblioteca.

—Alteza —dijo, interrumpiendo de un modo completamente impropio de él—. Necesito un momento de su tiempo.

Desmond dejó su brandy.

—Discúlpame un momento, Patrick —murmuró mientras salía de la habitación al pasillo—. ¿Qué pasa, Partons?

—La duquesa se ha ido, Alteza.

Las palabras tardaron un momento en calar.

—¿Cómo es posible?

El pelo gris de Partons voló alrededor de su cabeza en desorden mientras negaba con la cabeza.

—No lo sé, Alteza. Había preparado una bandeja para la cena como usted me había pedido, y luego la llevé personalmente a la habitación de la duquesa. Cuando ella no respondió a mis repetidos golpes, desbloqueé la puerta e hice entrar la bandeja, pero la habitación estaba vacía.

—¿Está seguro de que nadie más desbloqueó la puerta? —preguntó Desmond—. Absolutamente —le aseguró Partons.

Una sensación de urgencia recorrió a Desmond mientras subía las escaleras de dos en dos. Sorteando la bandeja cargada de comida que había quedado en el suelo del pasillo, Desmond atravesó la puerta abierta que daba a la habitación de Shannon. Se detuvo en medio de la habitación vacía, preguntándose qué podía haberle ocurrido a su mujer.

De repente, una fresca brisa nocturna le envolvió.

—No —susurró, un pensamiento aterrador le golpeó. En dos rápidos pasos, alcanzó la ventana abierta. El alivio le recorrió cuando no vio nada raro fuera. Por un horrible momento, se había imaginado encontrar a Shannon tirada en un montón arrugado sobre la hierba.

Mirando más de cerca, observó la cornisa que corría por debajo de la ventana y que conducía hacia las piedras toscamente talladas que decoraban el lateral de la casa. Y allí, atrapado en una de las piedras, revoloteaba un trozo de tela azul desgarrado. . . el tono exacto del vestido de su esposa.



Una piedra repiqueteó en la ventana de Jocely, distrayéndola de su nota. Cuando miró hacia el cristal, otra piedra golpeó la ventana.

William.

La emoción se apoderó de ella y se apresuró a cruzar su habitación, abriendo la ventana de par en par y agachándose justo a tiempo cuando otra piedra más pasaba junto a ella.

—Estoy aquí —gritó, antes de asomarse de nuevo—. Eres tú, mi. . . ¡Shannon!

—Shhhh —susurró ella, mirando a su alrededor—. Ven fuera.

Jocely se extrañó de la furtividad de Shannon.

—¿Por qué quieres. . .?

Levantando la mano, Shannon se llevó un dedo a los labios, antes de volver a hacerle señas para que bajara.

—Por favor, Jocely, ven ya.

Siempre dispuesta a la aventura, Jocely asintió una vez, antes de meterse en su habitación. Deteniéndose sólo para recuperar su carta a William a medio terminar, abrió de golpe su puerta, asomándose para asegurarse de que no había nadie, y luego se apresuró por el pasillo hacia la escalera de servicio.

Llegó hasta Shannon unos minutos más tarde.

—¿Por qué querías que viniera aquí?

Había un brillo peculiar en los ojos de Shannon que Jocely nunca había visto antes.

—Estoy cansada de seguir los dictados de otros —empezó Shannon—, así que he conseguido un nuevo alojamiento aquí en la ciudad y me encantaría que vinieras a vivir conmigo.

Una multitud de preguntas se agolpaban en la lengua de Jocely, pero las contuvo al darse cuenta de que ninguna de ellas importaba realmente. La única cuestión de importancia era si deseaba vivir con su prepotente tío o con su nueva tía. Responder a esa pregunta fue fácil.

—¿Cuándo nos vamos?

Capítulo 18



La reputación de una dama es su tesoro.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

No puedo creer que hayas perdido a tu mujer —murmuró Patrick mientras salían de la casa de los Bedford.

—No la perdí —espetó él.

Colocando una mano consoladora en el hombro de Desmond, Patrick sacudió la cabeza lentamente.

—Lo siento, hablé sin pensar —se disculpó—. Ya que no está en casa de sus padres, ¿dónde deberíamos mirar ahora? —Patrick chasqueó los dedos—. ¿Crees que se ha escapado al campo?

Escapado. A Desmond se le apretó el estómago al oír esas palabras. Su esposa de menos de un mes había huido de él, llevándose a su sobrina con ella. Desmond se encogió al pensar en ellas vagando solas por las oscuras calles de Londres. Cuando encontrara a Shannon, le diría en términos inequívocos que no volviera a hacer nada tan peligroso, luego la llevaría a casa y la mantendría allí.

Y pensar que ella creía que podía arrendar un. . .

—Ya está —exclamó Desmond, volviéndose hacia Patrick—. Sé dónde están. Mi mujer alquiló hace poco otra casa adosada y pensaba residir allí. . . sin mí —admitió a regañadientes.

Los ojos de su amigo se abrieron de par en par.

—¿Cómo pasaste de recibir baños perfumados con rosas a que ella organizara hogares separados?

Señor, si tuviera la respuesta a esa pregunta, no estaría en este aprieto en primer lugar.

—Es complicado —respondió, descartando por completo la pregunta—. Ahora mismo, necesito centrarme en encontrar a Shannon y traerla a casa, donde pertenece. —Desmond le dio una palmada en el hombro a su amigo—. El único que sabe dónde se encuentra la casa adosada es su agente, Reginal Collins, así que vayamos a sus oficinas.

—Pero está a punto de amanecer —protestó Patrick mientras se ponía al paso de Desmond—. Nadie trabaja a estas horas.

—Entonces simplemente tendremos que recuperar la información sin su ayuda.



El sonido de cristales rompiéndose perforó el silencio.

—¡Acabas de romper la ventana! —siseó Patrick, girándose para asegurarse de que no había nadie más cerca.

—¿De qué otra forma se supone que voy a entrar? —Patrick le miró como si se hubiera vuelto loco.

Quitándose la chaqueta, Desmond se la enrolló alrededor del brazo mientras empezaba a apartar los fragmentos de cristal.

—No te preocupes, Patrick. Enviaré a un hombre por la mañana para que lo sustituya.

—Eso si no nos detienen los magistrados esta noche.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo. —Alcanzando el interior del cristal roto, Desmond desenganchó el pestillo y abrió la ventana de un empujón. Se agarró al borde del marco y se izó por la abertura—. ¿Vienes? —le preguntó a Patrick.

Sacudiendo la cabeza, Patrick siguió mirando a su alrededor en busca de curiosos.

—Esperaré aquí fuera, muchas gracias.

—Como quieras. —Sin perder otro momento precioso, Desmond se abrió paso por los despachos hasta llegar al escritorio de Collins. Rebuscando entre los ordenados montones de papeles, sólo tardó un momento en encontrar un expediente con el nombre de Shannon impreso pulcramente en la parte superior.

—Allá vamos —murmuró para sí, hojeando los documentos hasta encontrar la dirección que buscaba—. Hola, mi querida esposa.

Tiró la carpeta y salió de la habitación. Después de todo, tenía una esposa que recuperar.



—No es tan bonito como el adosado de Blackwell, pero al menos aquí no me tendrán prisionera —comentó Jocely mientras bajaba las escaleras.

Siguiendo a su sobrina, Shannon no pudo evitar fijarse en las capas de polvo que lo cubrían todo, las telarañas que se arremolinaban alrededor de los muebles y los alarmantes arañazos de los ratones cuando iban patinando por el suelo.

—No, no es tan bonito —dijo débilmente.

Jocely arrastró los dedos por la barandilla, dejando un camino en el polvo.

—Ojalá nos hubiéramos llevado algo de ropa.

—Ojalá hubiéramos cogido ropa de cama limpia —devolvió Shannon, estremeciéndose al

pensar en las sábanas sucias de las camas. Agarrando a Charlie contra su pecho, recorrió las habitaciones inferiores, deseando haber traído también utensilios de limpieza para poder hacer al menos una habitación habitable.

La nariz de Jocely se arrugó.

—¿Qué es ese olor tan desagradable?

Muchas posibilidades pasaron por su mente, cada una peor que la anterior.

—No creo que quiera averiguarlo —admitió Shannon.

Encogiéndose ligeramente de hombros, Jocely descorrió las cortinas, levantando penachos de polvo, y permitió que la luz del sol matutino se asomara a la habitación. En todo caso, la luz adicional sólo empeoró el aspecto del lugar.

Mientras una araña gorda se arrastraba por su tela, Shannon se recordó a sí misma que esto era lo que había querido. Al menos aquí, en esta casa mohosa y enmohecida, no tendría un amo y señor. Ella sería capaz de. . .

Interrumpiendo sus pensamientos, Shannon se dio cuenta de que ya no podía mentirse a sí misma. A Desmond le había soltado grandilocuentes ideas de ser su compañera, de necesitar que la respetara, pero lo que realmente había querido era que él le abriera su corazón. Y por eso se había marchado, por eso había tenido que marcharse.

Shannon no podía soportar ni siquiera la idea de mirar a Desmond, día tras día, con el corazón doliéndole de amor por él y sabiendo, que para él, ella no era más que una conveniencia.

Sin duda, cualquier cosa, incluso esta horrible casa, era mejor que aquel dolor interminable. Tomando un aliento fortificante, Shannon miró alrededor de la habitación con ojos frescos. Seguía teniendo el mismo mal aspecto, pero esta vez ella miró más allá de la suciedad para ver las posibilidades.

—A primera hora de esta mañana contrataremos a unos cuantos sirvientes y, en poco tiempo, tendrán este lugar reluciente. —El borde deshilachado del sofá rozó sus faldas—. Bueno, tal vez no reluciente, pero siempre podemos reemplazar las cosas según sea necesario. —Empezando por las sábanas.

Apartándose de la ventana, Jocely juntó las manos.

—¿Podemos tener una cena?

Una carcajada brotó de Shannon. Aquí estaba ella preocupándose por un hogar libre de roedores y su sobrina pensando en agasajar.

—¿No crees que deberíamos limpiar antes de invitar a huéspedes a nuestra nueva casa? Dudo mucho que alguien aprecie sentarse en una silla polvorienta que dejaría una marca de lo más embarazosa en su ropa.

—Qué aguafiestas eres —replicó Jocely con una risita.

Metiendo a Charlie bajo un brazo, Shannon empezó a repasar todas las cosas que había que hacer.

—Deberíamos contratar al menos tres criadas y necesitaremos un cocinero y no olvidemos.

. .

—Que estás casada y ya tienes un hogar.

Un grito ahogado se le escapó mientras giraba para mirar a Desmond que estaba de pie en la puerta abierta junto a su amigo, Patrick. Antes de que pudiera pensárselo dos veces, surgió la única pregunta que ardía en su interior.

—¿Cómo me has encontrado?

—Difícilmente estás en condiciones de hacer preguntas —le informó Desmond con frialdad, antes de dirigir su mirada hacia Jocely—. Sube al carruaje, Jocely. Lord Crapstone te escoltará.

Aunque una expresión de amotinamiento ensombreció su rostro, Jocely salió de la habitación dando pisotones.

—Cálmate —murmuró Patrick en voz baja a Desmond antes de seguir a la muchacha más joven.

—Parece que a mi amigo le preocupa que pierda el control de mi temperamento. —El tono suave de Desmond la alarmó mucho más de lo que podrían haberlo hecho sus gritos.

—Eso parece —convino ella, satisfecha de que su voz no reflejara sus nervios.

Shannon se estremeció cuando un vivo impropio arrancó de Desmond momentos antes de que éste se adelantara. Agarrándola por los hombros, se encontró con su mirada salvaje mientras él bajaba la boca hasta la suya, capturando sus labios en un beso feroz que no dejaba lugar a la cautela.

Incapaz de resistir la tentación, Shannon se derritió contra él, ofreciéndole su boca, su pasión, su amor. Desmond envió su lengua hacia el interior, reclamando su boca.

Bruscamente, rompió el beso y apoyó la mejilla en su pelo.

—Dios mío, Shannon —murmuró, con la voz espesa por la emoción—. Tenía tanto miedo de que pudiera pasarte algo.

Tirando de ella hacia atrás, volvió a reclamar su boca en otro beso corto pero intenso. Al cabo de unos instantes, se apartó para mirarla.

—Podrías haberte roto el cuello saliendo por la ventana —la regañó—. ¿Te das cuenta?

Pero ella no tuvo tiempo de responder antes de que él le diera otro rápido beso.

—Toda la noche he estado dividido entre la rabia y el miedo. No sabía si te besaría o te estrangularía cuando por fin te encontrara.

Aún inundada por los sentimientos que sus besos habían invocado, Shannon susurró:

—Gracias por decidir besarme.

Él la miró con el ceño fruncido.

—No me lo agradezcas todavía. Después de la noche que he pasado, aún podría hacer las dos cosas. —Soltándola de los hombros, Desmond dio un paso atrás—. Ahora pongamos fin a esta tontería.

Sus palabras enfriaron el calor que sus besos habían creado.

—¿Te he incomodado? —preguntó ella suavemente.

—¿Necesito siquiera responder a esa pregunta?

—No —contestó finalmente—. No, supongo que no.

Levantando la barbilla, aferró a Charlie contra sí y salió de la casa. Después de todo, podía encargarse de la limpieza de su nuevo hogar con la misma facilidad desde la comodidad de la morada de su marido.



Su maldito asiento de carruaje resultaba más incómodo a cada hora que pasaba, decidió Víctor mientras se desplazaba sobre el rígido cuero, pero sufriría cualquier incomodidad con tal de vengarse de su amada Margot. Mirando hacia arriba y al otro lado de la calle, maldijo en silencio a Blackwell por quedarse en casa hasta bien pasado el mediodía. Aun así, ¿qué era esperar unas horas más cuando ya había esperado tanto? Si al menos los asientos no fueran tan condenadamente duros.



Desmond se detuvo en la puerta abierta de la biblioteca. Desde que habían llegado a casa, Shannon había estado sentada en la misma silla, en la misma postura, leyendo tranquilamente. Un pasatiempo de lo más propio de una dama y completamente distinto de su esposa. Siempre que ella se quedaba callada era cuando él más se preocupaba.

—Shannon —la llamó, esperando hasta que ella giró tranquilamente la cabeza hacia él—. Voy a ausentarme unas horas.

Ella siguió mirándole en silencio.

—¿Me prometes que no saldrás de casa o tengo que encerrarte en una habitación sin ventanas hasta que regrese?

Aunque él lo hubiera creído imposible, la expresión de ella se volvió aún más distante.

—No pondré un pie fuera del recinto —dijo finalmente.

Maldita sea, la odiaba tan sometida. No se le escapó la ironía de la situación. Había anhelado que ella se comportara de forma tan remilgada y sedada y ahora que lo hacía, deseaba que volviera a ser la misma de siempre, discutidora e inteligente.

Creyéndose diez veces más tonto, salió de la casa para reunirse con su hombre de negocios.



Tras otra interminable hora, Víctor vio recompensada su paciencia cuando vio que traían al frente el semental negro de Blackwell. Enderezándose en su asiento, observó atentamente, con una amplia sonrisa, cómo Blackwell salía por la puerta principal, montaba en su caballo y se marchaba al galope.

Dejando a la encantadora Shannon completamente sola.

Sólo para estar seguro, Víctor esperó diez minutos más antes de dar la vuelta a su faetón. Silbando suavemente, subió los escalones y llamó a la puerta de Blackwell, audaz como el bronce.

Con Benson bien encaminado para seducir a la joven de Conelly, era hora de poner en marcha la siguiente parte de su plan.



—¿Su Alteza?

Empezando a sentirse culpable por la dirección de Partons, Shannon rezó para que él no la hubiera visto enviando a esas cuatro criadas y dos lacayos a limpiar su nueva casa adosada. Como leal mayordomo de Desmond, Partons sin duda informaría del incidente a su marido.

—¿Sí, Partons? —respondió ella, forzando una sonrisa cortés en su rostro—. ¿Me necesita para algo?

—En efecto, milady. —Levantando la pequeña bandeja que sostenía, Partons hizo un gesto hacia la tarjeta—. Víctor Sander, marqués de Remilton, ha venido a visitarnos.

Ella soltó el aliento que había estado conteniendo inconscientemente. Aunque no recordaba haber conocido al marqués, daría la bienvenida a cualquiera que ayudara a distraer a Partons.

—Por favor, hágale pasar al salón delantero —le indicó mientras recuperaba la tarjeta.

—Muy bien, Alteza. —Partons se inclinó ante ella antes de girar sobre sus talones y volver sobre sus pasos por el pasillo.

Sus hombros se hundieron hacia delante en señal de alivio. Lo último que necesitaba era que Desmond descubriera que tenía intención de volver a su nuevo hogar en cuanto estuviera limpio. No, un enfrentamiento al día con su marido era suficiente para ella.

Serenándose, Shannon se alisó las faldas antes de dirigirse al salón delantero. Cuando entró en la sala, un increíblemente apuesto caballero se dirigió hacia ella.

—Lord Remilton, supongo —dijo ella formalmente.

—Víctor Sander, marqués de Remilton, a su servicio, Alteza —respondió él, inclinándose ante ella—. Perdone mi atrevimiento al llamarla sin una presentación adecuada, pero tenía un

asunto muy urgente que tratar con usted.

Shannon levantó las cejas.

—Puesto que no nos conocemos, milord, ¿cómo es posible que necesite discutir algo, urgente o no, conmigo?

—Se trata de su marido.

—¿De mi marido? —preguntó ella.

Lord Remilton se apresuró a explicarse.

—Escuché al duque amenazando a su ex cuñado.

La curiosidad pudo con ella.

—¿Su ex cuñado?

Asintiendo, lord Remilton proporcionó el nombre.

—William Benson, el conde de Holbroke.

Shannon tardó un momento en recuperar la voz.

—¿Lord Holbroke es el hermano de Lady Margot Conelly?

—Así es.

¿Las fuertes emociones de Desmond hacia Holbroke significaban que aún sentía algo por Margot? Shannon apretó una mano contra su pecho.

—Sé que lord Blackwell discrepó con lord Holbroke recientemente —logró decir finalmente.

—¿Lo sabe? —Shannon oyó la sorpresa en la voz de lord Remilton—. Entonces mi visita aquí fue en vano. Me había sentido obligado a venir por la . . . manera apasionada en que su marido pronunció su amenaza.

Manera apasionada. Qué bien conocía Shannon la virulenta aversión de Desmond por lord Holbroke. De hecho, Desmond apenas podía pronunciar el nombre del hombre que era hermano de Margot.

Cerrando los ojos, recordó cómo Desmond le había hablado de su amor por la salvaje Margot, cómo luego había llegado a odiarla. Sin embargo, como todo el mundo sabía, las dos emociones yacían cerca en el corazón de uno, y era demasiado fácil odiar a alguien incluso cuando se le amaba.

¿Podría ser cierto que Desmond aún amara a Margot? Shannon se sintió mal de repente al pensarlo.

—Por favor, perdone mi intromisión —dijo lord Remilton desde detrás de ella.

Al oír la inquietud en su voz, hizo a un lado su insoportable dolor y se concentró en asuntos más importantes. No era tan tonta como para pensar que lord Remilton se había movido por la bondad de su corazón para informarla del altercado de Desmond con Holbroke.

No, ella era muy consciente de que él debía tener un motivo oculto. Precisamente por eso estaría perfectamente bien utilizarlo para ayudarla a salir de esta situación.

—Ninguna intromisión en absoluto, milord —dijo, inyectando a propósito un tono más cálido en su voz—. De hecho, me pregunto si podría pedirle un favor.

La sonrisa del hombre irradiaba calidez.

—Sólo tiene que pedirlo, Alteza.

—Gracias. —Dejando caer la mano a su lado, hizo un gesto a Lord Remilton—. Tengo un baúl bastante grande que me gustaría que transportaran por la ciudad y me preguntaba si podría encargarse de ello por mí.

Capítulo 19



El comportamiento extravagante en público es de lo más descortés.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

-Me has mentido.

La acusación de Desmond no la sorprendió lo más mínimo. De hecho, llevaba una hora esperando su llegada.

—No, milord, no lo hice. Si lo recuerda, prometí no poner un pie fuera de su casa y no lo he hecho. —Hizo un gesto hacia las piernas que en ese momento descansaban sobre el sofá—. Como puede ver claramente, mis pies no tocan el suelo ni siquiera ahora.

Una comisura de sus labios se torció hacia arriba y esa acción la sorprendió. Ella había esperado su enfado, no su diversión.

—Bienvenida de nuevo, mi inteligente Shannon. Me preguntaba cuándo volverías a salir de tu tranquilo y correcto caparazón. —Arrojando los guantes sobre una mesa cercana, se adentró en el salón, ahora limpio, de la casa que ella tenía alquilada—. Partons me contó cómo te las arreglaste para que dos lacayos te llevaran a un carruaje. Aunque me desconcertaba por qué harías algo así, ahora comprendo tu razonamiento. El pobre Partons se sentía muy culpable por no haber notado la ausencia de cinco miembros del personal hasta después de que tú y Jocely se marcharan.

Acalorada por la vergüenza, Shannon hurgó en los hilos que colgaban del sofá.

—Siento si angustié a Partons, pero no vi otra forma de cumplir mis objetivos.

—Siendo tu objetivo vivir sola en esta. . . —Desmond hizo una pausa para echar un vistazo al destartado interior—, . . . encantadora casa.

No había forma de explicarle su necesidad de estar separada de él sin hablarle de su amor.

—Sí.

Asintiendo lentamente, Desmond se balanceó sobre sus talones.

—¿Y qué hay de nuestro matrimonio?

—Seguiremos adelante con nuestro acuerdo. —Su voz se quebró.

—Es un matrimonio, Shannon, no un arreglo —espetó Desmond, con los ojos oscurecidos.

—Vamos, Desmond. Sabes tan bien como yo que nuestro matrimonio siempre ha sido más un acuerdo de negocios que otra cosa. Tú necesitabas a alguien que te ayudara con Jocely y yo

necesitaba apoyo financiero. —Se encogió de hombros—. Este cambio de alojamiento no afecta en absoluto a ese acuerdo.

Él digirió su argumento durante un momento.

—¿Y un heredero? Será difícil conseguir un hijo con tu plan.

Los recuerdos de su única y gloriosa noche de pasión la invadieron, pero Shannon los apartó.

—Tal vez ya esté encinta —murmuró, incapaz de encontrarse con la mirada de Desmond.

—¿Y si no?

—Si no, discutiremos el asunto más adelante. —Balanceando los pies en el suelo, Shannon se levantó para mirar a su marido—. Me has dicho en más de una ocasión que me encuentras discutidora y testaruda, así que no entiendo por qué no estarías de acuerdo con mi idea de residencias separadas.

—Porque. . . simplemente no se hace —terminó él finalmente.

Su respuesta la confundió.

—Claro que se hace, Desmond. La mayoría de las damas que conozco viven separadas de sus maridos, viéndolos sólo en cenas u otros asuntos.

—Ah, ¿pero cuántas de ellas residen en una casa completamente distinta cuando están en la ciudad?

Ella no sabía de ninguna, así que permaneció en silencio.

—Precisamente a eso me refiero —pronunció él, la satisfacción iluminando sus palabras—. ¿Así que ahora dejarás esta ridiculez y volverás a nuestro hogar?

—No, Desmond, no lo haré. —No puedo, pensó ella, viendo cómo su expresión se tensaba de ira—. Y si me obligas a volver, simplemente esperaré una oportunidad para regresar aquí.

Vibrando de emociones contenidas, Desmond se pasó ambas manos por el pelo.

—Maldita sea, Shannon —vociferó, dejando caer los brazos a los costados—. ¿Qué ha sido de la dama correcta con la que creí que me casaba, la que creía en seguir las reglas de la sociedad educada? —Inclinándose más cerca, capturó su mirada, permitiéndole ver la furia que llevaba dentro—. ¿Qué le pasó?

—Creció.

Un suspiro frustrado le arrancó mientras Desmond daba un paso atrás, levantando ambas manos.

—No quiero seguir lidiando con esto —dijo bruscamente—. Tienes razón, Shannon; estoy cansado de todas tus tonterías. Aceptas los términos de nuestro matrimonio y de repente quieres cambiarlos. Vienes a mí y hacemos el amor, luego a la mañana siguiente ya no deseas estar casada. ¿Cómo, en nombre de Dios, voy a vivir con eso? —Girando sobre sus talones, salió de la habitación, lanzando un último comentario por encima del hombro—. Avísame cuando por fin recuerdes cómo comportarte como una esposa apropiada.

Volviéndose a hundir en el sofá, Shannon se preguntó si le estaría sangrando la lengua de tanto mordérsela. Sostenerla entre los dientes había sido la única forma en que se había abstenido

de interrumpir a Desmond. Cuando él había dicho que no entendía cómo ella podía estar de acuerdo con sus condiciones de matrimonio un día, y luego querer que las cambiaran al día siguiente, a ella le había dolido decirle que todo había cambiado cuando se había enamorado de él.

Sus manos temblaban mientras las alisaba a lo largo de sus faldas. Al menos podía consolarse con el hecho de que él no la había arrastrado de vuelta al adosado de Blackwell. Con esa lucha superada, sólo tenía ante sí un problema verdaderamente difícil.

Ahora tenía que idear una forma de desenamorarse de su marido.



—Mi querida Jocely —murmuró William mientras se arrodillaba a sus pies—. No deberías haberte escapado de tu tío. Me apenaría tanto pensar que te he causado problemas.

Su preocupación le derriñó el corazón. Su amado era tan galante.

—Mi tío no sabrá nada, porque ya no vivo con él.

La cabeza de William se sacudió hacia arriba.

—¿Qué?

—Me he ido a vivir con Shannon a su nueva casa —explicó Jocely. Levantándose, William la miró incrédulo—. ¿Me estás diciendo que la nueva esposa de Blackwell ya le ha abandonado?

La franqueza de su pregunta era tan poco habitual en William que sorprendió a Jocely.

—Bueno... —empezó ella, reacia a cotillear sobre su familia—, ... sí.

Su carcajada la hizo fruncir el ceño.

—De verdad, William —dijo ella bruscamente—. Tu diversión es completamente inapropiada e inapreciada.

—¿Por qué te enfadas? Sé que no hay amor perdido entre tu tío y tú.

—Tal vez no —reconoció ella—, pero es de la familia.

—Eso no le importa a Blackwell —carraspeó William, alargando la mano para agarrarla por los hombros—. No le importa nada más que él mismo.

La dureza que oscurecía su mirada alarmó a Jocely. Era como si su dulce y romántico William se hubiera convertido de repente en un extraño.

—William —protestó ella, con voz delgada y carrasposa—. Me estás asustando.

Inmediatamente, la máscara aterradora se desvaneció y su William regresó. Donde sus dedos se habían clavado en sus hombros, ahora acariciaba su piel.

—Lo siento, mi amor —canturreó suavemente—. Sólo me perturba pensar que Blackwell pueda estar aprovechándose de ti.

Su inquietud comenzó a desvanecerse.

—No necesitas preocuparte por eso —le aseguró ella—. Soy perfectamente capaz de tratar con mi tío.

—Claro que lo eres —murmuró él mientras la estrechaba en su abrazo—. Sólo me preocupo por ti porque te quiero mucho y no puedo esperar a que llegue el día en que podamos estar juntos como uno solo.

Rodeándole el cuello con los brazos, se fundió con él.

—Oh, William —suspiró, incapaz de creer que aquel caballero tan elegante se hubiera enamorado de ella a primera vista.

Él le recorrió la mejilla con el dorso de los dedos.

—Mi hermosa Jocely —murmuró, antes de inclinarse para reclamar sus labios.



Las cartas se volvieron borrosas. Parpadeando, Desmond intentó enfocarlas, cerrando primero un ojo, luego el siguiente, pero seguían siendo manchas borrosas de color.

—¿Se encuentra bien, Alteza?

Desmond levantó la cabeza para fulminar con la mirada a lord Croft al otro lado de la mesa, pero cuando vio a dos Croft sentados allí no supo adónde mirar.

—¿Quiere dejar de moverse? —le gruñó al hombre. Alcanzando su copa de brandy giratoria, Desmond consiguió dar un sorbo sin derramar demasiado del líquido ambarino sobre su chaqueta.

—Nunca ha valido gran cosa cuando estás borracho —se mofó Holbroke desde algún lugar detrás de Desmond.

La ira que le invadía traspasó la encantadora bruma alcohólica que había obtenido durante la mayor parte de la velada. Arrojando sus cartas, Desmond se levantó inestablemente para enfrentarse a Holbroke.

—Tal vez, pero usted nunca vale mucho ni borracho ni sobrio —replicó, satisfecho de que su voz no se hubiera arrastrado y arruinado el efecto.

Holbroke empujó el pecho de Desmond, haciéndole trastabillar hacia atrás.

—Cabrón —gruñó, avanzando hacia Desmond—. Es hora de que recibas tu merecido y yo.

..

—Un momento, Holbroke —exclamó Croft, agarrando el brazo de Holbroke—. Blackwell apenas es capaz de mantenerse en pie, así que no es nada deportivo por su parte aprovecharse de su señoría.

—Es usted muy bueno para hablar —replicó Holbroke—. No vi que tuvieras muchos problemas para desplumar a Blackwell en las mesas de juego.

Croft se puso rígido, pero no soltó el brazo de Holbroke.

—Un juego de caballeros es un asunto completamente distinto a los puñetazos —replicó fríamente.

—Déjalo, Croft. Esto no es asunto tuyo.

—Desde luego que lo es. Como caballero, no puedo permitir que ocurra esta parodia —le devolvió Croft.

—Está bien, Croft —dijo Desmond mientras soltaba su firmeza sobre la mesa—. Puedo librar mis propias batallas.

—Pero, Alteza. . .

Levantando la mano, Desmond deseó que la habitación detuviera su vertiginoso giro.

—Yo puedo. . .

—Claro que puedes —interrumpió Patrick, uniéndose a su trío—. Pero no esta noche, Desmond. Vete a casa, Holbroke —ordenó Patrick en tono gélido—. Estoy bastante seguro de que tendrá noticias de Blackwell sobre este asunto.

Holbroke olfateó con disgusto a Desmond.

—¿Cuando el borracho se ponga sobrio?

Apartándose del brazo de apoyo de Patrick, Desmond se obligó a levantarse sin ayuda.

—Eres un imbécil, Holbroke.

El puño de Holbroke arremetió contra él, alcanzándole en la mandíbula, y fue un milagro que se mantuviera erguido. Patrick se precipitó en su defensa, pero Desmond lo contuvo. Acariciándose ligeramente la mandíbula, Desmond miró a Holbroke por debajo de la nariz.

—¿Eso es todo lo que tienes, Holbroke? —Desmond dejó escapar una risa burlona—. Diablos, hasta tu hermana pega mejor que eso.

Girando sobre sus talones, Desmond oyó el rugido enfurecido de Holbroke detrás de él. Sabiendo que se había anotado un buen tanto, Desmond abandonó el club por su propio pie. . . mientras aún podía.



—¿Dónde has estado, Jocely?

La joven se sobresaltó ante la pregunta de Shannon.

—Yo . . . Yo. . . tenía hambre —explicó apresuradamente—. Así que bajé a las cocinas a por algo de comida.

Shannon no creyó a su sobrina ni por un momento.

—¿Y esto te llevó dos horas?

—Bueno. . . sí —dijo Jocely con firmeza. La mirada de desafío de su sobrina sólo se vio arruinada por el rubor culpable que manchaba sus mejillas—. No es que sea asunto tuyo.

Shannon se levantó de la silla para plantarse ante la muchacha.

—Desde luego que lo es, Jocely, pues en ausencia de tu tío, yo soy tu tutora. —Su sonrisa se desvaneció mientras se ponía seria—. Ahora, por favor, responde a mi pregunta.

Jocely se quedó con la boca abierta.

—¡Eres tan poco razonable como él!

—Difícilmente considero irrazonable exigir una explicación por su ausencia. Como mujer joven y soltera, deberías saber que no debes irte en mitad de la noche sin escolta.

Una expresión socarrona se deslizó por el rostro de su sobrina.

—Pero si llevé escolta esta. . .

—No, no lo hiciste —interrumpió Shannon, sintiendo que el control sobre su ira empezaba a resbalar—. He hablado con todos los criados y nadie te escoltó.

Abandonando esa táctica, Jocely pasó a la siguiente.

—Muy bien entonces, nadie me acompañó —admitió desafiante—. Pero no veo por qué eso te importa. Después de todo, ¿no fuiste tú quien dijo que necesitábamos forjar nuestros propios caminos, hacer nuestras propias reglas de comportamiento aceptable?

—Dentro de lo razonable —rebatía Shannon, no dispuesta a dejarse encorsetar por sus propias ideas—. También te dije que la integridad personal y la dignidad eran reglas inquebrantables de comportamiento. Desaparecer de la casa sin una explicación, dejándome preocupada por tu seguridad, no muestra ninguna de esas cualidades.

Cuando Jocely sacó la barbilla, parecía más una niña de doce años que una joven de dieciséis.

—Estoy demasiado cansada en este momento para discutir contigo, Shannon. Por favor, sal de mi habitación.

Intentando mantener la calma, Shannon se apretó la sien con dos dedos.

—Por favor, Jocely. Por favor, dime dónde estabas.

La barbilla de Jocely se levantó aún más.

—No.

Cualquier esperanza de controlar su enfado con su testaruda sobrina desapareció.

—Muy bien entonces, no me dejas otra opción que confinarte en tu habitación hasta que estés lista para explicar tus acciones.

La boca de Jocely se abrió de golpe.

—N. . . no puede hablar en serio —tartamudeó.

—Oh, pero lo hago —replicó Shannon.

Arrojando su chal, Jocely frunció el ceño hacia Shannon.

—Eres igual que mi tío. Completamente irrazonable y dominante.

No se podía razonar con la muchacha, se dio cuenta Shannon, con repentina comprensión por los problemas a los que Desmond se había enfrentado al intentar controlar a su sobrina.

Quizá tuviera razones válidas para ser tan inflexible y controlador, después de todo.

—No sé por qué le dejaste —continuó Jocely, alzando la voz—. Ahora me resulta obvio que sólo pretendías ser mi amiga cuando todo el tiempo estuviste de su lado.

Cerrando la puerta de Jocely tras de sí, Shannon se hundió contra la pared más cercana. Nunca antes se había dado cuenta de todo lo que sentía Desmond. Y ahora que lo hacía, Shannon sólo podía esperar una cosa.

Que el Señor le diera fuerzas.



—¿Ya estás sobrio?

Gimiendo ante la voz que retumbaba en su cabeza, Desmond levantó los párpados para mirar a Patrick.

—Desgraciadamente sí.

Sacudiendo la cabeza, Patrick se hundió en una silla frente a Desmond.

—¿Qué te está pasando? —preguntó seriamente—. La primera semana de casados fuiste el más feliz que te he visto en muchos, muchos años, pero ahora, bueno, ahora estás empezando a actuar como cuando estabas casado con Margot.

—¿Qué? —gritó Desmond, arrepintiéndose inmediatamente de su arrebató. Haciendo palanca hasta quedar sentado, se obligó a ignorar el martilleo de su cabeza y trató de concentrarse en la conversación—. Shannon no se parece en nada a Margot.

—Si ésa es la verdad, ¿por qué te encuentra en este estado?

Desmond se miró a sí mismo, observando su chaqueta rasgada, los zapatos rozados y los calzones manchados.

—Estaba enfadado esta tarde —dijo a la defensiva.

—Con Shannon, apuesto.

Aunque ésa era la verdad, Desmond no estaba dispuesto a admitirlo, ni siquiera ante su amigo. En su lugar, optó por permanecer en silencio.

Inclinándose hacia delante, Patrick le miró con seriedad.

—Eres un buen amigo, Desmond, y odio verte desgarrado de nuevo. Después de tu boda con Margot, te vi hacer el ridículo borracho una y otra vez, peleándote en público, avergonzándote a ti mismo. Luego, cuando se te pasaron las ganas de emborracharte, simplemente te retiraste, negándote a disfrutar de la vida en absoluto.

Instintivamente, Desmond rehuyó los recuerdos de aquellos días oscuros.

—Y justo cuando pensaba que no podías empeorar, heredaste el título y te volviste aún más rígido. —Patrick se estremeció ligeramente—. Fue como si te hubieras convertido en tu

hermano, Michael. El Michael sin sentido del humor y santurrón. —Sacudió la cabeza con fiereza—. Pero que me aspen si me siento a observar impotente cómo vuelve a suceder. Así es exactamente como empezó con Margot.

Desmond sacudió la cabeza con fiereza, ignorando el dolor que le atravesaba.

—Shannon no se parece en nada a Margot —repitió—. Aunque Shannon pueda enfurecerme, molestarme, volverme loco, nunca me sería infiel. —Estaba tan seguro de ello como de que el sol saldría por la mañana—. Margot era una mujer infiel y despiadada que se deleitaba atormentándome, pero Shannon no es así en absoluto. Es exasperante y testaruda, pero también es leal, inteligente y amable.

La confusión juntó las cejas de Patrick.

—Entonces, ¿por qué estás aquí sentado con un dolor de cabeza abrasador en vez de con ella?

—Porque ella no me quiere —ronroneó mientras el dolor lo atravesaba—. Por el amor de Dios, hombre, supéralo.

Desmond parpadeó dos veces ante el desprecio de Patrick.

—¿Cómo dices?

—Deja de ahogar tus penas en brandy y convence a tu mujer de que, en efecto, te quiere cerca. —Poniéndose en pie, Patrick paseó por la habitación—. Hace siete años, eras un hombre diferente, Desmond. Eras salvaje, divertido y encantador. Demonios, la mayoría de las damas te adoraban, aunque te consideraban un poco perverso. Ese es el hombre que se convirtió en mi mejor amigo. —Deteniéndose, Patrick señaló a Desmond—. Ya casi no te reconocco.

Una chispa de fastidio estalló en el interior de Desmond mientras se sentaba aún más erguido, bajándose las mangas de la chaqueta.

—Tienes una extraña manera de demostrar tu amistad —comentó secamente.

—Sólo lo digo porque soy tu amigo, Desmond, y, en todo caso, soy culpable de haber guardado silencio demasiado tiempo. Necesitas dejar atrás tu pasado si quieres encontrar la verdadera felicidad. —Patrick apoyó las manos en el respaldo de su silla—. Aquella primera semana de tu matrimonio con Shannon vi destellos del hombre que una vez fuiste y me alegré mucho. Ahora estás sentado aquí diciéndome que ella no te quiere. ¿Y qué? —Se inclinó hacia delante hasta que sus codos se apoyaron en la silla—. Convéncela de que sí te quiere. Sedúcela. Encántala. Diablos, Desmond, hace siete años podrías haber hecho eso sin pestañear.

Hace siete años. Desmond apoyó la cabeza en las manos. Parecía que había pasado toda una vida, antes de Margot, antes de la carga de su título. Lo que daría por volver atrás en el tiempo, por ser la persona que era cuando había provocado a la educada y correcta Shannon Bedford en un arrebato muy impropio.

Levantando la cabeza, Desmond se preguntó si podría volver a ser ese hombre.



Escribiendo el menú del día, Shannon se detuvo al oír el alboroto en el pasillo. Dejando su pluma, fue a investigar, sólo para detenerse en seco al ver a su marido.

—Llevad ese baúl arriba y colocadlo en cualquiera de los dormitorios vacíos —dirigió a dos lacayos, ordenándoles con soltura desde el centro de su vestíbulo.

—¿Desmond? —Se apresuró hacia él—. ¿Qué está pasando aquí?

Él se volvió hacia ella.

—Buenos días, milady esposa —saludó alegremente.

Haciendo un gesto hacia el segundo baúl que subían por las escaleras, ella volvió a preguntar:

—¿Qué estás haciendo?

Levantando una ceja, él le mostró una sonrisa perversamente atractiva.

—Vaya, mi querida Shannon, me estoy mudando.

Capítulo 20



Aunque un libertino pueda apelar a sus sentidos, debe evitarlo a toda costa, pues con toda seguridad arruinará su reputación.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

-¿Tú qué?

—Ya me has oído, Shannon —dijo él, inclinándose para darle un rápido beso en la boca—. He decidido que tenías razón y yo también huyo.

—¿Huir de qué? —preguntó ella, totalmente confundida por el comportamiento de Desmond.

Riendo suavemente, él le tiró de la barbilla.

—De mis responsabilidades, por supuesto.

—No puedes hacer eso —protestó ella, dando un paso atrás.

—¿Por qué no? —preguntó él, ampliando su sonrisa—. Tú lo hiciste.

—Desde luego que no —espetó ella.

—Discúlpame, pero me dejaste a cargo de todo, desde mis inversiones empresariales hasta la dirección de la casa y no tengo ganas de ocuparme de ello.

Ni siquiera se molestó en argumentar el punto.

—Si has decidido huir de esas responsabilidades, ¿quién se ocupará de todo en tu ausencia?

—No lo sé —comentó alegremente—. Y para ser sincero, en este momento no me importa. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Eso es lo bonito de huir, Shanna; te libera de todos esos detalles molestos. —Nerviosa, se llevó una mano al pecho y reunió la compostura—. ¿Qué hay de Jocely? ¿Te has liberado de toda responsabilidad hacia ella?

—No, tú lo hiciste por mí.

Abrió la boca para discutir el punto, luego la volvió a cerrar. Él tenía razón, maldita sea. Cuando había sacado a Jocely de la casa de Blackwell, había asumido la responsabilidad de guiar a la joven. Al recordar su desacuerdo de la noche anterior, Shannon deseó haber meditado un poco más esa decisión.

Apoyando las manos en las caderas, Shannon dirigió una mirada severa a Desmond.

—Incluso si vas en serio con esta tontería de la huida, no puedes quedarte aquí.

—Oh, lo digo muy en serio —le aseguró mientras se quitaba los guantes—. Y voy a quedarme aquí, te guste o no. —Se golpeó los guantes contra el muslo—. Por cierto, si decides hacer alguna tontería como volver a la mansión campestre de Blackwell, simplemente te seguiré, Shanna. Recientemente he descubierto que tengo una movilidad asombrosa.

El pánico ante la idea de que Desmond viviera con ella envió un dedo helado por su espina dorsal.

—¿Por qué haces esto?

—Porque, mi querida esposa —murmuró él, inclinando su barbilla hacia arriba con la punta de los dedos—, planeo seducirte.



—Entonces, señoras, ¿a dónde iremos esta noche? —preguntó Desmond alegremente al entrar en el comedor. Abriendo mucho los brazos, sonrió a su mujer y a su sobrina—. Estoy completamente a su disposición.

—Disponer de ti se asemeja a mis pesadillas —dijo Jocely en voz baja.

—Mi dulce Jocely —murmuró Desmond mientras se movía detrás de la silla donde estaba sentada su sobrina e, inclinándose, le estampó un beso en la mejilla—. Cómo echaba de menos tus tonos dulces.

Sonrió al ver que sus mejillas enrojecían. Levantando la mirada hacia su esposa, Desmond luchó por mantener una sonrisa fácil en su rostro.

—¿Y qué hay de ti, Shanna? —preguntó, añadiendo su apodo sólo para verla enrojecer también. La primera vez que la había llamado Shanna hoy, había visto un acalorado destello de recuerdo en sus ojos. Un calor se enroscó en su interior al saber que cada vez que él la llamaba Shanna, ella estaba recordando la primera vez que él la llamó por ese nombre, durante la noche que hicieron el amor—. ¿Cuáles eran tus planes para esta noche?

—Pensaba quedarme en casa esta noche. —Shannon se detuvo un momento, antes de mirarle fijamente con una extraña intensidad—. Pensé que era mejor permanecer cerca de Jocely después del incidente de anoche.

—Traidora.

—¿Incidente? —preguntó Desmond, ignorando el comentario de Jocely mientras se preguntaba en qué demonios se había metido ahora su sobrina—. ¿Qué inci. . .? —Se interrumpió al captó el brillo de satisfacción en los ojos de su esposa. Vaya, su inteligente Shanna estaba intentando ponerle la zancadilla, se dio cuenta Desmond. Ella sólo estaba esperando a que él volviera a las andadas. Aunque ardía en deseos de saber cuál era «el incidente», no estaba dispuesto a darle la razón. Le estaba resultando muy difícil no reaccionar a su manera habitual.

Encogiéndose de hombros, Desmond cruzó despreocupadamente la habitación, apoyando el codo en la repisa de la chimenea.

—Confío plenamente en que has manejado la situación a la perfección, Shanna.

La mirada de disgusto de ella hizo que sus esfuerzos merecieran la pena.

—Entonces, ¿a alguien le apetece jugar a las cartas?

Exhalando el aliento con exasperación, Jocely se levantó de la silla.

—Me voy a mi habitación —pronunció, deteniéndose sólo para fulminar con la mirada a Desmond, dejando pocas dudas de que se retiraba para estar lejos de él. Salió de la habitación dando un portazo tras de sí.

La dramática salida de su sobrina le sentó de maravilla. Uniéndose a Shannon en el sofá, Desmond le pasó el brazo por detrás.

—¿Qué estás leyendo?

—Un libro de sonetos.

El tono gélido de ella le hizo sonreír. En efecto, estaba llegando a ella.

—No hace falta que seas tan insolente. Simplemente intentaba mantener una conversación agradable —replicó.

—Es difícil leer y conversar al mismo tiempo. —Levantando su libro, casi enterró la cara entre las páginas.

Quedándose en silencio, Desmond se limitó a observarla, disfrutando de la forma en que ella se retorció en su asiento de vez en cuando, como si fuera demasiado consciente de su atención. Al cabo de unos minutos, desvió la mirada hacia su pelo, jugueteando con los tirabuzones amontonados sobre su cabeza, recordando con claridad cada vez mayor cómo había lucido colgando libre y salvaje alrededor de su pecho desnudo.

—¡Déjame en paz! —exclamó ella, poniéndose en pie de un salto—. No sé a qué juego estás jugando ahora, Desmond, pero no va a funcionar. No importa lo molesto que seas, no volveré a tu casa a ser tu conveniente mujercita nunca más.

Shannon le lanzó su libro, dándole de lleno en el pecho. Levantando la cabeza, salió de la habitación dando un portazo tras de sí.

Vaya, vaya, pensó Desmond, sonriendo para sí mientras apoyaba los pies en la mesa baja. Había olvidado lo divertida que podía ser la vida con Shannon.

Sin embargo, a pesar de sus mejores intenciones, le resultaba difícil ignorar la persistente preocupación en el fondo de su mente por lo que había sucedido con Jocely.



En cuanto llegó a su habitación, Shannon se tumbó en la cama, intentando calmar sus nervios. Se había prometido a sí misma que él no la alteraría, pero cuando había empezado a entrelazar sus

dedos en su pelo, había sido incapaz de soportarlo.

Cada vez que él la tocaba tan suavemente, ella quería darse la vuelta, apretarse entre sus brazos y besarle hasta que él le hiciera creer que se había enamorado de ella.

—Tonta de mí —murmuró. Él le había dicho sin ambages que su corazón no estaba disponible para ella, así que tendría que ser una completa idiota para esperar que hubiera cambiado de opinión.

No, este nuevo Desmond, encantador, desenfadado, despreocupado, era simplemente otra vuelta de tuerca en su viejo juego. Antes, prácticamente la había chantajeado para que fuera su «esposa perfecta», y ahora intentaba engatusarla para doblegarla a su voluntad. Había dicho que planeaba seducirme, pensó ella, incapaz de evitar que un escalofrío de placer imaginario la recorriera. Sin duda, se había dado cuenta de que era susceptible a sus caricias y planeaba utilizar su debilidad para vencer sus protestas. Entonces, tan rápido como él quisiera, la tendría de nuevo en su cama, arreglando su casa, y encajada de nuevo en su vida.

Donde su amor no correspondido por él la destruiría lentamente.

Si quería salvaguardar su corazón de más dolor, necesitaba sacarlo de su casa lo antes posible. ¿Pero cómo? Esta noche, cuando ella le había preguntado por Jocely, él había revelado una grieta en su nueva actitud antes de darse cuenta. Tal vez si ella le ponía a prueba, le empujaba hasta sus límites de autocontrol, él estallaría, perdería los estribos y finalmente admitiría su derrota.

Sintiéndose más tranquila por primera vez desde que lo había visto de pie en su vestíbulo, Shannon tramó la forma más rápida de hacer que Desmond saliera furioso de su refugio.



—Lord Remilton, me alegro mucho de que haya llamado —dijo Shannon al entrar en el salón—. Ahora puedo agradecerle debidamente su ayuda la otra mañana.

—No hace falta que me lo agradezca —le aseguró Lord Remilton mientras se inclinaba y le estampaba un beso en el dorso de la mano—. El placer fue todo mío.

Ella sonrió ante su cortés respuesta, pues nadie consideraría un placer cargar con baúles.

—¿Pido un poco de té?

—Yo. . .

—No se quedará —terminó Desmond para Lord Remilton cuando se unió a ellos.

Aparentemente el buen humor de su marido solo duró una noche.

—Desde luego que se quedará. ¿Puedo recordarle que ésta es mi casa?

La sonrisa de Lord Remilton no llegó a sus ojos.

—La señora tiene toda la razón —murmuró—. Milady puede entretener a quien quiera. —Su expresión se tornó burlona—. Entonces, ¿qué hace aquí, Blackwell?

—Creo que olvida una cosa muy importante —contraatacó Desmond mientras pasaba el brazo por los hombros de Shannon y la atraía contra su costado—. Puede que ésta sea su casa, pero ella es mi esposa.

Mirando a Desmond con los ojos muy abiertos, Shannon mantuvo la voz baja para que sólo él pudiera oírla.

—Estás actuando de forma muy posesiva, Desmond. ¿Qué pasó con tu nueva resolución de ser despreocupado?

La frustración brilló brevemente en sus ojos, antes de enmascararla.

—Mi inteligente Shannon —murmuró—. Perdona nuestra descortesía —dijo, volviéndose hacia Lord Remilton—. Aún estamos recién casados.

—Muy bien —replicó Lord Remilton en tono jovial—. Debería disfrutar de su atención mientras pueda porque, como bien sabe, no dura mucho.

—Lord Remilton —jadeó Shannon.

—No te alteres, Shannon —replicó Desmond con una voz alegre que no concordaba con el duro brillo de sus ojos—. Remilton, aquí presente, está diciendo nada menos que la verdad porque fue uno de los muchos que disfrutaron de los favores de Margot.

—Bastardo —siseó Lord Remilton, con las manos retorciéndose en apretados nudos.

—Cómo se atreve a hablar así de Margot.

—No me atrevo a nada —se burló Desmond—. Al igual que usted, sólo digo la verdad.

Shannon no sabía cómo manejar la situación. Mirando a Lord Remilton, se sobresaltó al ver el odio feroz que retorció sus rasgos angelicales.

—Por suerte para mí, elegí mucho mejor mi segunda vez, ya que Shannon es una esposa leal —pronunció Desmond, su brazo apretándose alrededor de ella.

Y así, le entregó su arma de venganza. Si pasaba tiempo con lord Remilton, despertando la furia de Desmond, podría alejarlo fácilmente.

Inmediatamente rechazó esa vil idea. Por mucho que deseara proteger su propio corazón, no destruiría a Desmond en el proceso.

Tomando el asunto en sus manos, Shannon puso una mano sobre el pecho de su marido.

—Dadas las circunstancias, milord, estoy segura de que comprenderá si le pido que se marche. Aunque seguiré agradeciéndole sinceramente su ayuda, me temo que esta revelación cambia mi invitación anterior.

Lord Remilton se puso rígido y, tras fulminar con la mirada a Desmond, hizo una suave reverencia.

—Muy bien, Alteza —murmuró, sustituyendo su expresión furiosa por una de tranquila comprensión—. Le pido disculpas por esta incómoda situación y le deseo un buen día.

Exhalando un suspiro de alivio cuando Lord Remilton abandonó la habitación, Shannon se hundió contra su marido.

Colocándole un dedo bajo la barbilla, Desmond le inclinó la cara para mirarla.

—Gracias, Shanna —murmuró suavemente, las palabras como una caricia contra su alma magullada.

—De nada.

Le acarició la parte inferior de la mandíbula con el pulgar.

—Sabía que podía contar con tu lealtad.

Como la buena, correcta y obediente esposa que él quería que fuera. Dios, le sorprendió que no le diera una palmadita en la cabeza como a un perro fiel. Desear que las cosas fueran diferentes entre ellos era un pasatiempo inútil, Shannon lo sabía, pero había momentos como éste en los que era imposible no esperar, anhelar, que Desmond superara su pasado y se permitiera enamorarse de nuevo. Pero, ella sabía que su sueño era inútil. . . sobre todo cuando le recordaban las lecciones aprendidas a cada paso. ¿Cuántas veces debía ver a un caballero que una vez fue amante de Margot? Se estremeció al pensarlo.

Aunque nunca utilizaría a lord Remilton para alejar a Desmond, el hecho era que aún necesitaba disgustarle hasta el punto de que la dejara en paz.

Su aliento se atascó en su garganta cuando Desmond empezó a bajar lentamente la cabeza, su mirada fija en sus labios con sensual promesa, haciéndola anhelar simplemente perderse en su abrazo, aceptar lo que él le ofrecía sin exigir más. Maldiciendo a su corazón por exigir más, Shannon se zafó de los brazos de Desmond, retrocediendo a trompicones, poniendo espacio entre ellos.

—Esto no cambia nada entre nosotros, Desmond —dijo con firmeza, esperando que él no notara el temblor en su voz.

—Ah, pero lo hace, mi dulce Shanna.

—¿Quieres dejar de llamarme así? —estalló ella, apartando la imagen erótica que invocaba—. Me llamo Shannon.

—Ya no. —Su sonrisa tenía una inclinación decididamente sensual—. Shannon era la dama remilgada y correcta que escribió ese libro sobre etiqueta y ya no existe. —Acercándose más a ella, le rozó el brazo con un dedo—. Shanna, en cambio, permite que su naturaleza testaruda y su corazón ferozmente leal dicten sus acciones.

Ella se obligó a permanecer inmóvil bajo su suave tacto, no dispuesta a dejarle ver lo profundamente que la afectaba con un solo roce de su mano.

—Pero tú querías casarte con Shannon y establecerte en una vida cómoda —señaló.

—Sí, quería —convino él, paseándose a su alrededor, rodeándola como un tigre jugueteando con su presa—. Sin embargo, tengo que admitir que Shanna me excita terriblemente.

El calor se derramó a través de ella ante sus palabras, haciendo que fuera una lucha aferrarse a su determinación.

—Dijiste que habías tenido suficiente excitación con Margot para toda la vida.

—Eso sigue siendo cierto —dijo él, inclinándose hacia delante para darle un beso en la nuca—. Pero olvidas una diferencia muy importante.

—¿Y cuál sería? —preguntó ella un poco frenética.

—Acabas de demostrarme tu lealtad inquebrantable. —Deslizándose las manos por su caja torácica, inclinó la cabeza para mordisquearle el lóbulo de la oreja—. Sea como sea que se desarrolle este juego entre nosotros, sé con certeza que tú y yo seremos los únicos jugadores implicados —le susurró al oído, antes de besarle la base del cuello.

Finalmente, Desmond se deslizó para quedar frente a ella.

—Sólo tú, mi querida Shanna, y yo —murmuró un instante antes de reclamar sus labios en un beso que le derretió las piernas y le paró el corazón.

Cuando hubo destruido toda su determinación, momentos antes de que ella lo rodeara con sus brazos y le suplicara que la llevara a su cama, Desmond rompió el beso y la soltó. Dirigiéndole una sonrisa cómplice, salió de la habitación como un hombre seguro de su capacidad para seducirla.

Shannon esperó a que se marchara para desplomarse en una silla cercana, sabiendo muy bien que Desmond pensaba que sólo faltaban días para que ella cediera ante él.

Maldito fuera por tener razón.



Silbando, Desmond subió las escaleras de dos en dos. Había tenido razón sobre Shanna todo el tiempo. No se parecía en nada a Margot. Nunca volvería a casa para encontrar a otro hombre en su cama, Desmond lo sabía con una certeza que le sorprendió.

Por primera vez en siete años, Desmond se permitió sentir un atisbo de esperanza de que realmente podría volver a ser el hombre confiado y despreocupado que una vez fue, en lugar de forzarse a actuar simplemente de ese modo.

Pero, ¿volvería a estar dispuesto a abrirse al amor?

Hace unas semanas la mera pregunta le habría dejado helado, pero ahora simplemente le provocaba un leve escalofrío. En lugar de oír un rotundo no en su cabeza, esta vez oyó a su corazón susurrar un vacilante quizás. El pensamiento le hizo detenerse en mitad del pasillo.

Al sentir un roce contra su pierna, Desmond miró hacia abajo y encontró al gato de Shanna enroscándose contra él. Recogió al sarnoso animal y arropó al gato contra su pecho. Acariciando al gato ronroneante detrás de las orejas, Desmond miró a la querida mascota de su esposa, recordando lo furioso que se había puesto cuando había visto al animal por primera vez.

El gato ladeó la cara hacia Desmond.

—Creo que empiezas a caerme bien, Charlie —le dijo al satisfecho felino—. No eres ni la mitad de feo de lo que pensaba.

Charlie clavó sus garras en el pecho de Desmond.

Desmond se rio de la reacción.

—Eres tan listo como tu ama, ¿verdad?

Sin dignarse a contestar, Charlie cerró los ojos y empezó a amasar el pecho de Desmond.

Sonriendo como un tonto, Desmond se dirigió por el pasillo a su habitación, con el gato que una vez había despreciado firmemente arrimado a su pecho.

Capítulo 21



Es una vulgar muestra de emoción que una dama casada baile con su marido más de dos veces en una noche.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

En el momento en que Lord Conover reclamó a Jocely para un baile, Shannon respiró aliviada. Durante toda la velada, Jocely se había negado a dirigirle la palabra. En su lugar, su sobrina se había replegado tras miradas heladas y un silencio ensordecedor. La fría furia de Jocely había puesto los nervios de Shannon al límite.

En ese momento, Jocely bailaba un vals por la habitación con las faldas levantadas, exhibiendo la parte inferior de sus piernas para que cualquiera las viera y Shannon no podía reunir la energía suficiente ni para enfadarse. Por suerte, Desmond se había marchado a su club a primera hora del día y no había regresado para cuando ella y Jocely se dirigían a esta gala. Relajada por primera vez en todo el día, Shannon dio un sorbo a su ponche y observó a las bailarinas.

—Una fiesta encantadora —comentó Lady Bremley mientras se unía a Shannon—. Pero Amelia siempre supo planear un baile maravilloso.

—Lady Hallerton nunca decepciona —convino Shannon cortésmente.

—Hablando de decepción —comenzó Lady Bremley, fijando su penetrante mirada sobre Shannon—, ¿dónde está ese joven suyo?

—Está. . .

— . . . justo detrás de usted —terminó Desmond con una sonrisa.

Atónita, Shannon se quedó sin habla al ver a Desmond inclinarse ante Lady Bremley.

—¿Le importaría si le pido prestada a mi esposa para este baile?

Radiante, Lady Bremley le aseguró a Desmond:

—En absoluto. Si lo recuerda, Alteza, fui yo quien recomendó este encuentro hace muchos años.

—Ojalá la hubiera escuchado —replicó en tono sincero—. ¿Vamos, Shanna?

Ella abrió la boca para declinar, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, Desmond la rodeó con el brazo y la arrastró a la pista de baile. Al igual que la primera vez que había bailado

con ella, la apretó demasiado para lo convencional. Como jovencita remilgada y virginal, le había chocado la cercanía, la forma en que su cuerpo rozaba el suyo, pero ahora, como mujer que había probado las delicias de la pasión, se calentó ante la intimidad.

—Creo que estamos atrayendo bastante atención —dijo, esperando que él pensara que su falta de aliento se debía al enérgico baile.

Una mirada a su sonrisa perversa y se dio cuenta de que él sabía precisamente por qué le costaba respirar.

—Quizá a Shannon le importaría —murmuró él, inclinando la cabeza más cerca—, pero mi Shanna se deleitará con la excitación del momento.

Que Dios la ayudara, lo hizo.

—Tus mejillas están sonrojadas —dijo él suavemente, su aliento rozándola como una cálida caricia.

Ella no quería admitir nada, hacerle saber cómo la hacía desear tirar la cautela al diablo.

—Hace calor aquí.

Su risita le recorrió la carne.

—Mentirosa. —Acercándola aún más, los hizo girar por el suelo, dejando a Shannon sin aliento y aferrada a él.

—Desmond, me estás mareando —dijo ella cuando él por fin ralentizó sus pasos.

—Bien. —Inclinándose más cerca, la besó de lleno en la boca para que todo el mundo lo viera—. Te mereces marearte de vez en cuando.

Señor, qué atractivo le resultaba.

Por fin, afortunadamente, la música se detuvo. Deslizando la mano de su hombro, Shannon intentó zafarse de sus brazos, pero Desmond la mantuvo firmemente contra él.

—El baile ha terminado, Desmond —murmuró ella, consciente de las miradas divertidas que se posaban sobre ellos.

—Sólo si así lo deseamos —le devolvió él, continuando con su lento vals alrededor de la pista de baile.

¿Cómo respondió ella a un comentario así?

Una comisura de sus labios se inclinó hacia arriba.

—Vamos, Shanna —la instó, la diversión coloreando su voz—. Vive peligrosamente.

¿Cómo podría resistirse a alguien tan absolutamente encantador?

Los músicos debieron de verles porque entonaron otro vals.

—¿Ves? Incluso los músicos desean continuar el vals.

—¿Dos seguidos? —murmuró Shannon, mirando a su alrededor para ver las expresiones de asombro de todos—. Simplemente no se hace.

Desmond rio suavemente, antes de capturar su boca para darle otro beso.

—¿No te has dado cuenta, mi inteligente Shanna, de que los audaces crean sus propias

reglas?

Mirándole a los ojos sonrientes, sintió que su corazón se enamoraba cada vez más de este hombre mercurial. Que Dios la ayudara ahora, rezó en silencio, porque cuando descubriera su juego, él no se limitaría a magullarle el corazón.

No, esta vez, lo haría añicos por completo.



William dio una patada a una roca, haciéndola caer en un parterre cercano.

—Pareces un poco perturbado, Holbroke —observó Víctor mientras caminaba a zancadas por el sendero que salía de la casa bien iluminada de los Hallerton—. Supongo que ha visto a Blackwell dentro arrullando a la bella Shannon.

—¿Cómo iba a perdérmelo? —Echándose hacia atrás la chaqueta, William se puso las manos en las caderas—. ¿A qué demonios viene todo eso? Pensé que había dicho que ella le había pedido que la ayudara a mudarse de la casa de Blackwell ayer.

—Lo hizo.

—Entonces, ¿por qué, en nombre de Cristo, está apretada contra él en una exhibición pública que escandalizaría al más libertino de los libertinos? —exclamó William en voz alta.

—Shhhh —siseó Víctor, mirando alrededor de los oscuros jardines—. ¿Quiere que alguien le oiga?

—¿Quién hay aquí para oír una palabra mía? —Sacudiendo la cabeza, William movió una mano hacia la casa—. Todos están apiñados en la pista de baile, viendo a Blackwell seducir a su mujer.

Víctor soltó una sonora carcajada.

—No veo qué tiene de divertida esta situación —gruñó William—. Si hubiera hecho su parte, la mujer de Blackwell estaría colgada de usted.

Levantando un hombro, Víctor no pareció molestarse lo más mínimo por el comentario.

—Hice todo lo que pude para atraer a la dama, pero se mostró inmune a mis encantos.

—Entonces no se esforzó lo suficiente.

—Es un poco difícil seducir a la dama con su marido a su lado, ¿verdad? —Víctor frunció el ceño al recordar aquello—. Ahí estaba yo, todo listo para comenzar mi gran seducción, cuando entra Blackwell, confiado como puede ser. Aunque le puse un poco nervioso, no reaccionó en absoluto como en el pasado. —Sacudió la cabeza—. En lugar de gritar y ordenarme que abandonara la casa, rodeó a su mujer con un brazo y procedió a presentarme como el amante de Margot.

William no podía creer lo que oía.

—¿Que hizo qué?

—Ya me ha oído —replicó Víctor—. Después, efectivamente, me echaron de la casa, pero no por Blackwell.

—¿Me está diciendo que la mujer a la que se propuso seducir le echó de su casa? —preguntó William con incredulidad.

—Sí —murmuró Víctor—. Y todo el tiempo, Blackwell se quedó allí pregonando la lealtad de su esposa, sosteniendo a esa fría zorra por encima de mi amada Margot.

Acariciándose la barbilla, William intentó pensar en una forma de utilizar a Víctor contra Desmond.

—Así que Blackwell afirma que su esposa es leal, ¿verdad? —murmuró William en voz baja—. Me pregunto si conservaría su fe en la verdadera Shannon si se enfrentara a la prueba de su infidelidad.

—Acabo de decirle que ella no dio ninguna indicación de que estuviera interesada en mí personalmente.

—Sí, lo he oído —comentó William, pasando despreocupadamente un brazo por los hombros de Víctor—. Pero esa es la belleza de mi nuevo plan. Ella no tiene que estar interesada en usted en absoluto.

Víctor levantó una ceja.

—No sigo su lógica, Holbroke. ¿Cómo podemos golpear a Blackwell a través de su esposa si ella no tiene ningún interés en convertirse en mi amante?

—Con bastante facilidad, amigo mío —respondió William, casi ronroneando por las palabras—. Lo que olvida, Remilton, es que las apariencias engañan.

La comprensión apareció en los ojos de Víctor un instante antes de que empezara a reírse en un tono bajo y deliciosamente malvado.

—Por lo que he visto, Blackwell está encaprichado con su nueva esposa.

—Maravillosas noticias —pronunció William—, pues sólo endulzarán nuestra venganza.

—Y no debemos olvidar su prepotente proteccionismo hacia su sobrina. —Víctor se zafó del agarre de William—. ¿Cuándo va a terminar con ese pedazo de mercancía?

—Pronto —prometió William, estremeciéndose ante la idea de arrebatarse la inocencia a Jocely—. Simplemente estoy saboreando el desenlace.

Frotándose las manos, Víctor sonrió a William.

—Blackwell destruyó una vez a Margot, una mujer a la que ambos amábamos —murmuró, con el odio oscureciendo su voz—. Me pregunto cómo se sentirá cuando le demos la vuelta a la tortilla y destruyamos a las dos damas que ama.

Esta vez William rio entre dientes ante la oscura imaginería mientras la dulce sensación de venganza fluía a través de él.

—He esperado años a que llegara este momento, a que Blackwell bajara la guardia y permitiera que alguien le importara. —El poder de su odio le quemaba por dentro—. Para que amara a alguien, para que pudiera despojarle de su felicidad, obligándole a ver cómo la mujer que ama le traiciona, destruyendo sus sueños e ilusiones uno a uno hasta que desee que le

hubiera matado.



Separando las frondas del gran helecho, Shannon escudriñó entre el verdor, buscando a Desmond. Dios, esperaba haber escapado por fin de él. Al no poder verle, suspiró aliviada, soltó el helecho y se recostó contra la columna que tenía a su lado. ¿Cómo había pasado de afirmar su independencia a verse obligada a buscar refugio detrás de un helecho? Se presionó la frente con dos dedos.

Desmond había reclamado cuatro bailes seguidos, negándose a permitirle abandonar la pista. Toda la sala bullía con susurros sorprendidos por su comportamiento poco convencional. ¿Quién habría pensado que la personificación de una dama bien educada era capaz de un comportamiento tan licencioso? Si hubieran pasado unos días en la demasiado tentadora compañía de su marido, Shannon estaba segura de que cualquiera lo entendería.

Pero, al menos por ahora, había escapado de las miradas indiscretas de la tonelada y de la tentadora compañía de su marido. Sin embargo, aunque había conseguido eludir a Desmond, él seguía perturbando su tranquilidad, calentándole la sangre. Apretarse contra él durante toda la velada había hecho que cada centímetro de ella hormigueara de deseo, haciéndola desear que sus atenciones no fueran simplemente otra estratagema en su juego.

El problema era que, aunque su cabeza advertía a la lógica, su corazón la instaba a ceder a sus propios sentimientos, a rendirse a la seducción de Desmond, a hablarle de su amor. Sólo el crudo recuerdo de su rechazo la retenía. Entregarlo todo «corazón, cuerpo y alma» y recibir sólo pasión y deber a cambio acabaría por destruirla. Tenía que recordarlo, Shannon lo sabía, pero era tan condenadamente difícil recordar algo cuando Desmond la tenía cerca.

—Ahí estás.

Luchando contra el impulso de golpearse la cabeza contra la columna en señal de frustración, Shannon se obligó a enderezarse y mirar a su marido.

—No sabía dónde te habías metido —comentó él, sus ojos brillando con una mirada cómplice—. Aquí tienes tu ponche. —Una sonrisa jugueteó en sus labios mientras le tendía la taza—. Después de la forma en que desapareciste en cuanto abandonamos la pista de baile, me dio la impresión de que no tenías tanta sed como que estabas cansada de bailar.

Aceptando el ponche, bebió un sorbo antes de contestar:

—Vamos, Desmond. Incluso tú debes admitir que cuatro vales seguidos fue realmente excesivo. Estoy bastante seguro de que todos respiraron aliviados cuando abandonamos la pista de baile.

Desmond se encogió ligeramente de hombros.

—Los músicos no necesitaban tocar cuatro vales seguidos.

Ella le dirigió una mirada ecuánime.

—Cuando un duque del reino se queda bailando el vals en una pista de baile, no deja a la anfitriona y a su entretenimiento más opción que acceder a sus deseos.

Inclinando la cabeza hacia un lado, Desmond pareció considerar su punto de vista.

—Siempre supe que este maldito título sería útil algún día.

Shannon no pudo contener la risa. Sonriendo, miró a Desmond y procedió a perder la capacidad de respirar cuando sus ojos se oscurecieron con un deseo inconfeso. Había visto antes esa intensa luz en su mirada, se dio cuenta Shannon, sus labios se separaron en respuesta. Desmond iba a besarla y, que Dios la ayudara, ella se lo iba a permitir.



—Gracias por el baile, milady. —Inclinándose sobre la mano de Jocely, Lord Willard presionó con un beso el dorso de sus dedos enguantados.

Al enderezarse, ella le dedicó su primera sonrisa en dos días.

—De nada, milord —le devolvió ella, bajando la cabeza—. Debo decir, lord Willard, que usted baila mucho mejor de lo que cabalga.

Una vez más, su sonrisa dio a sus rasgos sencillos una cualidad atractiva.

—Por suerte para mí, hago la mayoría de las cosas mucho mejor que montar.

—Debería contratar a un instructor —le recomendó Jocely—. Con su coordinación natural, estoy segura de que aprendería rápidamente a montar como si hubiera nacido para la silla.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Le agradezco el consejo, Lady Jocely, y también el cumplido. —Desvió la mirada—. La mayoría de la gente me encuentra algo . . . torpe.

—Yo . . . Yo . . . —Ella no sabía cómo responder a ese comentario sin herir sus sentimientos.

Él le puso una mano ligeramente sobre el brazo.

—No pasa nada, milady. Le aseguro que hace tiempo que me he acostumbrado a mis fallos.

Jocely frunció las cejas mientras recorría con la mirada su cuerpo alto y delgado. Tal vez le vendría bien un poco de relleno, pero dentro de unos años, después de haber endurecido su cuerpo, lord Willard sería una figura de lo más gallarda.

—Creo que me conoce lo suficiente como para darse cuenta de que soy dolorosamente brusco, milord, así que debe creerme cuando le digo que no entiendo por qué alguien le consideraría torpe.

Sus ojos azul claro se oscurecieron en un zafiro intenso.

—Lady Jocely, la encuentro de lo más. . .

Interrumpiéndose bruscamente, Lord Willard se puso rígido, redirigiendo su mirada por encima del hombro de ella.

—Jocely, mi amor.

Una exclamación de felicidad brotó de Jocely mientras giraba para mirar a su excitante William. Dando la espalda a lord Willard, Jocely agarró el antebrazo de William con ambas manos.

—William —dijo sin aliento—. Esperaba que vinieras esta noche.

—He venido por ti, mi querida Jocely —murmuró él suavemente—. Una noche separados era demasiado tiempo para mí.

Su intensa mirada hizo que su corazón se agitara.

—Para mí también —asintió ella con una sonrisa. Recordando a Lord Willard, dio un paso atrás hasta que los tres quedaron frente a frente—. William, permíteme presentarte. . .

—Ya nos conocemos —interrumpió William, cortando bruscamente su presentación—. Necesito hablar contigo en privado.

Desgarrada, Jocely no sabía cómo manejar la incómoda situación. Consideraba a lord Willard un amigo, un amigo que acababa de recibir un corte directo del hombre al que amaba.

—No creo que deba abandonar el salón de baile —dijo Lord Willard con rigidez.

—Pero yo. . .

Antes de que Jocely pudiera asegurar a su amiga que estaría perfectamente, William la cortó.

—No tienes que responder ante este sapo.

—William —exclamó enfadada—. Lord Willard es un caballero e insisto en que le pidas disculpas por ese insulto.

Por un momento, Jocely no creyó que William fuera a atender su petición.

—Lo siento —murmuró finalmente, antes de devolver toda la fuerza de su atención sobre ella—. Por favor, ven conmigo —la instó suavemente, rozándole el labio con un dedo, destruyendo su enfado y cualquier idea de resistirse a sus encantos con un solo toque.

—Sí —murmuró ella, anticipando ya los besos desgarradores de William. Enviando a lord Willard una mirada de disculpa por encima del hombro, permitió que William la sacara a tirones a través de las puertas de cristal y hacia los jardines besados por la luz de la luna.



Saboreando el momento, Desmond contempló a su esposa, deleitándose con su color exaltado y sus labios entreabiertos. Podía sentir el deseo palpitando a través de ella, llamando a sus propias necesidades apenas controladas. Esta noche, reclamaría a su esposa.

Sosteniéndole la mirada, bajó la cabeza.

—Alteza.

Levantando la cabeza, Desmond miró por encima del hombro para ver quién había perturbado su momento privado. La angustia en el rostro de Lord Willard cortó su fastidio. Inmediatamente, Desmond se volvió hacia el joven.

—¿Qué ocurre, Willard?

Willard se inclinó más cerca.

—Su sobrina acaba de entrar en los jardines con Holbroke. Intenté disuadirla, pero no me escuchó. —Un rubor furioso tiñó sus mejillas—. Por su trato casual, tengo la impresión de que su relación es mucho más íntima de lo que usted sospecha, Alteza.

La frustración se apoderó de Desmond mientras volvía a mirar a Shanna. Había jurado dar la espalda a la responsabilidad, convertirse en el caballero amante de la diversión y despreocupado de su juventud. Si se mantenía fiel a ese voto, dejaría que Jocely cometiera sus propios errores y se perdería en el cálido abrazo de su esposa. El Señor sabía que deseaba saborear la pasión de Shanna una vez más, lo deseaba más de lo que deseaba su próximo aliento, pero ¿a qué precio? Era un precio demasiado alto para pagarlo.

Condenándose a sí mismo por tonto, Desmond salió de la alcoba privada. . . para estrangular alegremente a Holbroke.

Capítulo 22



Una dama bien educada nunca elude su deber.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

La visión de Jocely envuelta en los brazos de Holbroke sólo aumentó la rabia de Desmond.

—¡Jocely! —gritó bruscamente mientras se dirigía furioso hacia ellos.

Inmediatamente, Holbroke soltó a Jocely y, colocándola frente a él, dio un paso atrás.

—Cobarde —se mofó Desmond cuando alcanzó a su sobrina.

—No, simplemente precavido —contraatacó Holbroke. Se tocó la mandíbula, obviamente recordando la última vez que Desmond le golpeó.

Luchando por zafarse del agarre de Desmond, Jocely tiró de la mano con la que él la había rodeado el brazo.

—Suéltame —exigió—. No puedes alejarme del hombre que amo.

—Siento discrepar. —Mirando hacia atrás, Desmond vio que Willard y Shanna se dirigían hacia ellos. Tener a su mujer mirando mientras le daba una merecida lección a Holbroke tenía poco atractivo para Desmond.

—¡Eres horrible! —gritó Jocely, antes de echarse a llorar.

Incapaz de soportar el histerismo femenino de su sobrina, Desmond la empujó hacia Shanna, que ahora estaba a su lado.

—Sujétala un momento —ordenó mientras se acercaba a Holbroke. Agarrando las solapas del más joven, Desmond lo arrastró hacia delante hasta que estuvo a escasos centímetros—. Le advertí que le destruiría si osaba volver a acercarse a mi familia —siseó, con la voz vibrando de furia—. Y ahora pagará por sus insensatas acciones.

Holbroke miró con desprecio a Desmond.

—No puede tocarme, Blackwell.

—¿Yo personalmente? No —convino Desmond, sacudiendo la cabeza—. Pero lo que sí puedo tocar es su fortuna. —La satisfacción rugió en Desmond mientras los ojos de Holbroke se abrían alarmados—. En efecto, me propondré que su fortuna quede diezmada en el plazo de un año.

—Maldito bastardo. —Las facciones de Holbroke se retorcieron de odio—. ¿No le bastó con destruir a mi hermana?

Los dedos de Desmond se apretaron contra la chaqueta de Holbroke.

—Por última vez, su hermana se destruyó a sí misma —machacó—. He tolerado su mala voluntad y su ira fuera de lugar durante demasiado tiempo, Holbroke. Ha acabado con mi paciencia con sus acciones hacia mi esposa y mi sobrina, así que ahora lo pagará caro. —Apartando a Holbroke, Desmond se limpió las manos en los calzones—. Quizá ahora esté demasiado ocupado intentando salvar su fortuna como para molestarme más.

Dando la espalda a Holbroke, Desmond se dirigió hacia Jocely y Shanna. Agarrando el brazo de Jocely, ignoró sus gritos de protesta. Con calma, puso la mano sobre la boca de su sobrina mientras señalaba hacia la entrada lateral del jardín de Hallerton.

—Saldremos por ahí, ya que no me agrada la idea de arrastrar a nuestra encantadora sobrina por el salón de baile con mi mano sujeta sobre su boca.

Asintiendo en señal de comprensión, Shanna se adelantó.

—Te abriré la puerta.

Ante su ofrecimiento de ayuda, Jocely soltó otro chillido ahogado.

—¿Nos proporcionará las excusas, Willard?

—Será un honor ayudar —dijo, haciendo una pausa para fulminar con la mirada a Holbroke—. Y me aseguraré de hilar una historia que desacredite a Holbroke si intenta volver a unirse al baile de Hallerton para difundir rumores.

—Excelente pensamiento —elogió Desmond a Willard—. Le agradezco su ayuda una vez más.

La expresión de Willard se endureció al mirar primero a Jocely y luego de nuevo a Holbroke.

—No hace falta que me dé las gracias por desacreditar a Holbroke —dijo en voz baja y tensa—. Esta vez es un verdadero placer. —Girando sobre sus talones, Willard se dirigió de nuevo al salón de baile.

—En cuanto a usted, Holbroke —empezó Desmond en voz baja—, pronto tendrá noticias mías.

La arrogancia de Holbroke había vuelto con toda su fuerza mientras se inclinaba burlonamente.

—Entonces tendré que devolverle el favor.

Oír la amenaza bajo la respuesta de Holbroke reafirmó para Desmond su decisión de arruinar económicamente a Holbroke. Sin decir una palabra más, Desmond tiró de su desconsolada sobrina por el sendero, dejando a Holbroke solo en la oscuridad.



El amanecer irrumpió en la noche, enviando rayas de luz a través de la ventana. Vestido con nada

más que los calzones y la camisa abierta, Desmond observó cómo el sol iluminaba el cielo matutino. Había estado despierto toda la noche con la única compañía de sus agitados pensamientos.

Furiosa tanto con él como con Shannon, Jocely había marchado anoche a su habitación y los había dejado fuera a los dos. Se frotó la cara con ambas manos. ¿Cuándo iba a remitir la agitación? ¿Aprendería alguna vez a confiar en él, a creer en sus consejos? No veía ningún final a la vista.

Cuando se había casado por primera vez con Shannon, había sentido un gran alivio al ver que Jocely se unía a ella, pero ahora su relación parecía tirante. Fuera lo que fuera «el incidente», había bastado para provocar una ruptura entre Jocely y Shanna.

Pero no habían sido sólo sus continuos problemas con Jocely lo que le había quitado el sueño. No, el persistente deseo que sentía por su esposa había alimentado sus agitadas emociones. Había estado tan cerca de seducir a Shanna la noche anterior; había sentido su hambre cuando la había estrechado entre sus brazos. Había querido saborear su pasión una vez más, poner fin a ese juego suyo.

Sin embargo, su responsabilidad hacia su sobrina había prevalecido sobre el deseo que sentía por su esposa.

Y esa constatación era lo que le había mantenido de pie ante la ventana toda la noche. Había jurado liberarse de sus cargas, disfrutar de la vida con despreocupado abandono, pero a la primera prueba de verdad, había fracasado.

¿Pero lo había hecho de verdad?

¿Cómo podría haber vivido consigo mismo sabiendo que había sacrificado a Jocely por su propio beneficio personal? Desmond frunció el ceño ante ese pensamiento. No sería un gran hombre si se pusiera a sí mismo y a sus deseos por encima de las necesidades de los demás, ¿verdad? Como el sol rompiendo sobre los tejados, la comprensión creció en su interior.

Por supuesto que no podía ser el hombre que una vez fue; no querría serlo, se dio cuenta Desmond mientras su corazón empezaba a latir con fuerza. No, desde luego que no. Había sido superficial y ensimismado en su búsqueda del placer. Ciertamente se había divertido, pero nunca se había hecho responsable de nada. De repente, todos los sermones que había recibido de su padre y de su hermano tenían sentido.

Pero se habían equivocado al afirmar que debía dejar a un lado su entusiasmo por la vida y afrontar su deber con sombrío respeto. Anoche, cuando había bailado con Shanna una y otra vez, haciendo que muchas lenguas se agitaran con su escandaloso comportamiento, no había hecho daño a nadie con sus actos. Sin embargo, cuando le habían llamado para que se impusiera como tutor de Jocely, había asumido esa responsabilidad de inmediato.

Todo este tiempo había creído que tenía que ser o bien completamente despreocupado o bien formal y correcto, sin darse cuenta nunca de que estaba destinado a ser una mezcla de ambas cosas. La euforia le invadió ante su epifanía. Atravesó la habitación a grandes zancadas y abrió la puerta, deseando compartir su descubrimiento con Shanna, pero se quedó quieto. Ella seguía en cama, sin duda agotada por el drenaje emocional del dramático arrebato de Jocely la noche anterior. Sería totalmente desconsiderado por su parte despertar a su esposa para compartir una noticia que podía esperar fácilmente.

Volviendo a su habitación, Desmond empezó a abrocharse de nuevo la camisa. Quizá no pudiera despertar a su mujer en ese momento, pero nada le impedía hacer algo que llevaba días deseando.

Quería echar un vistazo a sus libros de contabilidad.

Poniéndose el abrigo, Desmond se dirigió a su casa familiar con la ropa arrugada y una enorme sonrisa.



Víctor no podía creer su suerte cuando vio a Blackwell alejarse a grandes zancadas de la casa adosada de su esposa. Tal vez por fin estaba llegando su buena suerte. Con un brinco en el paso, se dirigió a la entrada de la cocina y llamó a la puerta.

—Buenos días —saludó a la joven criada—. Tengo algo de su Alteza.

—¿El duque? —Los ojos de la criada se abrieron de par en par—. ¿Quiere que vaya a buscar al ama de llaves, milord?

—No hay necesidad de molestarla —tranquilizó Víctor a la dulce criada—. Estoy seguro de que está muy ocupada. —Y no tan crédula como esta bonita criada.

—Así es, pero no sé si debería aceptar cosas del señor. —Insegura, la criada miró detrás de ella en la cocina—. Soy nueva aquí, milord —le confió a Víctor.

Perfecto. Ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora, él alejó sus preocupaciones.

—Lo comprendo perfectamente —dijo con suavidad—. Entonces, ¿por qué no va a buscar al ama de llaves? Yo esperaré aquí.

Mientras la criada se alejaba a toda prisa, Víctor se deslizó fácilmente hasta la escalera de servicio, en la parte trasera y ahora vacía, y subió hasta el segundo piso.

Colocándose donde pudiera ver todo el pasillo, Víctor esperó hasta que apareció la criada llevando el té. Sabiendo que ella le conduciría directamente a la alcoba de Shannon, Víctor contuvo una risita por su astucia.

La criada se detuvo en el pasillo, dejando la bandeja, y llamó a una puerta.

—¿Lady Jocely? —susurró a través de la puerta cerrada—. Tengo un mensaje para usted.

Arriesgándose, Víctor se acercó para oír el intercambio con más claridad.

—¿Qué quieres?

Cuando la doncella volvió a echar un vistazo al pasillo, Víctor se apretó contra una de las puertas, rezando para que no le espiara.

—Milady, le traigo el mensaje que estaba esperando.

En un instante, la puerta se abrió, permitiendo a la criada deslizarse dentro, dejando la bandeja desatendida sobre la mesa. Incapaz de creer su buena suerte, Víctor no perdió ni un

minuto más. En lugar de eso, se abalanzó hacia delante, vertió el contenido de la bebida para dormir en la tetera y volvió corriendo a su escondite.

Ni un momento antes, se dio cuenta, cuando la criada se escabulló de nuevo al pasillo. Recuperando la bandeja, se apresuró unas puertas más abajo y llamó de nuevo.

—¿Alteza? —llamó la criada, esperando a recibir respuesta antes de dirigirse a la habitación con la bandeja.

Entrando en la habitación tras él, Víctor tomó nota de su reloj y esperó a que la droga hiciera efecto.



Una vez terminado el té, Shannon se balanceó en su silla y trató de concentrarse en su libro. Sólo llevaba unas horas despierta, así que no entendía por qué le costaba tanto mantener los ojos abiertos. Aun así, parecía inútil luchar contra ello. El cansancio pesaba sobre ella mientras subía de nuevo a su alcoba.

Tumbada sobre sus mantas, Shannon se prometió a sí misma que simplemente cerraría los ojos durante unos minutos hasta que pasara esta oleada de somnolencia. . . y ése fue su último pensamiento mientras se hundía en la oscuridad del sueño.



Firmando con floritura, Desmond terminó su nota a su secretario que supervisaba las posesiones escocesas de Blackwell. Era gratificante ver que había tomado aquellas tierras improductivas, invertido en ovejas y convertido aquella finca en una explotación rentable. Habiendo oído a su padre declarar que las tierras no valían nada, Desmond saboreó el éxito mucho más.

Al poner su sello de lacre en la misiva, Desmond se dio cuenta de que había multiplicado por tres su herencia. Silbando suavemente, apartó los libros de contabilidad de Escocia y colocó los de sus posesiones en Gales en el centro de su escritorio. Acababa de abrir el primer libro de contabilidad cuando un golpe perturbó la tranquilidad.

—Adelante, Partons —llamó, levantando la vista hacia la puerta.

—Perdone la intromisión, Alteza, pero pensé que querría que le entregara esto inmediatamente. —Extendiendo una nota, Partons entró en la habitación—. El mensajero dijo que era de Su Alteza.

Desmond aceptó la nota con una sonrisa.

—Gracias —murmuró a Partons mientras el mayordomo abandonaba la habitación. Ansioso, rompió el sello y escaneó rápidamente la carta.

El deseo que zumbaba por sus venas desde hacía unos días empezó a correr por él. Su esposa quería que volviera a casa lo antes posible. . . y que la atendiera en su alcoba. Aunque se extrañó de la inusual petición, Desmond no iba a cuestionar su buena suerte.

Con un poco de suerte, tendría a su esposa de vuelta donde debía estar: aquí, en su cama, en la casa adosada de Blackwell. Sonriendo de satisfacción, Desmond se apresuró a salir de su estudio.



Las manos de Jocely temblaban mientras releía la nota que una criada acababa de entregarle. Dios del cielo, William quería que huyera con él. ¿Se atrevía?

Una vez que se marchara, no habría vuelta atrás, y aunque le encantaría escapar de su autoritario tío, seguía dudando. Después de todo, él era la única familia que le quedaba. ¿Le daría completamente la espalda si se escapaba con William? Después de ver su reacción de la noche anterior, a Jocely no le cabía duda de que su tío nunca toleraría que se casara con William.

¿Y realmente quería hacerlo?

Insidiosas dudas se colaron en sus pensamientos. El comportamiento de William la noche anterior la había perturbado mucho más de lo que quería admitir. Había sido tan grosero con lord Willard que ella aún se estremecía al recordarlo. De vez en cuando, ella vislumbraba un lado más oscuro de su encantador William. Pero, como la noche anterior, antes de que pudiera preguntarle por sus recelos, él comenzaba a besarla, su tacto quemaba sus preguntas y dudas.

¿Era su aprensión simplemente miedo a dejar la vida que ahora conocía y adentrarse en lo desconocido?

Un escalofrío recorrió a Jocely mientras se sentaba en su cama, abrazando sus rodillas contra su pecho. Un maullido a su derecha la sobresaltó.

—Charlie —exclamó, levantando al perezoso gato—. Me has asustado.

Ronroneando ruidosamente, el gato frotó su cabeza contra el pecho de Jocely, reconfortándola con su afecto.

—¿Qué crees que debería hacer? —le preguntó al hogareño animal.

Él simplemente cerró los ojos y arqueó el cuello ante su tacto.

—Eres de mucha ayuda —murmuró ella mientras seguía acariciándole el pelaje—. Verás, Charlie, necesito decidir si debo huir con el hombre al que creo amar o quedarme aquí con mi tío. —Dicho en voz alta, sus opciones se volvieron de algún modo más claras—. Aunque William puede ser grosero de vez en cuando, al menos no me trata como a una niña. ¿No es así?

Charlie golpeó su cola contra el brazo de ella.

—Yo también creo que lo es —dijo Jocely, abrazando al gato—. No tendría tanto miedo de irme si no tuviera que hacerlo sola —admitió suavemente. Abrazando a Charlie contra su pecho, de repente tuvo una idea—. ¿Y si te vienes conmigo, Charlie? Sé que Shannon te echaría de

menos, pero yo te necesito mucho más que ella en este momento. —A medida que la idea se afianzaba, Jocely sintió que la tensión nerviosa de su interior se relajaba—. Sólo tendrías que venir por un tiempo, hasta que me sintiera cómoda en mi nuevo hogar. Y también sería un motivo para que Shannon viniera a verme. . . aunque esté furiosa conmigo por haberme escapado.

La emoción recorrió a Jocely mientras depositaba suavemente al gato en la cama.

—Será una gran aventura, Charlie —le aseguró mientras se levantaba de la cama. Cogiendo su mochila, Jocely empezó a hacer las maletas para su viaje.



Subiendo las escaleras de dos en dos, Desmond saltó hacia arriba, la anticipación chisporroteando a través de él. Por fin había hecho las paces consigo mismo. . . y ahora haría lo mismo con Shanna. Cuando arreglara la ruptura de su matrimonio, todo estaría bien en el mundo, pensó Desmond con una sonrisa. En la puerta de Shannon, llamó una vez, antes de empujarla para abrirla.

—¿Shanna? —gritó, mirando alrededor de su salón. Al notar que la puerta contigua estaba entreabierta, Desmond sonrió al pensar que ella lo esperaba en su cama. Se acercó y empujó para abrir la última barrera que quedaba entre ellos—. Me sorprende encontrar. . . ¡Dios mío!

Retrocediendo a trompicones, Desmond se agarró a la jamba de la puerta para no caerse. El dolor le atravesaba, feroz, palpitante, mientras intentaba dar sentido a lo que le decían sus ojos.

Allí, en la cama de Shannon, yacía su esposa. . . nada menos que con Remilton tumbado encima de ella.

De repente, Remilton levantó la cabeza y le dedicó a Desmond una sonrisa de suficiencia.

—Qué sorpresa tan inesperada, Blackwell —dijo perezosamente—. ¿Has venido a unirse a nosotros?

Su sorpresa dio paso a una furia ardiente. Cegado por una bruma de odio, Desmond se puso en marcha con un rugido.

Capítulo 23



Una dama nunca se deja colocar en una posición comprometida.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

La expresión de suficiencia de Remilton se transformó en una de miedo cuando Desmond cargó hacia la cama. Deslizándose hasta el lado opuesto de la cama, levantó una mano.

—Su esposa me invitó a su cama.

Inseguro de si podría soportar mirar a su mujer, Desmond la fulminó con la mirada, antes de apartar la vista. Pero algo le dio un codazo, haciendo que Desmond volviera a mirarla. El dolor le atravesó el corazón al contemplar su belleza.

La intensa emoción se impuso a su furia ciega, despejando su mente para permitir que prevaleciera la lógica. Ésta era Shanna, su leal, testaruda y obstinada esposa. Ella nunca le traicionaría. De eso, Desmond no tenía ni una sola duda, incluso ante la evidencia de lo contrario.

Cierto, su mujer yacía desnuda en una cama con Remilton, pero tenía que haber una explicación. Inclínándose para mirarla más de cerca, Desmond tocó con la mano su frente acalorada. Tenía los ojos abiertos, pero vidriosos y desenfocados.

La habían drogado.

—Cabron —gruñó Desmond, extendiendo la mano hacia su mujer para derribar a Remilton de la cama.

Cayendo hacia atrás, Remilton tiró de la manta superior de la cama de Shannon para envolver su desnudez.

—Cálmese, Blackwell —dijo, retrocediendo contra la pared—. No puede esperar que me resista a una mujer tan hermosa como su esposa cuando se lanza literalmente sobre mí.

—Es un maldito mentiroso. —Su puño se encontró con la cara de Remilton con un chasquido satisfactorio. Dando un paso atrás, Desmond permitió que el dandi se deslizara hasta el suelo—. ¿Qué le ha dado a mi mujer? —exigió.

—Nada —gimió Remilton mientras se acunaba la mandíbula.

Apartando el puño para convencer a Remilton de que dijera la verdad, Desmond se contuvo cuando Shanna empezó a gemir suavemente. Aunque vibraba de rabia contra el bastardo que yacía a sus pies, Desmond sabía que su esposa lo necesitaba y que ella era mucho más importante que satisfacer su necesidad de venganza.

Desmond agarró a Remilton del brazo y lo arrastró fuera de la habitación. En el pasillo, Desmond llamó a gritos a los criados, que acudieron corriendo en respuesta. Señalando a un lacayo, soltó órdenes.

—Te pongo al mando hasta que Partons venga a ocuparse de este asunto. Por ahora, quiero que te lleves a este pedazo de despojo y lo encierres, luego envía a alguien a buscar al magistrado y a mi mayordomo. Dígale a Partons que mantenga la calma en la casa y a este hombre bajo llave. Avísame cuando llegue el magistrado. —Desmond soltó a Remilton y volvió junto a su esposa.

—¿Te encuentras mejor, Shanna?

Manteniendo los ojos cerrados, ella asintió lentamente, sin querer hacer ningún movimiento brusco que le volviera a revolver el estómago. Ya era bastante embarazoso haber perdido el contenido de su estómago dos veces delante de Desmond.

Cuando él empezó a acariciarle el pelo hacia atrás, ella casi ronroneó. Esperando que la habitación no siguiera dando vueltas, abrió un ojo.

—¿Qué ha pasado? —graznó, con la garganta todavía apretada.

—Remilton te drogó de alguna manera. —Aunque la voz de Desmond se mantuvo nivelada, su mirada se calentó hasta convertirse en furia fundida—. Voy a tener que dejarte dentro de unos momentos para hablar con el magistrado.

Ella luchó contra una sensación de pánico ante la idea de que la dejara sola.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó ella, intentando centrarse en su discusión.

—Porque quería que entrara y los encontrara a los dos juntos en la cama. . . y así fue.

Esta vez no pudo contener el pánico.

—Te juro, Desmond, que no tuve nada que ver con. . .

—Shhhh —murmuró él, inclinándose hacia delante para darle un beso en la frente—. Lo sé, Shanna. —Una comisura de su boca se inclinó hacia arriba—. Lo supe desde el primer momento. Aunque estaba viendo lo que parecía ser una prueba de tu infidelidad, sabía que tenía que haber otra explicación.

Se le apretó el corazón ante su fe inquebrantable.

—Oh, Desmond —susurró ella.

—Eres muchas cosas, Shanna, pero infiel no es una de ellas. —Esta vez su sonrisa le llegó a los ojos—. Ahora, quiero que descanses mientras hablo con el magistrado. —La apuntó con un dedo—. ¿Lo prometes?

Ella parpadeó para contener las lágrimas.

—Prometido.

Inclinándose de nuevo hacia delante, le besó las mejillas, los párpados y la nariz, antes de levantarse de la cama. Ella le observó salir de su habitación, sintiendo cómo se agitaban sus emociones. Dios, amaba a ese hombre.

Cuando la puerta se cerró tras él, cerró los ojos y envió una plegaria de agradecimiento hacia arriba. Con su pasado, Desmond podría haberse cegado fácilmente ante la verdad y pensar

que había acogido a Remilton en su cama. En cambio, había confiado en su corazón y no en sus ojos.

Su fe inquebrantable la humilló, dejándole el camino libre. El tiempo de los juegos había pasado. Shanna no entendía qué había provocado la nueva visión de la vida de Desmond, su repentina decisión de seducirla, ni siquiera sus tiernas caricias, pero esta noche descubriría sus secretos. Porque seguramente si Desmond podía aprender a confiar de nuevo, entonces también podría aprender a amar de nuevo.

Así que, esta noche, se armaría de valor y le diría a Desmond que le amaba.



—. . . así que ahí lo tiene, señor Kimberton —dijo Desmond al magistrado, informándole de las viles acciones de Remilton contra Shanna.

—Con su permiso, Alteza —dijo Partons mientras Desmond volvía a su asiento junto al señor Kimberton—. He hablado con el personal y he descubierto cierta información que le resultará útil.

—Continúe —instó Desmond a su mayordomo.

Tirándose del chaleco, Partons se aclaró la garganta.

—Esta mañana, una de las nuevas sirvientas de Su Alteza dijo que un hombre deseaba entregarle un paquete a su señoría. Sabiamente, ella lo rechazó y fue a buscar al ama de llaves en su lugar. Sin embargo, cuando ella regresó, el caballero ya se había marchado. Ni el ama de llaves ni la criada se dieron cuenta de que debía de haberse colado en la casa.

—Así que entró en mi casa y de alguna manera se las arregló para drogar el té de Su Alteza —concluyó Desmond. Controlando su temperamento, se volvió hacia el magistrado—. Creo que tiene toda la información necesaria, señor Kimberton, para acusar a lord Remilton.

—En efecto, la tengo. —Asintiendo enérgicamente, el Sr. Kimberton se levantó de la silla—. Me ocuparé de este desagradable asunto de inmediato.

—Desde luego. —Haciendo un gesto hacia su mayordomo, Desmond dijo—: Aquí Partons le mostrará dónde pusimos a Remilton.

Partons se movió sobre sus pies.

—Permítame recordarle, Su Alteza, que Lord Remilton aún está desvestido.

—Gracias, Partons. Soy consciente de ello. —Volviéndose hacia el Sr. Kimberton, Desmond sonrió ligeramente—. Estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo en que cualquier hombre lo bastante osado como para irrumpir en mi casa y abordar a mi esposa en sus aposentos privados merece con creces ser arrojado a la cárcel sin vestir más que una manta.

El Sr. Kimberton soltó una sonora carcajada.

—Yo diría que es más de lo que se merece.

—Supe que era usted un hombre de buen juicio en cuanto le conocí —murmuró Desmond mientras señalaba hacia la puerta—. Si necesita algo más, no dude en ponerse en contacto conmigo.

Inclinándose el sombrero, el magistrado siguió a Partons fuera de la sala. En cuestión de minutos, el señor Kimberton estaba sacando tranquilamente a Remilton de la casa. El sonido de las protestas de Remilton porque no se le permitía vestirse sonó con fuerza por el pasillo.

En cuanto la puerta se cerró tras los dos hombres, Desmond subió las escaleras y comprobó cómo estaba su esposa, que yacía en un sueño tranquilo. Paseando por el pasillo, intentó librarse de la rabia que aún humeaba en su interior, pero encontró poca liberación en los confines del vestíbulo. Aunque había querido descargar su ira contra Remilton, Desmond se había contenido, deshaciéndose del odioso Remilton como un caballero, lo que no hizo nada por aliviar la ira.

Dejando órdenes estrictas de que no se molestara a Shannon bajo ninguna circunstancia, Desmond se dirigió a los establos, eligió la montura más feroz y se alejó atronando, dejando que el golpeteo de la cabalgata sacudiera los últimos vestigios de su furia.



Jocely dio un respingo cuando llamaron a su puerta.

—Pase —llamó, esperando que su voz no revelara su nerviosismo.

Momentos después, entró una criada con una bandeja para la cena.

—Aquí tiene, milady —dijo alegremente, como si Jocely debiera alegrarse de comer otra vez sola en su habitación.

—Gracias —devolvió ella, ocultando sus emociones—. Antes de que te vayas, Lucy, me gustaría que me prepararas la ropa para mañana.

Haciendo una reverencia, la criada se apresuró hacia el gran armario y empezó a ordenar la ropa. Jocely cogió su bolsa de equipaje con una mano y Charlie con la otra, y salió corriendo de la habitación. Con cuidado, cerró la puerta, echándole también el pestillo. Aunque Lucy empezara a golpear la puerta y a gritar, los criados ignorarían sin duda a la criada, igual que habían ignorado sus súplicas durante días.

Prestando atención por si alguien se acercaba, Jocely se apresuró a recorrer el pasillo, bajar las escaleras y salir por la puerta principal. No entendía dónde estaban todos los criados ni por qué la casa parecía desordenada, pero simplemente lo aceptó como buena suerte.

Bajo el sol menguante de la tarde, Jocely tomó aire antes de desaparecer calle abajo.



Shannon despertó reanimada, pero sin un recuerdo claro del asalto de lord Remilton a su persona. Recordaba haber sentido un gran peso encima de ella y haber oído gritar a Desmond, pero no recordaba que le hubieran quitado la ropa ni que lord Remilton se hubiera unido a ella en la cama. Un escalofrío sacudió su cuerpo ante aquel horrible pensamiento, lo que la hizo agradecer doblemente su nublada memoria.

Lo que sí recordaba con claridad eran los tiernos cuidados de Desmond después de haber echado a lord Remilton de su habitación. Un repentino deseo de ver a su marido se apoderó de Shannon. Levantándose de la cama, llamó a su criada. Se afanó en elegir su vestido, pero como Lucy no llegaba, llamó por segunda vez. Aun así, su criada no respondió a la llamada, dejando a Shannon sin otra opción que vestirse ella misma.

Tras meterse con dificultad en su vestido, Shannon salió de su habitación en busca de Desmond. Al bajar las escaleras, parpadeó sorprendida al ver al mayordomo de los Blackwell.

—Partons —exclamó—. ¿Qué le trae por aquí?

—Su Alteza solicitó mi ayuda para restablecer el orden en su casa, milady —respondió Partons formalmente.

Ella se alisó las manos sobre las costillas.

—Sí, bueno, gracias por su ayuda.

—Me complace poder ser de ayuda. —Inclinándose en señal de deferencia, Partons continuó por el vestíbulo.

—Oh, Partons —le llamó, recordando el extraño comportamiento de Lucy—. ¿Le importaría ir a ver cómo está mi criada, Lucy? No ha respondido a mi llamada.

—Inmediatamente, Alteza —dijo Partons con otra reverencia.

—Ah, y Partons —le saludó de nuevo—. ¿Has visto a Su Alteza? —Partons asintió una vez—. Efectivamente, milady. Su Alteza ha salido a cabalgar.

Dudaba que ocultara su decepción al mayordomo de Desmond.

—Gracias de nuevo, Partons —murmuró ella, manteniendo su voz nivelada—. Por favor, infórmeme del regreso de Su Gracia.

—Inmediatamente, Alteza.

Shannon entró en su salón, sorprendida por el hecho de que echaba de menos la presencia de Desmond. Cuando se había casado con él, se había alegrado de que la ignorara durante días; ahora odiaba separarse de él durante meras horas. Sonriendo por sus fantasiosos pensamientos, Shannon recuperó su libro e intentó en vano perderse en la historia.

Dándose por vencida, cerró el tomo de cuero y en su lugar se perdió en pensamientos sobre Desmond.



Después de haber hecho enloquecer a su caballo, Desmond sintió por fin que la calma se apoderaba de él, así que se dirigió a casa. Lanzó las riendas a un mozo de cuadra y entró a grandes zancadas en la casa de su esposa.

—¡Desmond!

La visión de Shanna de pie en la puerta casi le hizo caer de rodillas.

—Shanna —carraspeó, con la voz oscura por la emoción—. Estás bien.

Como si lo hiciera todos los días, Shanna se echó a sus brazos, envolviéndole en su abrazo.

—Estoy bien —le aseguró.

Estremeciéndose, la estrechó contra él, dando gracias a Dios, a los ángeles y a cualquiera que se preocupara de escuchar por el bienestar de su esposa. Apartándose, le estrechó la cara entre las manos, contemplando su belleza.

—Shanna, yo. . .

—¡Milord! —gritó Partons mientras corría hacia el vestíbulo—. ¡Su sobrina, Lady Jocely! ¡Ha desaparecido!

—Probablemente esté escondida en alguna parte de su habitación —replicó Desmond, soltando de mala gana a Shanna.

—Registré personalmente la habitación de Lady Jocely, Alteza, pero no encontré a nadie más que a la criada de Su Alteza, Lucy. —Partons se alisó el pelo alborotado—. Según la criada, Lady Jocely le indicó que buscara un vestido y mientras Lucy estaba de espaldas, Lady Jocely salió de la habitación, encerrando a la criada dentro.

Después de tratar con Remilton, esto era lo último que necesitaba.

—¿Han registrado la casa?

—La casa, los jardines y los establos, Alteza. —Partons sacudió la cabeza—. Aparte de Lucy, nadie vio a Lady Jocely esta tarde.

Un dedo de pánico se deslizó por su espina dorsal.

—¿Está seguro de que ha buscado por todas partes?

—Sí, Alteza —respondió rápidamente Partons—. Pero tengo una idea de dónde puede haber ido Lady Jocely. —Sin ofrecer otra palabra, Partons le tendió una arrugada misiva.

Arrebatándola de la mano de su mayordomo, Desmond la leyó rápidamente, y luego otra vez, pues no podía creer lo que veían sus propios ojos.

—Dios mío, no.

—¿Qué pasa, Desmond? —preguntó Shannon, agarrándolo del brazo—. ¿Qué dice la nota? Levantando la mirada, Desmond miró a su esposa.

—Se ha escapado. . . con Holbroke.

Un grito ahogado brotó de Shannon.

—Seguro que no —dijo, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Ni siquiera Jocely haría algo tan temerario.

—Si no se la encuentra por ninguna parte y hay una carta de Holbroke pidiéndole que huya con él, entonces sólo puedo concluir que, en efecto, es así de insensata. —Sus dedos se tensaron, arrugando la nota hasta hacerla una bola—. Y si ya ha arruinado a Jocely, lo mataré.

Capítulo 24



Una dama soltera nunca debe estar sin la escolta adecuada.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

Desmond, Shannon, Partons y cuatro sirvientes se dirigieron a la casa de Lord Holbroke. Sintiendo la ira que irradiaba su marido, Shannon se mantuvo cerca para asegurarse de que no hiciera alguna tontería... como matar realmente a Lord Holbroke.

Sin molestarse en llamar, Desmond entró en la casa como el tío vengador que era.

—¡Holbroke!

Su bramido sacudió las vigas e hizo correr a los sirvientes desde cuatro direcciones distintas.

—Por favor, milord —exclamó el mayordomo de lord Holbroke—. No puede irrumpir sin más en. . .

Agarrando las solapas del hombre, Desmond lo levantó hasta que estuvo a escasos centímetros de Desmond.

—¿Dónde está?

Todo el color se drenó del rostro del mayordomo mientras sus ojos se desviaban hacia las escaleras.

—Yo. . . yo. . . yo no. . .

Pero Desmond ya tenía su respuesta. Soltando al mayordomo, subió las escaleras de un salto. Temiendo que ya fuera demasiado tarde, Shannon se apresuró tras él. Recibido por un largo pasillo de puertas, Desmond se detuvo sólo un instante, antes de empezar a abrir de un empujón cada una de ellas, asomándose para ver si Jocely estaba dentro. Cuando Desmond abrió la cuarta puerta, descubrió a Lord Holbroke abrochándose la túnica.

—¡Cuál es el significado. . . Blackwell! —siseó lord Holbroke cuando la persona de la cama soltó un chillido femenino antes de zambullirse bajo las sábanas—. ¿Qué demonios haces en mi casa?

—Recuperando lo que es mío —espetó Desmond mientras se acercaba a la cama. Lord Holbroke agarró a Desmond del brazo—. Ahora mira aquí. . .

Soltando el brazo, Desmond rodeó a lord Holbroke.

—Estoy tan cerca de dispararte, Holbroke, que no tentaría a su suerte.

El odio entre los dos hombres era algo palpable. Sabiendo que necesitaba alejar a Desmond de lord Holbroke lo antes posible, Shannon se dirigió hacia la cama para recoger a Jocely, pero a medio camino de la manta, se quedó helada al ver el pelo rubio que asomaba por debajo de la cubierta.

—Desmond —dijo Shannon con urgencia—. Ésta no es Jocely.

Inmediatamente, Desmond se dio la vuelta.

—¿Qué? —Con un movimiento de la mano, envió la manta revoloteando hacia atrás—. ¿Quién demonios es usted?

—Stella Amrand —chilló ella, agarrando la manta bajo la barbilla.

Los ojos de Desmond se entrecerraron.

—¿La hija del duque de Clovingham?

Sintiendo lástima por la niña, que no podía tener más de quince años, Shannon alargó la mano para acariciar la mano temblorosa de la niña.

—Ya está —dijo tranquilizadora—. Todo irá bien.

Desmond sacudió la cabeza con disgusto.

—No si su padre se entera —predijo con brusquedad—. Clovingham es uno de los bastardos más mezquinos. . . —Se interrumpió ante la aguda mirada de Shannon. Encogiéndose de hombros en señal de desprecio, devolvió su atención a lord Holbroke—. ¿Dónde está Jocely?

—No tengo ni idea.

—Me está mintiendo, Holbroke. Vi la nota que le envió, pidiéndole que huyera con usted.

Ignorando el grito de sorpresa de Stella, Lord Holbroke levantó un hombro.

—Cuando no contestó, supuse que había decidido no hacerlo.

Desmond movió la cabeza hacia la cama.

—Así que no perdió el tiempo seduciendo a otra joven inocente.

—¿Qué sentido tiene tener un vicio si no se le da el gusto? —preguntó lord Holbroke con una sonrisa practicada.

—¡Tus días de complacerte han terminado, Holbroke! —atronó un caballero corpulento y canoso desde el umbral de la puerta.

—Clovingham —murmuró Desmond—. Qué maravillosa sincronización la suya.

Dando un paso atrás, Desmond cruzó los brazos sobre el pecho y contempló con descarado placer cómo Lord Holbroke palidecía.

—Alteza —tartamudeó mientras retrocedía a trompicones—. Puedo explicar todo esto.

Lord Clovingham sacudió un dedo a Lord Holbroke.

—No busco su explicación, Holbroke. Sólo quiero saber la fecha de la boda.

—¡La fecha de la boda! —se atragantó Holbroke.

Estrechando la mirada, Lord Clovingham se quedó quieto.

—Planeabas casarte con mi pequeña, ¿verdad, Holbroke? Si sólo estuvieras tonteando con ella, entonces estaría un poco molesto. Tan disgustada, de hecho, que quizá tendría que romperte ese trozo de carne del que estás tan orgulloso.

Instintivamente, Lord Holbroke cruzó las piernas y tragó saliva. Con fuerza.

Volviendo su atención hacia Stella, asintió a Shannon.

—Aprecio su preocupación por mi hija, Lady Blackwell, pero si nos disculpa, me ocuparé de ella ahora.

Dudando, Shannon se enderezó lentamente.

—¿Estarás bien? —preguntó a Stella.

Shannon parpadeó ante la alegre sonrisa de la joven.

—No se preocupe por ella, milady —le aseguró Clovingham—. Lo que usted no entiende es que Stella, aquí presente, es quien me dejó una nota diciéndome dónde encontrarla.

—¿Qué? —aulló lord Holbroke mientras la furia le moteaba la piel—. ¡Tú. . . ¡me has engañado!

Stella no parecía tan joven ni inocente mientras enviaba a lord Holbroke una mirada feroz.

—No más de lo que tú intentabas engañarme a mí —contraatacó—. Pensaste en atraerme a tu cama sin importarte en absoluto mi reputación. —Ella sonrió alegremente—. Por suerte para ti, decidí que serías un marido espléndido.

Desmond rio a carcajadas mientras la boca de Lord Holbroke se abría y cerraba, emitiendo sólo pequeños graznidos de protesta.

—Vamos, Shanna —dijo finalmente, haciéndole un gesto para que se acercara—. Dejemos a Holbroke en las capaces manos de Clovingham.

Mientras Shannon cogía el brazo de Desmond, miró hacia Lord Holbroke y se dio cuenta, para su sorpresa, de que no les estaba prestando ninguna atención. De hecho, toda su furia estaba dirigida hacia Stella, que seguía sonriéndole.

—Creo que le debemos a la menos que inocente Stella una medida de gratitud.

Desmond levantó las cejas.

—¿Y por qué?

—Porque ella se ha asegurado de que lord Holbroke no nos moleste más.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Con bastante lógica, Desmond. —Shannon se detuvo en lo alto de la escalera—. Por la expresión de la cara de lord Holbroke, yo diría que estará demasiado ocupado buscando venganza contra su joven y calculadora esposa como para siquiera acordarse de ti.

Desmond asintió con la cabeza.

—Con Holbroke fuera del camino, sólo nos queda un problema —dijo, mirando a Partons y a los otros criados que les miraban ansiosos—. ¿Dónde diablos está Jocely?



Las sombras empezaron a reclamar el parque, pero Jocely seguía sentada sobre una roca, mirando el lugar donde había visto a William por primera vez. Señor, era una cobarde, pensó, enterrando la cara en el suave pelaje de Charlie. Había estado de pie frente a la casa de William durante al menos una hora, sólo mirándola, pero incapaz de subir los escalones y llamar a la puerta. Porque había sabido que en cuanto cruzara ese umbral, se rompería todo vínculo con su tío. Había visto el odio entre William y su tío en el baile de Hallerton y por muy furiosa que ella misma estuviera con su tío, no podía olvidar que él era toda la familia que le quedaba.

Así que, al final, no había sido capaz de destruir ninguna esperanza de afecto entre ella y su único pariente. Ahora estaba sentada aquí, en la luz menguante, preguntándose cómo iniciar el largo camino de vuelta a casa.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí?

Sobresaltada, Jocely se deslizó de la roca, aterrizando en un montón sobre la hierba. Mirando al mugriento hombre que estaba de pie sobre ella, Jocely supo instintivamente que estaba en peligro.

—Aléjate —tartamudeó, intentando ponerse en pie, pero incapaz de desenredar las piernas de sus largas faldas.

—No hace falta que te levantes, amorcito —canturreó él, mostrando sus dientes podridos—. En seguida estaré contigo.

Cuando se inclinó sobre ella, Charlie siseó con fuerza, golpeó con su pata y alcanzó al hombre en la mejilla.

—Maldición —maldijo, llevándose una mano a la herida—. El maldito gato me ha hecho sangrar.

La expresión del hombre se torció en una fea máscara de ira.

—Te daré una lección a ti y a tu gato, amorcito —prometió—. Maldita sea si yo. . .

—¡J-O-C-E-L-Y!

Al oír el grito, el hombre maldijo con saña antes de ponerse en pie de un salto. Casi sollozando de alivio, miró a su alrededor buscando a su salvador. Allí, galopando por el campo, estaba Lord Willard. Sus piernas se agitaban hacia los lados, sus brazos aleteaban como un pollo moribundo, y su cuerpo se deslizaba de un lado a otro sobre la silla de montar.

Nunca había visto un espectáculo tan hermoso.

Otra maldición escapó de la bestia disfrazada de hombre antes de que girara sobre sus talones y corriera hacia los árboles. Poniéndose en pie, Jocely sujetó con fuerza a Charlie mientras corría hacia Lord Willard.

Desmontando en un torpe despatarre, se acercó a ella.

—¿Está herida, milady?

Ella rompió a llorar mientras se lanzaba a sus brazos. Inmediatamente, Lord Willard la

envolvió en un fuerte abrazo. Tras un momento de ceder a sus emociones, Jocely levantó la cabeza y miró alrededor del claro, temerosa de que el hombre pudiera estar aún al acecho entre los árboles.

Levantando la mirada hacia su héroe, sonrió a su ahora querido rostro.

—Por favor. . . Llévame a casa.



—No puede haber desaparecido sin más —le espetó Desmond a Shanna mientras recorría de un lado a otro el salón—. Tenemos que pensar en los lugares que le gustaba visitar. También tenemos que hacer una lista de sus amigos. Quizá recurrió a alguno de ellos. —Se detuvo bruscamente frente a la ventana—. Está oscureciendo. —Y su sobrina estaba sola ahí fuera.

El miedo le atenazaba, haciéndole casi imposible concentrarse. ¿Cuándo había sucedido? se preguntó para sus adentros. ¿Cuándo había llegado a querer a esa gruñona e irritable sobrina suya? Sin embargo, lo hizo. La quería tanto que sentía el terror de perderla hasta los huesos. La había considerado un inconveniente, un deber, pero nunca una necesidad.

Pero este miedo olvidado por Dios, que le helaba los huesos, le caló hasta el corazón de sus emociones, haciéndole darse cuenta de lo completamente tonto que había sido al aislarse de sus propios sentimientos.

Liberándose de sus pensamientos, intentó volver a centrarse en cómo encontrar a Jocely.

—Enviaré a Partons a buscar a una docena de corredores de la calle Bow y me encargaré de que la encuentren.

Shanna se acercó por detrás y apoyó la mejilla en su espalda.

—La encontraremos, Desmond.

Su suave consuelo ayudó a mantener a raya el terror que le adormecía la mente.

—Yo la alejé —dijo en voz baja, sintiendo el aguijón de la culpa—. En lugar de explicarle mis razones para no quererla cerca de Holbroke, simplemente la encerré en su habitación. —Se le escapó una dolorosa carcajada—. Debería haberme negado a dejarla sola hasta que oyera por qué temía su relación con él.

—No seas demasiado duro contigo mismo —le reprendió Shannon—. Su comportamiento no reflejaba el de una joven madura, así que sólo cabía que la trataras como a una niña. Si recuerdas, Desmond, cuando me quedé a solas con Jocely, también acabé confinándola en su habitación. —Ella frotó su mejilla contra su espalda—. Aún está dolida por haber perdido a sus padres y su hogar de golpe, así que se comporta de forma infantil. En cuanto se dé cuenta de que está a salvo y de que no nos vamos a ir, creo sinceramente que se calmará. —A Shanna se le escapó un gemido—. No puedo creer que acabe de utilizar ese horrible término: «calmarse».

—¡Su Alteza! —Partons gritó desde el vestíbulo de una manera muy poco propia de Partons—. ¡Venga rápido! Lady Jocely ha regresado.

Corriendo por la habitación, Desmond se detuvo bruscamente en el vestíbulo.

—Jocely —susurró, sin que las lágrimas le cegaran—. Jocely —volvió a decir mientras corría hacia delante, la cogía en brazos y la hacía girar por la habitación—. Estaba tan preocupado.

Su confesión provocó nuevos sollozos de su sobrina, así que la abrazó hasta que hubo pasado la tormenta. Mirándole con los ojos empañados de lágrimas, nunca le había parecido tan joven ni tan preciosa.

—Lo siento mucho, mucho.

Sacudió la cabeza.

—Yo también —replicó mientras le daba un beso en la frente—. Pero a partir de este momento, empezaremos de nuevo. . . en cuanto te explique algunas cosas sobre Holbroke.

Su sonrisa fue una de las cosas más dulces que había recibido de ella.

—Sabía que te las arreglarías para matizar tu promesa de algún modo.

Riendo, Desmond abrazó a Jocely una vez más, antes de tender la mano a Willard.

—Sólo puedo suponer por su presencia que es de algún modo responsable del regreso a salvo de mi sobrina.

Aunque Willard abrió la boca para replicar, Jocely se echó hacia atrás y respondió por él.

—Desde luego que lo es —exclamó, acercándose al lado de Willard para ponerle una mano en el brazo—. Un hombre espantoso se me había echado encima en el parque, donde estaba sentada tratando de ordenar mis pensamientos, cuando apareció lord Willard, cargando sobre su caballo blanco como un audaz caballero de antaño. —Se llevó una mano al pecho—. Estoy en deuda con él.

—Y, al parecer, yo también —murmuró Desmond—. Una vez más.

—Siempre me complace ser de ayuda a Lady Jocely. —Sonrojado, Willard sacudió la cabeza—. Aunque a pesar de lo que ella pueda decir, le aseguro, Alteza, que difícilmente presento la figura romántica a caballo.

—No diga eso, milord —le reprendió suavemente Jocely—. Charlie y usted fueron mis salvadores.

—¿Charlie? —Desmond frunció las cejas—. ¿El gato?

—No cualquier gato, uno muy heroico. —Jocely envió a Shanna una mirada de disculpa—. Cuando me fui, me llevé a tu gato conmigo, Shannon. Sé lo mucho que le quieres, pero yo, bueno, no quería irme sola. Había planeado devolverlo tan pronto como me sintiera cómoda como Lady Holbroke.

La sola mención del nombre de Holbroke hizo que Desmond frunciera el ceño.

—Hablando de Holbroke —empezó, prometiéndose a sí mismo que no perdería los estribos—, ¿qué ha pasado esta noche? ¿Te escapaste o no para estar con él?

—Lo hice —admitió en voz baja, lanzando una mirada a Willard—, pero no pude seguir adelante. Me paré frente a su casa y me di cuenta de que si entraba te estaría perdiendo, tío Desmond.

El afecto en su voz le atravesó el corazón.

—Sólo estoy agradecido de que hayas mostrado algo de sentido común —replicó bruscamente, sorprendido por sus emociones.

Ella le sonrió.

—Yo también te quiero.

Aclarándose la garganta, Desmond juntó las manos.

—Bueno, ahora que tenemos esto resuelto, ¿por qué no pasamos al salón a tomar unos refrescos? —Miró a Willard—. Por favor, acompáñenos a cenar esta noche.

El joven lord dirigió una mirada a Jocely, que permanecía a su lado.

—Será un honor, Alteza.

Escoltando a su esposa al salón, Desmond oyó a Jocely preguntar a Willard:

—¿Qué hacías cabalgando por el parque?

—Intento mejorar mis habilidades ecuestres —admitió con timidez—. Creo que me estoy volviendo bastante bueno, ¿no cree?

—No —respondió su sobrina, siempre tajante—. Aunque era la cosa más hermosa que había visto cabalgando hacia mí esta noche, técnicamente hablando, su forma era positivamente espantosa, milord. Tiene que acordarse de mantener las piernas recogidas contra el caballo y. . .

Desmond se encontró sonriendo como un perfecto idiota mientras escuchaba a su sobrina repartir consejos. A pesar de su dulzura cuando había regresado por primera vez, Desmond sabía que pronto volvería a ser la descarada de siempre.

Gracias a Dios.

Capítulo 25



Una dama debe aceptar la guía de su madre sin cuestionarla.

Citado de A Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shannon Bedford

Simplemente tenía que llamarla a pesar de lo vergonzosamente temprano que es —le dijo Lady Mansfield a Shannon.

Aunque no quería ser poco caritativa, Shannon deseó que su madre hubiera esperado un poco antes de venir a llamarla. Después de los tumultuosos acontecimientos de ayer, todos se habían retirado a dormir temprano, por lo que ella no había tenido oportunidad de hablar en privado con Desmond. Esta mañana, se había levantado temprano, con la esperanza de encontrarlo todavía en su habitación, pero él no había respondido a su llamada.

Se había sentido terriblemente decepcionada, ya que la necesidad de confesarle su amor crecía por momentos. Sobre todo después de ver la ternura que mostró ayer a Jocely, Desmond se había convertido en un hombre fácil de amar.

—Vaya, toda la sociedad educada está conmocionada por tu comportamiento en el baile de los Hallerton —continuó su madre, captando de nuevo la atención de Shannon.

El baile de los Hallerton. Shannon sonrió para sus adentros ante los deliciosos recuerdos de haber sido paseada en vals por la sala una y otra vez, estrechada entre los brazos de su marido.

—No entiendo por qué todo el mundo se escandaliza tanto. Yo sólo bailaba con mi marido.

—Ése es precisamente mi punto —dijo su madre, inclinándose hacia delante para darle a Shannon un golpecito en la rodilla—. Mostraste una atención desmesurada hacia tu marido, Shannon. Eso simplemente no se hace.

—Tonterías.

La boca de su madre se abrió de golpe.

—¿Qué has dicho?

Aunque su respuesta inmediata la aturdió tanto como a su madre, Shannon sabía que era lo que realmente sentía.

—He dicho tonterías, madre. —Sonrió ante la sorpresa de su madre—. Como dama casada, soy libre de bailar con quien quiera y si el único hombre con el que deseo bailar resulta ser mi marido, entonces eso debería ser perfectamente aceptable para todos los demás. Y si no lo es. . . —Shannon levantó un hombro para mostrar su total desprecio.

Lady Mansfield se abanicó frenéticamente.

—Vaya, Shannon, eso es positivamente . . .

—. . . tranquilizador oírlo —terminó Desmond por su madre, entrando en la habitación. Acercándose por detrás a Shannon, le puso la mano en el hombro—. ¿Cómo se encuentra esta hermosa mañana, Lady Mansfield?

—Positivamente escandalizada —susurró ella—. Seguro que no desea que cotilleen sobre mi hija, ¿verdad?

Desmond sonrió a su madre.

—Por supuesto que no —dijo, haciendo que su madre asintiera aliviada—. Por desgracia, no tengo intención de limitar el número de bailes que disfruto con mi esposa. —Pasó un dedo por la mejilla de Shannon—. Así que, si eso hace que la gente cotillee sobre Shanna y yo, es una situación inevitable.

Shannon observó cómo su madre se esforzaba por decidir qué asunto abordar primero.

—¿Shanna? —dijo finalmente Lady Mansfield—. ¿Ha empezado a llamarla Shanna?

—Sí, y me gusta bastante —admitió mientras se inclinaba para depositar un beso en la mejilla de Shannon—. Además, le queda bien a mi testaruda esposa.

—Oh, querido Señor. —Lady Mansfield se abanicó—. Shannon, te quiero mucho, pero sabes mejor que la mayoría lo completamente inaceptable que es ese apodo. Dios mío, Shannon, ¿en qué estás pensando, querida? Incluso escribiste el libro sobre la etiqueta adecuada.

Antes de que Shannon pudiera replicar a su madre, Desmond respondió por ella.

—Entonces es hora de que lo reescriba, porque tu querida Shannon se ha convertido en mi amada Shanna, que rompe más reglas de las que sigue.

Mi amada Shanna. Shannon le dio vueltas a la frase en su cabeza, preguntándose si lo había dicho como un comentario fuera de lugar o si lo decía de verdad.

Levantándose, su madre tendió una mano a Shannon.

—Por favor, querida. Sabes que esto hará que la gente cotillee sobre ti.

Shannon se levantó también, encontrándose con su madre de igual a igual.

—Lamento de verdad si esto te causa alguna vergüenza, madre —dijo sinceramente—. Pero no puedo volver a ser tu hija remilgada y estirada, Shannon. He cambiado, para mejor, creo, así que si te resulta difícil aceptar estos cambios, lo entenderé.

Su madre se inclinó hacia delante para dar un rápido abrazo a Shannon.

—Puede que me lleve algún tiempo aclimatarme —admitió con una sonrisa—, pero me adaptaré.

—Gracias —murmuró Shannon, devolviendo el abrazo a su madre—. Te quiero, mamá.

Apartándose, su madre se secó los ojos.

—Bueno, todo lo que tengo que decir es que si alguien se atreve a hablar mal de ti, tendrá que responder ante mí —comentó, enderezando los hombros.

—Y ante mí —intervino Desmond.

—Los dos estáis equivocados —les corrigió Shannon—. Por mucho que aprecie vuestro

apoyo, soy perfectamente capaz de manejar a unos cuantos cotillas. —Miró por encima del hombro a Desmond—. Después de todo, soy Lady Shanna Conelly, Duquesa de Blackwell.

Su madre rio alegremente, antes de apretar un beso en la mejilla de Shannon y salir de la habitación. Shanna apenas notó la marcha de su madre; estaba demasiado absorta en la cálida aprobación que desprendía la mirada de su marido.

—Lo mejor que he hecho en mi vida ha sido concertar mi matrimonio contigo —le dijo con una sonrisa.

Sus palabras le dieron esperanza y fuerzas para seguir adelante.

—Me alegro de que pienses así, porque yo siento lo mismo. —Caminando alrededor de la silla, se movió para colocarse frente a Desmond—. ¿Lo que le dijiste a mi madre iba en serio?

—Hasta la última palabra.

Ella sacudió la cabeza.

—Pensé que querías que me estableciera, que me convirtiera en una esposa apropiada y conveniente.

—Fui un imbécil —dijo él riendo. Extendiendo la mano, le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Recientemente me he dado cuenta de que me he equivocado en varias cosas. Pensaba que necesitaba estar siempre serio y en control como duque, pero no es así. Puedo disfrutar de mi vida, rompiendo reglas que no hacen daño a nadie, pero también obtener placer al manejar la multitud de responsabilidades que conlleva el título.

—Como bailar cuatro valsés seguidos con tu esposa —murmuró ella con una sonrisa.

—Precisamente —convino él, dándole golpecitos en la barbilla con el dedo índice—. Después de mi desastroso matrimonio con Margot, nunca quise volver a casarme, pero entonces me convertí en el tutor de Jocely y supe que necesitaba ayuda para guiarla. Decidí casarme con alguien remilgado y estricto con las normas, alguien que se acomodara a una vida cómoda y conveniente. Quería que mi matrimonio fuera un asunto de lo más correcto. —Hizo una pausa, ladeando la cabeza—. ¿Ya te he dicho que soy un imbécil?

Shannon se rio de su comentario.

—Entonces me casé contigo y obtuve mucho más de lo que esperaba. Me enloqueciste desde el primer momento, pero también me hiciste sentir vivo. Ahora me doy cuenta de que eres precisamente lo que necesito en una esposa. Eres leal, generosa, cálida y tierna de corazón. Pero después de lo de Margot, tenía miedo de confiarte mi corazón. —Cogiéndole la cara entre las manos, la miró a los ojos—. De nuevo, aquí es donde entra la parte estúpida, porque no me di cuenta de que para cuando busqué protegerme de más daño, ya era demasiado tarde. Empecé a enamorarme de ti desde el momento en que entré en tu cámara y me enteré de esas ridículas disposiciones.

Si no se hubiera sentido tan conmovida por sus palabras, se habría sentido avergonzada por el recuerdo.

Inclinándose hacia delante, depositó un suave y dulce beso sobre sus labios.

—Te quiero, Shanna Conelly, duquesa de Blackwell.

Y con esa simple frase, le concedió su deseo más querido.

—Oh, Desmond, yo también te quiero —murmuró ella, parpadeando para contener las lágrimas.

—Entonces, ¿por qué me dejaste?

Al oír el dolor en su pregunta, ella le dedicó una sonrisa trémula.

—Porque te amaba demasiado como para aceptar ser una esposa «apropiada».

—Pues menos mal que lo hiciste, porque me habría llevado unos días más darme cuenta de que te quiero —le devolvió él con ligereza, antes de besarla de nuevo—. Una cosa más, cariño, ¿podemos volver a la casa adosada de los Blackwell? —Levantando la cabeza, le dirigió una mirada de disgusto—. Echo de menos a Partons.

Estallando en carcajadas, Shanna rodeó el cuello de Desmond con los brazos y lo abrazó con fuerza.

—Pondré a los criados a hacer las maletas inmediatamente.

Lentamente, Desmond sacudió la cabeza.

—No hay prisa —murmuró, guiándola hacia el sofá—. Tengo planes para tu futuro inmediato.

El deseo la inundó al ver la sensual promesa en la mirada de su marido. Le asombraba lo ardiente que ardía la pasión cuando la impulsaba el amor. Con una sonrisa, se aferró a Desmond mientras él la bajaba sobre los cojines. Aferrándose a él, se ofreció a él, corazón, cuerpo y alma.

—Mi Shanna única —susurró él antes de capturar sus labios con los suyos.

La necesidad de palabras desapareció cuando empezaron a hablar con sus cuerpos, cada caricia, cada roce, transmitiendo un mensaje de amor.

Epílogo



Una dama debe ser igual de servicial que su marido.

*Citado de The Revised Lady's Guide to Proper Etiquette, escrito por Lady Shanna Conelly,
duquesa de Blackwell*

Un año después

-Sabes, David, creo que le estás quitando demasiado tiempo a Su Alteza —dijo Desmond mientras arrancaba al juguetón bebé del regazo de Shanna—. Aunque entiendo que es tu madre, realmente necesitas compartirla de vez en cuando.

Riéndose de la tontería de Desmond, Shanna volvió a abrocharse la bata. Una vez más, había ido en contra de las convenciones y se había negado a utilizar una nodriza.

—Sólo tiene tres meses —recordó Shanna a su marido—. Me has tenido durante mucho más tiempo, así que creo que eres tú quien tiene que aprender a compartir.

Acunando a David en un brazo, Desmond le rodeó la cintura con el otro, atrayéndola contra él.

—Si me lo preguntas, creo que eres perfectamente capaz de satisfacer las necesidades de ambos. —Se inclinó sobre Shanna y le dio un ligero mordisco en el cuello—. Después de todo, David y yo tenemos necesidades muy diferentes.

La nota grave y sensual en la voz de su marido le recordó a Shanna cuánto tiempo hacía que no compartían la cama. Un escalofrío la recorrió cuando levantó la cara y recibió el beso voraz de Desmond con el mismo hambre. Una necesidad urgente la recorrió, haciéndola girar completamente su cuerpo hacia el de él, apretándose contra él.

Como si percibiera su creciente implicación, David empezó a protestar por su falta de atención. En voz alta.

Un gemido brotó de Desmond al apartarse. Al ver la decepción en su mirada, Shanna le arrebató a David y se dirigió a la puerta del salón. Llamando a la niñera de su hijo, se lo entregó con un tierno beso.

—Está listo para acostarse —le dijo a la niñera mientras colocaba a David en sus brazos.

Volviendo a entrar en la habitación, Shanna cerró la puerta y se apoyó en ella.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó juguetona.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Desmond mientras se acercaba a ella y la volvía a abrazar. Como un señor conquistador, reclamó su boca para la suya. El hambre negada durante demasiado tiempo rugía entre ellos mientras Desmond la apretaba contra la puerta, restregando su cuerpo contra el de ella.

—¿Tía Shanna? ¿Tío Desmond? —Jocely llamó a través de la puerta—. Necesito hablar con vosotros inmediatamente —añadió, golpeando los paneles de madera—. ¿Está cerrada esta puerta?

Cuando Desmond separó su boca de la de ella, suspiró como un hombre al que hace tiempo que le han negado su última comida.

—Dile que estamos ocupados —siseó en voz baja.

—No puedo hacer eso —le devolvió ella—. Parece urgente.

Haciendo rechinar sus caderas hacia delante, él ronroneó:

—Te mostraré algo urgente. —Señor, cuánto deseaba deleitarse con placeres con su marido, pero en ese momento, su sobrina los necesitaba—. En cuanto se vaya, Desmond, te prometo que tendremos una charla íntima sobre tu asunto urgente.

—Promesas, promesas, promesas —replicó él. Con un suspiro resignado, los apartó de la puerta, con cuidado de colocarse detrás de las faldas arrugadas de Shanna—. Pasa, Jocely.

Irrumpiendo en la habitación, levantó los brazos a los lados.

—Henry se niega a llevarme al baile de los Bremley si llevo este vestido.

—Desde luego que sí —afirmó Willard con firmeza mientras se unía a ellos—. Ese vestido es positivamente indecente, Jocely.

Desmond miró a su sobrina.

—Tengo que ponerme de parte de Willard en esto, Jocely. Estás a punto de reventar el corpiño.

—Está de moda —protestó ella, desviando la mirada hacia Shanna con la esperanza de encontrar una aliada—. ¿Qué opinas, tía Shanna?

El corpiño caía tan bajo que casi podía ver el color de los pezones de su sobrina.

—Voy a darle la razón a tu tío y a tu prometido, Jocely.

Cruzando los brazos, Henry se balanceó sobre los talones.

—Sólo porque te adoro, Jocely, no creas ni por un momento que voy a permitir que me lleves de las narices.

Sus ojos brillaron mientras alargaba la mano para acariciar la mejilla de Henry.

—Eres indeciblemente adorable cuando actúas todo tieso y correcto, Henry.

—Vaya, gracias . . . Creo —dijo él, incapaz de evitar sonreír por la burla de Jocely—. Pero tu cumplido no cambia nada.

—Bien —espetó ella, echándose las faldas hacia atrás—. Entonces accederé a tus odiosos deseos.

Después de que Jocely saliera dando pisotones de la habitación, Henry sacudió la cabeza.

—Puede enfadarse conmigo todo lo que quiera, siempre y cuando se cambie ese vestido. —Se alisó las manos en la parte delantera de la chaqueta—. Me gustaría disculparme por no haber apartado a Jocely antes de que os molestara.

—No pasa nada —le tranquilizó Shanna—. ¿No es cierto, Desmond?

—Desde luego. —Desmond le ofreció a Henry una sonrisa comprensiva—. Sigo estando agradecido por haber ayudado a Jocely.

—Fue. . . es. . . un placer. —Henry exhaló el aliento, enviando un mechón de su pelo hacia arriba—. Bueno, la mayor parte del tiempo. Aunque quiero mucho a Jocely, puede ser muy cansina.

—Las mejores mujeres lo son —coincidió Desmond, ganándose un codazo en las costillas—. ¡Ay!

—Eso fue por llamarme cansina —le informó ella con una agradable sonrisa—. Estoy segura de que Jocely se sentiría tan ofendida como yo.

Henry tropezó con su disculpa.

—No pretendía faltarle al respeto, milady —murmuró—. Me disculpo por hablar fuera de lugar.

—No te preocupes —respondió ella con un gesto de la mano—. Y siempre que piense que Jocely es difícil de manejar, recuerda a la encantadora Stella y cómo está ocupada haciendo bailar a lord Holbroke a su antojo.

La risa de Desmond llenó la habitación.

—Cuando vi a Holbroke la semana pasada en White's, ciertamente tenía el aspecto de un hombre embrujado.

—Bueno, esa noticia me alegra el día —comentó Henry con una sonrisa—. Holbroke se merece todos los tormentos que su esposa pueda infligirle.

—Cierto —coincidió Desmond—, pero apostarí a que hay momentos en que envidia a Remilton por su celda solitaria.

—No lo dudaría. —Al oír a Jocely bajar las escaleras, Henry se volvió hacia la puerta para verla reunirse con ellos. Se apretó el corazón con una mano—. Si te pones más guapa, mi querida Jocely, juro que pereceré de la impresión.

El bufido de Desmond le valió otro fuerte codazo en el estómago.

—Espero que disfrutes del baile de los Bremley —dijo Shanna con una cálida sonrisa—. Por favor, saluda a Lady Bremley de mi parte.

—Lo haré —prometió Jocely mientras les saludaba con la mano mientras Henry la conducía fuera de la casa.

Poniéndole la mano en la parte baja de la espalda, Desmond giró a Shanna para que le mirara.

—¿Te gustaría ir también esta noche al baile de los Bremley?

Shanna negó con la cabeza.

—Prefiero las veladas tranquilas en casa contigo y con David. Además —empezó con una

sonrisa—, probablemente me pasaría más de la mitad de la noche defendiendo mi nuevo libro.

—Vamos, querida, ¿de verdad culpas a la tonelada de que te pongan de patitas en la calle con tu última guía de etiqueta? —Desmond se rio ligeramente—. No se puede instar a las jóvenes a ser independientes, autosuficientes e intransigentes sin levantar unas cuantas ampollas. Diablos, cada vez que entro en White's, estoy rodeado de caballeros quejándose de que sus esposas empiezan a rebelarse.

—Pobrecillos —murmuró Shanna en tono seco—. Supongo que ahora se ven obligados a tratar a sus esposas como iguales y no como una posesión conveniente.

—Tú, Shanna, serás sin duda la perdición de los caballeros de todo el mundo —comentó Desmond, dándole golpecitos con el dedo en la punta de la nariz.

—Si un caballero no puede manejar a una dama de fuerte carácter, entonces no puede ser muy hombre, ¿verdad?

Desmond resopló entre risas.

—Según tu teoría, debo de ser un dechado entre los hombres.

—Muy cierto —replicó ella, levantándose sobre las puntas de los pies para darle un rápido beso en la boca—. Y también sabes bailar.

—Si valoras mi habilidad para el baile por encima de todo, quizá debería refrescarte la memoria. —Desmond extendió los brazos en posición de vals—. ¿Me concede este baile, Alteza?

Riéndose de su tontería, Shanna hizo una reverencia.

—Por supuesto, Alteza —murmuró ella a su vez antes de lanzarse a sus brazos.

Cogido desprevenido por su exuberante aceptación, Desmond tropezó unos pasos hacia atrás antes de recuperar el equilibrio. Mirando las piernas de ella enroscadas en su cintura, levantó una ceja.

—¿Es esto apropiado, milady?

—Para nosotros, Desmond, desde luego que lo es —replicó ella, sintiéndose más completa de lo que jamás había soñado—. Y yo debería saberlo. Después de todo, escribí el libro.

Sus risas se mezclaron en alegre música mientras Desmond la paseaba en vals por la habitación.